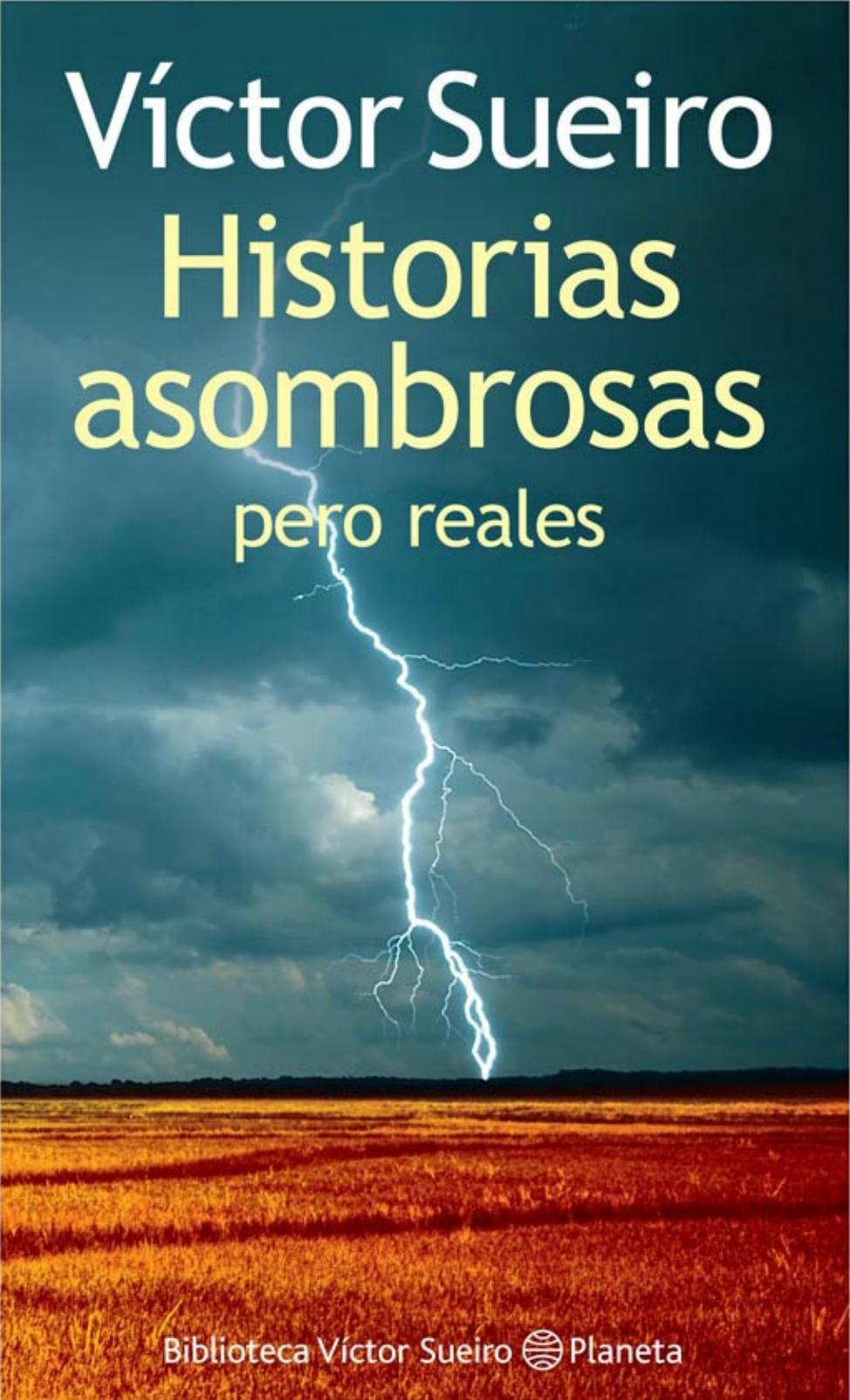


Víctor Sueiro  
Historias  
asombrosas  
pero reales

Biblioteca Víctor Sueiro  Planeta



Víctor Sueiro  
Historias  
asombrosas  
pero reales

Biblioteca Víctor Sueiro  Planeta



## **Historias asombrosas**

# Índice de contenido

[Portadilla](#)

[Legales](#)

[Agradecimientos](#)

[Ante todo](#)

[UNO 5 De noviembre de 1996. De todo corazón](#)

[DOS Noviembre de 1996. La casualidad es una falsa dama](#)

[TRES Noviembre de 1996. Esas cosas que pasan](#)

[CUATRO Noviembre de 1996. Hay más cosas en el cielo y en la tierra](#)

[CINCO 19 De noviembre de 1996. La última noche que pasé conmigo](#)

[SEIS 20 De noviembre de 1996. Tuyo es mi corazón](#)

[SIETE 23 De octubre de 1997. Todo va a andar bien](#)

[Después de todo](#)

**Víctor Sueiro**

***Historias asombrosas***  
***Pero reales***

Sueiro, Víctor

Historias asombrosas. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Planeta, 2014.

E-Book.

ISBN 978-950-49-4080-7

1. Metafísica.

CDD 110

Diseño de cubierta: Departamento de Arte del Grupo Editorial Planeta S.A.I.C.

© 1997, Víctor Sueiro

© 2014, Herederos de Víctor Sueiro

Todos los derechos reservados

© 2014, Grupo Editorial Planeta S.A.I.C.

Publicado bajo el sello Planeta®

Independencia 1682, (1100) C.A.B.A.

[www.editorialplaneta.com.ar](http://www.editorialplaneta.com.ar)

Primera edición en formato digital: agosto de 2014

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del “Copyright”, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático.

Inscripción ley 11.723 en trámite

ISBN edición digital (ePub): 978-950-49-4080-7

Digitalización: Proyecto451

*No hay mayor historia asombrosa en la vida que la del amor. Por eso:  
A mi admirada Rosita, con amor de novio, cada vez más.  
A mi colega Rocío, a sus alas y sueños.  
A mi hijo por elección Alfreto, por su bondad que emociona.  
A mi mamá Haydée, que mejora con los años.*

*A Julio, Vinci, Diego, los Scibilia, Jorgito, Georgina y Mara, porque cuando los necesité  
estuvieron. Con su firme ternura, su puro amor, su amparo.  
Y también su miedo.*

## AGRADECIMIENTOS Y AFECTOS

A todos mis colegas que me apoyan desde el minuto cero.

A fin de achicar la lista y no hacerla tediosa, éstos son los más cercanos a mi cariño por motivos que cada uno sabe y que yo agradezco.

Mirtha Legrand, Jorge de Luján Gutiérrez, Georgina Barbarrosa, Jorge Jacobson, Oscar Gómez Castañón, Mario Gavilán, Susana Giménez, Fanny Mandelbaum, Gabriela Cociffi, Jorge Fernández Díaz, Lucho Avilés, Franco y Andrea Bagnato, Alfredo Leuco, Luis Cella, Eva Montes de Oca, Rony Vargas, Enrique Llamas de Madariaga, Beto Casella, Juan Carlos Araujo, Felicitas Rossi, Pablo Vaca, Marcelo Tinelli, Diego Pérez, José María Listorti, Claudio Villarruel, Héctor Ricardo García, Silvio Soldán, Coco Fernández, Juan Carlos Porras, Alfredo Serra, Luis Ventura, Eduardo Marrazzi, Luis Pesagno, Fito González, Ramiro Fernández Varela, Graciela Mascheroni, Roberto Jacobson, Franco Salomone, Nicolás Mancera, Aníbal Vigil, Constancio Vigil, Laura Garavano, Marita Tedeschi, Marley, Horacio Cabak, Luis María Stanzione, Juan Carlos Vilches, Claudio Laciari, Zaida Peres, Daniela Cardone, Luis Martínez Teco, Juan Alberto Badía, Pitti Beillard, María Esther Sánchez, Lanny Hanglin, Natalio Aides, Gerardo López, Guillermo Pereyra, Héctor de la Fuente, Raúl Tear, Luis y Edith Zielinsky, Jorge Ferrari, Edda Márquez, Marcelo Riancho, Mario Blanco, Alejandro Ulloa, Víctor Sabanes, Ignacio Iraola, Alejandro Luciani, Claudio Sabadín y Mónica Castellano.

## CUADRO DE HONOR, CUADRO DE AMOR

- \* Gracias a los periodistas —todos— que respetaron mi pedido de no armar barullo con mi operación e ignorarla. No tenía sentido afligir a nadie.
- \* Gracias a toda la gente del Instituto del Diagnóstico, impecables cada uno en lo suyo, y a los de Medicus, sobrios e inmejorables.
- \* Gracias al doctor Luis de la Fuente y su equipo, que es el mío.
- \* Gracias al doctor Dardo Fernández Aramburu y su equipo, un lujo.
- \* Gracias a mi editor de siempre, el mejor, Ricardo Sabanes, que me despertó el espíritu cuando yo ya creía que este año no habría librito.
- \* Gracias a los más de 300 amigos que me visitaron, pero debo inventar una palabra más abrazadora que gracias para los que amo entrañablemente porque ellos son una buena razón para vivir: Julio, Vinci, Diego, los Scibilia, Jorgito, el Pingüino Serra, Mara, Danny, Georgina, Rago, Lucho, María del Carmen, los Porras, el Negro Pérez Loizeau y —por supuesto— Alfredito, Rosita y Rocío, que jugaban a que estaba todo bien cuando sentían que estaba todo mal.
- \* Gracias a todos los que rezaron por mí. No aflojen.
- \* Gracias a ustedes por tenerme ahora en sus manos.
- \* Gracias a Dios por dejarme reposar siempre en las suyas.

*Ante todo*

La vida es como una montaña rusa. Algunos se asustan, otros la disfrutan y todos —aun aquellos que simplemente se quedan mirándola desde afuera— sienten por ella una atracción que no se puede reprimir. Y la vida no es sólo aquello que ejercitamos a diario, es mucho más. Es lo que se nos aparece en sueños, lo que deseamos o tememos desde nuestras más secretas fantasías, lo que nos subyuga, lo que imaginamos.

Es decir: lo sobrenatural, lo que no puede explicarse con la razón, lo maravilloso, lo milagroso, lo increíble, lo insólito y lo curioso. Todas esas cosas que hacen que nos quedemos atrapados al leerlas, fascinados como si miráramos el fuego sin poder quitar nuestros ojos de él, son las que aquí verán.

Comencé a escribirlas hace nueve años para la revista *Conozca Más* y unas pocas de esas aparecen aquí ampliadas, pero la mayoría de estas casi cien historias son nuevas, producto de esa avalancha imparable que es el mundo de lo sorprendente.

Es una verdadera colección de asombros. Casi todas las historias son reales, pero ¿hace eso alguna diferencia? ¿Cuál es el límite entre lo real y lo que no lo es? Jorge Fernández Díaz, querido gordo de cuerpo y de alma, escribió este año *El dilema de los próceres*, una bellísima novela que protagonizan Borges y Sherlock Holmes conviviendo con Victoria Ocampo, Horacio Quiroga, Carriego y otros sueños. Tiene tanta magia como para que uno desee que sea cierta. Y, entonces, lo es. Porque las verdaderas historias, las mejores, están en la mente del lector y no en la del autor. En este librito todo sigue apegado a lo real, sólo con unas pocas excepciones. Descubrir en qué lugar está cierta ficción y en cuál la realidad forma parte del juego de estas páginas.

La cosa gira alrededor de viejas historias, nuevos hechos, personajes extraordinarios, sucesos increíbles y maravillas sorprendentes. Me descubrí a mí mismo riendo en soledad pero con ganas al terminar de escribir un párrafo, o con un peso en el estómago al completar otro.

La Fe y la Esperanza siguen siendo los pilares, pero de una manera que no contaré aquí.

No perdamos nunca la capacidad de asombro porque, de mantenerla, estaremos manteniendo también la pureza, y ése es el principio de la mayoría de las virtudes. Cuantas más cosas inexplicables haya en el universo, mayor será la Gloria de Dios.

Negar lo asombroso no es sólo una necesidad, es una pena.

Cualquier hecho al que no le hallamos explicación es una prueba de que los hombres somos pequeñitos y de que hay muchas cosas que nos superan hasta llegar al Creador.

Si lo prefieren, incluso pueden tomar estas historias como un juego. Un paseo por el parque de diversiones de lo asombroso. A la salida, sin embargo, notarán que les queda mucho más que el recuerdo.

El destino me dio una ayudita para escribir esto: veinte días de internación y una cirugía de corazón absolutamente reales.

En su momento —noviembre de 1996— pedimos que no se publicara o dijera nada y mucho menos que se nombrara la palabra operación. Una vez que pasó lo peor es otra cosa, razón por la cual el hilo conductor de este librito es todo lo sucedido en la internación y la operación misma, pero contado con un toque de humor que seguramente nadie hubiera podido usar cuando las papas quemaban más que ahora.

Este es mi librito más apasionante, entretenido, divertido y didáctico. Y eso manteniendo las columnas espirituales de siempre. Es un libro con sentido del humor y sentido del amor. Tal vez sea demasiado para ser dicho por mí mismo, pero como se trata de algo donde está en juego mi vida y mi muerte —como verán al leer—, algún derecho especial me asiste después de todo.

No miren más desde afuera, súbanse ya a esta montaña rusa. Puede pasarles de todo menos aburrirse. Y no es que quiera convencerlos de nada; si llegaron a este punto ya compraron el libro. Ojalá lo disfruten al leerlo tanto como yo lo hice al escribirlo.

VÍCTOR SUEIRO  
*Octubre 1997*

UNO  
5 de noviembre de 1996  
De todo corazón

Yo estaba acostado, completamente desnudo. Él estaba a mi lado, su cara muy cerca de la mía, ambos con ese gesto ni triste ni melancólico pero opaco que esconde un terrible huracán a punto de desatarse detrás de una tarde que luce por el momento apenas gris.

Yo estaba acostado, completamente desnudo y puede decirse que a merced de él, cuando estiré mi mano derecha con cierta dificultad, apoyé la palma sobre su cintura y le pregunté:

—¿No hay más remedio?

—Creo que no —me dijo él separándose un poco porque nunca le han gustado ese tipo de demostraciones físicas.

Leído así esto puede parecer una despedida en una relación equívoca, por llamarla suavemente sin ofender a nadie. Pero aquello —que ocurrió exactamente como acabo de contarlo— no tenía nada de erótico. Yo estaba acostado desnudo en la camilla de cardiología intervencionista del Instituto de Diagnóstico y él —mi viejo amigo el doctor Luis de la Fuente— estaba de pie junto a la cabecera, después de haberme realizado un cateterismo para saber el estado de mis coronarias. Era desastroso, para decirlo fácil y rápido. Las arterias coronarias son las que alimentan el corazón, las que lo mantienen vivo. Son dos: la derecha y la izquierda. Pero esta última se divide en otras dos: la circunfleja y la descendente anterior, cuya importancia es tan grande como para que los cardiólogos norteamericanos la hayan apodado secretamente *the widow maker*, lo que significa «la fabricante de viudas». Luis de la Fuente acababa de ver en las pantallas computarizadas del equipo de cardiología intervencionista más moderno y completo de toda América que era justamente esa arteria la que yo tenía obstruida en un 90%, lo suficiente como para ir pensando en una frase de despedida de este barrio tosco pero al fin de cuentas simpático. El doctor de la Fuente, con su equipo médico, me había sacado de dos situaciones parecidas aunque menos graves en 1988 y en 1990, mediante sendas angioplastias. Esto consiste, contado a lo bruto, en un catéter (un cañito plástico flexible) que hacen entrar por la arteria femoral —en la ingle— y llevan al lugar de la obstrucción, ubicándolo en ella con precisión de micrones para luego inflar allí un balón con una presión tres veces mayor que la del neumático de un auto. De esa forma se rompe la oclusión, se dilata la arteria, se limpian las cañerías. Un método fantástico que se creó no hace mucho, en 1977, pero en esta ocasión no servía para mi caso. Fue por eso que Luis me dijo con ese gesto ni triste ni melancólico pero opaco:

—Esta vez la cosa está para cirugía, gallego.

Estaba junto a mí, en la cabecera de la mesa de intervenciones. Yo estaba acostado, alargué mi mano y la apoyé en su cintura, en parte como un gesto natural por el afecto que le tengo y en parte para buscar algo de qué agarrarme, para sentir que había un humano que me acompañaba.

—¿No hay más remedio? —le pregunté.

—Creo que no —me dijo.

Los datos oficiales señalan que en noviembre de 1996 las gallinas de la provincia de Buenos Aires pusieron 5.324.708 huevos, cifra esta que fue históricamente superada por mí solito cuando en esa misma época tuve que encarar esa nueva prueba que no estaba en mis planes, como ocurre con todas las grandes pruebas. Una operación de corazón es, hoy en día, algo corriente, habitual, casi común, cotidiano. Salvo cuando es uno el que está en la mesa de operaciones, claro. Allí es natural que los datos y las estadísticas nos parezcan solamente papelitos y que en nuestra desgracia nos sintamos únicos y desamparados, como un pelirrojo en Harlem. Y casi con las mismas posibilidades de salir bien. Aquel 5 de noviembre de 1996 supe desde la camilla de mi triste estado coronario; no había tiempo para sutilezas. Luis de la Fuente —que esa misma noche viajaba a dos congresos internacionales de cardiología, uno en México y otro en Nueva Orleans— me preguntó sin más vueltas quién quería que me operara y no dudé un segundo en elegir al doctor Dardo Fernández Aramburu, un gardeliano de 49 años, que huye de todo tipo de reportajes y es uno de los mejores cardiocirujanos del planeta. En realidad, las probabilidades de éxito de una operación de corazón son enormes, pero crecen aún más si el que maneja las cosas es alguien como Fernández Aramburu. El pelirrojo tiene muchas más chances de salir bien de Harlem, después de todo.

Este fue el comienzo. De la Fuente me internó de inmediato a pesar de mis protestas y comenzaron a medicarme para preparar el terreno, nombre que se aplicaba a mi abundoso cuerpo y —de manera especial— al curioso caos de mi sistema coronario. Una vez más yo hice lo mío: mientras la camilla rodaba por los pasillos conmigo a bordo me entregué a Dios con toda calma y absoluta confianza. Me encomendé a la Virgen, le hice un guiño a mi ángel y recordé mucho a Jesús Misericordioso. Era razonable: no sólo es mi imagen preferida sino que, además, Cristo aparece en ella con la mano derecha levantada en bendición y con la izquierda señalando su pecho, de donde salen dos rayos luminosos: uno celeste que representa el agua y otro rojo que representa la sangre. Nada más apropiado para un momento como el que vivía. Puse toda mi fe sobre la mesa. O sobre la camilla, si quieren que sea exacto. Gracias a eso sucedió el temita aquel de superar a las gallinas de Buenos Aires.

Ese primer día me acompañaron mi familia y mis amigos más cercanos, que estaban más asustados que yo, por amor y por lo inesperado de la situación. Nunca podré agradecerles sus blancas palideces, sus silencios temerosos, sus miradas abrazadoras y sus intentos de disimular todo eso que después de todo era como una escarapela del amor. Por la noche quedé solo. Me operarían en un par de semanas y la cuenta regresiva había comenzado. Fue esa primera madrugada, a eso de las dos, cuando aquel hombre entró en mi habitación sin que yo, que estaba despierto, pensando, hubiera escuchado el ruido de la puerta. Se acercó a mi cama en medio de la semipenumbra. Se hacía difícil distinguirlo porque vestía íntegramente de negro y era todo sombras sobre sombras. Yo no sabía si en verdad aquel personaje estaba allí o la tensión de las últimas horas hacía que lo imaginara. Aún no lo sé. Tenía unos labios finitos y cerrados que parecían hechos con una regla en un seco trazo de lápiz al que recién le habían sacado punta. No me

gustaba y, al reconocerlo casi enseguida, me gustó menos aún. Aquello de pie junto a mi cama era el Miedo.

—Malas noches —saludó con una voz grave como mi situación.

—Buenas noches —contesté—, aunque ya entramos en un nuevo día.

—¿Te parece que vas a terminarlo? —atacó.

—Al menos llegué hasta aquí. ¿A qué viniste?

—Es mi trabajo.

Pensé en cerrar los ojos para no verlo pero recordé de inmediato que no es ésa la forma de librarse del Miedo. Alguna vez oí de un caso en que una mujer quiso no ver al Miedo y cerró los ojos con fuerza, pero algo hizo que se le derritieran los párpados como si fueran de cera y volvió a verlo más fiero que antes sin poder hacer nada para evitarlo.

## *Miedo animal*

Eso que sentimos en el peor momento de una película de terror no merece el nombre de miedo. Es apenas un juego con uno mismo, un simulacro de sensación que para algunos hasta puede resultar fascinante porque uno sabe que con la escena final las cosas vuelven a acomodarse. Miedo es otra cosa. Está unido, de manera absoluta, con nuestro sentido de conservación, la defensa automática e impensada, refleja, de nuestra propia vida. Y ocurre con todos los animales. Un toro puede enloquecer persiguiendo a una mosca, por ejemplo. Y no se trata de un toro idiota. Lo hace porque sabe que el tábano (al que advierte por su zumbido) puede depositar en su piel los huevos que pronto se transformarán en larvas. Esas larvas penetran en el cuerpo del toro y, llevadas por su corriente sanguínea, se instalarán en su médula provocándole un casi inmediato debilitamiento y muchas enfermedades, alguna de las cuales hasta puede llegar a matar a la bestia de media tonelada. El toro no leyó esta historia, pero sabe que es así porque algo en sus genes se lo recuerda. Por eso enfrenta alocado a una simple mosca. Siente miedo.

Pero hasta en los animales se lo enfrenta de maneras muy extrañas. La jirafa generalmente huye ante un peligro, por ejemplo, pero puede llegar a enfrentar al mismísimo león y patearlo hasta el cansancio si esa jirafa va con su cría, a la que defenderá hasta la muerte. Lo mismo pasa con muchos otros animales. La gata, para tomar uno doméstico, es capaz de atacar con ferocidad al más grande de los perros que se acerque a sus crías. El amor, por más cursi que les suene a algunos, la llena de un coraje que no tendría si estuviera sola. En ese caso escaparía sin dudar. El avestruz no es cobarde, pero huye ante un enemigo mayor. Sin embargo, el macho ataca despiadadamente a quien sea —no importa el tamaño— si se acercan a la hembra que está empollando. Pero hay otras reacciones ante el miedo en el mundo animal. Algunas terribles: las ovejas, por ejemplo, nunca escapan ni defienden a sus corderos. Saben que si éstos quedan huérfanos ninguna otra oveja los criará, ya que ésa es su naturaleza. Por eso saben, también, que sacrificar su vida no serviría de nada para el cordero, que

moriría de cualquier forma al no tener quien lo cuide. El miedo no paraliza a una oveja. La anula, la mata aunque todavía esté allí, viva. Pasa con alguna gente, también. Por lo general casi todos los animales, incluyendo el hombre, eligen escapar ante un peligro antes que enfrentarlo. Los animales irracionales no tienen sentido de lo heroico —como el hombre— y por lo general están dispuestos a enfrentar lo que los asusta sólo si no les queda otro recurso. La rata nunca ataca, por ejemplo, salvo cuando está acorralada. En ese caso, ya sin salida, puede transformarse en un animal de una ferocidad pocas veces vista para su tamaño y armas naturales. El pulpo hembra, por su parte, tiene un motivo fundamental para defender hasta la muerte los 150.000 huevos que cobija. Ocurre que la hembra del pulpo sólo procrea una vez en su vida. Más aún: al salir esas crías de sus huevos ella muere en aquel único acto de su existencia. Pero es como si no le importara, ya que logró la continuidad de su especie y ése es el motivo por el cual había vivido hasta entonces. Por eso hay pocos animales tan peligrosos como el pulpo hembra a punto de procrear. No le permitirá a nadie hacer que su existencia pierda sentido. Luchará ferozmente por su vida sólo para morir poco después pero con un motivo, lo que cambia las cosas por completo. Hasta los pulpos aceptan la muerte más fácilmente si sus vidas tuvieron un sentido, algún sentido, cualquier sentido. Parece una ópera pero es apenas otro ejemplo que nos da Dios a través de la naturaleza.

Y llegamos al hombre, un animal racional (digamos que en casi todos los casos) capaz de manejar sus miedos si se lo propone, aunque viene en cierta forma predestinado por sus genes. En la Universidad de Emory, en Atlanta, Estados Unidos, se realizaron hace unos años algunos experimentos con respecto al miedo. Un grupo de voluntarios de aceptable coraje fueron inyectados con hormonas inhibitoras que los transformaron por un tiempo en personas que temían cruzar una calle y hasta salir de sus casas. A otro grupo, formado por cobardes seleccionados, les dieron una droga que no dejaba actuar a la hormona del miedo y estas personas demostraron un arrojo que resultó peligroso ya que no temían a nada, lo cual casi los transformaba en suicidas. Con estas pruebas quedó demostrado que el miedo es necesario para la supervivencia. Lo único que hay que hacer con él es manejarlo y no dejar que nos maneje.

El hombre, ante una situación de estrés, segrega el elemento llamado adrenalina que en lo físico se siente como una inyección de helado y en lo anímico lo pone ante un fenómeno: sus posibilidades son solamente dos, huir o enfrentar. Nada de negociar, corre o pelea como nunca. Allí no hay una reacción típica como en los demás animales. Porque el hombre piensa, elabora, elige, decide. Sigue siendo el animal más perfecto, el más completo, el más libre. Pero también el único animal en el mundo que sabe que un día morirá. Ese día es, por lo general y aunque no se piense en él casi nunca, el mayor de sus miedos. Sin la fe es más que eso, es una muerte anticipada, un vaso de tristeza en cada desayuno.

—Andate —le dije al Miedo que seguía allí de pie, y no iba a ser yo quien lo invitara a sentarse y a ponerse cómodo.

—Tengo bastante en oferta —dijo con voz profunda como si no me hubiera escuchado, mientras palmeaba una valijita que hasta entonces yo no había visto y que lo

hacía parecer un viajante de comercio o un vendedor ambulante. Luego me diría que de eso trabajaba, ya que le permitía estar en todas partes en cualquier momento. Y siguió con sus ofrecimientos:

—Sensaciones de vacío en el estómago cada vez que pienses en lo que vendrá; sequedad en la boca; ruidos cloacales en los intestinos; sudor frío; golpes de adrenalina que invaden la sangre; hielo en la espalda; erizar los pelos del brazo; palmas de las manos húmedas como esponjas; en fin, una gran variedad. También tengo achicamiento en ciertas partes del cuerpo aunque veo que eso ya te llegó...

—No te ilusiones, no es por vos. Eso siempre fue así.

—Perdón, no quise ofender, no es lo mío... Puedo ofrecerte opresión en el pecho pero se va a confundir con tu problema cardíaco. ¿Y un buen ataque de pánico, por ejemplo? Hiperventilación, ahogo, esas cosas. Vómitos o diarrea son más comunes pero desagradables. Tengo insomnio en liquidación, lo están llevando muchos que me sienten por su futuro. ¿Ya me estás sintiendo cuando pensás en el tuyo?

—No, realmente no. Es bueno que estés aquí pero más que nada para que luche contra vos. Si no estuvieras, si un miedo no anduviera revoloteando en una situación como ésta uno sería un inconsciente. Si estás y se te puede vencer, uno es un valiente. Me gusta la idea de intentarlo.

—¿Y se puede saber cómo me vas a vencer?

—Aceptando lo que me toca vivir pero pensando más que nunca en que hay un mundo que no se ve y que es maravilloso, puro misterio. Recordándote a vos y a todos algunas historias asombrosas, esas que demuestran que la vida está llena de personajes sorprendentes, de hechos inexplicables, de asombros y milagros. Refreshando relatos donde la ficción y la realidad parecen hermanas gemelas sin que uno pueda distinguir cuál es una y cuál la otra. Maravillas. Eso me ayudará a mí y te ahuyentará a vos.

—Como Scherezada en *Las mil y una noches*. Vas a defenderte contando relatos extraordinarios para fascinarte y fascinar.

—Entendés rápido, debe ser cierto eso de «el Miedo no es zonzo».

—Soy un buen lector. Y lo suficientemente experto para saber que el insomnio es una de mis armas. Y vos tenés insomnio.

—No siempre se tiene insomnio por vos.

—Se tienen muchas cosas malas por mí. He arruinado la carrera de actores o de ejecutivos que debían tomar decisiones importantes; amargué a muchos jóvenes en sus exámenes; arranqué de cuajo sueños o proyectos de aventuras, bellas rebeldías, dignidad, orgullo, honor. Ni te cuento cuando me instalo en medio de grupos grandes de personas: hago que voten a cualquiera, que asalten supermercados, que apoyen dictaduras, lo que sea. Las masas son más fáciles de manejar. Se contagian de mí enseguida. Hay veces en que viene a trabajar conmigo mi hijo, el Pánico, y ahí ni te cuento. No me gusta hacerlo, pero soy como un asesino. Habrás oído que hay mucha gente que está «muerta de Miedo»...

—Pero aún están vivos —susurré entre asqueado y temeroso.

—¿Vos creés? —dijo con su voz grave sin alterar el tono. Juraría que hubo un

destello, sin embargo, en esos ojos negros sombra sobre sombra. En ese instante me di cuenta de que debía comenzar a contar historias asombrosas, cualquier tipo de historia asombrosa. Y empecé.

## El hombre que no dormía

Al principio, en los primeros años de la década del 40, fueron unos pocos médicos a ver de cerca a Alphonse Herpin. Lo encontraron en su muy modesta casa que él había construido con cartón prensado en las afueras de Trenton, Nueva Jersey, en los Estados Unidos. El hombre ya era por entonces un anciano pero conservaba cierta jovialidad y buen trato con la gente. Recibió a aquellos primeros médicos afablemente aunque sin poder ofrecerles nada porque nada tenía. En la única habitación de aquella vivienda había sólo una mecedora vieja de madera rugosa y una mesa con tantos años casi como el mismo dueño de casa. Nada más. Fue la primera prueba, sin ser concluyente, que tuvieron los hombres de ciencia para confirmar lo que los había llevado hasta allí. No había cama, ni catre, ni colchón, ni ninguna otra cosa que sirviera para acostarse en ella. Porque la noticia que habían recibido aquellos hombres de impecable aspecto y autos lustrosos aseguraba que Alphonse Herpin no dormía nunca. Más aún: el propio relato del anciano confirmó la versión y la amplió mucho más, ya que dijo que jamás en su vida había dormido ni siquiera una horita de siesta para recuperar fuerzas. Solamente se sentaba en la mecedora y, sin cerrar los ojos, dejaba que su cuerpo reposara por algún tiempo. Luego volvía a su trabajo de peón de albañil con el que había conseguido el sustento a lo largo de toda su vida. Médicamente aquello era imposible. La ciencia sabe y cuenta que el ser humano debe dormir necesariamente no sólo para darle descanso a su cuerpo sino, muy especialmente, para darle alimento a su mente. Es imprescindible dormir como lo es comer, beber o respirar. El humano puede soportar diferentes tiempos sin hacer alguna de estas cosas pero con límites. Sin embargo, Alphonse Herpin no tenía límites para eso. Poco a poco, desde aquel día, fueron llegando verdaderas legiones de médicos que pretendían estudiar el caso. Los albergues del pueblo ganaron inesperadamente buen dinero alquilando sus cuartos a los visitantes. El viejo Herpin fue vigilado permanentemente por hombres que se turnaron en guardias durante meses y meses, rebosantes de escepticismo y esperando con ansiedad descubrir algún tipo de fraude. Pero nunca lo vieron dormir. Por otra parte, no habiendo dinero de por medio no había estafa posible. Cuando los hombres de trajes oscuros que habían viajado hasta allí comprobaron que todo era cierto y que Alphonse Herpin gozaba de buena salud le preguntaron a qué se debía su insomnio, pero él ni siquiera sabía el significado de la palabra. Era muy simple y, por eso, contundente: dijo que le gustaba estar despierto porque así podía ver las cosas por más tiempo. «¿Qué cosas?», preguntaron los estudiosos. «Todo», dijo él sonriendo y sin aclarar nada más ni repetir la palabra. Vivió muy mimado aquellos años en los que se lo vio muy feliz, como siempre. Y el 3 de enero de 1947 murió casi sonriendo, durmiendo por primera vez en su vida. Tenía 94 años de

edad. Los que lo conocieron decían que se llevaba bien consigo mismo, sin necesitar nada más.

\* \* \*

## El verdadero Tarzán

El chimento de la historia cuenta que Juan Jacobo Rousseau fue un personaje muy polémico que se crió como protestante. Luego entró a un seminario católico debido a la piadosa protección de una dama de la época. Poco después abandonó sus estudios religiosos y vivió un par de años con esa misma dama. Más tarde tendría cinco hijos con una criada parisina para finalmente abandonarlos a todos a su suerte mientras él se dedicaba a frecuentar burdeles y cabarets pero también a ejercer su profesión de escritor y filósofo. En 1750 escribió un libro (*Discurso sobre las ciencias y las artes*) en el cual sostiene una teoría que sería inmortal: el hombre nace bueno por naturaleza y es la sociedad la que lo pervierte. Él tenía experiencia en esas cosas. Doce años más tarde Rousseau escribió su obra cumbre, *El contrato social*, donde señala que para vivir en sociedad las personas debemos resignar buena parte de nuestras libertades individuales y habla maravillas del hombre que es capaz de vivir en soledad y rodeado por la naturaleza en su más puro estado, sin necesitar otra cosa.

En 1912 el escritor Edgard Rice Burroughs creó, inmortalizándolo, a un personaje de esas características al que llamó Tarzán. Luego, con los años y la imaginación, llegaron Juana, Chita y compañía, pero en realidad Tarzán era originariamente un hombre solo en medio de la naturaleza. Lo curioso es que antes del nacimiento literario del Hombre-Mono, en 1903, un hombre llamado Irving Cooper vivía placenteramente en Londres con su mujer y sus tres hijos. El 3 de noviembre de ese año, Cooper —que había fundado y manejado con mucho éxito varias empresas británicas y ya contaba con 54 años de edad— desapareció de sus lugares habituales después de haberse despedido cariñosa y cotidianamente de su familia. Aparentemente había abandonado por propia decisión su considerable fortuna y su cómoda forma de vida sin darle explicaciones a nadie. No era un secuestro ya que no hubo pedido de rescate, ni una venganza porque no tenía enemigos. Se investigó, pero el hombre no había dejado ni una sola pista. Ocho años más tarde, un expedicionario y aventurero alemán de apellido Stern escrutaba los misterios del Congo cuando, casi sin creer lo que veía, se topó de pronto con Irving Cooper en plena selva africana. El inglés, ya de 62 años, estaba completamente desnudo y demostraba una insólita familiaridad con todos los animales salvajes, muchos de los cuales lo acompañaban y parecían obedecerle. Cooper recibió a los primeros hombres que veía en casi una década pero, cuando se lo propusieron, se negó terminantemente a volver a lo que ellos llamaban civilización. Dijo que ya había hecho en la vida todo lo que se suponía debía hacer un hombre de bien: se casó, tuvo hijos, creó empresas, fue honrado y leal. Pero estaba por completo decepcionado de un mundo que se regía sólo

por el dinero y el poder. Por eso había elegido la selva. Allí vivía entre los elementos naturales y contaba que aun entre las fieras más terribles se ignoraban muchos sentimientos deplorables tan comunes en los humanos. Dijo suavemente que jamás volvería. Y así fue. Stern y su expedición retornaron a Europa sin convencerlo. Un año después nació el Tarzán de ficción mientras que del real nunca más se volvió a tener noticias. Muchos pensaron con tristeza que era doloroso darle la razón y se negaron a aceptar que alguien prefiriera vivir entre monos, serpientes y leones antes que hacerlo en la civilización. Esa misma civilización, dos años después, comenzaba la guerra mundial. La primera, apenas. La historia no hacía más que darle la razón a Irving Cooper, el verdadero Tarzán, rey de una selva que él sentía como mucho más piadosa que la nuestra.

\* \* \*

## El miedo más grande

Habiendo concluido con las dos historias, advertí que tenían un toque desesperanzado y que los hombres no quedábamos muy bien parados, ya que parecía que era necesario recluirse para estar en paz. No era eso lo que había querido decir y, sin embargo, lo había dicho. De alguna manera difícil de explicar, el Miedo se filtraba un poco, después de todo. Tenía que usar armas mayores. Recordé un relato del doctor Carlos Pellicciotta, uno de los médicos que atendió a Gladys Motta, la vidente de las apariciones de la Virgen del Rosario en San Nicolás. A fines de la década del ochenta el doctor Pellicciotta es llamado de urgencia. Le dicen que en un barrio de San Nicolás hay un hombre joven que estaba poseído por el demonio. El médico, hombre de una fe poderosa, no acepta fácilmente lo que le anunciaron pero tampoco lo descarta. Al llegar al lugar, puede ver a una criatura, un chico de 19 años, delgado y de baja estatura, parado en medio de la calle con el rostro desencajado y emitiendo gruñidos como un animal salvaje. La gente lo miraba desde unos cincuenta metros, sin atreverse a acercarse más. El chico, hacía apenas unos minutos y a pesar de su aspecto esmirriado, había levantado un automóvil él solito, como signo de poder. Bufaba, se babeaba y se movía pesadamente. El doctor Pellicciotta estuvo en el lugar durante cuatro horas, en las cuales iba llegando más gente pero sin poder hacer nada. El padre Rafael Hernández, vicario del obispado local, apretaba un crucifijo con ambas manos y rezaba sin parar, con los ojos cerrados y la cabeza gacha. El padre Carlos Pérez, rector del santuario de Nuestra Señora del Rosario, le arrojaba agua común al pobre protagonista de aquella pesadilla intentando calmarlo. Nada cambiaba. En una de esas el muchacho, rodeado por gente cada vez más temerosa, aferra una camioneta rastrojera de su parte inferior y la levanta con una sola mano ante el terror y el asombro de todos los presentes. Se unieron tres policías, tres hombres fornidos de un taller mecánico cercano y el mismo doctor Pellicciotta para lanzarse sobre el joven y dejarlo fuera de combate. Siete hombres a los

que el poseído levanta en el aire, a todos juntos, como si fueran de papel. Según el relato del médico, ni siquiera pudieron lograr ponerlo de espaldas contra el piso entre todos ya que su fuerza era descomunal. «Sobrehumana», fueron sus palabras. Cuando le pregunté al doctor si era posible una explicación racional a todo aquello, tal vez una psicopatía severa o un daño cerebral, me contestó que no como para llegar a algo como lo que él mismo había visto y vivido. Agregó: «Mire, cuando lográbamos que estuviera un poco quieto, por dos segundos nomás, yo le inyecté Valium, Ampletil, Fenergam, todas drogas muy fuertes, capaces de dormir a un elefante con un cóctel como ése, pero sin que diera resultado con él. Al rato vinieron otros médicos y nada cambiaba». En ese punto el miedo ya era común a todos. Luego me enteré de que llegó al lugar otro sacerdote al que no puedo mencionar por su condición de exorcista —algo por completo admitido por la Iglesia Católica pero prudentemente manejado— y, con un crucifijo en la mano, mirándolo con fijeza, le dijo cosas que nadie escuchó. Todos los allí presentes, se sumaron de inmediato con la más poderosa de las armas: la oración. Fue un momento místico muy especial. El chico se fue calmando. Su hermana pudo acercarse, abrazarlo, apretarlo contra su pecho y lloraron juntos ante el silencio de todos los que observaban la escena. Todo había pasado. Aquel muchachito no recordaría luego nada del increíble episodio que había protagonizado. No era extraño que hubiera sucedido en San Nicolás, un centro mariano tan importante. No era extraño porque la Virgen es la gran enemiga del demonio de manera natural y él intentará atacar donde Ella reine. El 17 de febrero de 1989 la vidente Gladys Motta recibió uno más de los cientos de mensajes de la Virgen. Es muy clarito al referirse al enemigo, al miedo más grande: «Yo lo venceré, ya he comenzado a vencerlo. He aquí que el mundo debe saber que la Madre de Cristo triunfará sobre Satanás porque junto a ella estarán los humildes de su Hijo».

\* \* \*

## La posesión de Germana

El abate Sutter sofrenó a los dos caballos que tiraban de su carro en el mismo momento en que un relámpago iluminó la escena, espectral, en medio de una de las peores tormentas que se recordaban en aquel pueblo de la región de Natal, en Francia. Era el mes de enero de 1906. La lluvia azotaba los árboles que parecían gemir con cada latigazo del viento cuando el abate Sutter, desmintiendo sus setenta años, saltaba del carro y corría hasta una habitación superior de la casa. Se detuvo frente a la puerta, muy agitado, con el rostro húmedo por el sudor de dentro y la lluvia de afuera. Varias personas de la familia de esa casa lo rodeaban, expectantes y listos a obedecer cualquier orden que les diera. El abate Sutter cerró los ojos blandamente para serenarse. Pidió quedarse solo, puso en sus hombros la estola religiosa, se persignó y entró de golpe en aquel cuarto, con el semblante pálido pero el paso firme. Allí encontró lo que le habían dicho, lo que más temía, lo que más aborrecía: una posesión diabólica. Germana, la

joven hija de la familia, estaba suspendida en el aire, trasladándose de un lado al otro de la habitación y riendo con un sonido gutural y repugnante que nunca había sido el suyo. Emitía, también, mezcladas con el ruido de la tormenta, unas palabras en un idioma que el cura no alcanzó a descifrar allí pero que luego definió como el arameo, una lengua sagrada ya que era la que hablaba Jesús. Un idioma que hace siglos nadie practica y poquísimos son los que conocen sus sonidos. El abate leyó algunas líneas del libro que llevaba con él, pero la risa parecía aumentar grotescamente como burlándose de la impotencia del sacerdote para detener aquello. El pobre cura no era experto en aquellas cosas y hacía lo que podía. Ahora el cuerpo de la joven se desplazaba cada vez a mayor velocidad hasta que, de pronto, aquella fuerza la abandonó como si se hubiera aburrido de la escena y la dejó caer sobre la cama. Por esa vez todo había pasado. Pero Germana volvería a ser víctima de posesiones como aquélla en muchas ocasiones más. Hasta que el 24 de abril de 1907 un experto exorcista, Monseñor Delalle, obispo de Natal, encaró él mismo a la bestia. En medio de una feroz batalla, esta vez con varios testigos, la voz espantosa que surgía de la garganta de la pobre joven suspendida en el aire se mofó del prelado, diciéndole, ahora en francés: «Y bien, obispo, me miras muy sorprendido. ¡Vamos, obispo, haz un poco lo mismo que yo!». El monseñor roció con agua bendita el cuerpo de la infortunada y pronunció su conjuro. Enseguida se escucharon blasfemias y expresiones de furia. Pero el cuerpo de la muchacha se desplomó sobre el lecho. Dos horas más tarde el obispo había terminado su labor. Estaba extenuado y Germana lloraba desorientada y confusa. Pero aquélla sería la última vez. Dios había vuelto a triunfar sobre el gran enemigo. Este es uno de los hechos más famosos de posesión comprobada por autoridades eclesiásticas. No sientan alivio. No es el único caso. Hoy mismo, en algún lugar que puede estar cercano, siguen existiendo las posesiones diabólicas y los exorcistas. La vieja, eterna, lucha entre el bien y el mal.

\* \* \*

## Exorcistas

Como posiblemente ya lo habrán visto en el cine, el exorcismo es un ritual que sólo unos pocos pueden realizar para expulsar al demonio que se adueñó de una persona. No sería raro que alguno frunza los labios o levante las cejas al leer aquí palabras tales como demonio, posesión, exorcista y toda esa mala yerba. Es comprensible dudar de estas cosas en un mundo rendido al racionalismo, pero no se atrevan a negarlas. Habrán oído que lo mejor que le puede pasar a Satanás (palabra que significa literalmente «el enemigo», «el adversario») es que uno crea que no existe. Y es cierto. Si uno ve a un ladrón pero prefiere negarlo y decir que no existe, el ladrón robará alegremente y mejor que nunca. Si alguien tiene una enfermedad sumamente grave y elige negarla, afirmar que no existe, la enfermedad avanzará hasta matarlo, no tengan dudas, abriéndose paso cómodamente ante la nada que le ponen por delante. Por eso, no nieguen al maligno ni a

la posesión. De ninguna manera se trata de algo perteneciente a la ficción. Se sabe que, con la autorización de la Iglesia, se llevan a cabo muchos exorcismos por año en diferentes lugares del mundo. Los casos actuales suelen conservarse en secreto con mucho celo, pero los hay históricos ya reconocidos como el del Hermano Rafael de la Orden de los Ermitas, ocurrido en Italia en el año 1469. La historia cuenta que el monje, al ser poseído, fue encadenado por sus mismos compañeros para evitar que dañara a otros o a sí mismo, pero rompió esas cadenas mientras lanzaba gritos guturales. En medio de una gran batahola tras los muros del convento y con la ayuda de una docena de frailes sumamente fuertes —algo más común de lo que ustedes creen— pudieron dominarlo a duras penas. Se lo encerró en una celda, pero casi enseguida salió por entre los barrotes de manera increíble. Mostraba una fuerza descomunal y se elevaba en el aire, flotando, mientras reía a carcajadas con un sonido que helaba la sangre del resto de los ocupantes del monasterio. Con mucho esfuerzo y entre todos lo llevaron hasta las puertas de la iglesia donde invocaron a San Nicolás a la vez que el prior leía un exorcismo. Recién entonces el Hermano Rafael cayó de rodillas y comenzó a entonar el *Te Deum* a toda voz. El peligro había sido superado. Al menos en esa ocasión. Este hecho no es fruto de una imaginación fértil sino que es histórico y está narrado en detalle en el libro *Vida de San Nicolás de Tolentino*, escrito por el sacerdote Ambrosio de Siena.

Hay otro caso, mucho más cercano en el tiempo, en 1864. Fue el de dos niños de Illfurt, en Francia. Se llamaban Thiebaut y José Burner, de ocho y diez años de edad. Sus formas de expresión al ser poseídos eran similares: voces extrañas salían de sus bocas, hablaban idiomas desconocidos, reían a carcajadas, se elevaban en el aire donde se mantenían mofándose groseramente de quienes los miraban aterrados. La agonía se repitió durante cuatro años ante la desesperación de sus familiares. Fueron tratados por decenas de médicos sin que se encontrara solución alguna a aquello. Hasta que, en 1869, un exorcista alemán del que nunca se dio el nombre se encerró con ambos durante dos semanas. Al cabo de ese tiempo el sacerdote se fue sin siquiera despedirse. Los chicos no volvieron a sufrir jamás aquel terrible estado y vivieron su vida de adultos con normalidad.

\* \* \*

## La Biblia y la posesión

En el Nuevo Testamento, en San Lucas (8-2) se habla de quienes acompañaban al Señor y dice textualmente: *y algunas mujeres que habían sido curadas de espíritus malignos y de enfermedades: (como) María, llamada Magdalena, de la que habían salido siete demonios...* En el mismo evangelio de Lucas, ahora en 8-26, hay un caso muy claro. Ustedes pueden leerlo allí con detalles. Abreviándolo, Lucas cuenta que un hombre cayó a los pies de Jesús. Ese hombre vivía en sepulcros y aparecía siempre vestido con harapos y sucio, como en ese momento. Estaba poseído por los demonios,

cuenta textualmente la Biblia. Lo ataban con cadenas y lo aferraban a hierros que él rompía con fuerza sobrehumana. Encaró a Nuestro Señor y le gritó «¿Qué hay entre vos y yo, Jesús, Hijo del Altísimo? Yo os conjuro a que no me atormentéis». Cuando Cristo le preguntó cuál era su nombre, aquel personaje respondió: «Legión», ya que eran muchos los demonios que lo poseían. Jesús miró a su alrededor y vio un rebaño de puercos. Enseguida ordenó a los demonios que poblaban al hombre que pasaran al cuerpo de los cerdos. Cuenta San Lucas que, de inmediato, los animales parecieron enloquecer y corrieron para arrojarse al lago cercano donde todos murieron ahogados y dejando al hombre libre de sus demonios para siempre. Al enterarse de lo ocurrido, los pastores de aquel lugar llamado Gergesa corrieron hasta donde se habían desarrollado los hechos. Lucas cuenta: *encontraron al hombre del que habían salido los demonios, sentado a los pies de Jesús, vestido y en su sano juicio, y se llenaron de miedo...* El miedo, una vez más. A pesar de aquel final feliz, los pastores sentían miedo simplemente porque siempre el hombre ha temido a lo que no conoce, a lo que no puede explicar. Por eso algunos sentirán miedo puro ante estos relatos y otros sentirán furia, bronca, desdén, desprecio, burla, odio incluso o negación. Al fin de cuentas todas esas cosas son, también, otras formas del miedo. Desde la caída de los ángeles que eligieron seguir a Lucifer, como nos cuenta la Tradición, los demonios intentan ganar al hombre —un preferido de Dios— ya que no pueden hacerlo con Dios mismo. Esta es la explicación teológica de las posesiones, el punto más alto de esa batalla. Algo que ocurre de manera casi cotidiana pero secreta. Aunque cueste creerlo. Tal vez algún bobo intelectual que imagina que la fe es algo que no puede permitirse (o que los demás no se lo perdonarían) ataque de manera presuntamente racional diciendo que no es posible, a esta altura, apoyar una idea con los Evangelios que han sido escritos hace veinte siglos. Cosas como el fuego o la rueda —por decir algo— son aún más antiguos y, sin embargo, todavía tienen una cierta utilidad, creo. Linda palabra creo.

\* \* \*

## La Iglesia y el exorcismo

Para el católico no puede haber dudas en este tema. Me limito a copiar textualmente lo que dice el Catecismo de la Iglesia Católica, que fuera redactado por doce obispos de una inteligencia superior y no hace dos mil años, apenas cinco, en 1992. En su punto N° 1673 dice:

*Cuando la Iglesia pide públicamente y con autoridad, en nombre de Jesucristo, que una persona o un objeto sea protegido contra las acechanzas del Maligno y sustraída a su dominio se habla de exorcismo. Jesús lo practicó, de Él tiene la Iglesia el poder y el oficio de exorcizar (...) El exorcismo solemne sólo puede ser practicado por un sacerdote y con el permiso del obispo. En estos casos es preciso proceder con prudencia, observando estrictamente las reglas establecidas por la Iglesia. El*

*exorcismo intenta expulsar a los demonios o liberar del dominio demoníaco gracias a la autoridad espiritual que Jesús ha confiado a su Iglesia. Muy distinto es el caso de las enfermedades, sobre todo psíquicas, cuyo cuidado pertenecía a la ciencia médica. Por tanto, es importante asegurarse, antes de celebrar el exorcismo, de que se trata de una presencia del Maligno y no de una enfermedad.* Muy atinada esta última observación ya que, si bien queda claro que la posesión demoníaca es un hecho, también hay que decir con mayúsculas que no es algo tan común como para que uno pida un exorcista cada vez que le va mal en el trabajo, lo bochan en un examen o la novia lo dejó. Casos mucho más dolorosos y duros que éstos, como son las psicopatías severas, deben ser tratados por médicos psiquiatras aun cuando sea natural que uno busque la «mágica» solución de un exorcismo.

En otro orden de cosas, todos los católicos han sido exorcizados. De lo contrario no serían católicos ya que la primera y elemental práctica de esta apelación sobrenatural para sacar a los demonios del cuerpo se llama bautismo y su objetivo es —precisamente— liberar al candidato del diablo y, a través de sus padrinos, renunciar a él y a sus tentaciones. Al hacerlo, el sacerdote pronuncia varios breves exorcismos. El coludo se retirará y la pureza de los chicos los mantendrá un buen tiempo a salvo de él, pero no vayan a creer que se rendirá. Nada de eso.

\* \* \*

## Un pacto con el diablo

En el principio de los tiempos, como sabemos, un ángel se rebeló a la autoridad de Dios queriendo ser tanto como Él. Era un ángel al que el Creador había colmado de bienes espirituales, poderosamente inteligente y muy luminoso. De ahí que la tradición cuenta que se lo llamaba Lucifer, que significa «*el que lleva la luz*». Y eso en un génesis de ángeles donde todos eran portadores de luz, así que imaginen. Tanto había dado Dios a Lucifer que éste creyó que podría competir con Él ya que se sentía su igual. No sólo cometió el más grande error sino el que desde entonces es considerado como el mayor de los pecados, la soberbia. Un tercio de los ángeles del Cielo se rebelaron con él, que se transformó en el demonio, se enfrentó desde siempre a Dios y pasó a ser la misma representación del Mal. Algunos ateos suelen preguntar socarronamente cómo fue posible que Dios permitiera que un ángel se rebelara siendo Él quien todo lo puede y todo lo sabe. Sin pisar terrenos de la teología, se puede decir que tal vez Dios permitió tal cosa para que los mortales podamos distinguir entre lo bueno y lo malo. Y optar. Dios nos estaba dando el libre albedrío. Nos regalaba nada menos que la Libertad. El caso es que el demonio ahí está, dejándose ver a diario por sus acciones, muchas de las cuales salen en los periódicos o los noticieros de televisión aunque adjudicadas a gente de diferentes lugares, lenguas, costumbres y religiones, si es que tienen alguna. Parecen socios del demonio, nuevos adherentes al luminoso Lucifer, el ángel caído, el ángel traidor. Y a lo

largo de la historia han existido muchos casos de pactos con el diablo. Lo que sigue es un hecho real que ocurrió en Francia en el año 1695 y fue protagonizado por dos muchachos llamados Bernett y Desfontaines que eran entrañablemente amigos. Tan grande era aquella amistad que decidieron jurar que la continuarían en la vida y en la muerte. Para eso se les ocurrió la mala idea de realizar un pacto mágico con el diablo: casi como un juego le pidieron que, cuando uno de ellos muriera, tuviera poderes para presentarse al otro en cualquier momento. En dos pedacitos de papel formularon la promesa que habían escrito con su propia sangre. Luego enterraron el documento en una colina donde se supone que moraba el demonio, de acuerdo con lo que un hechicero les había confiado. Dos años después, el 31 de julio de 1697, Bernett descansaba en el campo, solo. Su amigo estaba de viaje. De pronto, Bernett sintió un mareo muy extraño que lo abombaba y vio cómo frente a él se iba formando la imagen de su amigo ausente hasta ser perfectamente visible. Desfontaines le dijo: «Cumpló la promesa. Ayer me he ahogado en Caén a esta misma hora... Estando de paseo tuve el capricho de bañarme en el río porque hacía mucho calor, pero sufrí un desmayo y morí ahogado... Hoy vengo a visitarte como habíamos quedado...». Desde ese momento en adelante se cuenta que fueron muchas las apariciones de Desfontaines a su amigo Bernett, que no disfrutaba de aquellas visitas y parecía volverse más y más viejo después de cada una de ellas. Sintió que por esa incursión en lo desconocido pagaba el altísimo precio de la eternidad de su alma. Se arrepintió del pacto, se volvió muy místico, se ordenó sacerdote y murió años más tarde en un monasterio de clausura. El día de su muerte hubo un incendio en la colina de Valogne, aquella donde habían enterrado los pedacitos de papel con la promesa. Un incendio inexplicable, espontáneo y devastador. Se quemó todo. Salvo, curiosamente, dos pedacitos de papel que se guardaron en el monasterio para siempre, y que cerraron así el círculo de otro hecho inexplicable.

\* \* \*

## La fiesta

Joan Manuel Serrat, en su tema «Fiesta», arranca diciendo un *Gloria a Dios en las alturas* porque la gente recogió las basuras de su calle, la iluminó, colgaron un cartel de esquina a esquina y la llenaron de banderas de papel verdes, rojas y amarillas. Es la fiesta. La noche de San Juan donde comparten su pan, su tortilla y su gabán gentes de cien mil raleas. Es la fiesta. Una tradición de varios puntos de España, el momento en que celebran simplemente estar vivos el patrón y el obrero, sin nada que los diferencie. En la Argentina hay también una fiesta de San Juan que comienza el 23 de junio, dura dos días y puede verse en muchos pueblos de Misiones, Formosa, Chaco y Corrientes. Pero el centro de los festejos consiste en una ceremonia donde —como ocurre muy a menudo en todas las provincias y también en la Capital— se mezclan de una manera curiosa un fuerte y fervoroso cristianismo con antiguos usos, costumbres o

supersticiones. Ese ritual consiste en preparar en el suelo un colchón de brasas encendidas que supera los veinte centímetros de alto, tiene un metro de ancho y algo más de dos metros de largo. Los que han hecho alguna promesa y se les ha otorgado lo pedido o aquellos que hacen la promesa en ese preciso momento se descalzan y con pasos normales, sin correr pero sin detenerse, cubren a lo largo ese trayecto de fuego. Si no reciben quemaduras significará que su fe está intacta y que se cumplirá aquello que desean. Son cientos de colchones encendidos con destellos rojizos que se prepararon en los patios de las casas, los centros comunitarios o en plena calle. Miles los hombres y mujeres que, al llegar la medianoche, se largan a caminar sobre las brasas. Lo extraordinario es que ninguno se quema, mantienen las plantas de sus pies exactamente igual que antes del ardiente paseo. Ninguno, sin que haya algún tipo de explicación racional para este fenómeno que se repite año a año desde tiempos perdidos en la memoria. Convencidos de que se trata de honrar a San Juan y a través de él a Dios, los promesantes llevan a cabo un verdadero acto de fe. Esa es la única protección que tienen y, por lo visto, alcanza y sobra. Sé que es un tema polémico y que unos cuantos personajes de mi Iglesia Católica, haciendo causa común con pulcros intelectuales rebosantes de ateísmo, fruncirán la jeta con estas cosas, pero es bueno recordarles que la fe popular es la que siempre se anticipa a la pobre razón y a las aprobaciones oficiales. Por otra parte, en muchos de esos lugares los sacerdotes así lo comprendieron y son justamente ellos los que suman en lugar de restar: bendicen las brasas antes de la caminata, ante el respeto, la aprobación, la fe y seguramente el amor cristiano de los fieles que esperan para pasar la prueba. El diario *Clarín* del 25 de junio de 1997, en una nota de su corresponsal Patricio Downes, cuenta que en Posadas el cura Alberto Demchan —un chaqueño que ya sabía de estas cosas— aceptó que una de las ceremonias de fuego se realizara frente a su iglesia, bendiciéndolos. Si los que fruncen la jeta con estas cosas que no entienden (ni nunca entenderán, faltaba más) creen estar libres de culpas y llenos de fe, están invitados a demostrarla caminando por las brasas como en una ordalía medieval, sí, pero ahora, como lo hacen estos soldaditos de Dios que tienen piel oscura, poco rebusque, mucho amor cristiano y ya saben qué más. No hay miedo que se resista a la Fe, pensé. Y me acordé otra vez de la ciudad de San Nicolás.

\* \* \*

## Una ciudad asombrosa

El 25 de septiembre de 1983 la señora Gladys Herminia Quiroga de Motta, una dulce mujer que sólo llegó a cursar hasta el cuarto grado de la escuela primaria, recibió la primera de las apariciones de Nuestra Señora, en su casa de San Nicolás y mientras rezaba el rosario como lo hacía a diario. Las apariciones se repitieron, lo mismo que los mensajes que llegaron a ser más de 1.800. Sin pedirlo, sin proponérselo y sin esperarlo,

Gladys pasó a ser protagonista de uno de los hechos más impresionantes de nuestra historia en lo que hace a la fe. El primero en escucharla fue el padre Carlos Pérez. Luego se sumaron médicos, teólogos y muchísima gente de la Iglesia Católica. Gladys se prestó pacientemente a una infinita cantidad de pruebas físicas y psíquicas, todas con óptimo resultado. Vinieron para verla muchos expertos extranjeros, como el sacerdote francés René Laurentin —el mayor especialista mundial en la investigación de las apariciones de la Virgen— y varios enviados por el Vaticano. Lo que al principio fue tomado con tibieza comenzó a crecer en los ámbitos de debate de las autoridades de la Iglesia y, de manera especial, entre el pueblo. Y ya nada ni nadie lo detendría. El 25 de septiembre de este 1997, al cumplirse catorce años de la primera de las apariciones, más de 200.000 fieles se llegaron a San Nicolás para honrar a la Virgen en el santuario que aún se está construyendo.

En todos estos años en esa ciudad han brillado como con chispas de luz varios rosarios gigantes de esos que se cuelgan en las paredes de las casas. El doctor Pellicciotta fue testigo de dos de esos fenómenos y los describió como «relámpagos chiquitos» que surgían de aquellos objetos de madera, lo que hace imposible que condujeran otra electricidad que no fuera la sobrenatural, la inexplicable.

Muchas personas —miles ya— han testimoniado que sus peticiones a Nuestra Señora de San Nicolás han sido escuchadas en curaciones de enfermedades. Roberto Lovato, por mentar un caso, es un argentino con un alto nivel ejecutivo en una importante empresa norteamericana. En 1987 su esposa Amanda tenía un grave problema de salud. Ambos fueron al santuario y rogaron a la Virgen con profunda devoción. Amanda se curó. Han vivido en Nueva York desde hace años y Roberto se tomó el trabajo de traducir los 1.800 mensajes y hacerlos conocer allá, con sus respectivas citas bíblicas prolijamente ordenadas. Hace mucho que en las reuniones sociales en su casa les pide a sus invitados —generalmente ejecutivos de distintas empresas— que, antes de disfrutar la velada, se tomen todos de las manos formando un círculo y orando en silencio por dos minutos. Son altos ejecutivos norteamericanos, no monjes capucinos. Pero se suman a ese acto de amor aun los que profesan otras religiones pero respetan a todas, como debe ser. Eso que hace Roberto es evangelizar en serio.

A Gladys Motta le han aparecido en muchas ocasiones los estigmas, las marcas sangrientas de los clavos que atravesaron las manos y pies del Señor en la cruz. Hay muchos testigos de eso. Más de una docena de médicos inobjectables, decenas de sacerdotes y gente común. Juan Carlos Saravia, magnífica persona y el gran músico que fundó Los Chalchaleros, el grupo folklórico más importante de nuestra historia, fue uno de esos testigos. En 1991 él y su esposa, ambos devotos marianos, visitaron a Gladys un par de días después de Semana Santa. Ella los recibió de manera excepcional ya que no quiere saber nada con la popularidad que no buscó. Allí fue donde alargó sus manos para mostrar en la intimidad esas llagas que Saravia definiera luego como «unas lastimaduras que estaban cicatrizando». Y agregó: «nos contó que durante Semana Santa le sangran y que, después del Domingo de Pascua, comienzan a sanar. Pudimos tocar los estigmas. Ella no dio muestras de dolor porque ya estaban desapareciendo... Aquello fue para

nosotros una emoción muy fuerte, a uno se le saltan las lágrimas. Mantengo un gran respeto por Gladys porque dio pruebas fehacientes ante todos de que es un vínculo entre la Virgen y los hombres».

En esa misma ciudad de San Nicolás se produjo en más de una ocasión y ante muchos testigos el fenómeno conocido como «la danza del sol», que se vio por vez primera en 1917 en Fátima y aquí, en Argentina, pudo verse, igualmente, en la ciudad de Santa Fe. También en San Nicolás y específicamente en el santuario, ocurrió otro hecho inexplicable: una bella imagen de la Virgen de Fátima que había sido donada por Lucrecia Saravia fue puesta en un lugar especial del templo y bendecida por el entonces obispo del lugar monseñor Domingo Castagna el 25 de julio de 1993. El manto de Nuestra Señora de Fátima es blanco pero, pocos días después, apareció bajo la cúpula protectora de acrílico (inaccesible) con el color cambiado. Ahora era celeste, como el de la Virgen de San Nicolás. Nadie supo ni pudo explicar esto, ni arriesgar un significado. Cualquiera que vaya ahora al santuario puede comprobar lo dicho con sus propios ojos. Uno de los primeros mensajes de María a Gladys, el del 13 de octubre de 1983, decía en un momento dado: *«No tengas miedo. Ven a verme. De mi mano caminarás y muchos caminos recorrerás»*. La frase con la que, de acuerdo con las Escrituras, se presentan los ángeles a los mortales es «no temáis». Esta misma frase la repitió en catorce idiomas diferentes Juan Pablo II, desde su balcón, el día en que comenzó su papado.

\* \* \*

## ¿Quién dijo miedo?

A menudo me preguntan si la gente que vive hechos sobrenaturales se asusta muchísimo o quedan paralizados por el miedo ante algo que no pueden explicar con la razón. Una historia lo responderá mejor que yo.

Guadalupe Rosa Aballe tiene 28 años, aparenta diez menos, ama su profesión de maestra y es una bella morena de ojos enormes, oscuros y tibios como la boca de un volcán. Confieso un especial cariño por ella por ser una de las lectoras que me visitó trayendo su oración cuando estuve internado y, además, por su explosiva e insobornable fe que la hace bella también por dentro. Cuenta un par de hechos asombrosos vividos por su mamá, Telma, y por ella:

*Mi mamá sintió un impulso repentino de mirar al cielo y vio el sol de colores, primero celeste, luego rosado, turquesa, azul oscuro y de pronto completamente blanco como una luna. Al mismo tiempo lo veía girar sobre un eje a mucha velocidad, algo impresionante que la subyugó. Como estaba sola en el departamento, llamó a unos primos míos preguntándoles si veían lo mismo, pero ellos le dijeron que no. Ese mismo día me lo contó cuando yo volví del trabajo y le señalé algo que ella no sabía: era el 25 de abril de 1996. Era 25, el día de la Virgen de San Nicolás, que es el lugar donde mucha gente ha visto ese fenómeno que se llama «la danza del sol». Mi mamá ni*

*siquiera sabía qué era eso, se enteró por mí. Desde ese día hasta hoy, cada vez que mi mamá mira al sol lo ve de esa manera. Yo sólo lo vi así en dos oportunidades. En San Nicolás, junto a mucha gente que fue testigo. Al principio el sol se puso blanco como una luna enorme. Empezó a girar a una velocidad asombrosa y despedía como una luz rosada y azul. Todos los que estábamos allí nos quedamos mirando impresionados, pero nadie dio muestras de sentir miedo.*

*En marzo del año pasado me ocurrió otra cosa inexplicable y hermosa. Yo estaba pasando por un momento personal muy difícil en mi vida. Había llegado a pensar locuras, tonterías de las que una se arrepiente luego.*

*En ese momento yo vivía en Estados Unidos y una noche en la que estaba medio somnolienta, en ese estado entre el sueño y la vigilia, vi a los pies de mi cama a la Virgen de Medjugorje. Hermosa, llena de luz. En las manos llevaba un incensario del que salía un humo blanco y que balanceaba arriba mío como si estuviera bendiciéndome ¿entendés?... Todo era blanco y luminoso. Después se da vuelta y se va, pero lo que me llamó la atención era que no caminaba apoyada en el piso. Caminaba en el aire, se deslizaba. En ese momento me agarró como un chucho de frío, una cosa, que hizo que me despabilara del todo.*

*¿Miedo? No, no sentí miedo en ningún momento, al contrario. Mientras ocurría fue todo muy tranquilo y después me quedó una paz tremenda que era precisamente lo que yo estaba necesitando. Sentí como que la Virgen había venido en mi ayuda en uno de mis peores momentos y en verdad me ayudó. La Virgen de Medjugorje, la Reina de la Paz, realmente me dio esa paz que yo ansiaba. Yo sentí muy fuerte la presencia espiritual de María y no solamente no tuve miedo en absoluto sino que se me fueron todos los temores, las dudas, lo malo que me estaba pasando, como si me lo arrancaran. Sentí claramente «la Virgen está acá». ¿Cómo voy a tener miedo? ¿Te parece que sintiendo eso se puede tener miedo?*

No, Guada, tenés razón. Lo que sigue lo confirma.

\* \* \*

## El antídoto del miedo

Ella se llamaba Inés, era rubia, de ojos cálidos, muy bonita y con algo que la hacía diferente a todos los chicos y chicas que, como ella, rondaban los trece años. Era como si una luz la acompañara a su paso, toda sonrisas, toda pureza. Inés era hija de padres de un alto nivel social, con cierto poder y mucho dinero. No era eso lo que a la chiquita le interesaba. Le gustaba mucho cuando visitaba a los pobres del lugar y les llevaba ropas y comida. Ellos la habían apodado *la criatura de Dios*. Con ese nombre es conocida Inés en su época, el año 300 de nuestra era, cuando los cristianos eran perseguidos de manera brutal y aún se los lanzaba a los leones o se los hacía pelear en el circo con gladiadores sin piedad. La vida de Inés podría haber sido muy cómoda pero ella eligió al cristianismo

y el cristianismo la eligió a ella. Augusto, emperador de Roma, se entera de que en esa familia patricia hay una bautizada en la fe de Cristo y manda a sus soldados a pintar en las paredes de la casa las letras «CC» en rojo, así se marcaban los hogares para que perdieran toda protección y segregaran a los que allí vivían. Un joven pagano, Claudio, se enamora de la bellísima Inés y la pide por esposa, pero ella le responde que no puede casarse con nadie pues su esposo es Jesucristo. Claudio, loco por el despecho y como en la peor de las telenovelas, busca vengarse y la denuncia ante el tribunal romano. Los apestosos, arrugados e intolerantes jueces la acusan de ofender a los dioses y la hacen detener. La chiquita, que se veía a sí misma como una corderita, era frágil y delicada. La encadenan y así la empujan por las calles hasta un calabozo siniestro. De allí la sacan sólo para enfrentar al juez Aspasio que la amenaza con martirio y muerte en la hoguera a menos que ella renuncie a sus creencias. Inés, la dulce, encadenada y sucia, le da una única respuesta: «Soy cristiana». Vuelve al calabozo y allí reza en medio de la oscuridad. Sus padres quieren convencerla de adorar a los dioses paganos para salvarse pero ella se niega con su habitual suavidad. La criatura de Dios, la corderita, está dispuesta a morir por aquello en lo que cree. Ante tanto coraje, dos de sus guardias se convierten secretamente al cristianismo y uno de ellos le lleva una noche la comunión oculta entre sus ropas. Inés la recibe y dice «Señor, yo no soy digna, pero di una sola palabra y mi alma será sana». Claudio, el pretendiente despechado que la acusó, muere. Se le permite a Inés ir al velatorio y ruega allí a Dios por la vida de ese muchacho. Claudio despierta de la muerte como de un sueño y lo primero que dice es «Inés, tu Dios es el mío y Él es nuestro Salvador». Pero por esa resurrección Inés es acusada ahora de brujería y condenada a morir en la hoguera. En medio de una multitud de cristianos que dan la cara en ese día para estar junto a la corderita, Inés sube a la pira. Encienden la hoguera, todo es fuego crujiente, pero la criatura de Dios reza en medio de las llamas que la evitan y ni siquiera la rozan. Llenos de cólera, los brutales jueces romanos hacen bajar de la hoguera a la bella chiquita de apenas trece años que los mira en paz. Dan una orden y un verdugo la toma por los cabellos y la degüella. Como a una corderita. Las estampas mostrarían para siempre a Santa Inés como una hermosa adolescente de pie sobre una nube, con gesto alegre, un corderito blanco junto a ella, la roja corona de espinas del martirio en su mano derecha y —sobre todo— llevando en su mano izquierda la palma verde que simboliza el triunfo. La Fe —madre del Coraje— había vencido, una vez más.

No hay miedo que se resista a la Fe, pensé cuando ya me estaba quedando dormido y el personaje de negro se había ido o, tal vez, nunca había estado allí, quién puede saberlo.

DOS  
Noviembre de 1996  
La casualidad es una falsa dama

Cuando llamé a mi amigo el doctor De la Fuente para decirle que el pecho me dolía desde hacía ya tres días no me sopapeó sólo porque por teléfono no se puede. Mucho tiempo para algo así, él tenía razón. Faltaban diez minutos para la una del mediodía y me dijo, conteniendo la bronca, que fuera de inmediato a verlo al Instituto de Diagnóstico pero que no manejara yo. Así lo hice. Luis de la Fuente tenía ese día un almuerzo de trabajo con unos colegas norteamericanos que habían venido a estudiar sus técnicas. Suspensión ese almuerzo para hacerme el cateterismo de estudio de inmediato y es posible que haya tenido en ese momento algún tipo de recuerdo para mi pobre madre. Me metió en la sala apenas llegué, no había tiempo para divagues ya que esa noche viajaba al exterior y ni siquiera tenía el equipaje listo. Si yo hubiera llamado a Luis cinco minutos más tarde ya no lo habría encontrado en el sanatorio, él de allí se habría ido al almuerzo, luego a su casa y más tarde a tomar el avión a México para regresar quince días después y enterarse, seguramente, de que yo me había mudado al Otro Barrio. Porque si no lo hubiera encontrado cuando llamé, puedo asegurar que me habría dicho a mí mismo que iba a aguantar hasta su regreso por confiar en él como en nadie. Y, sin darme cuenta siquiera, habría comprado todas las rifas de una muerte súbita como para ganarme el premio, nomás. Cuando terminó de estudiar mis coronarias aquel 5 de noviembre yo pretendí resistirme a la internación pero el doctor De la Fuente ni siquiera escuchó mi protesta. Recuerdo que le dije: «Luis, me estás tratando como si morirme fuera cosa de minutos si no me internás». Y mi amigo, el que sabe, respondió:

—De minutos no sé, pero te puedo asegurar que si no venías como lo hiciste es muy posible que fuera cuestión de horas.

Y me mandó a terapia intensiva de entrada. Es un hombre de mucha fe, un firme creyente, y tal vez por eso no se asombró demasiado cuando luego hablamos de esos cinco minutos que cambiaron el curso de mi historia.

—Lo que pasa es que Arriba no te quieren, no hay nada que hacerle. Te bajan de un sopapo cada vez que amagás ir —me dice a menudo y suaviza la broma con cariño agregando que aún debo tener algo importante que hacer por aquí. Después sonrío y mueve la cabeza al decir:

—En serio ¿eh?... Cinco minutos después no me hubieras encontrado.

—Y quince días más tarde vos tampoco a mí.

En el segundo día de internación el Miedo se había ido, al menos por el momento y corrido por la Fe, que siempre estaba aunque, de puro humilde, no andaba mostrándose a cada rato. Por la noche yo escuchaba radio y, en el exacto momento en que sonó el último top que indicaba que eran las doce en punto, una chica joven y de aspecto simpático apareció junto a mi cama sin que ningún sonido la hubiera delatado hasta entonces. Vestía jeans y su blusa era suelta, como su cabello. Sonreía mucho y lo hacía también con los ojos que delataban una picardía que uno no sabía si considerarla

agradable o peligrosa. Todavía ignoraba quién era ella pero no importaba mucho. Ya habían venido muchos amigos y también algunas enfermeras de otros pisos para decirme que habían leído alguno de mis libros o para desearme suerte. Ella podía ser una más que pasaba y lo hacía así vestida porque ya se estaba yendo a su casa. A las doce en punto de la noche bien podía ser un final de turno.

—Con el último toque de la señal —dije con tono de locutor—. No sé quién sos pero llegás de una manera puntualísima y a la hora de las brujas. Linda casualidad.

—Gracias por lo de linda —me dijo la Casualidad, ya que de ella se trataba y yo acababa de mencionarla pero sólo por casualidad.

—Bienvenida —le dije—, siempre me pareciste muy seductora. Pero admito que muchas veces dije que no existías.

—Ya lo sé. Me llamás coincidencia. Y bueno. Coincidencia, casualidad, causalidad, como quieras. ¿Qué importa más? ¿El nombre que me den los intelectuales que no entienden de esas cosas o lo que yo hago? —dijo mientras por el pasillo un apuesto médico cuarentón caminaba rumbo a la sala de espera con buenas noticias sin saber que se encontraría con la hija del paciente, el gran amor de sus veinte años, tan grande como para que los dos aún siguieran solteros después de aquella separación por una tontería, que se arreglaría en segundos por casualidad.

El bello personaje que estaba junto a mi cama me contó que trabajaba en un circo, que era la equilibrista. Hacía malabares con unas cuantas pelotas, las pasaba de una mano a la otra mientras caminaba por la cuerda floja sin dejar de sonreír. Abajo la gente se reía, se asustaba, se emocionaba y, sobre todo, se asombraba al verla en acción. Luego ella comenzaba a tirar hacia abajo esas pelotas con las que había hecho malabares, pero que ahora parecían reproducirse de la nada ya que eran diez, cien, mil. La gente atrapaba las que podía porque sabía que, en cierta forma, eran un pedacito de ella misma, de la Casualidad, y que era bueno tenerla del lado de uno. Por eso juntaban y juntaban, alegremente.

—¿Y quién gana? —cometí la tontería de preguntar.

—El que tiene más pelotas —dijo, siempre sonriendo.

Me caía muy simpática, a decir verdad. Y alguien muy familiar.

—¿Sos un ángel? —pregunté, pero me quedé sin respuesta porque justo en ese momento entró una enfermera que quiso saber si yo necesitaba algo. Recuerdo que me llamó la atención que no dijera nada al ver allí a esa sonriente jovencita. Tal vez no la veía nadie más que yo, quizá fuera todo una alucinación, no sé. Lo que recuerdo claramente es que las historias que le conté a la enfermera fueron por culpa de la Casualidad y para que ella las oyera. Pero parecieron gustarles a las dos, en especial porque eran hechos reales. Ante todo les dije que Dios no juega a los dados con el destino del mundo, por supuesto. Que somos nosotros mismos los que construimos el porvenir pero, nadie puede negarlo, hay fuerzas buenas y malas que parecen meterse en nuestras vidas sin pedir permiso y —a veces— sin limpiarse los zapatos antes de entrar. Solemos llamar casualidad a alguno de esos hechos curiosos que nunca tienen explicación racional. Y la imaginamos como una señora pomposa y seria. La casualidad, en verdad,

es una falsa dama. Un ángel travieso vestido con jeans y pelo suelto como su blusa, y que nunca actúa por capricho. Siempre hay un motivo para que ocurran las cosas que ella decide. A veces ese motivo está allí, clarito, como en el encuentro del médico cuarentón con el amor de su vida. Otras es difícil saber por qué se dan algunas coincidencias tan asombrosas, tal vez sólo sea en estos casos para demostrar que hay mucho que no podemos manejar y mucho que nos maneja a nosotros. La vida rebosa de esos hechos que maravillan. Estamos rodeados de ellos y muchas veces somos sus protagonistas. No me digan que nunca les ocurrió pensar en alguien y sorprenderse cuando poco después sonaba el teléfono y era esa persona, como si respondiera a nuestro llamado mental. O, en medio de una pausa en una charla, recordar algo y asombrarse porque quien está con nosotros se adelanta a hablar de ese tema como si nos hubiera leído el pensamiento. Este tipo de cosas y muchas, muchas otras por el estilo son muy habituales y desconcertantes. Y las otras, las casualidades gigantescas, son algunas de las que conté en aquella noche de una internación que se estaba volviendo interesante.

## El doctor Bulgarini y su hermana Elsa

El doctor Luis Bulgarini y su hermana Elsa habían viajado en 1927 de paseo a Portugal. Pertenecían a una familia argentina tradicional y adinerada, lo que les permitía en aquellas épocas correrse a Europa en viaje de descanso. Ya encarado el regreso a Buenos Aires, donde ambos vivían, embarcan en el buque *Matrero* de bandera argentina. La nave parte de las islas de Cabo Verde en medio de un clima agradable que hacía imaginar una buena travesía. Pero, ya en alta mar, estallan las calderas del buque. Hay víctimas y reina la confusión, el miedo, la incertidumbre, pero la cosa no alcanza el estado de pánico porque la situación termina por ser controlada. Eso sí: el navío queda a la deriva y con su equipo de radio inutilizado, algo sumamente peligroso en cualquier época pero mucho más hace setenta años, cuando los sistemas de rastreo eran elementales. El *Matrero* boyó al garette durante los seis días siguientes, lo que iba aumentando la angustia de los que viajaban en él. El momento era realmente grave si se tiene en cuenta que no habían podido comunicar su accidente ni su ubicación. Elsa Bulgarini, ferviente cristiana y devota de la Virgen, rezaba mucho en su camarote y parecía la más tranquila en medio de aquel caos. Llegó un momento en que todos, incluyendo a la alterada tripulación, se dieron por muertos. Pero, al sexto día, un buque de bandera italiana acierta a pasar cerca del lugar y advierte que algo fuera de lo común le estaba ocurriendo al *Matrero*. Se dirigen a él y rescatan a todos los pasajeros y tripulantes subiéndolos a bordo. El doctor Bulgarini y su hermana Elsa son devueltos a Cabo Verde y allí reorganizan su frustrado regreso a la patria. Se enteran de que hay un buque italiano que tocó ese puerto sólo para reparar unos pequeños desperfectos. Es una nave de las grandes, mucho más lujosa y confortable que el *Matrero*. Y también más segura, lo que para ellos es lo más importante después de lo vivido. Deciden embarcarse en ese buque rumbo a Buenos Aires. Esta nave era el *Principessa Mafalda*, un orgullo

de la industria náutica mundial. Pero el destino no sabe de orgullos humanos. Días más tarde, el *Principessa Mafalda* naufragaba frente a las costas de Brasil y morían en el accidente más de 300 personas. Pero el doctor Bulgarini y su hermana Elsa no estaban entre ellas. Una vez más, la segunda en apenas veinte días, habían burlado a la muerte que los esperaba en el mar: fueron recogidos del agua, cuando ya casi habían perdido las esperanzas, por el buque holandés *Alhena* que los llevó finalmente a Buenos Aires. Perdieron todas sus pertenencias con excepción de lo puesto y el rosario con cuentas de plata que Elsa aún llevaba enroscado en su muñeca.

\* \* \*

## Reina la casualidad

Para la mayoría de los porteños, Humberto Primo (primero en italiano) es el nombre de una calle de San Telmo y nada más. Fue un monarca importante pero, además, vale la pena saber que este hombre vivió una de las mayores casualidades de la historia.

En 1878 asume el trono en Italia el rey Humberto I, hijo de Víctor Manuel II. Luego tomaría la decisión de unirse a la llamada Triple Alianza formada por su patria, Alemania y el Imperio Austro-Húngaro, lo que le valió el odio de los grupos anarquistas.

El 28 de julio del año 1900 se había trasladado con su séquito y custodia a la ciudad de Monza, donde presidiría al día siguiente una importante demostración atlético-deportiva que se había organizado en su honor. La noche de ese día 28 decide cenar en un restaurante que le habían recomendado halagando su afición culinaria. El dueño del lugar sale a recibirlo emocionado y el asombro del rey es grande cuando advierte que aquel hombre era físicamente idéntico a él. Lo invita a compartir su mesa por unos minutos y su sorpresa aumenta cuando, en la charla, ambos advierten que habían nacido el 14 de marzo de 1844 a las cuatro de la tarde; el mismo día del mismo mes del mismo año y a la misma hora. Rien como chicos al descubrirlo pero las sorpresas aún no habían terminado. Ante el asombro de ambos y de los amigos del rey que rodeaban aquella mesa, señalan una nueva coincidencia: Humberto I había ocupado el trono el 9 de enero de 1878, exactamente el mismo día en que Gaetano, el dueño del restaurante, había inaugurado ese local, en cierta forma su pequeño reino. Por último, al acercarse la esposa del hombre para saludar respetuosamente al rey, éste se entera de que su nombre es Margarita, el mismo de su propia mujer, la reina. Brindaron por todo eso con alegría y el monarca quiso celebrar tantas coincidencias invitando al cantinero a la exhibición atlética del día siguiente.

Ese 29 de julio del 1900 Humberto I disfruta en su palco de honor las alternativas del espectáculo cuando uno de los hombres de su séquito le cuenta al oído que el cantinero no asistiría debido a que, lamentablemente, al salir de su casa para dirigirse al estadio fue asaltado y asesinado de un tiro. El rey apenas tuvo tiempo de ser golpeado por el disgusto: unos minutos después y sin que nadie pudiera hacer nada para evitarlo, un

hombre de apariencia común desenfundó una pistola y disparó sobre Humberto I dándole muerte en el acto. Se trataba de un anarquista de apellido Bresci cuyo nombre era, curiosamente, Gaetano, el mismo del dueño del restaurante.

\* \* \*

## Las coincidencias del *Titanic*

El *Titanic* había partido del puerto inglés de Southampton con rumbo a Nueva York. Pero el 14 de abril de 1912 se produjo su hundimiento, en el que murieron 1513 personas. Era su viaje inaugural y la historia de ese fenomenal transatlántico rebosa de misterios, pero lo que sigue es asombroso por donde se lo mire. Ocurre que en 1898, catorce años antes de la catástrofe, un escritor llamado Morgan Robertson —que no era de los más famosos y exitosos de la época— editó una novela cuyo título fue *Futilidad* y que es hoy una prueba histórica de que la vida está llena de misterios. En aquel libro se contaba la historia de un buque al que se lo consideraba el más impresionante de los construidos hasta entonces (como ocurriría luego en la vida real con el *Titanic*). Este buque partía de Southampton con rumbo a Nueva York (nueva coincidencia con lo que sucedería después). En un punto del Atlántico Norte chocaba con un iceberg enorme y naufragaba, con el agregado de que ese punto era el mismo en el que se hundiría el *Titanic* catorce años más tarde. La nave tenía una gran capacidad: alrededor de 2.500 personas, algo inusual para la época, mientras que el de la realidad llevaba a bordo 2.300. La velocidad de la embarcación de la novela era casi la misma que la que podía desarrollar el que se hundiera en 1912: alrededor de los 22 nudos. El escritor Robertson ubica el accidente en una noche de abril cubierta por la niebla, tal como ocurriría el 14 de abril en la vida real. En la novela, uno de los motivos fundamentales por el cual muere tanta gente es la falta de botes salvavidas, cosa que en efecto pesó y mucho en la tragedia del *Titanic*. Y, como si todo esto no bastara, aquella colosal embarcación imaginada por Morgan Robertson tenía un nombre que hoy nos estremece de asombro: *Titán*. No me pregunten ni se pregunten cómo fue posible semejante coincidencia. Nadie lo entendió jamás. Y la historia no terminó allí en lo que hace a coincidencias muy misteriosas. Cuentan que en 1935, veintitrés años después del desastre del imponente *Titanic*, otro buque navegaba por la zona y un marinero de a bordo llamado William Reeves insistió en ser recibido por el capitán y, al lograrlo, lo urgió a detener la marcha ya que él no tenía manera de probarlo pero sentía que estaban próximos a un desastre si seguían navegando. Intrigado pero prudente, el capitán ordenó detener aquella nave y, al inspeccionar detenidamente lo que tenían por delante, vieron a través de la niebla un iceberg gigantesco contra el que hubieran chocado inexorablemente en segundos más si continuaban la marcha. Lo que hace más sorprendente aún a este caso es que el marinero Reeves había nacido el 14 de abril de 1912, el mismo día del naufragio del *Titanic*, y que su buque, el que se salvó, se llamaba *Titanian*.

\* \* \*

## Estrellas de la tierra y desde el cielo

Lolita Torres, esa bellísima persona y magnífica artista, me contó en 1992 la dulce y tremenda historia de una coincidencia de las fuertes que le ocurriera en ese año y de la cual participó, también, Antonio Agri, músico superlativo. Hablamos de esto en el libro *Poderes*, pero vale la pena reflotarlo en esta colección de casualidades. Estaban terminando un recital que la tenía a ella como estrella cuando, sin saber por qué y embargada por una emoción muy fuerte, le habló al público como nunca antes, homenajeando al maestro que llevaba largo tiempo en estado de coma. Lolita, al recordar esa noche, me contó textualmente:

*Esto pasó en el Coliseo Podestá de la ciudad de La Plata. Estábamos haciendo nuestro concierto con todo el grupo de músicos y Antonio Agri como invitado. Esa noche, cuando llegó el momento de hacer el tema «Los pájaros perdidos», yo le hablé al público y ni siquiera ahora recuerdo exactamente las palabras que usé, pero sé que les dije que quería hacer un homenaje muy especial al autor de ese tema, a Astor Piazzolla... Hacía mucho ya que el maestro Piazzolla estaba internado, muy grave, y en otras ocasiones habíamos hecho ese tema pero nunca dedicado de esa forma especial que yo sentía tan profundamente. Hasta el público mismo parecía acompañar con una especie de recogimiento aquel tema en aquella noche. Lo canté. Al terminar la función cenamos en La Plata y volvimos a la Capital. Allí fue cuando mi esposo me dijo que había escuchado por radio que Astor Piazzolla había fallecido. Me conmovió y pregunté a qué hora había ocurrido. Me dijeron que poco antes de la medianoche de ese 4 de julio... Al día siguiente me llama Antonio Agri y me dice: «Lolita, todavía tengo la piel erizada porque me acabo de enterar de la muerte de Astor y vos sabés que vos, anoche, le rendiste ese homenaje con palabras que nunca habías dicho. Fue distinto a otras veces, como cuando hiciste lo mismo en Canal 7. Anoche, en La Plata, dijiste otra cosa, a tal punto que el clima que se creó fue muy especial y el tema salió de una manera muy hermosa, muy bella. Y recién supe que la hora en que estabas cantando el tema fue exactamente la de su muerte...». Nos quedamos los dos muy motivados, muy emocionados. Antonio me dijo: «¿Sabés qué pasa, Lolita? Astor, en ese momento, estaba con nosotros». Esa es la sensación que yo tengo todavía hoy. Creo que realmente él estaba allí, se lo sentía. Además, la letra del tema parecía hecha justa para ese momento aunque nadie sabía que era precisamente cuando él moría: «Amo los pájaros perdidos que vuelven desde el más allá a confundirse con un cielo que nunca más podré olvidar». Y toda la letra es así. Me quedé muy impresionada. Todavía sigo impresionada...*

\* \* \*

## El trece

Ojalá las reuniones familiares a la antigua, con todos rodeando la mesa para compartir el alimento y —algo mucho más importante— compartírnos unos a otros, no hayan quedado restringidas tan sólo a los festejos de fin de año. Como sea, en cualquier reunión por el estilo a veces ronda por ahí el fantasma de la superstición, el famoso temor a ser «*trece a la mesa*». El origen de este supuesto maleficio está en la que conocemos como Última Cena. En ella, Jesús y sus doce apóstoles sumaban los temidos trece. Luego de ella, dos de los comensales morirían violentamente: Jesús por crucifixión y Judas al ahorcarse arrepentido. Los restantes fueron perseguidos con ferocidad. Algunos fueron arrestados y otros debieron escapar escondiéndose de la soldadesca romana. Claro que si uno analiza los resultados posteriores de aquella última cena y los dos mil años de fe que le han seguido, es como para honrar al trece más que temerle. Sin embargo, la superstición creció ampliándose ya no a trece comensales sino al número en sí, aplicado a cualquier cosa. Aún se evita esa cifra en los autos o caballos de carrera y hay muchos edificios en los Estados Unidos donde el piso 13 no existe: en los ascensores dice 12 bis o, simplemente, pasan al 14, salteándolo por las dudas. Parece mentira, gente grande. Y del primer mundo, encima. En aquella comida final y dulcemente simbólica se supone que está también el origen de otras creencias que a algunos los hace sentir un tanto incómodos. Por ejemplo, la sal derramada en la mesa también se presume nefasta. Un posible origen es que antiguamente la sal era moneda de pago (de allí la palabra «salario») y que, como es lógico, andar tirando el dinero seguramente nos traerá malos días. Otro origen es más esotérico. El impresionante Leonardo Da Vinci, a quien por otra parte siempre se le han adjudicado ciertos poderes sobrenaturales de los que en lo personal estoy convencido, pintó aquella Última Cena. No se trata de un cuadro sino de un mural que aún se conserva en un monasterio italiano. Pero en cualquier reproducción puede advertirse un detalle sugestivo: frente a Judas y sobre la mesa hay un salero caído con su contenido volcado. ¿Por qué justo frente a él? De acuerdo con la tradición de los creyentes en estas cosas, el antídoto ante la sal derramada es tomar algunos granos y lanzarlos hacia atrás, por sobre el hombro izquierdo. También esto tiene su explicación. Se supone, si aceptamos la leyenda que acompaña esta superstición, que el demonio deambula alrededor de cualquier mesa, paseándose a espaldas de los comensales para hacerles decir algo que pueda provocar discusiones y enfrentamientos. Al echar hacia atrás esos granos de sal también se supone que la tiraremos a los ojos del maligno que huirá espantado y dolorido por el ardor. Curioso, ¿no? Pero es todavía más curioso que la presunta mala suerte del 13 se haya extendido tanto cuando, en la antigüedad, en el norte de Europa era considerado nefasto el 12 mientras que el 13 era muy beneficioso. Más aún —y aquí talla la tradición del cristianismo— para los primeros seguidores de Jesús y durante algunos siglos el 13 era un número altamente positivo que simbolizaba nada menos que la esperanza de la Redención, ya que la estrella de Belén apareció en el cielo anunciando la buena nueva trece días después del Nacimiento. Por otra parte, la cábala y la antigua tradición popular judía consideraron ese número como muy benéfico:

el año tenía trece meses, había trece cuernos en el templo y en el servicio religioso se hacían trece inclinaciones reverentes. Lo cierto es que para la buena suerte hay algo que no falla: reunirse con amor, sin que importe el número de personas, para repetir en la unión la magia de la familia y los amigos. La dura carga que arrastra el 13 son pamplinas (palabra que se usaba en la antigüedad y que fue reemplazada por el vocablo boludeces, que hoy se usa popularmente en forma generosa). Esto queda demostrado con el ejemplo que sigue, donde la Casualidad se ha divertido muchísimo con el manejo de esa cifra que a mí me cae tan simpática.

\* \* \*

## Wagner y el trece

Los que amamos lo misterioso nos divertimos mucho con uno de los casos de coincidencias más increíbles. Los protagonistas son el número 13 y el muy famoso compositor alemán Richard Wagner. Si se toman el trabajo de contar las letras de su nombre y apellido verán que son trece ya que, en su idioma, la ch son dos letras y no una. Claro que si prefieren escribirlo en español y llamarlo Ricardo advertirán que también siguen siendo trece en ese caso. Este gigante de la música nació un 22 de mayo, pero de 1813, año que no sólo termina en nuestra cifra estrella sino que, además, la arroja como resultado si sumamos sus dígitos. De las trece óperas que compuso, la que lo ubicó ya en vida como uno de los grandes fue *Tannhäuser*, que terminó de escribir el 13 de abril de 1844 y sería estrenada en París el 13 de marzo del año siguiente. Casado desde joven con la actriz Minna Plaber, es designado director del Teatro de la Ópera de Riga, en Letonia, una sala que había sido inaugurada un 13 de septiembre. En 1848 los acontecimientos político-revolucionarios de su patria lo obligan a emigrar a un exilio que duró, por supuesto, trece años. Al regresar eligió para vivir una bella casa en Bayreuth a la que entró un 13 de agosto y que dejaría, años más tarde, en un 13 de septiembre. Vivió luego en varias ciudades europeas para volver a su patria el 13 de enero de 1883. Como no podía ser de otra manera, Richard Wagner moriría un mes después, el 13 de febrero.

Los que pretenden señalar a este número como nefasto insisten en que la vida de Wagner fue muy tormentosa pero, en realidad, él ponía lo suyo para que así fuera, sin que nada tenga que ver en eso ningún número. Fue jugador, pendenciero al punto de retar a duelo a medio mundo, bebedor de los que se toman hasta la molestia y un pésimo estudiante. Su cultura era limitada, derrochaba el dinero de tal forma que nunca tenía un cobre y debía pedir, con el agravante de que no supo adquirir el hábito de pagar sus deudas, razón por la cual debió huir más de una vez perseguido por sus acreedores. Por el mismo motivo fue encarcelado un par de veces. No tenía escrúpulos y era absolutamente irresponsable. Sus biógrafos dicen que hablaba todo el tiempo pero de un solo tema: él mismo. Su vida amorosa fue una sucesión de engaños e infidelidades y

tenía una sorprendente facilidad para ganar enemigos por su carácter violento, egoísta y despreciable. A pesar de todo esto es uno de los músicos más grandes de la historia de la humanidad. No le fue tan mal. Especialmente desde que lo tomó bajo su protección el joven Luis, rey de Baviera, que hizo construir un teatro en Bayreuth adecuado totalmente a las obras de Wagner y mantuvo al gran compositor sin problemas desde 1864 hasta el fin de sus días. Eso sí: era Luis II. Si llegaba a ser un Luis XIII vaya a saber uno si no lo mandaba a fusilar.

\* \* \*

## Presidentes condenados

En 1840 el pueblo de los Estados Unidos de Norteamérica eligió como su presidente a William Henry Harrison, un hombre joven y saludable. Al asumir, una fría tarde de 1841, pescó una fuerte gripe. Un mes después moría de pulmonía. Sólo gobernó por treinta días.

En 1860 elegían a Abraham Lincoln. Cumplió su primer mandato y fue reelecto. En 1865, en ejercicio de su segundo período presidencial, lo mataron de un disparo a la cabeza. Ya entonces comenzó a circular una leyenda con sabor a maldición: «el presidente que fuera elegido en un año terminado en cero moriría antes de cumplir su mandato». Una superstición, claro, pero que se vería curiosamente aumentada por la realidad histórica.

En 1880 es elegido James Abraham Garfield como primer mandatario. Un año más tarde, este republicano es asesinado por un oscuro personaje que no estaba de acuerdo con sus ideas y creyó que lo mejor era sacárselas a tiros de la cabeza. La leyenda del cero final se afianza.

En el año 1900 lo votan como presidente a William McKinley. Al cumplirse un año de haber asumido y mientras asistía a una exposición protocolar, un loco que se dijo anarquista le disparó a quemarropa y lo mató en el acto.

En 1920 quien resulta señalado por el dedo del voto es Warren Harding. Era una época en la cual el honor era cosa seria aun para los políticos, lo que ya es decir. No era todo rosa pero todavía existía la vergüenza y lo malo no se exhibía obscenamente. En esos tiempos duros pero dignos gobernaba Harding. Un nutrido grupo de sus colaboradores fue acusado de corrupción y la cosa estalló en las primeras planas de los siempre poderosos diarios estadounidenses. No se sabe aún con certeza lo que le ocurrió al presidente Harding. Se habló de suicidio, estrés y hasta de asesinato encubierto. Lo real es que, en 1923, antes de finalizar su mandato, Harding murió de manera repentina. Y la leyenda del cero final y los presidentes ya se había instalado con comodidad.

En 1940 el elegido es Franklin Roosevelt, quien ya había sido presidente antes de esa ocasión, pero ahora le tocó en un año terminado en cero. Cumplió el primer período. Inició el segundo consecutivo y murió, por causas naturales, apenas al año.

Es 1960 cuando lo votan a John Fitzgerald Kennedy. Y es noviembre de 1963 cuando es asesinado en Dallas sin haber cumplido ni siquiera un período completo.

Todos los presidentes norteamericanos mencionados fueron elegidos en años que terminaban en cero y —acatando la leyenda— ninguno de ellos llegó a cumplir su mandato. El único que rompió la regla y con ella la mala racha fue el sonriente Ronald Reagan. El ex actor fue elegido en 1980 y algunos lo miraban como si lo estuvieran velando, debido a la vieja tradición. Si bien en 1981 sufrió un atentado que pudo costarle la vida, eso no ocurrió. Más aún, gobernó otro período completo, se retiró en paz, y pasó a ser el único que gambeteó el maleficio, gracias a la mala puntería del loquito que le disparó. Pero ¿y los demás? No sé ustedes, pero yo no le encuentro otra explicación que la traviesa —y en este caso negra— mano de la casualidad, causalidad, coincidencia o como quieran llamarla, pero ya saben a qué me refiero.

\* \* \*

## El increíble caso Kennedy-Lincoln

Ya que hablábamos de los presidentes norteamericanos, caemos casi por casualidad en el más extraordinario de los casos en los que la coincidencia es protagonista absoluta. Vamos a detallar, punto por punto, los hechos que unen de una manera mágica a John Kennedy y Abraham Lincoln. Lean con cuidado y asombro.

\* Abraham Lincoln es elegido presidente en el año 1860. John Fitzgerald Kennedy en 1960, exactamente un siglo después.

\* Lincoln había sido elegido como representante (diputado) en 1847 y Kennedy lo sería en 1947, exactamente un siglo después.

\* John Booth, el asesino de Lincoln, había nacido en 1839. Lee Harvey Oswald, el matador oficial de Kennedy, había nacido en 1939, exactamente un siglo después.

\* Ambos fueron asesinados en ejercicio de sus presidencias y, en los dos casos, fue por un disparo en la parte posterior de la cabeza.

\* Los dos presidentes fueron muertos en un día viernes.

\* Los dos asesinos fueron muertos de manera violenta unas cuantas horas después de su crimen, sin haber confesado, sin juicio ni declaración oficial válida y sin que se pueda saber si había un complot tras ellos, algo que en ambos casos se sospecha hasta hoy.

\* Cuando Lincoln fue asesinado asumió la presidencia su vicepresidente Andrew Johnson. Cuando matan a Kennedy el que asume es su vicepresidente Lyndon Johnson.

\* Andrew Johnson había nacido en 1808. Lyndon Johnson en 1908, exactamente un siglo después.

\* Tanto Lincoln como Kennedy fueron fervorosos defensores de los derechos de los negros en los Estados Unidos, y con esto se ganaron tantas simpatías como odios.

\* Uno y otro fueron asesinados mientras estaban junto a sus esposas, quienes fueron salpicadas con la sangre de sus maridos.

\* El hombre que ultimó a Lincoln lo hizo en un teatro y huyó luego a esconderse en un viejo almacén de comestibles donde sería atrapado. El asesino de Kennedy disparó desde un depósito que había servido como lugar para almacenar comestibles y huyó a esconderse en una sala de espectáculos donde lo hicieron prisionero.

\* Los dos mandatarios fueron muertos en lugares públicos, ante una gran cantidad de testigos y ambos habían recibido en forma reiterada la recomendación de no ir a esos sitios por razones de seguridad, pero también ambos desoyeron esos consejos.

\* Unas semanas antes de que le fuera quitada la vida, Lincoln soñó con su propia muerte e incluso vio en el sueño su velatorio y exequias. Lo contó a sus amigos, que luego lo repetirían asombrados. Desde un mes antes del asesinato de Kennedy los organismos de seguridad (el FBI, la CIA, el Servicio Secreto, la policía) recibieron llamados de personas que decían haber tenido premoniciones sobre lo que ocurriría. El Departamento de Estado calculó que fueron casi 30.000 los llamados y admitió que no se los tuvo especialmente en cuenta.

\* Finalmente, y como para terminar de enloquecer, el secretario del presidente Lincoln se llamaba Kennedy de apellido. Y, aunque parezca mentira, el secretario privado de Kennedy se llamaba Lincoln.

Coincidencias increíbles, asombrosas, insondables, para las que nunca nadie tuvo —y supongo que jamás tendrá— una mínima explicación racional. Una joya para la corona de hechos reales asombrosos. La jugarreta más traviesa de la Casualidad.

\* \* \*

## Viva por casualidad

A mediados de enero de 1995 veraneaba con mi familia en Pinamar. Era una noche tibia y querendona cuando decidimos ir a comer a un restaurante céntrico con unos amigos. Trajeron el primer plato (rabas) y apenas probé un bocado traté de conservar la calma, bajé los cubiertos y puse cara de todo-está-bien pero, en realidad, acababa de producirse un espasmo de esófago y ese pequeño bocado estaba atrapado allí sin moverse ni para afuera ni para adentro provocando un dolor que hacía que mi cara estuviera tan blanca como para darle envidia al mantel. Me dolían hasta los pelos de la nuca pero trataba de disimular porque no quería arruinarle la noche a todo el mundo. Rosita, mi esposa, fue la primera en darse cuenta y con la mayor calma posible me sacó del lugar gambeteando mesas desde las cuales me saludaban o pretendían hablar del último libro, gente que yo no conocía y a la que en ese momento creo que tampoco oía. Ensayé un gesto que quiso ser una sonrisa pero que no llegó a recibirse ni de mueca de pena hasta que salimos. Rosita me metió en el auto y salió velozmente hacia la clínica Bunge. Llegamos, bajamos del coche y tropezamos en la puerta con nuestro amigo el doctor Hugo Beltrán, director general del lugar y un médico de una impresionante experiencia clínica ya que atiende unos cinco mil pacientes en cada temporada. Eran

poco más de las once de la noche y estaba volviendo a su casa. Lo encontramos de casualidad, justo cuando partía. Volvió sobre sus pasos con nosotros. Me metió en su consultorio y ordenó que me dieran una inyección de buscapina para detener el espasmo, para hacer que esa mano que apretaba mi esófago se abriera y dejara pasar a ese pedacito de raba. Mientras me inyectaban salió por un momento. En un par de minutos yo estaba aliviado. Pero el doctor Beltrán me dijo que me quedara un ratito más descansando. Apenas había terminado de decirlo cuando entró al consultorio el doctor Pagliere, cardiólogo de la clínica al que mi amigo Beltrán había llamado a su casa sin decírmelo porque, conociendo mis antecedentes cardíacos, quería estar seguro de que mi dolor no tuviera nada que ver con mi corazón. Pagliere llegó rapidísimo y entró como si llevara sirena y una baliza roja en la cabeza, me conectó al electrocardiógrafo, me auscultó, me hizo un par de preguntas y nos tranquilizó diciendo que estaba todo bien. La cosa no era grave y eso de atragantarse le podía pasar a cualquiera. Una pavada, bah. Ya me estaba lamentando por tenerlos allí tan a deshoras cuando un enfermero de la guardia abrió la puerta de golpe y les urgió a ambos a seguirlo. Así lo hicieron. Yo ya estaba tranquilo, con mi Rosita ahí al lado. «Una emergencia», le dije refiriéndome al motivo que sacó de ese consultorio a los dos profesionales. «Seguro que es una emergencia, andá a saber qué.» Al rato volvió Hugo Beltrán. Estaba pálido y sudoroso. Cerró la puerta y nos miró por unos cuantos segundos sin decir nada. Luego:

—Una chiquita —dijo—. Diecisiete años. La trajeron sus amigos y cuando llegó a la clínica ya había entrado en paro respiratorio. Una alergia, tal vez, eso lo veremos luego. Lo que importa es que la entraron prácticamente muriendo y apenas fue llevada a la otra salita le dio un paro cardíaco. Todo ocurrió en segundos. Ahí fue cuando nos llamaron y entre Pagliere y yo la peleamos y pudimos sacarla. Ahora está descansando, respira bien y sus pulsaciones son normales.

—Gracias a Dios —murmuré conmovido por lo que acababa de pasar a pocos metros de nosotros sin que nos enteráramos.

—Sí, gracias a Dios —dijo el doctor Beltrán a pesar de no ser precisamente un hombre religioso—. Voy a terminar admirando sin vueltas a tu ángel, vas a hacer que pierda lo que tengo de agnóstico. Fijate que yo me estaba yendo y volví a la clínica por lo tuyo. Que lo llamé a Pagliere, el cardiólogo, para vos. Y que estamos él y yo juntos a esta hora insólita cuando traen a esta chica. Eso la salvó. Cuestión de unos pocos segundos nomás.

Agradecí a mi estúpido espasmo de esófago que hizo que una chiquita en grave crisis tuviera a su lado a los dos mejores hombres del lugar para rescatarla. Y pensé por milésima vez que ese tipo de cosas me superan.

\* \* \*

## Ciencia casual

## *FLEMING*

\* En 1928 el bacteriólogo escocés Alexander Fleming dejó a un costado de la mesa de trabajo de su laboratorio un cultivo de gérmenes con el que había estado trabajando. Recién dos días más tarde, al hurgar en ese desordenado rincón buscando fósforos para encender el mechero, vio el cultivo olvidado. Estaba cubierto de moho y comprobó enseguida que las bacterias habían muerto a su alrededor. Esos gérmenes en estado de descomposición por un simple olvido se habían transformado en una de las medicinas que más vidas salvó en la historia de la humanidad. Fleming había descubierto la penicilina, cuyo desarrollo once años más tarde y a poco de la segunda guerra mundial corrió mucho más allá las barreras entre la vida y la muerte. Y todo por casualidad.

## *ARQUÍMEDES*

\* 260 años antes de Cristo el científico griego Arquímedes no sabía cómo hacer para medir el volumen de las cosas hasta que, al ir a higienizarse a un baño público, se sumergió en una tina llena de agua hasta el borde advirtiendo que desalojaba la misma cantidad de líquido que su propio volumen. Tanta fue su alegría que salió corriendo a la calle completamente desnudo y gritando «¡Eureka! ¡Eureka!», lo cual no significaba que promocionara a una marca de tinta que decidió ser su sponsor sino que aquella palabra, en griego, significa «lo encontré». Los atenienses que así lo vieron no le prestaron mayor importancia no porque los atributos de Arquímedes fueran despreciables sino porque en Grecia la desnudez era cosa corriente, aunque bañarse no lo era tanto. El caso es que la ciencia recibió, también allí, una ayudita de la casualidad.

## *NEWTON*

\* En 1665 el científico Isaac Newton tenía apenas 23 años de edad cuando debió abandonar Londres, que estaba azotada por la peste. Fue casual por lo tanto que pasara un par de años en la granja de su madre, en la campiña inglesa. En realidad no estaba tirado bajo un árbol rascándose el ombligo y le cayó una manzana en la cabeza como cuenta la simpática leyenda. Newton no cesaba de estudiar e investigar, a pesar de su juventud no tenía tiempo para acostarse panza arriba y rascarse el ombligo o cualquier otra parte de su anatomía; era lo que hoy llamarían «un traga». Una noche observaba el cielo aventurando cálculos cuando, en la misma línea de su mirada, vio caer una manzana desde la copa de un árbol. Ese simple hecho hizo que se preguntara por qué no caía la luna. Por aquella observación, fruto de una simple casualidad, comenzó a investigar el tema y descubrió, después de cuatro años, la ley de gravedad.

## *BRAND*

\* También en el siglo XVII el químico alemán Henning Brand buscaba con afán mezclar diversos elementos para conseguir crear oro, obsesión esta de mucha gente a lo largo de la historia. No lo logró, claro, pero un día de 1669 obtuvo una sustancia blanca y luminosa que, en contacto con el aire, se encendía. Había descubierto el fósforo. Por casualidad.

## *GRAHAM BELL*

\* Alexander Graham Bell era, entre otras cosas, profesor de sordos. Un día advirtió que, sin darse cuenta, se había enamorado de una de sus jóvenes alumnas. Ella también lo amaba, por lo que el romance prosperó y se casaron. Graham Bell, un hombre sumamente inteligente, intentó por todos los medios inventar un aparato que amplificara la voz lo suficiente como para que su bella esposa le escuchara alguna vez decirle «te quiero». Trabajó mucho en eso. Armó un dispositivo que creyó que podría servir. Creó un circuito con dos terminales y una tarde habló por una de ellas a su ayudante: «Watson, venga aquí, por favor». Thomas Auguste Watson estaba a unos treinta metros del lugar, en el establo, pero escuchó perfectamente la voz de su jefe a través de su terminal y obedeció sin imaginar que era la primera persona en la historia que contestaba un llamado de teléfono, ya que eso era lo que Graham Bell había inventado. Por casualidad. Lo que él buscaba era un amplificador de sus palabras amorosas.

## *RÖNTGEN*

\* El alemán Wilhem Röntgen venía realizando experimentos con los rayos catódicos tal como lo hacían varios colegas suyos. Buscaba lograr que ciertas materias se volvieran fluorescentes. En 1895, en medio de una de esas pruebas advirtió que había ido más allá de lo pretendido pero sólo por mera casualidad. Ni siquiera sabía bien qué cosa había descubierto y esto fue tan real que llamó a aquello «rayos X», nombre con el que aún hoy se los conoce. Así los bautizó Röntgen admitiendo su ignorancia sobre el alcance de su hallazgo, ya que la letra equis es el símbolo habitual de la incógnita en matemática.

## *MÉLIÈS*

\* Georges Méliès fue llamado «el mago del cine», no sólo porque la magia había sido su profesión sino porque creó una diferente y fantástica manera de filmar. Hasta 1896 se filmaba enfocando una cámara y lanzándola a rodar lo que pasara por delante. Eso era todo. En ese año Méliès había asentado su cámara en plena calle parisina y filmaba a la

gente que pasaba por la vereda opuesta. Cuando reveló advirtió que, al cruzar un carruaje frente a su lente, la imagen que grabó era distinta a la que había captado un segundo antes. Así ocurría en varios tramos. No tardó en advertir que el mecanismo de la cámara se había trabado en esas ocasiones y al destrabarse sólo continuaba filmando pegando lo último que había quedado registrado con lo nuevo. Había inventado lo que haría del cine un espectáculo único: la compaginación. Pero sin proponérselo, sólo por una maravillosa casualidad.

\* En estos y en muchos otros casos pareciera que hay ángeles que se meten en las vidas de estos personajes y, con una travesura, cambian la historia de ellos y la de todos los que vinimos después.

\* \* \*

## Al filo de la fatalidad

Apenas comenzada la revolución francesa Joseph- Ignace Guillotin, de 49 años de edad, es elegido diputado. Debido a su condición de doctor en medicina este hombre se veía muy perturbado por la manera despiadada en que se ajusticiaba a los condenados a muerte. Como no podía hacer nada en aquel caos de sangre para evitar los asesinatos en nombre del Estado, buscó una manera de hacerlos rápidos y lo más indoloros posible. Inventó una máquina con una cuchilla enorme y afiladísima que caería sobre el cuello de las infortunadas víctimas y las mataría en el acto. Desde un principio la gente llamó a aquello *guillotina*, en homenaje a su inventor que rechazaba el término porque malditó sea el honor que le conferían a su apellido con ese aparato. Pero el nombre quedó. Y, lo que casi deriva en una casualidad fatal, es que durante la época llamada del terror en la que Francia resolvía su pos revolución con la que aún no sabían bien qué hacer, el doctor Guillotin fue detenido y condenado a morir en la guillotina, aunque poco después fue dejado en libertad. Por casualidad también diría yo, teniendo en cuenta una época y un lugar donde casi nadie salvaba su cabeza.

En el mismo lugar pero mucho antes, durante el siglo XIV, el arquitecto Huges Aubriot fue el diseñador y constructor de la Bastilla cuyo fin original no era ser una prisión. Al poco tiempo se decidió transformarla en lo que la popularizó para siempre, una terrible e inexpugnable cárcel. Y el que la estrenó en su condición de prisionero fue ¿a que no saben quién? El mismísimo Aubriot a quien, por esas vueltas de la vida y al morir su amigo y protector Carlos V, lo acusaron de herejía. Pero también sería liberado tiempo después debido a las amistades importantes que aún tenía, demostrando que ya hace 600 años esas cosas valían. La amistad, digo, no piensen mal.

\* \* \*

## El escarabajo dorado

Carl Gustav Jung fue discípulo de Freud pero, por fortuna para él y para buena parte de la humanidad, se apartó prolijamente de Sigmund ya que no compartía en absoluto la idea de verle connotaciones sexuales a todo. Para Freud soñar con una mariposa seguramente representaba el símbolo fálico volador o algo por el estilo. Si se soñaba con Superman supongo que era igual pero de acero. Para Carl Jung no era así el tema. De una profundidad filosófica admirable, Jung se adentró, entre otras cosas, en el estudio de lo que llamó coincidencias significativas, una manera más de llamar a la casualidad. Y apoyó sin vueltas al componente sobrenatural que suele aparecer a menudo. Él mismo vivió una experiencia de vida después de la vida y la describió como algo muy personal y bello. Quien me introdujo en el hermoso mundo de Jung con más fervor fue, hace unos cinco años, el doctor Guillermo Díaz Colodrero.

El joven Díaz Colodrero es un eficiente médico que no se ha conformado con su arte de curar con tecnología o pastillitas. Siempre quiso más y, como buen seguidor de Jung, siempre estudió más. Rescaté de mi archivo una charla que tuvimos años atrás. Me enseñó:

*Hay episodios de la vida de Jung que son clásicos. En una ocasión él atendía a una paciente que estaba en una situación de impasse. No podía avanzar en la terapia porque ella tenía un gran predominio del intelecto y de la conciencia sin percibir el resto de las cosas que también hacen a la vida de todos los días. A Jung se le hacía difícil sacarla de ese racionalismo que a veces se transforma en tozudo. En una de las sesiones ella le cuenta que soñó con un escarabajo dorado, una imagen muy especial para ciertas culturas y algo que era como un símbolo de toda la problemática de esa mujer. En el momento en que está hablando de eso se mete por la ventana un escarabajo de una especie dorada que —luego lo averiguaría Jung— era algo muy raro para ese lugar. Inmediatamente Jung agarra el bichito, se lo muestra a su paciente y le dice «¿éste es el escarabajo con el que soñó?». La mujer se quedó tan impresionada con un hecho que iba más allá de lo razonable que, a partir de allí, se abrió mucho a lo inexplicable, lo asombroso, y permitió que su cura se hiciera más fácil y rápida. El doctor Jung lo cuenta como un episodio en el que actúan un hecho psíquico y un hecho físico que nada tienen que ver entre sí, que no tienen una relación causa-efecto, pero que ocurren como si estuvieran coordinados especialmente. Aquí no hay causalidad, las cosas se dan, simplemente. Jung lo llama coincidencia significativa. Explica que nosotros estamos acostumbrados a vivir conscientemente en un tiempo y un espacio, pero el inconsciente actúa de otra forma. La conciencia es discriminativa: blanco o verde, sí o no, luz o sombra. En esa discriminación, al elegir ganamos algo pero también perdemos algo, lo que no elegimos. En el inconsciente las cosas no son así sino mucho más amplias y es por eso que pueden generarse premoniciones o sueños especiales. El inconsciente es más libre. Es posible que maneje, al mismo tiempo, el pasado, el presente y el futuro. Es posible, también, que genere una gran cantidad de hechos no explicables con la razón pura. Pero, que los*

*entendamos o no depende de la conciencia de cada uno. Algunos son más amplios, más abiertos, y otros son más atados a las normas racionales estrictas. En ese último caso no escucharán la magia del inconsciente.*

*Hay muchos ejemplos de inspiración o descubrimiento de algo en gente de conciencia abierta. Edison se echaba una siestita y a veces despertaba con la fórmula que había buscado por meses.*

Si no quedó claro, vuelvan a leerlo porque vale la pena. Significa —y me hago cargo aquí de mis palabras— que los que buscan respuestas sólo con sus pequeñas mentes van a encontrar nada más que pequeñas respuestas. Hay historias apasionantes que lo confirman. Como la que sigue.

\* \* \*

## El bolsito marrón

*El doctor Guillermo Díaz Colodrero cuenta: Conocí a un médico que vivió un episodio singular cuando tenía 25 años y cursaba las últimas materias de la carrera. Como todo estudiante a esa altura, hacía guardias. Por alguna razón que él me dijo muchas veces que no sabía cómo explicar, al salir de cada guardia metía en un bolsito unas agujas, algunas ampollas, un suerito, una cantidad de cosas que ningún médico lleva encima todo el tiempo. Cuando aprueba la última materia completa el bolsito marrón al que él llamaba «de primeros auxilios», aunque era mucho más que eso. Él dice que no sabía por qué lo hacía. El asunto es que se va a veranear a Pinamar con su novia, que estudiaba medicina. Decide llevar el bolsito, al que deja detrás del asiento, ni siquiera en el baúl. Y me dice que tampoco supo nunca por qué lo llevó, qué sentido tenía. Unos cincuenta kilómetros antes de llegar a Pinamar se encuentran con un choque. Un choque fuerte, hierros retorcidos, un desastre. Detiene el auto y ve a una persona que se estaba desangrando por una herida en la pierna. Lleva el bolsito, le hace un torniquete, le pone un suero, le expande una solución fisiológica y lo atiende mientras su novia mantiene la bolsita de suero. Yo le dije que hasta eso, hasta una enfermera calificada tuvo a mano. Gracias a todo lo que pudo hacer con lo que llevaba en el bolsito, le salvó la vida a esta persona. La ambulancia llegó 45 minutos después y no podían creer que estaba todo bajo control hasta ese punto. Al paciente lo llevaron enseguida a General Madariaga y este médico flamante que le salvó la vida nunca más volvió a verlo. Le pregunté si seguía armando su bolsito y me dijo que no, que no sabía por qué pero ya no.*

Tal vez porque ya no había motivo. La razón por la que antes lo hacía, aun sin entender por qué, estuvo cincuenta kilómetros antes de Pinamar, en medio de unos hierros humeantes y retorcidos. Por algo el hombre de la herida en la pierna (¿quién sería? ¿cuál fue su destino luego?) debía encontrar al joven médico en su camino y salvar la vida. Como dice Díaz Colodrero, es difícil que la mayoría entienda que estas cosas

ocurran sin causa y efecto ya que estamos acostumbrados a que todo debe tener una causa y eso no es así.

\* \* \*

## «Jung: ¿usted cree en Dios?»

Hay muchas otras historias asombrosas protagonizadas por Jung. Esta es una de ellas, contada por el doctor Díaz Colodrero:

*Jung cuenta en un libro que en una oportunidad atendió a un paciente al que vio mal físicamente. Aunque él era médico, le aconseja que vaya a ver a un clínico. El paciente lo hace, el médico no le encuentra nada y, sin embargo, unos días después el hombre tiene una muerte súbita. Jung queda consternado por esto. Al poco tiempo lo visita la mujer de su paciente y le cuenta que, cuando ella era chica, el día que murió su madre apareció en la ventana de la cocina de su casa una bandada de pájaros negros muy raros y nada comunes en esa zona. Tanto como para que a ella le quedara grabado ese episodio para siempre. Le cuenta a Jung, también, que el día en que murió su marido había visto nuevamente a una bandada de pájaros negros idénticos a los de su infancia. Ese hecho le removió los recuerdos y se sintió muy inquieta. Un rato después la llaman y le cuentan que su marido había muerto. Desde este caso Jung establece lo que él denomina «el principio de sincronicidad», es decir una coincidencia significativa de hechos que no tienen en apariencia relación entre sí pero que significan mucho para el protagonista, en este caso la mujer que vio los pájaros negros. Hay que aclarar que son casos especiales y no universales. Para intentar entender sucesos como este hay que partir de una base: uno tiene que olvidarse de que la causa y el efecto —la ley de causalidad— es la única que puede explicar todo.*

Para seguir el sanísimo consejo del doctor Díaz Colodrero lo ideal sería nacer otra vez y tratar de mantener la pureza mental que hace que los chicos ignoren las barreras del «ver para creer» y tomen lo extraordinario como algo natural. O ser un Jung, el hombre que escribió: *He observado un número tan grande de fenómenos inexplicables por la razón como para estar convencido de que son reales.* Jung pasó personalmente por muchas experiencias inexplicables, aun en el día de su muerte. A la hora exacta en que él dejaba este mundo, un rayo partió por el medio el robusto árbol bajo el cual él se sentaba a leer a diario. Durante una entrevista histórica de la BBC, el periodista le pregunta a Carl Jung —de unos ochenta años por entonces—: «¿Usted cree en Dios?». Jung lo mira con sus ojos de sabio y sin sonreír le responde: «Yo no creo. Yo sé». ¿Cómo no amar a un científico que piense y diga algo semejante? ¿Cómo no hacerlo, en especial cuando debido a las circunstancias, las certezas de uno son bombardeadas con una montaña de caca de dudas? Gracias, Gustav, pensé mientras de reojo comprobaba que la Casualidad no se había ido de mi habitación del sanatorio porque, en realidad, no se va nunca de ninguna parte. Aparece y desaparece, mueve el pelo suelto y alguna

travesura suya se desata en el mundo, duerme y todo es aburrido, ríe y algo cambia, quizás para siempre o por un rato, vaya a saber uno.

En esos días tuve, también, muchas pruebas de amor, amistad y lealtad. Allí no tenía nada que ver la Casualidad. Eran los míos, mi familia, mis amigos de verdad, los más cercanos, los que amo y me aman, aquellos en los que pensaba cada noche en medio de ese silencio ofensivo, esos que llenaban de campanitas mis recuerdos logrando que sonriera despacito mientras cerraba los ojos, rezaba por ellos y por mí y me dormía suavemente, como debe ser.

TRES  
Noviembre de 1996  
Esas cosas que pasan

Cuando Dolores entró a mi habitación muy suavemente, por un instante pensé que sería otra de mis extrañas visitas nocturnas que sólo yo veía. Tal vez la Calma, me dije mientras la miraba avanzar con su sonrisa giocondina. Pero no. Advertí que no era uno de esos curiosos personajes porque era de tarde y —sobre todo— porque ella me lo dijo, lo cual aleja toda posibilidad de astucia de mi parte. Yo vestía uno de esos camisolines hospitalarios tan elegantes y sobrios como un loro sobre el hombro. Íntegramente confeccionados en blanco, cuentan con detalles como las iniciales del sanatorio y un cordaje que se ata en la espalda sin posibilidad de hacer un moñito a menos que haya alguien que ayude o que uno sea el contorsionista del Circo de Moscú. Esta delicada prenda adecuada para toda hora cubre la parte delantera y en algunos de sus modelos no llega a cerrar por completo en la trasera, razón por la cual uno debe estar siempre de frente pues de lo contrario mostrará su culo al aire a las desprevenidas visitas. Esta última circunstancia puede ser para ellos muy grata si uno es Valeria Mazza o Bruce Willis, pero tratándose de un simple mortal de cierta edad cuyo ejercicio más violento a lo largo de su vida ha sido bostezar —como es mi caso— no se puede calificar de agradable y mucho menos de elegante a esa mostrada de culo. Otros modelos *prêt-à-porter* vienen con aberturas en los costados, desde el hombro hasta la rodilla. En esos casos, si uno se pone de perfil no es conveniente cruzar las piernas ni flexionar las rodillas si se está acostado porque las partes pudendas quedarán en lamentable y no deseada exhibición. Claro que, al fin de cuentas, uno no se interna para andar cruzándose de piernas ni dándole la espalda a las visitas, así que lo único aceptable es lo que yo hice: saludé a Dolores y quedé sentado en una silla a un lado de la cama mientras ella lo hacía del otro, como si el colchón fuera un mostrador pero sin nada que mostrar salvo lo que cada uno sentía o pensaba. Así nos conocimos.

Dolores White tiene poco más de cuarenta, es sumamente agradable, se le nota la buena educación y mira con una fijeza que parece curiosidad. Es la secretaria principal, administradora, mano derecha e izquierda del eminente cardiocirujano Dardo Fernández Aramburu, un fenómeno.

Hablamos más de una hora y media, a pesar de la poco cómoda situación de la cama a manera de mesa que nos separaba y aquellas pilchas a las que yo ya me había acostumbrado como debe ocurrirles a los presos con sus ropas de internos. Fue una charla suave, tranquila, grata. Me dio todo su apoyo y el del equipo de Fernández Aramburu. Casi al terminar sonrió más que de costumbre y me dijo: «Tengo que agradecerte algo».

—¿Vos a mí? —pregunté con tono de sorpresa porque hasta ese momento era yo el que debía agradecer y mucho.

—Sí —me dijo—. Te veo tan cerca de la operación con una calma fantástica, practicando esa esperanza que vos contás en los libros. Esta tarde hablamos aquí de la

ciencia y de la fe, de la lucha por la vida pero también de la entrega a la voluntad de Dios, de tu certeza en la vida eterna que te da esa paz...

—Lo que pasa, Dolo, es...

—No te conté todo, aún... Cuando venía hacia aquí pensaba en que tal vez fuera a encontrarme con un hombre temeroso, con miedo por lo que iba a ocurrir, lleno de dudas en una reacción que es muy común y completamente humana y natural. Pero que no quería ver en vos. Yo perdí un hijo adolescente y tus libros me apoyaron mucho. Estuve en una charla que diste para un grupo de padres y madres que perdimos algún hijo y me ayudó, también, oírte hablar con tanta seguridad. Si ahora que vos pasás por un momento difícil yo te hubiera visto aterrado, deprimido, como a veces ocurre y como le puede pasar a cualquiera, me hubieras defraudado. Tenía miedo de encontrarme con alguien que escribe una cosa y hace otra. ¿Entendés ahora por qué te doy las gracias?

No es nada fácil dejarme mudo, pero ella lo logró. Miré su sonrisa leve y sus ojos afectuosos durante unos cuantos segundos sin decir nada y de esta manera nada usual, Dolores White y yo empezamos a ser amigos. Es un honor para mí.

Mientras tanto el reloj disparaba segundos acercándome al momento clave. Al principio había quedado en claro que lo primero por hacer era preparar el terreno. El terreno venía a ser yo. Mi estado inicial era tan calamitoso que sólo aceptaba una angioplastia o una cirugía si se llegaba a una situación de emergencia. El terreno estaba lleno de pozos, con escombros desparramados por ahí, con bolsitas plásticas de basura tiradas al azar como ocurre en los baldíos, con yuyos por todas partes y tal vez con algunas comadreja escondiéndose en la maleza. Pero con el paso de los días todo fue mejorando. El equipo del doctor De la Fuente es especialista en dejar terrenos como para construir futuros sobre ellos. Los doctores Eduardo Peñaloza, diestro con la ciencia y el humor; Jorge Mrad, cálido y eficiente; Julio Argentieri, callado y preciso; y Jorge Miano, movedido y observador. Además de ser excelentes profesionales son, también, gente que sabe que está tratando con gente y no con un número de historia clínica. Los quiero de alma, desde hace muchos años, no sólo por mi experiencia personal sino porque los he visto poner ese cariño en cientos de enfermos. Quienes los acompañan no se quedan atrás. En cada cateterismo el asistente médico Hugo Figueroa, querido amigo, me puso como al descuido una estampita de Jesús Misericordioso bajo la almohada de la camilla de intervenciones. Uno de esos días él estaba en otro lugar y yo reclamaba la estampita desde mi posición horizontal y desnudo como una lengua. Sentí de pronto que alguien a mis espaldas levantaba la diminuta almohada y colocaba en ella algo. Era otro Jesús Misericordioso que rápidamente había rescatado de sus propias ropas el técnico Marcelo Gubert, aquel que siete años antes, en 1990, velozmente arrojó a mi camilla los desfibriladores que me serían aplicados en el pecho mandándome un shock eléctrico que me sacó de mi muerte clínica para iniciar todo este viaje maravilloso por lo desconocido. El otro técnico, Miguel Diorio, con aspecto y alma de bohemio bonachón. Mi querida Amalia que es como una caja fuerte: por fuera se la ve muy atractiva pero uno sabe que lo más importante lo lleva dentro; la dulce Mónica, de maneras suaves y mirada tranquilizadora pero decisiones firmes. Y Marcia, Susana, Fernando, Héctor, Facundo.

Yo formo parte con orgullo de ese equipo. En calidad de paciente, claro. Algo es algo.

El día de la operación se me iba viniendo encima a veces con la misma lentitud con la que se cae desde hace siglos la Torre de Pisa, y otras veces tan velozmente como para que cada jornada pareciera un flash.

Una de esas noches, justito cuando estaba en ese instante borroneado en el que uno pendula dulcemente entre la vigilia y el sueño, entró a la habitación uno de mis personajes ya habituales. Era un hombre grande pero que vestía unos jeans muy gastados y una camisa en las mismas condiciones. Daba la impresión de llevar un par de días sin afeitarse y parecía que estaba cubierto con una capa de polvo fino y blancuzco. Las manos eran grandes y se notaba que trabajaba mucho con ellas.

—Albañil —dijo sin que yo le preguntara nada y mientras se sacudía algo del polvo de escombros que lo cubría. Albañil. Ese era su trabajo pero no su identidad. Recién sentí quién era cuando dijo sonriendo:

—Seguro querés saber qué te va a pasar...

—Sos el Destino —apenas susurré, asombrado—. Te imaginaba de otra manera, qué sé yo, como un ejecutivo o algo así. No creí que fueras un laburante, un albañil. Te caería más ser arquitecto, por ejemplo.

—No te engañes. Ya habrás oído que cada uno es arquitecto de su propio destino y, por otra parte, Arquitecto, lo que se dice Arquitecto, hay uno solo, ya sabés. Yo trabajo. Rompo algo, demuelo algunas cosas, construyo otras, armo pavaditas en el tiempo libre. Voy tirando...

—Mirá vos... ¿y eso de «contra el destino nadie la talla»?

—Es un cacho de un tango, no un evangelio. También hay otro que dice «tengo el corazón hecho pedazos, rota la ilusión en este día» y eso no significa que el pobre tipo tenga el corazón todo averiado y la ilusión hecha polvo en el suelo como los vasos que rompe mi patrona al lavarlos.

—¿Tu patrona? ¿Vos estás casado?

—Y, sí. Con la Suerte. Buena mina aunque a veces está buena y otras mala... Pero hablando del corazón hecho pedazos, ¿cómo andás?

—¿Por qué no te vas al carajo?

—Yo no quise ofender, chiquilín. Fue con cariño.

—Chiquilín. Ojalá. Sos miope, también.

—Para mí todos son chiquilines. Bueno, ¿querés saber? No puedo andar contando todo pero algunas cosas te digo, si querés.

—No, no quiero.

—Fechas no se me permite dar pero pensá que nadie se muere en la víspera.

—Decime que te siga que no me vas a defraudar y grito bingo.

—Yo en política no me meto —dijo el Destino.

—¿Ah, no? ¿Querés que te cuente? —amenacé con tono irónico.

—No es mala idea. Mejor que empieces vos con tus historias porque, si no, empiezo yo con mi trabajo —dijo, mientras me mostraba un pico y una maza que me disuadieron de mi amenaza, mi ironía e incluso de continuar con la charla, al recordar que mi pacto

consistía en aliviar las cosas a cambio de relatos asombrosos. En ese momento entró la enfermera a tomarme la presión y la temperatura. Ella no lo veía, claro, pero yo sí y me ponía nervioso mirándome con esa sonrisa mientras palmeaba el suelo con la suela de la zapatilla en señal de espera impaciente y con el mango del pico apoyado sobre el hombro. Apenas la enfermera se fue y apagó la luz principal dejándome —dejándonos— en penumbras, empecé a contar mis historias. Y decidí arrancar, a propósito, con una o dos donde el Destino quedaba al descubierto a pesar suyo. A veces pasa.

## El sueño de Lincoln

En los primeros días de abril de 1865 el entonces presidente de los Estados Unidos, Abraham Lincoln, contó a un grupo de colaboradores que había tenido un extraño sueño. Dijo que él se hallaba descansando en sus habitaciones cuando escuchó unos ruidos inusuales en la planta baja. Descendió las escaleras para encontrarse con un grupo de personas que lloraban sin consuelo. Siguió caminando —siempre en su sueño— hasta el salón principal y advirtió allí que, en medio del lugar, había un féretro custodiado por cuatro soldados vestidos de gala. El resto de los que ocupaban aquel ámbito se veían terriblemente afectados. Una mujer lloraba cerca suyo y él le preguntó qué había ocurrido. Ella contestó, sin dejar de gemir: «El presidente. Lo han asesinado». En ese punto terminaba el sueño de Lincoln, que lo había perturbado por el realismo que sintió en su desarrollo. Los que escucharon la historia le dijeron, simplemente, que la olvidara. Unos días más tarde, el 14 de abril de 1865, un hombre le disparaba en la cabeza mientras asistía desde su palco a una función de teatro. Murió a las 7.22 de la mañana siguiente. Su cuerpo fue velado en el salón de la planta baja de su residencia, custodiado por cuatro soldados vestidos de gala y llorado por su pueblo, incluidos aquellos que habían escuchado su sueño y que fueron quienes lo relataron luego para la historia. Es sólo un caso, uno más, aunque famoso por la importancia de su protagonista.

\* \* \*

## La bola de cristal

Jean Dixon tiene 79 años, nunca fumó ni bebió ni tuvo una vida agitada de ninguna manera. Es católica practicante de las que jamás faltarían a una misa y, desde hace muchos años, se la considera la más famosa de las anticipadoras del futuro. Ha tenido premoniciones notables ante muchos testigos y, que se sepa, nunca lucró con ese don. No lo necesitaba: su esposo es un multimillonario empresario en bienes raíces de California. En abril de 1963 Jean Dixon estaba tomando el té con unas amigas cuando de pronto dejó la taza a mitad de camino y con el semblante súbitamente pálido dijo con voz temblorosa: «lo van a matar». Sus amigas la miraron con lógica intriga y alguien le

preguntó a quién se refería. «Al presidente, van a matar al presidente Kennedy...» La mujer intentó por todos los medios hacer llegar su premonición a la Casa Blanca, donde no le dieron ninguna importancia. Once años atrás, en 1952, había tenido otra videncia en la cual aseguró que en 1960 un demócrata católico de ojos claros llegaría a la presidencia pero que sería asesinado. En la mañana del 22 de noviembre de 1963 dijo de pronto a su familia: «el día es hoy. Hoy matarán al presidente». Pocas horas después el mundo se enteraba de la mala nueva que ella conocía desde hacía una década. Jean Dixon tuvo videncias desde la edad de nueve años y predijo infinidad de hechos que conmovieron al mundo. Desde joven era ya famosa, especialmente entre la gente del mundo del espectáculo que, tal vez por tutearse con las artes —algo tan misterioso— siempre están más dispuestas a admitir lo extraordinario. En una ocasión la famosa actriz Carole Lombard, casada con el célebre galán Clark Gable, la consultó sobre su futuro, como hacían muchos notables de la época. Jean Dixon le dijo, agitada, que no viajara en avión en los siguientes dos meses. La bella Carole contestó que eso no sería posible ya que en una semana más debía iniciar una gira impostergable. La Dixon insistió y la actriz le propuso una suerte de juego con el destino: lanzaría una moneda al aire y si salía ceca aceptaría la predicción y no viajaría. Tiró la moneda, que salió cara. «¿Lo ves?, el destino me apoya», dijo la Lombard. Pocos días después, el 19 de enero de 1942, la actriz moría en un accidente de aviación. Su último filme, aún sin estrenar al producirse su deceso, fue *To be or not to be*, «ser o no ser». Curiosa afirmación dadas las circunstancias.

El último día de mayo de 1968 Jean Dixon daba una de sus charlas ante una considerable cantidad de público reunido en el salón principal del hotel Ambassador de Los Ángeles. Alguien le preguntó si creía que el senador Robert Kennedy llegaría a ser presidente en las cercanas elecciones. La señora Dixon contaría luego que en ese momento sintió como un gran telón negro que caía sobre todos y, sin siquiera saber muy bien qué estaba diciendo, respondió: «No. No será presidente nunca. Una terrible tragedia se lo impedirá. Una terrible tragedia que ocurrirá aquí mismo». Luego se supo que no se refería solamente a la ciudad. El día 6 de junio de 1968, una semana después de la dura premonición, el senador Robert Francis Kennedy era asesinado a balazos en el mismo salón del mismo hotel Ambassador donde su muerte fuera anunciada.

Jean Dixon se hizo famosa al ser consultada por mucha gente incluyendo de manera especial a los manejadores del poder, pero nadie es perfecto y mucho menos quien se mete con el futuro. En la década del 70 la mujer anticipó una tercera guerra mundial que se desarrollaría entre 1980 y 1999 y que destruiría el planeta. De ocurrir, es notable el atraso que lleva el destino porque el desastre debió comenzar hace diecisiete años y, gracias a Dios, no fue así.

Eso sí, a Jean Dixon nadie le quita lo bailado con lo de Carole Lombard, lo de los Kennedy y unos cuantos aciertos más que se han publicitado mucho en su ocasión. Ojalá se cumpla una de sus premoniciones más esperadas: en 1958 tuvo una visión en la cual infinidad de pequeñas esferas de color púrpura y dorado flotaban sobre una imponente catedral llenando todo de luz. Jean Dixon sintió que aquello ocurriría a fines de este siglo

y que consistiría en una perfecta y ecuménica unión de la Iglesia Católica con las religiones más importantes.

\* \* \*

## El destino

Alabado por unos, maldecido por otros, el destino parece pasar por las vidas de todos luciendo una sonrisa misteriosa, señalándonos nuestra fragilidad a cada paso. La vida rebosa de ejemplos. Y la historia.

### *MOZART*

Nadie puede dudar que Wolfgang Amadeus Mozart es uno de los más grandes músicos en la historia del mundo. Fue el mimado de las cortes en su época. Pero el destino quiso que, al morir, su cuerpo fuera arrojado a una fosa común ya que no había nadie que pudiera pagarle una propia.

### *DERQUI*

Más cerca en el tiempo y en la geografía, la familia de Santiago Derqui, que fuera presidente de los argentinos en 1860, debió recurrir a un préstamo para enterrarlo decentemente porque no tenían ni un centavo.

### *ROULETTE*

Por su parte, un francés de apellido Roulette, que no inventó el juego de ruleta (creado por un monje, curiosamente) sino que lo perfeccionó y estableció las reglas para que ahora lleve ese nombre en su homenaje, vendió la patente por unos pocos francos. Cuando comenzaron a instalarse los primeros casinos del mundo donde era precisamente la ruleta una especie de *vedette* entre los juegos, el bueno de Roulette se frotó las manos con una sonrisa. ¿Cómo no iba a vencer a ese tapete y esa rueda si él había sido el inventor? Pero el pobre hombre perdió toda su fortuna luchando contra su engendro y se suicidó. Fue la primera víctima de lo que había bautizado, pero no la última.

### *DOSTOIEVSKY*

También tiene que ver con el juego —y mucho— el destino de una de las mayores

plumas de la literatura universal. Fedor Dostoievsky era un hombre respetado y admirado por todos hasta que, casi por casualidad, adquirió la fiebre del juego. Dueño de una discreta fortuna, la perdió íntegramente en las mesas de los casinos europeos. Y más aún, en una famosa e histórica partida de bacará (muy similar a nuestro punto y banca) Dostoievsky había perdido absolutamente todo lo material que poseía en esta Tierra. Propuso al banquero jugarle el dinero que ganaría por los derechos de su próxima novela. El hombre aceptó. Y Dostoievsky perdió los derechos ya no de una sino de tres novelas que aún no había escrito. Una de ellas, donde describe como nadie la pasión por el azar, se llamó *El jugador*. Moriría también en la miseria, habitando un cuartucho miserable de un oscuro altillo, después de haber frecuentado los palacios más lujosos de su época donde era recibido como un rey.

## *DESTINOS*

Nadie puede saber qué lo está esperando a la vuelta de cualquier esquina. Nadie. El poderoso puede transformarse en mendigo o el mendigo en poderoso. Se supone que somos los arquitectos de nuestro propio destino, pero a veces éste da una grotesca pirueta y, en un segundo, todo cambia. ¿Podía imaginar, acaso, el genial Astor Piazzolla, que el último acto en pie de su vida sería aquel en el que se terminaba de vestir para asistir a misa en Notre Dame? ¿En qué cosas estaría pensando el inimitable Alberto Olmedo cuando, después de cenar en aquel restaurante de Mar del Plata, envolvió algunos trozos de lechón para llevarse a su departamento sin que se le cruzara por la cabeza que eran aquellas las últimas horas de su existencia? ¿Acaso se le podía ocurrir a Lady Diana que la puerta de aquel Mercedes 600 sería la última que cruzaría en su vida? En otro orden de cosas, ¿pensaron ustedes en el fin de notables hombres de nuestra historia que, cada uno en su estilo, dieron mucho por la patria? San Martín, nuestro máximo prócer, murió en la pobreza total en Boulogne-Sur-Mer. Sarmiento en Paraguay. Rosas en Gran Bretaña, a la que había enfrentado. Mariano Moreno en alta mar. Jorge Luis Borges en Ginebra. Julio Cortázar en Francia. Como si no hubieran querido entristecer a su tierra muriendo en ella, una tierra entrañable pero tan inesperada como para que Belgrano pronunciara al morir tres palabras que lo dicen todo: «Ay, Patria mía». Destinos... Como el de Cristóbal Colón, que murió sin saber bien qué cosa había descubierto. O el de Van Gogh, que vivió preso de la desesperación y la locura, sin poder vender un cuadro para comprar comida, cuando hoy cada obra suya cuesta millones de dólares. O el de Juana de Arco, quemada en la hoguera acusada del cargo de brujería y honrada como santa muchos años después.

Yo sé que ahora estoy escribiendo y ustedes saben que están leyendo, pero no sabemos qué sucederá dentro de un minuto, para bien o para mal. Tal vez eso le dé el verdadero y jugoso sabor a la vida que, más que ninguna otra cosa, es una verdadera historia asombrosa.

## La vida es un círculo

Hay historias que parecen un círculo perfecto dibujado con un compás infalible. Luis XIV, el monarca mencionado en otra historia, fue coronado rey de Francia cuando apenas había cumplido los cinco años de edad. Por supuesto quien gobernaba no era él sino el cardenal Mazarino, un muy astuto e inteligente consejero real. El pueblo hablaba del rey calificándolo a menudo como de pequeño idiota, aunque —claro está— lo hacían en secreto, por las dudas. Luis XIV, mientras tanto, dedicaba todo su tiempo al jolgorio y los juegos de cualquier tipo. En realidad, para ser un rey, era algo bastante parecido a un pequeño idiota. Pero un día del año 1661 murió Mazarino. Esa mañana un alto funcionario de la corte pidió ver al rey y, ya frente a él, le preguntó a quién había que pedir instrucciones desde ese momento. Luis XIV, ya con 21 años, lo miró severamente y gritó: «A mí, por supuesto»... No nombró primer ministro, él mismo ejerció esas funciones. Y comenzó a gobernar. Lo curioso es que el «pequeño idiota» se demostró por muchos años como un excelente estadista. Sus ejércitos no hacían otra cosa que conquistar; la economía comenzó a florecer casi mágicamente; terminó con las guerras internas y hasta tuvo tiempo para hacer construir el hoy famoso Palacio de Versalles y delinear —de acuerdo con su propio gusto— un estilo de muebles que aún lleva su nombre. Todo giraba en torno suyo. Y dos frases que lo tienen como protagonista así lo prueban: «*El Estado soy yo*», dicha por él mismo en un impúdico ataque de inmodestia. Y aquel apodo con que lo llamaron sus aduladores y hasta buena parte del pueblo: «*El Rey Sol*», lo que señalaba que efectivamente era el centro de todo lo que ocurría en sus dominios. A aquella época se la llamó «la Edad de Oro de Francia». Pero nada es perfecto. Su ministro de economía, Colbert, murió y las finanzas quedaron a la deriva. Su amante, Madame de Maintenon, lo aconsejaba como si fuera el enemigo, de manera desastrosa. Crecieron los impuestos y comenzaron a formarse en Francia verdaderos ejércitos de hambrientos que atacaban cosas hasta entonces casi sagradas, como el carruaje real o el propio Palacio de Versalles. El comercio y la agricultura estaban en ruinas. La pobreza era desesperante mientras Luis XIV gastaba lo poco que quedaba en sus fastuosas fiestas, cada vez para menos gente. En esos últimos años murieron su hijo y su nieto, el pueblo lo odiaba y la gente más cercana a él lo había abandonado. Murió en 1715, a los 77 años y después de haber sido —aún lo es— el rey que más tiempo gobernó en la historia del mundo: lo hizo durante 72 años. Pero en aquel triste final, bañado por la soledad y la angustia, casi desvariando, se cerraba el círculo perfecto: el pueblo desesperado y macilento ya había comenzado a calificarlo como «un idiota» una vez más. Y festejaron el día de su muerte los hijos y los nietos de aquellos que habían festejado los días de su gloria. En su funeral no había una sola persona de aquellos que lo habían rodeado. La vida redondeaba una nueva paradoja. Una nueva mueca del destino se burlaba de todo y de todos, aunque ahora la juegue de inocente junto a mi cama.

## *Titanic*. La soberbia

Gran parte de la publicidad del *Titanic* estaba basada en una frase casi blasfema y sin dudas llena de soberbia: «Ni Dios puede hundirlo». Jamás se había construido un buque de semejante porte y con tantas medidas de seguridad para casos de accidentes. Sus catorce compartimientos estancos, por completo herméticos, y su doble fondo, garantizaban (lo cual es sólo una manera de decir, tal como lo mostró la Historia) que aquella nave pudiera llevar el mote de insumergible que le habían puesto sus dueños, la compañía inglesa White Star. El capitán, Ernest Smith, era un hombre de la mayor experiencia y la tripulación toda fue elegida entre los mejores. Tenían todo a favor. Pero comenzaron a darse una cantidad de hechos que llevaron al desastre. Es posible que allí hayan trabajado juntos la chica del pelo suelto, la Casualidad, y el duro trabajador de jeans gastados, el Destino. Lo que parece seguro es que, si uno analiza ciertos detalles de lo ocurrido, casi no quedan dudas de que los del *Titanic* pagaron carísima su soberbia. Veamos...

A las 21.40 del 14 de abril de 1912 el *Messaba*, un buque que navegaba por la zona, envió al *Titanic* un aviso de hielos flotantes. Este mensaje no llegó nunca al puente de mando porque se consideró que «esas cosas» no afectarían a semejante nave. Por lo tanto, siguieron navegando a 22 nudos, casi a toda máquina. Un nuevo navío, el *Baltic*, también advirtió sobre los hielos con un mensaje de alerta. George Ismay, director ejecutivo de la White Star, se ufanaba mostrando el telegrama aun a los pasajeros, diciendo que lo bueno de estar a bordo de algo como aquello hacía que no den importancia a esos detalles. Todos reían felices y seguían brindando. A las 23.40 se produce el choque, que abre todo un costado del buque a lo largo de cien metros. Pero el capitán Smith ni siquiera se inquieta. Nada de avisos al pasaje, ni estado general de alerta máxima, ni cambios en la alegre rutina. Aquel barco era «insumergible», según todos aseguraban. La orquesta seguía tocando y la fiesta a bordo continuaba mientras los pasajeros jugaban con los trocitos de hielo que habían caído sobre la cubierta. Era insumergible, era insumergible. No había nada que temer. Pero comenzó a hundirse, clavándose en el mar como un cuchillo filoso en la manteca caliente. Sólo había dieciséis botes salvavidas cuando debieron ser 48. ¿Para qué tantos si era insumergible, era insumergible? De todas maneras había que cumplir con las reglas y avisar de la colisión a otros buques. La radio emitió el pedido de auxilio pero el *Californian*, a solamente ocho millas del lugar, no lo recibió porque su radiotelegrafista había desconectado el aparato hacía apenas diez minutos, enojado por el trato altanero que había recibido hasta entonces de sus colegas del *Titanic*, que alardeaban de su buque y se comportaban como si fueran de una casta superior. La soberbia, el peor de los pecados, se pagaría muy cara. Pero el destino tenía preparadas otras jugadas increíbles.

## *Titanic*. Errores y premoniciones

El *Titanic* se hunde, en pleno Atlántico Norte, luego de haber chocado con un iceberg a las 11.40 de la noche del 14 de abril de 1912. La estúpida seguridad de que aquello era imposible hizo que en los primeros momentos no sólo no se le diera importancia al impacto sino que, además, se ordenara a la orquesta que tocara un alegre ragtime para entretener al pasaje de primera clase, ya que todo se pondría muy pronto en su lugar. Pero no. El *Titanic* se hunde. El telegrafista envía el primer pedido de auxilio a cualquier nave usando para eso las tres letras que identificaban a una gran emergencia: «C.Q.D.», repitiéndolas una y otra vez sin respuesta. El hombre, de apellido Phillips, recordó al rato que una convención internacional acababa de cambiar el código y comenzó a enviar el nuevo: «S.O.S.», «S.O.S.». Recién entonces una docena de buques partieron hacia el lugar, pero estaban lejos. El más cercano, el *Californian*, tenía desconectado su sistema radial, como está dicho. Otro, el *Carpathia*, a 60 millas de allí, tenía a su operador de radio tomando café y conversando con sus compañeros en el puente de mando. Al bajar a su cabina, 50 minutos después de la alarma, decidió saludar al imponente *Titanic*, encendió su radio sin apuro y —ante su sorpresa— escuchó: «S.O.S., vengan de inmediato, S.O.S.». Al llegar sólo pudieron rescatar a 605 personas. A las dos de la mañana el telegrafista del «insumergible» recibió la orden de abandonar su puesto junto con el consabido y temible mensaje a partir de entonces: «Sálvese quien pueda». Phillips, sin embargo, siguió emitiendo heroicamente y se hundió con el buque. A las 2.20 el *Titanic* era tragado por el mar mientras la orquesta, que tampoco abandonó la nave, había cambiado aquel alegre ragtime por el himno religioso *Más cerca, Dios, de ti*, que sonó hasta que fueron tragados por las aguas mezclándose con los gritos de horror y pánico de los sorprendidos pasajeros. Todos los errores humanos posibles se habían dado cita en aquel punto para que murieran 1513 personas. Entre ellas el por entonces famoso periodista y apasionado de temas misteriosos William Stead. Stead había escrito veinte años atrás un cuento en el que se hundía un poderoso barco en el Atlántico Norte, y provocaba cientos de muertes. Tal vez olvidó su propia advertencia y las de más de doscientas personas que, antes del viaje, avisaron a la compañía naviera que habían tenido premoniciones sobre una gran catástrofe en aquella única travesía. Una de esas personas no tuvo que llamar a la White Star como el resto ya que era su presidente. John P. Morgan, el millonario que era el mayor accionista en la construcción del *Titanic* iba a abordarlo en aquel viaje inaugural y final, pero no lo hizo. Poco antes del día en que zarpaba el enorme transatlántico, le dijo a su amigo Henry Frick, poderoso empresario en aceros: «No viajaré en el *Titanic*. Tuve un sueño en el que sentí muy claramente que ese barco sería castigado». Ese sueño salvó su vida. La inmensidad del mar, su poder y su fuerza han sido siempre una buena cuna para el destino.

\* \* \*

## *El holandés errante. La leyenda*

El capitán Hendrik van der Decken era muy conocido entre los duros marinos del siglo XVII y no precisamente por su simpatía. Se trataba de un hombre rudo, de pocas pulgas y con una ambición desmesurada que lo llevaba a hacer cualquier cosa con tal de obtener lo que quería. Van der Decken partió un día desde el puerto de Amsterdam con rumbo a las Indias Orientales, con la intención de buscar allí fortuna fácil sin que lo detuviera nada ni nadie. Cuando el buque se hallaba en las cercanías del Cabo de Buena Esperanza estalló una feroz tormenta que parecía no terminar nunca. Durante varios días el barco se vio sacudido en forma permanente, las velas se rompieron y los tripulantes, aun los más curtidos y veteranos, clamaban por un minuto de sosiego. Van der Decken se mantenía en su puesto prácticamente sin dormir, firme, encarando cada golpe de las enormes olas sin cambiar su gesto y gritando órdenes con su voz ronca que metía miedo. Lo único que le importaba era salir de aquello para alcanzar su puerto de destino donde, se suponía, lo esperaban grandes posibilidades de riqueza rápida que era, a la sazón, lo único que le importaba en su vida. No tenía familia ni amigos. Solamente el dinero era su amada obsesión. La fuerza de aquella tormenta en medio del mar estaba a punto de hacer naufragar el barco y, con él, a sus ambiciones. A partir de este punto entra en escena lo que es una mezcla de leyenda y tradición. Se dice que fue entonces cuando al capitán se le presentó el diablo y le dijo que si se creía tan poderoso desafiara al mismo Dios enfilando la nave hacia el centro del vendaval. El holandés aceptó el desafío y riendo a carcajadas ordenó que se pusiera rumbo al peor lugar de aquel infierno. Así se hizo y allí puede decirse que comenzó todo. Según este antiguo relato, el capitán cayó en la trampa del demonio que apeló a su soberbia para empujarlo a desafiar al Todopoderoso pero, al hacerlo, Van der Decken ofendió a Dios que condenó a él y a su barco a navegar sin destino y sin puerto para toda la eternidad. Casi un castigo filosófico: vivir para siempre, pero sin que esa vida tuviera un objetivo. Esa sería la maldición del *Holandés errante*. Hasta aquí la leyenda, que es una más de las muchas que el mar encierra, pero con algo diferente. Este barco tendría también una historia increíble, con hechos verídicos que le darían otra vuelta de tuerca al asombro.

\* \* \*

## *El holandés errante. Realidades*

La historia del inescrupuloso capitán Van der Decken, que suena a fantasía de leyenda, pareció tener visos de realidad en muchas ocasiones. Gran cantidad de marinos denunciaron, durante años, haber visto al *Holandés errante* navegando al garette. Al

principio nadie se tomaba la cosa en serio pero aquellos navegantes, que eran de distintos países, culturas y caracteres tenían en común el miedo cuando contaban lo visto. Algunos de esos testimonios eran de un origen irreprochable. Es el caso de quien luego sería el rey Jorge I de Inglaterra. Siendo el príncipe Jorge, a la edad de dieciséis años, el 11 de julio de 1881, navegaba como cadete de la marina real en el buque *Inconstant*. Anotó en su cuaderno de bitácora y luego lo refirmó ya en tierra, que ese día vio al *Holandés errante* a unos 150 metros de su propia nave. Según escribió literalmente: «... pasó frente a nuestra proa. Estaba rodeado de una luz espectral, fosforescente, como la de todo barco fantasma. Lo vi junto al oficial de guardia, en medio de esta noche calma y clara. El guardiamarina, que también lo vio, fue enviado de inmediato a proa pero, al llegar, el *Holandés errante* desapareció tan rápidamente como había aparecido...». Luego se supo que fueron trece en realidad los hombres del *Inconstant* que asistieron a aquel raro fenómeno. Uno de ellos, el marinero que lo avistó en primer lugar y dio la voz de alarma, murió ese mismo día por la tarde al caer un mástil sobre él. Esto completaba el círculo misterioso, ya que siempre se aseguró que los que descubrieran a ese buque fantasma atraerían hacia ellos una implacable mala suerte. Infinidad de documentos señalan que el barco de Van der Decken fue visto en muchas ocasiones. En 1939, incluso, unas cien personas que tomaban sol en una playa de Ciudad del Cabo contaron ser testigos de una aparición que duró unos quince minutos. En 1943 y otra vez desde tierra, cuatro personas que se hallaban como las otras en las cercanías del Cabo de Buena Esperanza, donde ocurrió la antigua tormenta, repitieron el relato con datos del buque que correspondían exactamente a los del *Holandés errante*. También se esfumó de pronto, como siempre. Se habló de alucinación colectiva, pero estas personas ni siquiera conocían la leyenda y no acusaron ningún trastorno en los exámenes psíquicos que se les practicaron. Lo cierto es que, aún hoy, hay marinos en distintos puertos del mundo que conservan cierto respetuoso temor por la maldición del *Holandés errante*, al que ni siquiera mencionan.

\* \* \*

## El loco

San Francisco de Asís tenía 42 años cuando deja el grupo de monjes que él había fundado y decide irse solo a la montaña de Alvernia, para vivir allí con lo mínimo y en contemplación, tratando de comprender las cosas naturales que lo rodeaban como el hermano sol, la hermana luna, el hermano lobo, la hermana rosa o la hermana piedra. Sostenía que Dios estaba en cada pequeño segmento de la Creación. A poco de llegar, San Francisco oraba en la montaña solitaria cuando se le apareció lo que luego, en el Acta Sanctorum de octubre de 1224, Santo Tomás de Celano describe como *un hombre de Dios, una especie de serafín que tenía seis alas: dos se elevaban por sobre su cabeza, las del medio le servían para volar y las de abajo lo cubrían. Ese ángel tenía*

*un pie sobre el otro, como Jesús en su cruz. El Santo de Asís (el Loco de Asís como preferían llamarlo otros hombres de la Iglesia pero de mentes increíblemente inexistentes) se alborozó con la aparición que lo llenó de gozo pero también de dolor, porque no quería ver a ese ángel con los pies clavados. El Acta Sanctorum documenta que *de pronto comenzaron a aparecer en sus manos y pies las marcas de Nuestro Señor... Sus manos y sus pies estaban clavados con las cabezas de los clavos, redondas y negras, sobresaliendo en la parte superior de la carne. El costado derecho de su pecho estaba como perforado por una lanza y la sangre fluía a menudo de la cicatriz.**

Los estigmas habían brotado en San Francisco y siguieron en él hasta su muerte, dos años después. En ese lapso y casi enseguida de la honra de sangre, San Buenaventura comprobó personalmente el fenómeno. Santa Clara, su amiga, y más de cincuenta hermanos de su Orden vieron con sus propios ojos aquellas marcas. Y, por último y de manera inapelable, quien lo comprobaría luego en una inspección ocular directa sería el mismísimo papa Alejandro IV, quien documentó la existencia de los estigmas. San Francisco —vaya destino— fue a la montaña a buscar respuestas de Dios y a acercarse a lo natural. Encontró que el dolor y la sangre son también, a veces, una respuesta divina. Y que a menudo lo natural se entiende mejor cuando se asume lo sobrenatural.

\* \* \*

## Marcas misteriosas

Los estigmas, las marcas de Cristo en la cruz, son los que describimos en el caso de San Francisco: heridas en manos, en pies, en el costado derecho del tórax y, en ocasiones, en la frente sangrante debido a la corona de espinas. A lo largo de la historia hubo otros casos y los que se hicieron públicos oficialmente desde un punto de vista religioso fueron previamente investigados por profesionales médicos de cada época.

Hay que tener en cuenta que hay ocasiones en las que este tipo de heridas pueden ser producto de trastornos de piel, de circulación, de tipo nervioso y de tipo psicológico. En las de orden sobrenatural que la Iglesia no solamente avala sino que celebra se destacan, entre otras, las de Santa Verónica Giuliani, que recibió los estigmas en 1697 y los reprodujo durante treinta años. Los médicos intentaron detener aquello y, seguramente con cierto escepticismo, encerraron sus manos en guantes sellados por ellos mismos para luego comprobar que los estigmas volvían y su escepticismo se iba. Otro caso oficial es, en 1745, el de Santa María Francisca de las Cinco Llagas, cuya particularidad en el caso de las heridas de manos y pies era que podía verse a través de ellas ya que sólo una leve membrana las cubría. Algo similar había ocurrido unos dos siglos antes con Pasidea Groggi, cuyas heridas traspasaban de tal forma sus manos y pies que solían comprobar el fenómeno atravesándolas con un pequeño bastón sin que la mujer sintiera dolor alguno. Este último fue el caso de una persona piadosa, de mucha fe pero sin las condiciones de santidad. En la misma situación se ubica a Domenica Lazzari quien, entre 1830 y 1840,

recibió los estigmas y fue centro de una gran polémica aun cuando se comprobó fehacientemente el fenómeno. Ocurría que eran los principios del racionalismo científico, cuando la moda era descreer de todo lo que no fuera materia pura. Así y todo el profesor Ernest de Moy, de la Universidad de Munich, investigó y avaló lo sucedido a Domenica Lazzari. Otro caso de una mujer sumamente piadosa fue el de Teresa Miollis a quien, en 1855, se le presentaron los estigmas que incluyeron las heridas y sangrado de su frente, hecho comprobado y aceptado por un médico de apellido Reverdit, tal como figura en el documento oficial. Más cerca en el tiempo, tanto como para que estén con vida cientos de personas que lo vieron con sus propios ojos —incluyendo al papa Juan Pablo II—, el sacerdote Francesco Forgione, más conocido popularmente como el padre Pío o el padre Pío de Pietrelcina, llevó con él los estigmas desde 1918 y a lo largo de cincuenta años. Hay fotografías en las que se lo ve sonriente con vendas sangrantes en ambas manos.

La Iglesia no hace comentario alguno de manera oficial sobre la vidente de San Nicolás, Gladys Motta. Y es razonable. Una cosa es la devoción a la Virgen y otra es cargar las tintas con una persona de carne y hueso que debió soportar, por ejemplo, que cierta gente llegara a meterse en la cocina de su casa para arrancarle algunos cabellos como talismán o vaya a saber uno como qué. El fanatismo es pésimo en cualquier creencia. Lo cierto es que todos aquellos que recibieron los estigmas —pocos, a lo largo de la historia— no eligieron esa circunstancia. Generalmente abrazaron la fe con mucha fuerza y es muy difícil saber con certeza, fuera de las especulaciones religiosas, por qué Dios decidió que ellos fueran un símbolo de la fe con sus propios cuerpos. Por qué fueron los elegidos para llevar y mostrar las marcas del destino.

\* \* \*

## Julio Verne. El hombre del destino

El 8 de febrero de 1828 nace en Francia uno de los hombres más visionarios de la historia del mundo. Tanto que, aún hoy, nos seguimos preguntando qué fuerzas poderosas e inexplicables podían existir en él como para transformarse en un hombre-misterio. Un misterio que, tal vez, no sea nunca develado. Cuando tenía tan sólo once años de edad se embarcó en una goleta que partía al Pacífico nada más que para traer un collar de coral que le había prometido a su prima Caroline. Su padre lo hizo desembarcar apenas minutos antes de que la nave zarpara, pero esa anécdota pinta su carácter y marcaría su futuro. Se llamó Julio Verne y nadie como él escribió en tono de ficción hechos, objetos y hasta personajes que se darían mucho después en la realidad. En su siglo XIX y a través de una de sus ochenta novelas —llamada *Los 500 millones de la Begum*— Verne contaba, como si nada, la aparición de un personaje con todas las características que luego mostraría Adolfo Hitler y desgranaba en aquella ficción una guerra mundial con la cual nadie podía siquiera soñar por entonces. En su famoso libro *Cinco semanas en globo* el autor afirma que las fuentes del río Nilo estaban en el lago

Victoria. Por aquellas épocas la región no había sido aún explorada y no se contaba con un solo mapa que mostrara ese hecho, el que años más tarde se demostraría como absolutamente real. Hijo de un famoso abogado, no quiso desairar a su padre y se recibió también él en la misma profesión pero jamás la ejerció. Prefirió el mundo de la imaginación antes que el de la letra fría de la ley. Y no se equivocó. Nos regaló sus ideas y, lo más apasionante, su increíble misterio. Sus colegas contemporáneos parecían no poder soportar su éxito y la cantidad de obras que lanzaba al mercado de manera incesante. Lo acusaron de tener un equipo de cincuenta personas que escribían para él, que luego firmaba los libros con su nombre. Por supuesto era una total infamia y hoy ni siquiera se recuerda el nombre de los acusadores. Lo que se recuerda y para siempre es el asombroso poder —tal vez un toque de su ángel— que le permitía vaticinar con tanta naturalidad lo que luego llegaría de la mano del futuro.

Nunca manejó otra herramienta que no fuera la pluma con la que escribía. Hasta es muy posible que jamás haya usado un martillo, un cincel, una tenaza, una escuadra, un compás. Pero, en sus escritos, Julio Verne «inventaba» cosas que eran por completo sorprendentes para su época —el siglo XIX— pero que luego verían la luz a lo largo de la historia del mundo como realidades que hoy tomamos como comunes. En sus obras de ficción (ubíquense unos ciento cincuenta años atrás) el increíble escritor imaginó la televisión, la caza submarina, el uso de la electricidad como fuerza motriz, el tubo de luz fluorescente, el micrófono, el helicóptero, los altoparlantes, los rascacielos, los viajes espaciales, el rayo láser, los aviones teleguiados, el submarino, los carros de asalto, el uso de la energía térmica de los mares, los cañones de largo alcance y hasta la bomba atómica. Todo eso —vale la pena reiterarlo— muchos años antes de que comenzara el siglo XX. Fue acusado de loco y de esotérico. Pero eran solamente pobres ataques producto de la envidia de los colegas que lucían muy intelectuales y soberbios pero que no tenían vuelo ni lectores y no le llegaban a la suela de sus zapatos. El público, por su parte, lo adoraba y hasta seguía al pie de la letra las modas que él inventaba en sus obras. Luego de haber salido al mercado su novela *Miguel Strogoff*, en Francia se impuso la moda de vestir «a la rusa», se dejó el champagne para presumir con el vodka y se pusieron de moda los bailes cosacos. Su obra fue impresionante y misteriosa. En su novela *La jornada de un periodista* imagina a un potentado que vive en el piso 300 de un edificio y que viaja a su trabajo en un aerobús muy veloz. Dice que ese mundo del futuro estaba formado por sólo cuatro grandes países: Europa, China, Estados Unidos del Norte de América y Estados Unidos del Sur de América. Y que se vive en paz por temor a los poderosos arsenales con que cada uno cuenta. ¿No es algo aún hoy muy posible? ¿No es la manera en que hemos vivido en este bendito planeta durante décadas, nos guste o no?

Por hartos conocidas sólo mencionamos al final y al pasar sus obras de anticipación más famosas: *De la Tierra a la Luna*, un siglo y medio antes del viaje real de la Apolo XI; *20.000 leguas bajo el mar*, donde describe un submarino con todas las características de uno nuclear a tal punto que, al ser armado el primero de ese tipo, se lo llamó con el mismo nombre que Julio le puso en la ficción: *Nautilus*; *Viaje al centro de*

*la Tierra*, en la que contaba lo que allí iban encontrando sus personajes y que difería muy poco de lo que la ciencia comprobó mucho después o *La vuelta al mundo en ochenta días*, una graciosa aventura alrededor del planeta cuando algo semejante era impensable.

Julio Verne, el genio, el misterioso, el visionario, tuvo una vida personal casi opaca. No brilló con su esposa ni con su único hijo. Murió trabajando, solo en su estudio, a los 77 años y casi ciego. Justo él, que había visto todo.

\* \* \*

## Los que se equivocaron con ganas

A veces el Destino es descubierto por personajes con algún misterioso toque celestial, como si Dios les acariciara la cabeza despeinándolos en medio de la más grata de las risas. Otras veces el Destino no colabora nada, quizás cuando está peleado con la Suerte, la de los humores cambiantes y de la que hoy vinimos a enterarnos que es su esposa. En ocasiones el Destino ayuda, hay que admitirlo. Y en otras hace zancadillas a los pobres tipos que se equivocan fiero. Recordemos a unos pocos.

Imaginemos la escena. La función iba a comenzar. Unos pocos asistentes que no soñaban que pasarían a la historia se hallaban ubicados en el llamado Salón Indien del Grand Café de París. Era el 28 de diciembre de 1895 y dos hermanos de apellido Lumière iban a presentar en ese lugar lo que sería la primera función pública de cine en la historia del mundo. Lo que ocurrió después con aquel invento ya lo sabemos, pero lo que señala a un fulano que se equivocó con ganas es algo que ahora sólo se recuerda como anécdota. El dueño del Grand Café era un italiano de apellido Volpini al que los Lumière le ofrecieron asociarlo a esa nueva idea con un porcentaje de las ganancias a cambio de que les cediera el pequeño Salón Indien que había sido hasta poco tiempo atrás el ámbito donde se jugaba al billar. Volpini no aceptó. Dijo que «esa cosa» (el cine) no podía tener futuro y exigió los treinta francos de alquiler que le fueron pagados religiosamente. Lo que se dice un visionario, el buen Volpini. Pero hubo otros como él.

Es un hecho histórico que los sucesores de John Pemberton, el inventor de la Coca-Cola, vendieron los derechos en 1888 —a dos años de la muerte del hombre— en la mínima cifra de 2.300 dólares. Y se fueron tan contentos, sin soñar con lo que el destino y el gusto popular depararía a aquello que nació como un jarabe refrescante.

También vale la pena recordar el caso del rey Fernando VII de España. Ocurrió que los aztecas usaban de manera habitual un alimento que parecía gustarles mucho. Se componía de polvo de cacao endulzado con miel y aderezado con un ají picante llamado chili. Colón le llevó un poco al rey en su cuarto viaje y Fernando VII, después de probarlo, escupió el brebaje diciendo que le parecía algo abominable. Por suerte hubo unos monjes benedictinos que eliminaron el chili, le agregaron leche, le sumaron vainilla y le cambiaron la miel por azúcar. Inventaron el chocolate, nada menos. Pero el bueno

de Fernando trabajaba de rey y no de genio, qué le va a hacer.

\* \* \*

## Pompeya, el desastre

El rugido parecía llegar desde la tierra misma, cosquilleando en las plantas de los pies de los habitantes del lugar. Creció de manera feroz, como el terror de aquella gente. De pronto un estallido impresionante se escuchó por sobre las cabezas: provenía del Vesubio, un volcán que despertó de golpe en fuego y explosiones.

En el año 79 de nuestra era, cuando los cristianos eran perseguidos por el Imperio Romano y la mayoría de los apóstoles no hacía mucho que habían perdido sus vidas en el martirio por defender su fe, Pompeya era una hermosa ciudad construida en las laderas del volcán que se creía extinguido. Aquel era un lugar muy adelantado para su época. Vivían allí entre veinte y treinta mil personas con un confort francamente envidiable ya que Pompeya era un lujoso sitio de vacaciones como los tantos que hay hoy en día. Calles espaciosas, bellísimas esculturas, grandes salones, habitaciones muy amplias y un clima de permanente festejo eran sus características. Si leen con atención lo que sigue verán que, en efecto, no hay nada nuevo bajo el sol. La calle principal de Pompeya se llamaba la Vía de la Abundancia y en ella, a la manera de un shopping actual, se apretujaban tiendas de todo tipo que ofrecían a los turistas los más variados productos. Sus habitantes se esmeraban por hacer que cada visitante se sintiera como un rey en la ciudad ya que vivían fundamentalmente de lo que ellos dejaban en sus arcas en cada veraneo. Una de las curiosidades del lugar era la cantidad de escritos en las paredes —lo que hoy llamaríamos «graffitis»— donde se acusaba de corrupción a muchos políticos de entonces y se insultaba en forma personal a los gobernantes. Pero el Imperio no se preocupaba por eso. Pompeya seguía siendo una importante fuente de ingresos debido al turismo. Hasta que en aquel año 79 el Vesubio comenzó a vomitar su lava y fuego, que arrasaron en poco tiempo con la ciudad entera. Todos murieron en la catástrofe, casi sin posibilidad de huir. La ciudad entera quedó completamente sepultada por la lava ardiente que luego, al enfriarse, se transformó en una planicie rocosa bajo la cual quedó el lujo. Recién mil setecientos años después se excavó para recuperarla. Fue entonces cuando un ingeniero italiano de apellido Alcubierre inició unas toscas excavaciones aunque sin resultados. La ardiente lava era ahora roca sólida, casi impenetrable. Aquello era como horadar una montaña. Pero en 1763 el arqueólogo alemán Winkelmann logró poner al descubierto unos pocos sitios. Hay que tener en cuenta que la capa volcánica que cubrió Pompeya tenía entre seis y ocho metros de espesor. Hubo otros intentos, pero recién en 1940 se inició una excavación con métodos más modernos y —después de diez años de trabajo— se logró desenterrar aquel lugar histórico y asombrarse con los adelantos que allí se descubrieron. Las calles, por ejemplo, tenían desniveles de rocas que iban de lado a lado para evitar que los carros

pasaran demasiado velozmente con peligro para los turistas. Era lo que hoy llamamos «lomos de burro» que se construyen especialmente y con el mismo fin en ciudades de veraneo o barrios que quieren conservar su tranquilidad. Había todo tipo de negocios pero, entre los más increíbles, abundaban las lavanderías, algo inusual en la época. Las ropas se colocaban en pozos especiales y los esclavos caminaban en círculos sobre ellas, que se impregnaban en agua y un equivalente a nuestro detergente de hoy. Eran lavarropas humanos. Se descubrió, también, una gran cantidad de bares, llamados *termopolios*, donde se conservaban toneles de vinos muy frutales y alimentos de todo tipo. El más frecuentado era el de una mujer llamada Asellina, que llegó a tener tal predicamento en Pompeya que —tengan en cuenta la época, donde las mujeres no podían tener actividades políticas— llegó a enfrentarse con los gobernantes a los que llamó «gordos ladrones» sin que nadie pudiera hacerle nada porque el pueblo la defendía. Nació allí la primera reacción política femenina de la historia. Y la apoyaron hasta los hombres. En primer lugar porque, en efecto, los «gordos» eran unos ladrones. Y luego porque Asellina regenteaba, también, a un grupo de chicas que ejercían la más antigua profesión y no era cuestión de enemistarse con ellas. Ya ven: Pompeya escondía hasta eso bajo la lava, pero también su azaroso destino de opulencia y desastre tenía otros matices y misterios. Bajo esa lava petrificada dormía el primer signo de la fe cristiana.

\* \* \*

## La primera cruz

Mientras Jesús estuvo en la Tierra y durante más de un siglo y medio después, el símbolo del cristianismo era un pez. El simple y fácil dibujo del perfil de un pez identificaba a los perseguidos cristianos. Esto era así porque usaban también una palabra griega —*ichthys*, es decir pez— como contraseña secreta, ya que las iniciales de ese vocablo encerraban la frase *Jesús Cristo Hijo de Dios Salvador*. De esa palabra griega nos llegaría ictiología, para definir la ciencia que estudia a los peces. Al morir Nuestro Señor en la Cruz se mantuvo al pez como símbolo, pero en el siglo II algunos comenzaron a dibujar o a construir cruces en reverente memoria y homenaje a Cristo y su sacrificio. La primera que se conoce data de antes del año 79 de nuestra era y se descubre mucho después. Ya hablamos en la historia anterior de la erupción del volcán Vesubio que sepultó a la ciudad de Pompeya. Pero, en esa ocasión —año 79, como digo— no fue aquélla la única ciudad sepultada por la lava. Un pueblo vecino llamado Herculano desapareció también bajo las rocas ígneas. Un pueblo pequeño, sin atractivos, apartado del bullicio turístico de Pompeya, casi una villa de descanso para los romanos adinerados del imperio. Como contamos, recién en el año 1950 se terminaron los trabajos de excavación en Pompeya para hacerla salir otra vez a la luz. Pero también se hizo lo mismo con Herculano. Y allí apareció un documento tangible. Los nobles que solían pasar sus vacaciones en el lugar lo hacían acompañados por sus esclavos, como

era costumbre. Estos hombres y mujeres —muchos de ellos cristianos y de gran fe— vivían en construcciones apartadas de los palacios principales. Fue en una de esas viviendas modestas pero de piedra donde se produjo el hallazgo. En un rincón de uno de los cuartos, seguramente dedicado a la oración a escondidas, alguien había trazado con un instrumento de metal una cruz sobre la pared. Es, históricamente, la primera vez que se utilizaba ese signo como el símbolo del cristianismo. Aquel que quiso homenajear a Jesús no podía imaginar que su idea se multiplicaría en millones a lo largo de los veinte siglos que pasaron desde entonces. Simplemente quiso honrar con su familia al Cristo que adoraban. Un esclavo. Un hombre que dibujó por vez primera y para siempre el símbolo más doloroso y bello de la religión que tiene al amor como emblema. Es bastante común que el destino parta de una pequeña gota para formar un océano inmenso.

\* \* \*

## «¿Dónde estás cuando yo te necesito?»

Juan Esteyro se retiró del ejército uruguayo con el grado de capitán. No tuvo más remedio. Pero es mejor escuchar toda la historia a través de su esposa, Adriana Iglesias de Esteyro, 33 años, dos hijas —Florenia de 11 y Agustina de 10— y dueña de una certeza de fe y una dulzura que la hacen algo especial. Lo sobrenatural de este relato fue un secreto por años. La decisión de contarlo se debe a que han considerado que las historias de fe y esperanza son muy necesarias para mucha gente y confían en la forma en que se cuentan estos temas en estos libritos, lo que significa que confían también en ustedes, los que leen. Aquí están, entonces, dando la cara sin nada que ganar salvo una anotación a favor en Alguna Parte. Tomé contacto con esto a través de una carta de Adriana. Allí dice:

*En junio de 1992 Juan integra una Misión de Paz en Camboya, en el Sudeste de Asia, a la que concurre un contingente de 1000 hombres uruguayos. La misión es dura: consiste en prestar ayuda humanitaria a un pueblo destruido física y moralmente. Permaneció en Asia 14 meses y en cada carta o llamada telefónica hablaba sobre la pobreza de esa gente y no dejaba de agradecer lo que es vivir en esta parte del mundo, donde a pesar de tener un montón de problemas económicos, sociales, etc., todavía podemos vivir y criar a nuestras hijas en paz.*

*En agosto de 1993 regresa a Uruguay y, por supuesto, nuestro grupo familiar se dispone a vivir nuevamente junto, con una alegría inmensa, pero el 24 de octubre de 1993 Juan comienza a sentirse mal e ingresa al Hospital Militar de Montevideo con un cuadro de fiebre muy alta y vómitos. Los médicos hacen un diagnóstico de malaria, ya que había estado mucho tiempo en un país donde existe esta enfermedad. El estado de Juan continúa igual hasta el 26 de octubre, en que ingresa al CTI (Centro de Tratamiento Intensivo) en un estado de coma grado 3, muy grave y con un diagnóstico de meningo-encefalitis neumocócica. Aunque los médicos hacen todo, el informe es*

*malísimo, a tal punto que me piden que permanezca cerca ya que no saben hasta qué momento Juan permanecería vivo. Yo me consideraba una persona con una fe sólida, pero en ese momento dudé, fui a la capilla del hospital, me paré frente a la Virgen María y le grité: «¿Dónde estás cuando yo te necesito?».*

*Pasamos diez días en la misma situación, el pronóstico era muy malo, Juan no respondía a ningún estímulo y estaba conectado durante todo ese tiempo a un respirador artificial. Aunque creía que la Virgen me había fallado recuerdo que igual rezaba mucho y a todo el que iba al hospital le pedía que hiciera lo mismo.*

*Un día, una amiga que recién llegaba de Bosnia en donde integraba una organización no gubernamental que prestaba ayuda a la población civil afectada por la guerra, me dio en la puerta de Terapia Intensiva una estampa de María y un rosario. Me dijo que era de Medjugorje, que se llamaba Reina de la Paz y que le pidiera por Juan. Yo no conocía esa aparición de la Virgen en Bosnia, 10 años antes, pero no puedo explicar por qué sentí una atracción muy grande hacia Ella. Había momentos en que cuando le hablaba a la imagen de María me sentía apartada del mundo. Creo que también estaba pasando por una situación límite y que, cuando llegamos a ese punto, somos capaces de mover montañas.*

*A pesar de la situación tan crítica, Juan reacciona muy lentamente y el 20 de diciembre es dado de alta, pero quedó una secuela: sordera total de ambos oídos. Yo no perdí la fe y ahora le rogaba a María que me mostrara el camino para emprender esta nueva vida en la que debía ayudar a mi esposo con todas mis fuerzas. Pasó el tiempo y María no nos abandonó. Juan se recuperó mucho. Quedan algunas secuelas y la más difícil de llevar es la sordera, pero mi familia está entera y mis hijas tienen a su papá. En septiembre de 1994 a Juan le hicieron un implante coclear (como un oído electrónico) en el Hospital Británico de Buenos Aires y el resultado fue bueno ya que le permite oír del oído derecho. Esta es la parte que todo el mundo conoce, pero hay algo que Juan me dijo solamente a mí y que ahora quisiéramos compartir con usted.*

*Después de haber pasado la parte más difícil de la rehabilitación y cuando él recuperó la estabilidad y la memoria, me contó que en algún momento se vio a sí mismo en un camino con árboles a los costados y que en el fondo veía una luz muy blanca e intensa pero que no le dañaba la vista. Viajaba hacia esa luz muy rápido, como suspendido en el aire. No sentía ansiedad, ni miedo, ni preocupación, sino que sentía mucha tranquilidad como si supiera íntimamente que nada malo le pasaría. Ese viaje terminó cuando regresó a su sala de Terapia Intensiva, sintió que alguien lo llevaba de la mano derecha y que mientras volvía a su cama le acariciaba esa misma mano. Cuando Juan me contó esto aseguró que era yo quien le acariciaba la mano ya que sintió que estaba acompañado por una mujer. Yo pude haber estado en muchos momentos con él pero no podía pasar al lado derecho de su cama porque allí estaba lleno de aparatos y las habitaciones de Terapia son muy chicas. Yo sólo pude estar en todo ese tiempo del lado izquierdo, nunca del derecho.*

*Otra cosa que me sorprendió es que Juan en ningún momento recupera su lucidez en Terapia Intensiva sino que lo hace en una sala de Neurología. Sin embargo,*

*describe muy bien el lugar donde estuvo en coma.*

*Es la primera vez que le contamos a alguien este hecho, sólo lo hablamos con nuestras hijas las que, para nuestro asombro, lo tomaron como algo natural. Aunque no tenemos ninguna prueba, creo que en nuestro interior sabemos que María tuvo su participación. Juan no se anima a pensar que Ella pudo estar tan cerca y cuando dice que alguien acarició su mano derecha no se anima a mencionar a María. Quizá sea lo más prudente, pero soy yo la que está convencida de que así fue y además estoy segura de que mi fe y María no me fallaron.*

A fines de octubre de 1997 llamé a Adriana a Piriápolis, Uruguay, donde ellos viven. La recuperación de Juan continúa lenta pero firme. Juan debió retirarse del ejército con el grado de capitán. Tiene 38 años y en 1998 egresará de la Universidad Católica como Licenciado en Historia.

Esos estudios no cubren, seguramente, a las que llamamos historias asombrosas, pero él es protagonista de una. Adriana me cuenta que fue muy reacio en aceptar lo inexplicable y, a pesar de ser muy devoto de la Virgen desde siempre, se pregunta «¿por qué a mí? Yo no soy un santo». Tal vez por esa humildad que hay detrás de tu pregunta, Juan. Además, si la Madre se ocupara solamente de los santos poco trabajo tendría. Adriana recuerda, también, cuántas veces —muchas— le dijeron que lo de Juan era cuestión de horas, que se moriría, que era perder el tiempo intentar salvarlo. Hoy sabe que no es así y quiere que lo sepan ustedes. Eso se llama Esperanza y es bueno darla a los demás.

En el momento más crítico del coma de Juan, Adriana le gritó a la imagen de la Virgen «¿Dónde estás cuando yo te necesito?». No la juzgue nadie, sólo quienes pasamos por situaciones muy duras sabemos lo que nos cruza el alma en uno y otro sentido. Lo importante es que, un par de años más tarde, en octubre de 1996, hubo una operación a su hija Florencia sumada a problemas económicos. Pero todo salió bien. Adriana por esos días caminaba por una calle céntrica de Montevideo pensando en eso cuando vio en un kiosco, en la portada de la revista argentina *Conozca Más* la imagen de la Reina de la Paz, Nuestra Señora de Medjugorje. Sonrió para sí y lo que dijo esta vez fue: «Siempre estás cuando yo te necesito».

\* \* \*

## Lo que pudo cambiar la historia

Los hombres, aun los más prominentes y decisivos para la historia del mundo, no son más que eso: hombres. Y como tales sufren a veces de enfermedades que cambiaron o pudieron cambiar el rumbo de la historia universal. Madame Pompadour, favorita de Luis XV, era una mujer muy bella e inteligente. En sus *Memorias* cuenta que siendo muy joven una adivina le tiró las cartas y le anunció que sería amante del rey, cosa que se cumplió al pie de la letra pero que superó lo imaginado. El rey de Francia escuchaba

atentamente sus consejos políticos, buenos o malos, y a menudo actuaba en consecuencia. Estuvo a punto de casarse con ella, pero —cuando la Pompadour tenía apenas 28 años— fue atacada por la tuberculosis en una época donde la cura no era fácil y el contagio sí. Los médicos le prohibieron a Luis XV todo contacto con la joven y allí cambió la historia de Francia y del mundo ya que el monarca sintió más desapego que nunca por gobernar. No confiaba en nadie más para que le tirara algún consejito y metió a su país en una crisis terrible que hizo que, después de su muerte, desencadenara la llamada Revolución Francesa, que costó la vida de su sucesor, Luis XVI, y de miles de compatriotas. Y, de paso, que le diera un vuelco total a la historia del planeta. Todo por la tuberculosis de una señora.

Otro caso notable pero ligado a las artes es el de Beethoven, quien estaba ya bosquejando lo que se sabía sería su obra más grandiosa, la décima sinfonía, cuando fue atacado por una cirrosis hepática que no le permitió continuarla. Quedó postrado hasta 1827, año en que murió y nos dejó sin lo que parecía ser lo mejor de su obra, lo que no es poco decir.

A veces hasta la paz mundial puede verse en peligro por una enfermedad. En 1919 el presidente de los Estados Unidos, Wilson, llegó a París para celebrar el fin de la primera guerra y proponer la formación de la Liga de las Naciones. Si bien lo esperaban con ansias todo se frustró por el tono apocalíptico y el humor terrible de Wilson en sus discursos. La Liga debió esperar para concretarse. Wilson sufría, en aquel momento, terribles problemas intestinales y renales al punto de orinar sangre. Debió volver a su país. Sufrió un ataque neurológico que lo dejó paralítico y prácticamente le hizo perder la razón. También los Estados Unidos estuvieron a punto de enloquecer con un presidente al que su esposa le daba un papel con el nombre del senador que lo entrevistaba ya que él no podía recordarlo por sus lagunas mentales. No fue reelecto, pobre.

Otro caso: el líder soviético Lenin murió a los 54 años de edad. Los médicos que le practicaron la autopsia revelaron que presentaba un cuadro arterioesclerótico muy grave en su cerebro, lo que lo reblandecía y le impidió en sus últimos meses —en estado casi vegetal— dirimir las diferencias entre Trotsky y Stalin, que también hubieran cambiado la historia del mundo. Y así en muchos casos más. Cuando se trata de los poderosos, desde un simple resfrío hasta un mal terminal pueden ponernos a todos al borde del cielo o del infierno. Sobran los ejemplos.

\* \* \*

## La fragilidad de los poderosos

El primer día de la batalla de Waterloo el médico de Napoleón había logrado calmar los espantosos dolores que le provocaban sus inseparables hemorroides. Usando láudano y otras hierbas, lo puso más o menos en forma. Por eso aquel primer día en Waterloo fueron las fuerzas del Gran Corso las que parecieron vencer una vez más. Pero el general

inglés Wellington, su enemigo, tenía a las hemorroides de Napoleón como sus mejores aliadas. Al segundo día de batalla Bonaparte no podía ni siquiera caminar y mucho menos montar a caballo. La abundante hemorragia y, por sobre todo, el impresionante dolor, no lo dejaban siquiera pensar. A pesar de todo intentó ponerse al frente. Montó su caballo y aguantó un par de horas hasta que el dolor lo desmayó. Cayó de su cabalgadura y, con él, caían su invicto como general y su propio imperio. Todo por una enfermedad de porquería ubicada en un lugar definitivamente sórdido.

También se afirma que nada menos que uno de los mayores genios de la historia — Miguel Ángel Buonarroti— tuvo influencias de su enfermedad. En este caso eran problemas hormonales y se dice que su inclinación por cuerpos perfectos como los que esculpió o pintó eran como un desahogo para él. En ese caso, por suerte para la humanidad.

A Lenin lo anuló su enfermedad. Pero a Stalin no le fue mejor. Ya al frente de la por entonces poderosa Unión Soviética y habiendo desatado una ola de terror que incluyó hasta a sus viejos y cercanos amigos, se advirtió en él una creciente paranoia. Creía que todos complotaban en su contra. Aunque a veces así era, su reacción fue feroz. Se aislaba y firmaba una tras otra las condenas de muerte. Ocurría —se supo luego— que la arterioesclerosis había avanzado en su cerebro a tal punto que se lo nublaba. Esto llegó a amenazar la paz del mundo. En febrero de 1945 se reunieron en Yalta los líderes aliados para decidir la estrategia de lo que ya se sabía sería el próximo final de la guerra y el destino de Hitler. Uno de esos hombres, Stalin, no estaba en su mejor momento físico pero aún no había sido atacado con total ferocidad por la arterioesclerosis como ocurriría luego. Otro, Winston Churchill, venía de haber sufrido su tercer infarto, a pesar de lo cual aún continuaba sosteniendo entre los dientes su cigarro que ya parecía una continuación de su propio cuerpo. Y Franklin Roosevelt sobrellevaba sus dolencias que lo enviaron a una silla de ruedas de la mejor manera que podía, pero todos sabían que era sencillamente un moribundo. En efecto, moriría. Ocuparía su lugar como presidente norteamericano Harry Truman.

La historia nos cuenta que cinco meses después de Yalta se lleva a cabo otra reunión similar en Potsdam. Allí asiste Truman, el más sanito de todos, que comunica que los Estados Unidos poseen la bomba atómica. Stalin, que podía haber sacado provecho de aquello por ser aliado, estaba mucho más preocupado por sus recientes afecciones cardíacas por las que se sometía a exámenes diarios de sangre para controlar la grasa en su organismo. La paranoia había comenzado. En 1952 denunciaría lo que llamó «la conspiración de los delantales blancos», algo inexistente pero que —según él— era un complot de un grupo de médicos para asesinarlo. Del otro lado de la guerra las cosas no andaban mejor. Hasta 1940, la salud de Adolfo Hitler había sido buena. Pero a partir de entonces tuvo una leve insuficiencia cardíaca, abusó del café que bebía por litros y de la Pervitina, unas píldoras que tomaban sus aviadores para mantenerse bien alertas. Resultado: le subía la presión a niveles increíbles, fue atacado por el mal de Parkinson, desde 1943 disminuyó mucho la visión del ojo derecho debido a un derrame, padecía de insomnio crónico y estaba —por todo eso— muy irritado y de pésimo humor de manera

permanente. Sus decisiones comenzaron a ser ya no erradas sino francamente estúpidas. Y todo se desmoronó para él. La pregunta del millón es: ¿habría cambiado la historia si Hitler hubiera sido un hombre sano? ¿Y si él o Stalin hubieran muerto al nacer? ¿Si Eva Perón hubiera vivido mucho más de los 33 años? ¿Si el mismo Juan Perón hubiera muerto de un ataque cardíaco al fin de su primera presidencia? ¿Quién puede saberlo? Son cosas del Destino que se fue justo justo cuando me da esta modorra suavecita, me aflojo preguntándome si algo cambia si soy yo el que no sale vivo de la sala de operaciones y me contesto que no, salvo para los míos, lo cual más que deprimirme en el fondo me tranquiliza bastante, no es cuestión de andar afligiendo a mucha gente. En eso estaba cuando me dormí en la mitad del Padre Nuestro.

CUATRO

Noviembre de 1996

Hay más cosas en el cielo y en la tierra

En los últimos días previos a la operación el apoyo espiritual se hizo más fuerte. Mi amigo monseñor Roque Puyelli me acompañó charlando de todo mientras sus ángeles, que cada vez son más, revoloteaban a su alrededor cuidándolo y cuidándome. El padre Darío Betancourt (que supongo que estaba en Buenos Aires justo en esos días por una nueva travesura de la Casualidad) trajo junto a mi cama toda su paz sonriente aunque se lo notaba un poco preocupado y eso me hacía sentir bien porque era, a la larga, una prueba de su cariño. El padre Chiche Orbe, otro entrañable hermano, jugueteaba con su sentido del humor y me apoyaba con su sentido del amor en cada mirada, en cada palabra de esa voz profunda que un día me había hecho llorar en medio de una de sus misas porque sentí que era Alguien mucho más allá de él quien estaba diciendo *«tomad y comed, este es Mi Cuerpo»* en medio del silencio impresionante de unas dos mil almas que llenaban la iglesia y la calle. Faltaban dos días para la operación cuando vinieron juntos Darío y Chiche, algo así como un acontecimiento espiritual. En un momento les pidieron a todos que nos dejaran solos. Salí de la cama, me senté en una silla y — durante un momento maravilloso en el que creí que el tiempo se había detenido— Darío y Chiche impusieron sus manos sobre mi cabeza orando por mí. Daban un apoyo enorme al hermano en Cristo y también al amigo que —ellos lo saben muy bien— los ama desde el alma, esa que nunca enferma. Luego, con una fe burbujeante y un afecto indescriptible, el padre Ángel Orbe —mi amigo el Chiche— me dio la extremaunción, la unción de los enfermos. Eran como las diez de la noche cuando se fueron juntos. Los miraba irse por el pasillo mientras otro amigo de siempre con el que quedamos a solas, el periodista Franco Bagnato, hombre de ángel grandote, me dijo «pero ¿vos te das cuenta lo que acabás de vivir?». Le dije que no con la cabeza porque se me hacía difícil hablar sin quebrarme.

Ellos son, tal vez, los dos curas sanadores más importantes del mundo y habían estado allí juntos bendiciéndome. A ellos no les gusta esa frase inventada por mí hace unos años para definirlos, «curas sanadores», pero hay otros a quienes les gusta mucho menos aún. Por ejemplo a monseñor Justo Laguna, quien esa misma tarde había estado allí dándome una lección de buen cristiano y mejor persona. Justo Laguna es un mar que recibe los afluentes del río de la Inteligencia, el de la Astucia, el de la Sensibilidad y el de la Ternura, aunque él trata de ocultar —sin éxito, claro, cuando se lo conoce— a este último. Le encanta, curiosamente, recibir las aguas del riachuelo Racionalista aunque sabe que en ellas apenas se puede nadar y —lo que es peor— una vez que uno ha permanecido demasiado allí, ya es casi imposible levantar vuelo para sentirse libre como, eso sí, a él le gusta tanto. Como mar que es, a veces se embravece y golpea la costa con fiereza. Una de esas ocasiones fue cuando arremetió públicamente contra los que yo llamaba «curas sanadores», nombrando entre otros a Darío y a Chiche. Siempre lo quise mucho a monseñor Laguna pero también a mí me ocurre, a veces, que mi espíritu toma

una temperatura más allá de lo prudente y razonable. En aquella ocasión —y aún cuando Justo no me mencionaba— creí que debía tomar la defensa de los sacerdotes aludidos y le respondí públicamente, con el respeto de siempre pero con más dureza de la aconsejable. Pasaron muchos meses sin que nos habláramos y, lo admito, me dolía mucho esa situación tan tonta porque, al fin de cuentas, ambos peleábamos por lo mismo aunque él como general y yo como un soldadito. Hasta que fui internado. Al segundo día llamó por mi teléfono celular y, entre otras cosas, me dijo algo que jamás olvidaré porque lo pinta entero: «En la misa de esta tarde voy a encomendarte a la Virgen del Buen Viaje. ¿Vos conocés a la Virgen del Buen Viaje? ¿Ah, no? Es una de esas vírgenes que a vos tanto te gustan, con historias llenas de milagros que no seré yo quien te los cuente pero me encargaré de que alguien lo haga para que escribas sobre Ella...». Ése es él. Aferrado al racionalismo porque tiene razón cuando dice que no se puede estar creyendo en cualquier cosa por más cristiana que parezca, y enamorado secretamente de lo sobrenatural cuando eso inexplicable que sucede lo acerca más a Dios a él o a alguien. Ése es él. Alguien muy querible. El hombre que entró en mi habitación del sanatorio aquella tarde y con su voz profunda, inconfundible, dijo mientras abría la puerta y arremetía, como en la vida:

—No sólo viene a verte un obispo, sino dos.

Y así era. Venía con su amigo del alma, su alter ego, otro inteligente superlativo pero tranquilo y sonriente, lo cual lo hace más de temer para el que se le ponga enfrente. Venía con monseñor Jorge Casareto, el obispo de San Isidro, mi obispo por jurisdicción. Justo Laguna no se contentaba con decir cómo ser un buen cristiano sino que lo estaba demostrando en la práctica. Aun con esa polémica que nos había separado, él —con toda su majestad episcopal— venía a verme a mí, un fulano sin poder alguno ni forma de afectarlo en nada, una pelusita en su bolsillo. Charlamos un rato, nos reímos, le agradecí mucho esa lección y su cariño, me sentí muy bien, me dieron la bendición y se fueron. Dos horas más tarde llegaban los motivos de nuestra polémica, Darío y Chiche, los «curas sanadores». Me pregunté qué hubiera ocurrido si coincidían. Nada, tal vez. O quizás en lugar de dos *by-pass* hubieran tenido que hacerme cuatro o cinco, no sé. La Casualidad se divirtió esta vez hurtándome un momento que no puedo imaginar aunque me esfuerce. Como sea, no podía quejarme del apoyo espiritual que recibía. A eso se sumaban a diario grupos de oración que mandaban decir que rezaban por mí, otros curas que me incluían en las intenciones de la misa, medallitas de la Virgen, de Jesús y de muchos santos protectores, estampitas, hermosos dibujos de ángeles hechos a mano por grandes artistas como mi amiga Ayelén (de 8 años) o mi amigo Danny, el Oso (de 17). Y, por si algo faltaba, una preciosa tarde (todas las tardes lo son cuando uno está encerrado y sólo puede imaginarlas) tuvimos una charla muy dulce con Sergio Víctor Palma y su adorable esposa Catalina. Sergio fue, todos lo recuerdan, campeón mundial de box mientras escribía poemas. Ahora él y Cata pertenecen a la Iglesia Evangélica y son campeones mundiales en mente abierta y en llevar la palabra de Cristo. La noche anterior a la operación vinieron también otros dos queridos amigos evangélicos, Noemí y Reynaldo Martínez, madre e hijo. Era muy tarde, estábamos solos y, de repente, casi con

timidez, me pidieron permiso para orar por mí. ¿Permiso? Era lo que yo más necesitaba. Soy católico pero amo a las otras religiones que merecen el nombre de tales porque eso es, también, ser buen cristiano. Nos tomamos de las manos y Reynaldo le habló con amor a su Señor, que es también el mío. Con todas estas cosas no podía estar más protegido desde lo espiritual. A lo largo de esos interminables días de internación el dulce trato de todo el personal del Diagnóstico y el cuidado de los médicos habían ido preparando mi cuerpo, normalizándolo de su caos inicial, para recibir la cirugía con más chances a favor. El amor de los que amo y esos apoyos espirituales ya habían preparado mi alma para la voluntad de Dios.

Fue en la noche de aquel día en que habían venido Laguna, Casareto, Betancourt y Chiche Orbe, la noche en que este último me ungió con el aceite sacramental, cuando —al quedarme solo, a eso de las once— entró un médico al que no podía verle la cara por la penumbra del cuarto.

—¿Todo bien? —dije por preguntar algo.

—¿Quién puede saberlo? —contestó—. ¿Quién puede saber algo de cualquier cosa, en realidad?

—Supongo que la ciencia, en parte. Si no es así me gustaría enterarme para poder escapar de aquí esta misma noche...

Lanzó una carcajada que me pareció inadecuada por completo para ese lugar y esa hora. Además, no supe si se reía por mi broma de huir de allí o porque yo dije que la ciencia podía saber algo de las cosas. Iba a preguntárselo pero parpadeé y el médico se transformó en San Francisco de Asís, al que reconocí de inmediato aunque nunca supe cómo era ni él se identificó en ese momento. Aturdido aún por ese cambio lo escuché hablar en un tono menos calmo de lo que hubiera imaginado en él:

—Grité pidiendo respuestas. Subí solo a esa montaña en Asís y lloré a los gritos pidiéndole a Dios una señal. Me desesperé. Me apalearon en mi propio pueblo tratándome de loco porque me despojé hasta de mis ropas para estar más cerca del Señor. Seguí gritando mis preguntas al cielo cada vez más desesperado durante años. ¿Y vos querés saber todo ahora, ya, tan fácilmente, sólo porque le temés al temor y no querés que vuelva cuando se acerca la hora de tu gran prueba?

—Yo sólo pregunté ¿todo bien? Nada más —susurré sin atreverme a contradecirlo porque después de todo yo sería el operado pero él era un santo de aquéllos y no era cuestión, ya saben. Iba a preguntarle más sobre él pero, al parpadear, su imagen fue reemplazada de inmediato por la de Albert Schweitzer, al que sí reconocí porque lo había visto en fotos muchas veces, trabajando en África, en Lambarené. Me dijo:

—No quieras saber más de lo necesario. Si querés saber por qué una bombita eléctrica da luz no la rompas para investigar qué tiene adentro porque, simplemente, lo único que ganarás será quedarte sin bombita.

—Es cierto, pero lo único que hice fue preguntar si estaba todo bien. Una manera de decir, doctor —me justificué haciendo un gran esfuerzo para no parpadear porque no había que ser muy astuto para advertir que con cada parpadeo las figuras cambiaban y a mí me interesaba mantener a Schweitzer aunque sea por un rato.

—Todo bien, todo bien. Suena inocente, sí, pero no lo es. ¿Quién sabe lo que está bien y lo que está mal? Cuando yo decidí ir a atender a la gente de Lambarené, en plena selva, no los convencí hablándoles de la ciencia, no. Aprendí sus propias maneras de curar, que venían usando por siglos, y les mostré que yo tenía otras formas que también servían. Y usamos ambas. Ellos me recibieron bien, me quisieron —mi esfuerzo por no parpadear ya era titánico pero quería seguir escuchando—. Los que ya no me quisieron de la misma forma fueron mis civilizados camaradas. Me llamaban «el brujo de Lambarené», ¿te acordás?

—Yo no había nacido —dije mientras aguantaba los ojos abiertos y sentía que me ardían y pedían a gritos un parpadeo—. Lo que sé es que después le dieron el premio Nobel de la Paz...

—¿Qué más da? La mayoría de las cosas llegan a destiempo. Como sea: ¿quién puede saber qué? Yo escribí una vez que cuanto más iba aprendiendo lo que aumentaba no era el conocimiento sino el misterio...

—Me acuerdo que... —dije y se me escapó un parpadeo de la misma manera inaguantable en que se escapan otras cosas menos agradables. No pude terminar la frase porque la figura que reemplazaba ahora a la de Schweitzer era la de Eva Perón, quien me decía:

—Te dijo la palabra justa, pibe. Esa es la única explicación de tantas cosas que no tienen explicación. Ganar, perder, vivir, morir, ser un mito o un olvido. Te dijo la palabra justa.

—No soy un pibe, soy mucho más grande que vos —dije mirándola con fijeza pero sin hacer fuerza porque ya había advertido que era peor, mejor no parpadear con naturalidad, aunque no es fácil, prueben.

—¿Sos más grande que yo? —me dijo sonriendo con tono sobrador pero sin soberbia, eso se notaba— ¿quién es grande? ¿Mozart, al que tiraron en una fosa común? ¿San Martín, que tuvo que exiliarse en sus últimos años? ¿Yo, que me morí a los 33 y ahora me usa cualquiera?

—Grande de edad —dije con los ojos como brasas celestes.

—Pensalo, pibe. El doctor te dijo la palabra clave.

—¿Qué palabra? —dije mientras no pude aguantar más y parpadeé con bronca y alivio y ahora la figura era la de Superman con traje y todo y me sonreía y yo me acordaba de las historietas y me alegraba de que en los sanatorios no hubiera kryptonita y él me decía:

—Misterio. La palabra es misterio.

—Misterio —repetí como pensando y distraído a tal punto que mis párpados usaron su fracción de segundo para bajar y subir y Superman desapareció dejando su lugar a Hitler. No le di tiempo a nada. Con toda intención parpadeé rápidamente y se fue pero apareció Stalin, y volví a parpadear de golpe pero apareció Atila y repetí el parpadeo veloz pero apareció Gandhi y otra vez parpadeé apuradísimo dejándome llevar por el impulso, sin darme cuenta de que lo borré al pobre Gandhi, flaco y con esa sábana como en la película, con aquellos anteojitos sin marco y una sonrisa beatífica, con gesto de

responder lo que yo quisiera preguntarle ya que todos los que habían aparecido hasta entonces hablaban mi idioma, salvo el médico del principio —el de la cara en penumbras— que ocupó el lugar de Gandhi para emitir unos sonidos que no entendí para nada. Lo miré desconcertado. Por el tono de voz debía sonreír cuando dijo:

—Arameo.

—¿Ahora? —dije yo que ya estaba muy mareado—. ¿Va a mear ahora, doctor? Y bueno, yo tengo que hacer en el papagayo pero usted puede pasar al baño si gusta.

—Arameo, animal —dijo sin más tono de sonrisa—, la lengua que habló Jesús y en la que se dirigió al pueblo. Y lo que dije en ese idioma fue, justamente, la palabra «misterio». A tus órdenes, aunque sólo sea una manera de decir porque no estuve nunca a las órdenes de un mortal.

—No me gusta oírte decir la palabra «mortal». Especialmente en mi situación, vos entendés —dije tuteándolo como él a mí.

—No, no entiendo nada ni nadie me entiende. Por eso soy el Misterio. El que crea mitos, acuna milagros, sostiene religiones y arma historias tenebrosas, divertidas, inexplicables o simplemente asombrosas. El que alguna vez en sus vidas tocó a todos, los buenos y los malos.

—Tengo muchas historias tuyas...

—Es mejor que empieces. No te queda tanto tiempo.

—¿Voy a morirme? —pregunté con más intriga que inquietud.

—No ahora. Pero es que a nadie le queda tanto tiempo como el que creen. Viven como si fueran inmortales. Vamos, sorpréndeme.

Y así fue como comencé a relatar historias asombrosas de misterio, algunas muy famosas, sin un orden definido, tal como las iba recordando.

\* \* \*

## El hombre de la máscara de hierro

El hombre era alto, delgado, bien vestido y con modales que revelaban una evidente buena educación. Lo llevaron encadenado a la Fortaleza de Pignerol, algo así como una prisión de máxima seguridad en aquel año de 1669, y fue entregado en custodia especial a Monsieur Saint-Mars, el gobernador de aquel tenebroso lugar. El prisionero no se resistió nunca y no pronunció una sola palabra. Desde ese momento se le brindó un trato especial, ya que se le permitía leer libros y tener contacto casi permanente con un sacerdote, la única persona con la que hablaba en susurros pero que de él nada podía contar ya que lo amparaba el secreto de confesión. Por lo demás, las condiciones eran estrictas y un detalle diferenciaba a este hombre recluido en una celda solitaria de todos los demás condenados a prisión por orden del rey de Francia, Luis XIV, aquel a quien llamaban aduladoramente el Rey Sol. Un detalle peculiar y misterioso: el prisionero mantenía su rostro cubierto por una mascarilla de terciopelo que sólo dejaba libres sus

ojos, su nariz y su boca. Todos sabían —y él mejor que nadie— que si se quitaba la capucha negra debían matarlo inmediatamente. Esa era la orden inapelable que tenían sus guardianes que podían convertirse en sus verdugos. Así sobrevivió en su oscuro calabozo durante 34 años, nada menos. Mucho después el escritor Alejandro Dumas lo haría inmortal con su novela *El hombre de la máscara de hierro*, una versión romántica de aquella terrible realidad. No era de hierro, apenas de suave terciopelo, pero el terror la mantenía en su lugar con más fuerza que el metal. Algunos afirmaban que era un hijo ilegítimo del rey y que, libre, podía amenazar su sucesión. Otros decían que se trataba de un noble brujo que fue salvado de la muerte por una de las amantes de Luis XIV, pero que había sido condenado de por vida y sin poder mostrar su rostro. Hubo quienes aseguraban que era un hermano oculto del monarca, muy parecido a él, lanzado a la prisión para evitar la competencia que al Rey Sol no agradaba. La realidad es que *nunca* se supo quién era aquel extraño personaje de suaves maneras y facciones desconocidas. Tampoco se sabe por qué el rey lo condenó o por qué le perdonó la vida o por qué lo mantuvo 34 años con el rostro cubierto. El hombre alto, de suaves modales, murió en prisión en 1703, cuando aún gobernaba Francia quien había ordenado aquel extraño tormento en vida. Fue sepultado por la noche en un lugar desconocido y los dos hombres encargados de hacerlo fueron asesinados 24 horas más tarde. En aquella tumba quedó enterrado, también, otro misterio de la historia.

\* \* \*

## Desaparecido en el aire

James Worson era uno más de la treintena de parroquianos que bebían alegremente cerveza negra sin enfriar en aquella popular taberna de Leamington, un pequeño y tranquilo pueblo de Inglaterra. Claro que él se consideraba diferente en cierta forma. Sabía de sus propias condiciones de atleta y se ufanaba de ellas muy a menudo. Aquella tarde fue una de esas ocasiones. Aseguró en voz bien alta que él era capaz de recorrer al trote el camino de ida y vuelta a Coventry, a unos 30 kilómetros de allí. No era poca cosa aquello de rebotar por el pedregullo y de vez en cuando algo de césped por 60 kilómetros. Típicamente inglés, surgió alguien que apostó en contra. Un vendedor de ropa femenina llamado Barham Wise puso sobre una mesa las libras suficientes para mantener la apuesta. El atleta Worson sonrió y salió de la taberna, acompañado por el resto de los hombres, algunos de los cuales lo alentaban con fervor mientras otros se burlaban de su promesa. El vendedor y un acompañante subieron a un carro con el que viajarían tras Worson para certificar en persona si cumplía. Y el atleta comenzó a trotar, de alguna manera empujado por el griterío de todos. De pronto, a pocos metros de la taberna, ya en plena carrera, el hombre dio toda la sensación de tropezar, cayendo hacia adelante. Pero todos los que allí estaban vieron claramente que jamás llegó su cuerpo al suelo. Simplemente, en medio de aquella caída, el atleta desapareció de golpe quedando

en los oídos de todos aquellos testigos el extraño grito con el que se sumergió en la nada. Un grito terrible, desesperado. Y nada más. Los hombres corrieron alborotados hasta el punto exacto donde Worson se había esfumado, miraban el suelo, se miraban entre ellos y nadie atinaba a otra cosa que pronunciar el nombre del atleta, llamándolo no sabían dónde. Pero jamás se tuvieron noticias de él. Ni una sola pista, ni un rastro, nada que pudiera orientar a la investigación policial que siguió al hecho. Todos fueron interrogados por la policía y puestos en libertad de inmediato. Eran, sin excepción, gente normal, honrada, de trabajo. Gente para quienes la vida ya no sería igual después de aquello que habían visto. Esto ocurrió el 3 de septiembre de 1873 y fue registrado por las crónicas de la época. Hasta hoy nunca nadie supo ni pudo explicar lo ocurrido.

\* \* \*

## La maldición de la higuera

Los misterios no viven solamente en la gente. Los hay, y muchos, en la naturaleza que nos rodea. La higuera, por ejemplo, hizo un largo camino en la historia para llegar a nosotros. Se originó hace siglos en Siria y de allí fue apareciendo por Europa hasta que finalmente llegó a América. Se dice de esta planta que su sola cercanía produce escozor, picazón, molestias en la piel que uno lleva consigo luego por un buen tiempo. Se cuenta que eso es debido a un misterioso aire que recorre las hojas de la higuera con un poder tan maléfico que impide que debajo de ella y en sus alrededores puedan crecer otras plantas. Se insiste en que hay una sola manera de curarla: tomar un cuchillo filoso y dibujar una cruz bien profunda sobre la corteza, asegurando que por allí escapará el mal espíritu. El hecho de que se la considere entre los entendidos una *planta maldita* se debe a una vieja y repetida historia. Cuenta la tradición que la Virgen María pasó en una ocasión junto a una higuera, montando su burrito y llevando al Niño en sus brazos. Al hacerlo, una de las ramas de la planta se alargó desgarrando las ropas de la Virgen y asustando peligrosamente al burro, tanto que estuvo a punto de derribar a la Madre de Jesús. La Virgen se enojó, según la leyenda, castigando a aquella planta con una maldición: «No florecerás nunca —le dijo— salvo para anunciar la llegada del fin del mundo». Con semejante consigna a cuestas, hace ya siglos que la higuera se esmera en dar su fruto sabroso y dulce, pero los que conocen la historia los toman sin agradecersele y volteando la cara. Nadie quiere ver florecer a esa planta teniendo en cuenta lo que eso significa. Estamos tan cerca del año 2000, temible para muchos que creen en las profecías que anuncian para entonces el fin del mundo, que la higuera se ha transformado —para los iniciados en la leyenda— en una especie de barómetro de la catástrofe. Si bien es obvio que esta historia es tan sólo un mito que jamás debe haber existido, el miedo acompaña a muchos que creen ver señales de aviso de los últimos días en las más pequeñas cosas. Por las dudas, si ustedes ven cómo comienzan a florecer las higueras, mantengan la calma y recen. Y si no ven nada de eso, también recen. Al fin de

cuentas siempre sirve rezar.

\* \* \*

## El poder de las pirámides

Había un ratoncito muerto, allí en el piso. El hombre, un francés cuyo apellido era Bovis, se agachó, tomó al animalito por la cola y comprobó con sorpresa que el roedor estaba perfectamente momificado. Todo esto ocurría en 1850, en el interior de la pirámide de Keops y el relato figura en los folletos que se pueden comprar en cualquier sitio de Egipto para enterarse de la historia y el poder de esos monumentos, una de las siete maravillas del mundo, la única aún en pie. Bovis volvió a su tierra pero no se conformó con su pequeño y misterioso hallazgo. Construyó una pirámide pequeña en su propia casa, conservando a escala las proporciones exactas de las egipcias. Luego la orientó como aquéllas, con cada una de sus caras apuntando perfectamente a cada uno de los puntos cardinales. Consiguió un gato muerto y lo colocó debajo de aquella figura geométrica. Y allí apareció el asombro. Prácticamente en segundos el gato quedó momificado, como si se le hubiera llevado a cabo un tratamiento especial. Bovis, alborozado, dio a conocer su descubrimiento: alguna fuerza misteriosa que no sabía definir hacía posible momificar lo que se pusiera bajo una pirámide bien construida y mejor orientada. La noticia alcanzó los diarios. Karel Drbal, un ingeniero checoslovaco, leyó el informe y opinó: «Milagritos... La gente está dispuesta a creer en cualquier cosa...». Y no se conformó sólo con eso. Quiso demostrar que Bovis era un farsante y lo imitó en todos los detalles de su experimento. Cuando llevaba momificados más de una docena de animales de todo tipo, el ingeniero Drbal no tuvo más remedio que aceptar que allí —bajo una pirámide— había fuerzas que no alcanzaba a comprender ni mucho menos a explicar pero que eran realmente poderosas. El hombre probó con otros elementos y, cuando le tocó el turno a una hojita de afeitar, volvió a asombrarse: colocó bajo su construcción una vieja y enmohecida hojita para retirar, enseguida, una que lucía flamante y con un filo como quizás nunca antes había tenido. El ingeniero se rindió a las evidencias y se sumó a los cientos de serios investigadores de los poderes de las pirámides. Un poder que parece rozar la superstición y que cuesta admitir así como así, pero como con eso no se pretende inaugurar una nueva religión ni blasfemar en contra de las existentes, no hay razón para negar los hechos con un fanatismo ciego o una mente estrecha. Hay muchas cosas que uno no entiende y sin embargo existen, qué le va a hacer. Como el idioma checo, la teoría de la relatividad, los políticos o los fenómenos de las pirámides. Hasta los personajes más grandes de la historia han vivido episodios curiosos con ellas, como verán si siguen leyendo.

\* \* \*

## Napoleón y la gran pirámide

Napoleón Bonaparte desembarca con su ejército en Marabout, en las costas de Egipto, el 1º de julio de 1798. El objetivo es atacar a Gran Bretaña donde más le duele, en una de sus colonias. La tarea no es fácil pero vale la pena. Allí, frente a las pirámides, reúne a sus batallones y les grita una frase que llegaría con fama a nuestros días: «Soldados... desde estas pirámides más de 40 siglos de historia los contemplan»... Ya se conocía por entonces el mágico y hasta hoy inexplicable poder de aquellos monumentos. El 12 de agosto de 1799 Napoleón decide visitar la cámara mortuoria del gran faraón en la pirámide mayor, la de Keops. Pide que lo dejen solo en el impresionante lugar. Nunca se supo qué ocurrió allí dentro, pero sí pudo saberse que el Gran Corso permaneció un largo rato a solas en aquella cámara y que, al salir, todos pudieron verlo demacrado, con el rostro alterado y algo confuso. Cuando uno de sus generales le preguntó qué había sucedido, Bonaparte, nervioso, solamente dijo: «No quiero hablar de este asunto ni ahora ni nunca»... En el resto de su vida sus amigos más íntimos escucharon de su boca la confesión de que allí se había enterado de todo su futuro, percibiendo cada detalle como si se lo estuvieran mostrando. Napoleón no podía poner ese ejemplo, claro, pero de acuerdo con lo descrito por él aquello había sido como si estuviera viendo una película de sí mismo. Hubo, sin embargo, un detalle que Bonaparte jamás contó a nadie. Sus más cercanos sabían del secreto pero ignoraban de qué se trataba y el Corso solamente movía la cabeza de un lado a otro con una expresión como ausente cada vez que alguien hacía mención del misterioso hecho. Un día antes de morir pareció querer revelar el secreto a su ayudante más cercano, pero se interrumpió enseguida y con un dejo de sonrisa amarga sólo musitó: «¿De qué serviría hablar de aquello? Nadie me creería...». Napoleón se llevó a la tumba el misterio de lo sucedido en aquel sitio mágico. Con el paso del tiempo fueron muchas las personas que visitaron el interior de las pirámides y que, luego, adquirieron el insólito poder de predecir su propio futuro. Otros han adquirido fuerzas de videncia tan fuertes que podían detallar el destino de cualquier persona que le pusieran por delante. Muchos turistas aventureros sufrieron ataques de nervios o desmayos al intentar la peculiar empresa de meterse en las entrañas de la pirámide mayor, en la que sólo se puede ingresar por túneles pequeños en los que hay que arrastrarse hasta llegar a las cámaras mortuorias. Se han hecho pruebas en varias ocasiones para detectar algún tipo de gas o un enrarecimiento del oxígeno tan fuertes como para provocar esos fenómenos, pero los instrumentos más modernos de medición nunca delataron nada de eso. El poder sigue siendo la única explicación que existe. Un poder inexplicable, nada racional, simplemente asombroso. Aunque hay otros que llegan de la mano de la religión y no son menos sorprendentes, como el que sigue, un misterio mucho más cercano que el de Egipto.

\* \* \*

## El Señor de la peña

Está en el límite entre las provincias de Catamarca y La Rioja. En un verdadero desierto al que no se acerca ninguna persona en todo el año salvo en la época de Semana Santa. Es entonces, el día jueves, cuando llegan al lugar centenares de personas en sus propios autos o en micros especiales. Allí, en medio de la nada, hay una enorme roca de unos once metros de altura que muestra en sus formas el perfil de un rostro con una larga cabellera. Una leyenda cuenta de un pastorcito que llegó hasta allí con su rebaño hace muchos, muchos años, y que, de pronto, advirtió que estaba perdido y que el calor insoportable mataría en poco tiempo a sus cabras y a él mismo. El chiquito se arrodilló y pidió a Dios que lo ayudara. Casi en el acto el cielo oscureció y comenzó a llover copiosamente. Enseguida hubo un ruido poderoso y una nube envolvió todo. Al disiparse, allí estaba la gran roca con el perfil que hoy puede visitarse. Según aquella leyenda era la imagen de Cristo, el rostro del Señor. Desde entonces se llama a esa extraña figura «el Señor de la Peña». Cada jueves santo —y esto no es ya una leyenda— cientos de personas llegan hasta allí. Encienden una vela que apoyan en la roca y esperan a que se consuma. Si lo hacen —dice la tradición— les serán concedidos sus pedidos. Y hay más: otra vez en el campo de las leyendas, se asegura que si alguien logra meter una cruz de madera en algún punto de la roca será inmortal mientras no regrese a ese sitio. Obviamente no es algo sencillo horadar la roca con un madero, pero siempre hay quienes lo intentan. ¿Buscan ser inmortales? ¿Hay tal vez alguien por algún lado que consiguió tal privilegio pero no puede contarlo para no romper el pacto? Yo no afirmaré algo semejante, de acuerdo, pero ¿ustedes lo negarán? ¿con qué pruebas? Ese desfiladero que termina en un valle a oscuras y sin salida es lo que hace al misterio tan apasionante. Cuanto más se conoce menos se sabe.

\* \* \*

## Cromwell y la batalla de fantasmas

La batalla era feroz. Unos 40.000 hombres estaban empeñados en matar o morir y aquello se había transformado en una de las grandes carnicerías humanas de la historia. Desde lejos se podía escuchar el acerado choque de las espadas, el resonar de los escudos, los gritos de dolor y de guerra, el estampido de los fusiles, el tronar de los cañones, el relinchar salvaje de los caballos alzados en dos patas, con los ojos desorbitados por el miedo. Era el 23 de octubre de 1642. Ese mismo año, unos meses atrás, Oliver Cromwell había decidido defender al parlamento inglés al cual pertenecía contra los embates del rey Carlos I. Para hacerlo formó un ejército que fue creciendo hasta tomar una dimensión que podía enfrentar a los soldados del rey. Y sabía que ésta era la más sangrienta de las batallas que soportarían. Todo sucedía en los campos de Edgehill, que pasarían a la historia precisamente por aquel tremendo día bañado en

sangre.

Al final del día el terreno estaba sembrado de cadáveres y los lamentos de los heridos eran la funesta música que acompañaba la escena. Mientras, el sol se escondía en el horizonte como asustado por la masacre. Los hombres de cada bando eran un sucio despojo de sí mismos. Unos y otros se fueron del lugar a prepararse para nuevas luchas, a juntar fuerzas para halagar nuevamente a la muerte en otras partes. Eso es la guerra. Pasaron tres meses. Y aquí ocurrió por primera vez lo increíble, lo que asombraría enormemente a los testigos del fenómeno y también a los que, aún hoy, no le encuentran explicación. Tres meses después de la terrible batalla, en los mismos campos de Edgehill, cientos de azorados testigos volvieron a ver las mismas escenas. La batalla se repetía, con el mismo choque de espadas, el resonar de escudos, los gritos de dolor y de guerra, los estampidos, el relincho salvaje de los caballos asustados. Y con los mismos hombres que habían quedado apenas noventa días atrás muertos allí en la tierra. Al cabo de unas horas, terminó esa lucha de fantasmas y todo desapareció sin dejar rastros. Una semana después se repetía el fenómeno, con toda su fiereza y realismo. Carlos I, enterado, envió a un grupo de sus oficiales para investigar. Los hombres presenciaron una de aquellas batallas y volvieron desencajados, asegurando haber reconocido a algunos de sus amigos entre los soldados... Hoy, a más de cuatro siglos y medio de aquello, esos campos de Edgehill son una zona casi sagrada y mágica de Inglaterra.

\* \* \*

## Las niñas lobas

El reverendo Jeremy Singh dirigía desde hacía años un orfanato en Midnapore, India, cuando aquel grupo de vecinos llegó hasta él para pedirle que buscara la forma de librarlos de un monstruo que —según ellos— habitaba una cueva en el bosque. El padre Singh no era demasiado afecto a creer en monstruos pero acompañó a aquella gente hasta el lugar. Esto ocurría en 1920. Esperaron hasta el anochecer y fue entonces cuando vieron salir de allí a tres lobos bien grandes junto a sus cachorros y —detrás— dos curiosas figuras que parecían humanas pero que, a pesar de las desconfianzas del reverendo, sólo se las podía calificar como verdaderos monstruos. Estaban cubiertas de tierra y caminaban en cuatro patas. Entre todos lograron capturarlas usando una gran red. La sorpresa ocurrió al volver al pueblo. Aquéllas eran dos chiquitas, la mayor de unos ocho años y la menor de alrededor de dos. Era indudable que ambas habían sido criadas por las lobas y su estado era de un absoluto salvajismo. El padre Singh las llevó al orfanato y durante muchos meses lucharon por devolverlas a su condición humana, pero sin éxito. Comían solamente carne cruda y bebían leche o agua; no usaban cubiertos y lamían los platos; rehuían el contacto con las personas y parecían sentirse cómodas con otros animales; seguían caminando en cuatro patas y lo hacían con una velocidad increíble; conservaban sus dientes afilados, en punta, y se negaban terminantemente a ser

cubiertas con algún tipo de ropa. También dormían durante el día encogidas sobre sí, como los perros, y gustaban de merodear por las noches oliendo comida a mucha distancia. Las llamaban Amala, a la pequeña, y Kamala a la mayor. Al año de vivir allí Amala murió. Kamala olfateó aquel día el cuerpo de quien suponen era su hermana mientras lanzaba un gemido desgarrador. Y aquel llanto fue la única expresión cercana a lo humano que demostró claramente. Luego se iría acostumbrando a compartir la vida con seres humanos, pero de la misma manera en que lo hace un animal doméstico, sin perder sus propias costumbres. Kamala murió años más tarde, en 1929, quizás por una falta de dieta equilibrada ya que no comía otra cosa que lo habitual en un lobo. Nunca nadie supo cómo fueron a parar a aquella cueva, quiénes fueron sus padres, por qué la gran diferencia de edad entre ambas, ni ningún otro dato.

\* \* \*

## El misterio de Jack el destripador

La mujer había intentado resistirse, pero fue en vano. A pesar de que Mary Kelly tenía 25 años, gozaba de una fuerte contextura y estaba acostumbrada a lidiar a golpes con algunos hombres debido a su profesión de prostituta, fue asesinada a cuchillo, de una manera sangrienta y cruel. Después de revisar meticulosamente su pobre habitación, donde fuera hallada, los hombres de Scotland Yard llegaron a una conclusión que por entonces ya era una constante: el homicida había sido, una vez más, aquel a quien llamaban Jack, el Destripador, por ponerle un nombre ya que nadie sabía quién era. Lo que los agentes ignoraban era que aquel sería el último de los crímenes de este sangriento personaje. Desde ese momento no volvieron a saber de él. Claro que, por entonces, ya llevaba no menos de siete asesinatos despiadados, aunque algunos investigadores le achacaban otras muertes y elevaban esta cifra a doce. En todos los casos los hechos habían ocurrido en el East End londinense, siempre entrada la noche y tenían como víctimas a mujeres de mal vivir que habían sido ferozmente mutiladas. La negra historia de este personaje despiadado aterrorizaba al bajo mundo de Londres y se había transformado en una suerte de leyenda maldita que llegó hasta nuestros días. ¿Quién no escuchó hablar, alguna vez, de Jack el Destripador? Novelas, ensayos, investigaciones periodísticas y varias películas se encargaron de perpetuar al terrible asesino. Lo curioso es que aquel hombre ejecutó a sus elegidas en un término muy breve, aunque con suficiente saña como para que un siglo más tarde sigamos recordándolo. Su primera víctima, Martha Turner, cae en sus manos el 7 de agosto de 1888 y la última —Mary Kelly— el 9 de noviembre del mismo año. Apenas tres meses le bastaron para lograr esa terrible fama. El tenebroso barrio de Whitechapel fue su lugar preferido, aunque toda la ciudad temblaba ante su sola mención. No abusaba de aquellas mujeres ni tampoco les robaba. Solamente las asesinaba con una crueldad como pocas veces se ha visto en la historia del crimen universal. Pero ¿por qué lo hacía? ¿por qué elegía exclusivamente a

prostitutas? ¿a qué se debía tanta ferocidad? y —lo más importante— ¿quién era él?... Jack, el Destripador, jamás fue atrapado y nunca se supo de quién se trataba. El nombre con que lo conocemos, incluso, fue dado por él mismo. Después de su quinta víctima envió una carta a Sir Charles Warren, jefe de la policía, advirtiéndole que «no soportaba a cierto tipo de mujeres y que continuaría eliminándolas». Se rió de los investigadores anunciando que a la próxima desdichada le arrancaría las orejas para que no quedaran dudas de que esa carta era auténtica. Firmaba, al terminarla, como «*Jack el Destripador*». Desde entonces todos le daban —y le damos— ese nombre. Pero nunca se supo el verdadero. Es curioso cómo nos hizo saltar a todos siguiendo el compás que él marcaba, pisoteando la idea de que no existe el crimen perfecto y haciendo que aún más de un siglo después lo llamemos como él quiso. Al asesinar a su última víctima desapareció sin dejar rastros. La impresionante investigación que rodeó el caso sólo pudo conocer, de a poco, algunos datos que ahora repasamos en su totalidad: el hombre era zurdo, a juzgar por los trazos de sus mortales cortes; no era muy culto según la letra de aquella carta, aunque bien podía haberla escrito con la derecha, su mano menos hábil, para despistar; su aspecto —de acuerdo con testigos que lo vieron fugazmente— mostraba a un hombre joven, alto, delgado, de tez muy blanca y un fino bigote. Por último, se cuenta que usaba un largo capote negro hasta los tobillos y un sombrero del mismo color. Eso es todo. Luego las versiones y los rumores. Se decía que era un judío polaco, lo cual bien podía haber sido una nueva prueba del antisemitismo reinante en Inglaterra por entonces. También que era un abogado con alteraciones mentales llamado John Druitt. O un médico ruso que emigró a Londres acusado de homicidio en su país. Se sospechó hasta del mismísimo príncipe Alberto Víctor, nieto de la Reina Victoria. También de un hombre con las facultades mentales alteradas que murió en un hospicio, e incluso se mencionó a un integrante de Scotland Yard debido a la impunidad y habilidad que demostraba en cada una de sus sangrientas actuaciones. Dos condenados a muerte afirmaron ser él, tal vez para ganar fama ya que se comprobó que no era cierto. El caso es que todos los sospechosos no pudieron ser acusados y que jamás se supo quién fue Jack el Destripador. Eso sí; la carta era auténtica: a la siguiente víctima después de la misiva le fueron seccionadas las orejas, tal como lo había anunciado Jack. Cien años más tarde el caso sigue siendo tan misterioso como real.

\* \* \*

## Santa Bernardetta, incorrupta

La que luego sería Santa Bernardetta murió el 16 de abril de 1870. El obispo de Nevers, Francia, ordenó —décadas después— la exhumación del cadáver ya que ése era uno de los pasos imprescindibles para la beatificación de la joven quien, en vida, había dado pruebas de una piedad y un amor a Dios incomparables. El 22 de septiembre de 1909, es decir treinta y nueve años y cinco meses después de su muerte, los doctores

David y Jourdan son los hombres encargados de llevar a cabo la tarea de desenterrar el ataúd y verificar los restos de la muchacha. Al hacerlo comprueban con enorme asombro que Bernardetta se hallaba tan fresca y lozana como lo había estado en vida, casi cuarenta años atrás. La conmoción fue grande. El obispo no quiso hacer de esto un caso al que se pudiera explotar de manera sensacionalista y mandó sepultar nuevamente a la joven muerta. Luego informó del hecho a las autoridades vaticanas pero sin saber qué hacer realmente ante aquello, lo cual es bastante razonable con poco que se lo piense. Diez años más tarde otros dos médicos, los doctores Comte y Talín, repitieron la operación de sus colegas por mandato de las autoridades eclesiásticas. El cajón fue desenterrado y abierto una vez más ante la presencia de esos dos profesionales y varios otros testigos. Ante la sorpresa de ellos y luego del mundo entero, ya que la noticia no pudo ser guardada en secreto en esta ocasión, se encontraron con que todo seguía igual: los músculos del cuerpo y el rostro de Bernardetta estaban rosados y flexibles, tenía una absoluta elasticidad física, conservaba el color natural de una persona viva y había una total ausencia de olores nauseabundos. La joven parecía estar durmiendo desde hacía apenas un rato, cuando en realidad su muerte y entierro se habían producido hacía cincuenta años... Se dejaron pasar otros cinco años y se repitió la exhumación, la última. Nada había cambiado. Fue canonizada y pasó a ser Santa Bernardetta. Su cuerpo fue retirado del ataúd, se le cubrió con una leve capa de cera y se lo colocó —con su rostro y figura idénticos a los que había tenido en vida— en un féretro transparente que sería llevado a un convento donde aún hoy reposa. No hay explicaciones racionales, por supuesto, y sí hay un obvio y absoluto aval de la Iglesia Católica.

\* \* \*

## Cuerpos incorruptos

Este fenómeno recibe el nombre de incorruptibilidad. Y se dio en otros casos. Pasan cosas a nuestro alrededor que no tienen explicación alguna y ante las cuales la ciencia —por más avanzada que esté— no puede arrojar ninguna luz. La razón no entiende y comienza a funcionar para muchos una de las más bellas virtudes, la de la fe. Muchos son los asombros inexplicables a lo largo de la historia del mundo y buena parte de ellos está ligada de manera efectiva al sentimiento religioso.

Si bien hoy en día ser incorruptible moralmente o ser incorruptible de alma es en sí casi un milagro, serlo de cuerpo siempre lo ha sido. El 1º de abril de 1916 tres fanáticos antirreligiosos asesinaron al sacerdote francés Du Fucalud. Sin que hubiera una razón política o de ningún tipo, tan sólo como una muestra de irracional brutalidad para demostrar que no estaban de acuerdo. Trece años más tarde, al desenterrar sus restos, descubrieron que se hallaba en perfectas condiciones físicas. Nadie, claro está, pudo dar ningún tipo de explicación. El 21 de marzo de 1933 fue rescatado el cuerpo de la muy piadosa Catalina Labouré, quien había fallecido 57 años atrás. El mismo fenómeno. El

doctor Didier, encargado de la comprobación, dejó asentado en su informe, textualmente: *los músculos están intactos al punto de poder realizar sobre ellos cualquier tipo de corte anatómico; los huesos no han sido destruidos por el tiempo y los ojos aún permanecen en sus órbitas conservando —incluso— el color gris azulado que Catalina Labouré luciera en vida.* Santa Cecilia, patrona de los músicos que muriera cantando en medio de un terrible martirio, fue exhumada en 1599. Y permanecía incorruptible, perfecta, como dormida. Había muerto en el año 176, es decir hacía ya catorce siglos. Todos los casos, que son muchos más, se han dado en personas muy piadosas. Y ninguno ha tenido una explicación. Al menos para el hombre, claro está.

\* \* \*

## La posesión de Dorothy Eady

Hay en la historia muchos casos de personas que se sintieron de pronto poseídas por el espíritu de otras que habían desaparecido de la faz de la Tierra hacía ya un rato largo. Uno de los más espectaculares fue el de una mujer inglesa llamada Dorothy Eady. La mujer había nacido en el año 1903 y pertenecía a una familia de gran linaje y muy bien provistas arcas. Siendo muy pequeña cayó accidentalmente por unas escaleras y se golpeó la cabeza con fuerza. Prácticamente la habían dado por muerta cuando, de manera increíble, reaccionó como si nada hubiera pasado y retomó la vida normal de una pequeña de su edad. Claro que con algunos cambios. Por ejemplo, pedía permanentemente que «la llevaran a su casa», lo cual no hubiera tenido nada de extraordinario si no fuera porque lo decía mientras estaba en su casa. Nadie supo entender en ese momento que la chiquita se refería a otra casa, a aquella de la cual provenía el espíritu que según parece había encontrado un buen lugar de alojamiento en su cuerpo. Por ese entonces, con un nivel de información general que no era para ponerse demasiado orgullosos y —al mismo tiempo— en pleno auge de un racionalismo científico que insistía con la estúpida idea de que «sólo existe aquello que pueda ser demostrado con la ciencia», todos se limitaron a catalogarla simplemente como deficiente mental. Pero algunos años más tarde Dorothy fue llevada por sus padres a una visita casual a un museo egipcio y fue allí donde todos creyeron que realmente había enloquecido. Rodeada de todo ese clima del reino de los faraones la jovencita pareció estallar regocijada diciendo que al fin estaba en su casa y con su gente. Dorothy fue estudiada por varios facultativos y no se encontró en ella nada que delatara una auténtica demencia. Siguió creciendo ya convencida de que la habitaba un espíritu egipcio y no sólo estudió todo lo relativo a aquella fabulosa civilización sino que, además, se casó con un hombre de ese origen, con quien se fue a vivir a Egipto. Vivió allí hasta el final de sus días. A su primer hijo lo llamó Seti y ella pasó a llamarse desde entonces Um Seti, que significa «madre de Seti». Fue por años casi una atracción turística a la que mencionaban, muy a su pesar, como la antigua sacerdotisa del Nilo.

## El extraño episodio de Myriam Golding

Myriam Golding estaba aquella tarde de 1934 recorriendo una gran tienda de música en Chicago. Tomó el ascensor con la intención de dirigirse a otra planta. Al llegar a su piso bajó y detrás de ella se cerraron las puertas del ascensor. Allí comenzó lo asombroso. Miró a su alrededor y advirtió que se hallaba en una estación de ferrocarril, lo cual es considerablemente inusual y sorprendente teniendo en cuenta que se suponía que debía estar en el séptimo piso, una altura poco apropiada para construir una estación de trenes. Sin embargo lo era, con sus techos altísimos, mucho hierro en la estructura, grandes carteles publicitarios, kioscos donde vendían revistas o sándwiches, el típico sonido de las aglomeraciones humanas mezclado con algún silbato de una locomotora o el rebuznar de otra a vapor. La gente caminaba con cierto apuro y había filas en distintas ventanillas. Todo el mundo actuaba con la normalidad con que se puede actuar en un sitio así, nadie parecía fuera de lo común o desorientado, como ella. Sacudió la cabeza y, aún aturdida, intentó preguntar algo a los que allí se hallaban pero ninguna de aquellas personas parecía verla ni oírla. Su desesperación fue en aumento cuando notó que la puerta del ascensor que la había llevado hasta allí ya no estaba. Caminó algo mareada y salió a la calle. Allí todo seguía igual: gente que estaba en lo suyo y que pasaban a su lado como si no existiera. Al doblar en una esquina se encontró de repente con un amplio campo abierto y un grupo de mujeres jóvenes que la llamaban desde lejos, gesticulando para atraer su atención. Una luz de esperanza la hizo correr hacia ellas buscando respuestas, pero siempre estaban en el mismo lugar, sin que Myriam pudiera alcanzarlas. Agotada, cayó sobre la tierra. Fue allí donde sintió que una suerte de nube la cubría y ella perdía el conocimiento. Al despertar, estaba sentada leyendo una revista en un taburete de la tienda de música de Chicago, el lugar donde todo había comenzado. Se preguntó qué había ocurrido sin hallar respuestas. Salió rápidamente de allí y llegó agitada a la casa de su mejor amiga, Shirley. Ella misma abrió la puerta y, sonriente, le dijo que había llegado en un buen momento ya que quería presentarle a un grupo de viejas compañeras de colegio que la visitaban. Grande fue la sorpresa de Myriam cuando se encontró de pronto con las mismas sonrientes jóvenes que le hacían señas en su extraña experiencia y a quienes jamás había visto antes de aquello... Su viaje a algún lugar extraño donde nadie la veía y su posterior reaparición en la tienda bien podrían haber sido una alucinación pasajera. Pero ¿cómo se explica que las jóvenes de su extraña aventura aparecieron luego en la realidad? Cuando ese mismo día les contó a ellas su curiosa aventura, las chicas se miraban entre sí, se codeaban con gesto cómplice y disimulaban la risa que algunas de ellas no podían reprimir. Creyeron que estaba loca ya que ninguna de ellas se había acercado ese día a una estación ferroviaria. Myriam Golding recién se atrevió a relatar su historia 22 años más tarde, para la famosa revista norteamericana *Fate* (Destino), que la publicó en 1956. Aun entonces, no tenía explicación para lo suyo.

Hoy, a más de cuarenta años de haberse publicado esta historia, el teléfono de las respuestas sigue sonando sin que nadie atienda.

\* \* \*

## Hijo mío, el más pequeño

El sábado 9 de diciembre de 1531, pocos minutos antes del amanecer, un indiecito cristiano iba desde su pueblo hasta la ciudad de México para asistir a misa y escuchar catequesis. En el cerro Tepeyac comenzó a escuchar una música muy suave y melodiosa. El indiecito sonrió con la humildad y el gozo que sólo tienen los puros como él. Y escuchó una voz que lo llamaba por su nombre: «Juanito. Juan Dieguito». Se acercó al sitio de donde provenía la voz y encontró frente a él a una señora muy bella, con un vestido brillante como el sol, plena de luz y en pie sobre lo que parecían nubes celestiales. Y la escuchó decirle: «Juanito, el más pequeño de mis hijos, yo soy la siempre Virgen María...». Juan Diego, de rodillas, escuchó a la Santa Madre decir que deseaba que en ese lugar se construyera un templo para poder allí prodigar todo su amor, auxilio, compasión y defensa a los que lo necesitaran y en Ella confiaran. Lo instó a llevarle ese pedido al obispo. Juan Diego se presentó ante fray Juan de Zumárraga, el obispo de México, relatando lo ocurrido. El prelado le dijo que volviera otro día y que entonces lo iba a escuchar con mayor atención. Tal vez estaba ocupado o quizá era muy pero muy escéptico, con algunos obispos nunca se sabe. El indiecito volvió al día siguiente al cerro y, frente a la Virgen, le contó su fracaso. Los relatos tradicionales, publicados por editoriales religiosas, no cuentan con sus reales palabras —supongo que por pudor— la traducción de lo dicho por el joven indígena. Según Nicán Mophua, otro indio de la época en cuyo testimonio escrito se basó toda esta historia, Juan Diego, lleno de amor y desazón, le dijo a la Virgen que nadie le creería a él ya que: «Madre, yo soy la mierda de este pueblo». Juanito era todo lo contrario, un puro absoluto, pero quería explicar con sus propias palabras que él era demasiado insignificante como para que lo escuchara nadie y, en especial, un obispo. María, con dulzura, le recordó que eran muchos los servidores y devotos que Ella tenía pero que «...debes ser tú, hijo mío, el más pequeño» aquel que fuera en Su nombre a convencer al prelado. Juanito obedeció. Nuevo fracaso. El monseñor le dijo que si en verdad era la Santísima Madre quien lo enviaba que, la próxima vez, le llevara algo de ella, alguna señal tangible. Ya en el siglo XVI había autoridades del clero que le hubieran hecho un favor a la Iglesia consagrándose al budismo zen, la astrología científica o la plomería artesanal. Juan Diego se fue muy triste. Al día siguiente tomó por otro camino ya que debía ir a ver a un tío moribundo al que debía buscarle un sacerdote para que le diera la extremaunción, pero allí también se le cruzó la Señora del Cielo. Con pesar, Juanito le contó del obispo y de su tío. Y la Virgen le dijo: «Entiende, hijo mío, el más pequeño, que no es nada lo que te asusta y preocupa. ¿No estoy yo aquí, que soy tu Madre, tu ayuda y protección? ¿No

soy yo la salud? Tu tío ya ha curado de su mal. En cuanto al obispo, junta algunas flores del cerro y tráelas aquí». El indiecito así lo hizo. En ese momento su tío se levantaba de la cama en perfecta salud, muy alegre, ante la sorpresa de los que lo rodeaban en los que creían eran sus últimos minutos. Pero el verdadero misterio aún no se había producido. Todavía faltaba lo mejor.

\* \* \*

## Milagros y maravillas

Juan Diego subió a la cumbre del cerro Tepeyac y se asombró mucho cuando vio allí, a muy bajas temperaturas y en medio de un suelo de piedra, una cantidad impresionante de rosas. Juntó unas cuantas y las puso en su poncho de color blanco. Las llevó a la Virgen y Ella le dijo que ésa sería la prueba pedida por el obispo de México y que «sólo ante él debes abrir tu manta, hijo mío, el más pequeño, mi embajador».

Juan Diego fue otra vez a ver al monseñor. Al principio ni siquiera lo dejaban entrar al episcopado pero luego el aroma de las rosas escondidas en el ponchito les llamó la atención y lo llevaron ante el prelado. «Aquí está la prueba que me pediste», dijo Juanito desplegando su manto por primera vez. Al hacerlo, las hermosas rosas cayeron al suelo y despejaron el poncho dejando ver en él una imagen perfecta de la Virgen. Todos los presentes cayeron de rodillas. El obispo Zumárraga lloró con tristeza y arrepentimiento por no haber creído antes y luego llevó el poncho de Juan Diego al altar de su oratorio. Se construyó el templo pedido por María en el lugar exacto y se la llamó como Ella misma había pedido, Virgen de Guadalupe. La manta con su imagen, de tejido rústico, se colocó en un cuadro de 1,43 metros de alto cubierto por un simple vidrio protector. Han pasado desde entonces 466 años y tanto la tela como la imagen se mantienen en perfecto estado, aun cuando eso es en verdad imposible. Las investigaciones científicas que se han hecho ya en nuestra época y con elementos de alta tecnología confirman que la fibra rústica del ponchito no puede mantenerse más allá de los veinte años, luego de lo cual se deshilacha o desintegra por el polvo, la humedad y el simple paso del tiempo. Pero ahí está. Más aún: en 1921 hubo un atentado en aquel templo donde, en el altar donde reposa el cuadro, manos criminales hicieron estallar una poderosa bomba que destrozó casi todo lo que había alrededor menos el poncho con la imagen. A pesar del poder del explosivo ni siquiera se rompió el vidrio común y silvestre que protegía el manto. Un manto al que el doctor Richard Kuhn, premio Nobel de Química en 1938, analizó prolijamente para arrojar luego su informe: *aunque resulte incomprensible, el elemento usado para los colores de esta pintura no son ni minerales ni vegetales ni animales. A mí también me resulta incomprensible y es todo cuanto puedo decir.* De la misma forma y a través de rayos infrarrojos la tela fue estudiada por un grupo de científicos de la nasa, que concluyeron con algunas afirmaciones rotundas e igualmente inexplicables: ese tipo de tela no puede haber durado tanto de ninguna manera; ese tipo de tela no revela en los

estudios ningún elemento que la preserve o proteja; la imagen que aparece en ella no ha sido pintada con pincel sino que parece impresa de una sola vez, sin retoques de ningún tipo. Teniendo en cuenta que el hecho ocurrió en el siglo XVI no se puede saber cómo se imprimió de esa manera. Aún así, todavía no se había dado todo. En el último capítulo de este librito vamos a descorrer juntos el velo que oculta lo que se inventó sobre este tema, lo más asombroso dentro de lo comprobado y, también, lo más doloroso de aceptar. Tengan paciencia.

\* \* \*

## Ovni capturado

Mucho se dijo y se escribió sobre los objetos voladores no identificados. Tanto que es necesario filtrar con cuidado la información y tener en cuenta quién la genera.

Antes de entrar de lleno en el relato es buena cosa poner en claro que quien lo contó en varias conferencias dadas en la Universidad de Colorado, Estados Unidos, fue el profesor Silas Newton, considerado hace más de treinta años como uno de los mejores geofísicos de su país. La historia fue recogida luego, en detalle, por la revista norteamericana *Pageant* en 1960. Fue en ese año cuando el profesor Newton asombró en su conferencia cuando reveló que la Fuerza Aérea de los Estados Unidos se había apoderado de tres naves espaciales que habían caído a tierra. Según su relato, se encontraron en su interior los cadáveres de dieciséis extrañas criaturas con formas muy similares a las humanas pero de sólo un metro de altura. Vestían uniformes metálicos de color azul y sin insignias. Ignoraba por qué habían caído pero los investigadores descubrieron que las ventanillas habían reventado con anterioridad al accidente, tal vez por un cambio de presión muy brusco que provocó la pérdida de control. Las naves eran como platos puestos boca abajo, tenían 30 metros de diámetro y estaban construidas de un material similar al aluminio pero de naturaleza desconocida por el hombre. Siempre de acuerdo con lo que dio a conocer el profesor Newton, en el interior de las naves se encontraron unos grabados que parecían ser mapas que nadie supo interpretar. También algo parecido a galletas y un líquido de características similares a las del agua pero con otra composición química. Lo que más asombró al profesor fue un pequeño motor que —según sus palabras— funcionaría de manera electromagnética pudiendo impulsar aquellos vehículos espaciales a velocidades cercanas a las de la luz. Contó que había, además, una suerte de reloj dividido en 29 partes y un instrumental de apariencia muy simple aunque nadie supo cómo podía usarse. Se hicieron más de 150 experimentos para tratar de conocer la naturaleza del metal pero no hubo ningún resultado positivo. Eso es todo. Insisto: son palabras del profesor Silas Newton en la Universidad de Colorado. No me resultaría fácil aceptar el relato si no fuera por su relator. Pasaron más de 37 años y no se volvió a hablar de aquello. ¿Prudencia? ¿Secreto militar? ¿Fraude? ¿Mitomanía de un profesor que enloqueció? Nadie lo sabe. El profesor Silas Newton, desde entonces, no

pudo volver a tener acceso a ningún tipo de investigación sobre ovnis. Ni siquiera lo acusaron de loco. Sólo lo condenaron a él al silencio, al hecho al olvido y a nosotros al misterio.

\* \* \*

## La Inedia

Así se llama al ayuno absoluto. Pero no se trata de comer lechuguita por un tiempo. La inedia significa no comer ni beber nada. Y al decir nada me refiero exactamente a nada. Cuando esto se lleva a cabo durante un tiempo prolongado ya la cosa entra en el terreno de los fenómenos inexplicables. La inedia se ha dado mucho a lo largo de la historia en santos, bienaventurados y gente muy piadosa, definitivamente cercana a la religión. La bienaventurada Ángela de Foligno falleció en el año 1309 luego de haber permanecido durante doce años sin ingerir alimento alguno. Santa Catalina de Siena tuvo, por propia decisión y como una ofrenda al Señor, ocho años ininterrumpidos de completo ayuno. Santa Lidvina de Schiedam, muerta en el 1433, no probó un solo bocado a lo largo de veintiocho años. Más cerca en el tiempo son notables los casos documentados de cristianas muy devotas. Rosa María Andriani tuvo un ayuno absoluto también por veintiocho años, y murió en 1845 por causas completamente ajenas a su falta de alimentación. Lo mismo ocurrió con la italiana Doménica Labbarri (1815-1848) y con la francesa Luisa Lateau (1850-1883), ambas consagradas a Jesús y con catorce años de ayuno total. Cada uno de los casos hechos públicos, que fueron muchos, han sido investigados minuciosamente en su ocasión, por lo general por grupos formados por médicos, jueces del lugar donde ocurría el hecho y hombres de la Iglesia. El caso del bienaventurado Nicolás de Flue, en el siglo XV, fue controlado estrictamente por las autoridades civiles y eclesiásticas francesas, que redactaron un acta que hoy se conserva como documento. Dice textualmente: *Hacemos saber a todos y a cada uno que Nicolás Flue, después de haber dejado a su padre, a su hermano, a su mujer y a sus hijos, para retirarse a un lugar en soledad llamado Raust, se mantuvo allí, por la gracia de Dios, sin comer ni beber durante dieciocho años, viviendo aún santamente en este instante en que escribimos este documento y gozando de sus facultades; lo que atestiguamos por haberlo visto y sabido en verdad.*

El papa Inocencio VII se ocupó personalmente de que se controlara con rigor el ayuno de la bienaventurada Colomba de Rietti. El obispo de Embrum comprobó y confirmó luego de una vigilancia permanente y una investigación agotadora que Colomba no comió ni bebió absolutamente nada durante veinte años.

En 1868 la monjita Esperanza de Jesús no tuvo inconveniente en que se probara su inedia voluntaria. El obispo de Ottawa, Canadá, donde ocurrió el hecho, demostraba ser escéptico sobre el tema. Sucedió a menudo en la historia sobrenatural de la Iglesia Católica y quizás esté bien como para no dejarse llevar complacientemente por el

encanto del milagro. En este caso, las dudas del obispo lo llevaron a pedir la asistencia de dos médicos. Uno católico, el doctor Baubién y otro protestante, el doctor Ellis. La hermana fue sometida durante seis semanas a la vigilancia más rigurosa, encerrada en una habitación y atendida constantemente por dos monjitas que no la dejaron sola ni un segundo. Antes de comenzar con la prueba, el obispo hizo que la religiosa se pesara y comprobó que la balanza denunciaba 49 kilos. Al terminar la experiencia, seis semanas más tarde y luego del absoluto ayuno (ni sólidos ni líquidos) sor Esperanza de Jesús fue pesada en la misma balanza que acusó 54 kilos. El obispo de Ottawa se rindió ante la evidencia: la monjita había aumentado cinco kilos de su peso y gozaba de plena salud.

Este es el gran misterio de la inedia: los que la experimentaron durante semanas, meses o años han seguido con sus ocupaciones habituales de manera normal y la salud de cada uno de ellos no se vio alterada en lo más mínimo. Es bueno poner en claro que este fenómeno —como queda dicho— se ha dado en personas con un muy fuerte sentimiento religioso. Tal vez en eso esté la respuesta. Como sea, no intenten imitarlos, por favor. Hace décadas que la medicina demostró que el ayuno exagerado rebaja el metabolismo en un 50 o 60% de lo normal, lleva a la anorexia y —de continuar— en pocas semanas más a la muerte. El ayuno, por sí solo, no garantiza la santidad. Pero la santidad parece ser una buena —y tal vez única— garantía para el ayuno total, esa cosa misteriosa llamada inedia.

\* \* \*

## Los bienaventurados

En la historia anterior aparecen varias personas a las que se las llama *bienaventurados*. Es posible que alguno de ustedes se pregunte qué cosa es eso. No son santos ni beatos —para lo cual hubieran necesitado que se les confirmara un par de milagros— sino, simplemente, bienaventurados. Pero no vayan a creer que es poco. La definición religiosa dice que se trata de personas que gozan de Dios en el Cielo. Uno no puede ser bienaventurado en vida (como tampoco puede ser beato o santo) ya que se llega a esa condición espiritual cuando ya se goza de Dios en el Cielo. Creo que no nos equivocamos en lo más mínimo si decimos la bienaventurada Madre Teresa de Calcuta, ya que nadie puede dudar de que se ganó con creces estar ahora disfrutando la Gracia y la Presencia. No vayan a creer que es cosa fácil y menor merecer ese título de honor para el alma. No es tan sencillo cumplir como se debe con una religión que, desde su Maestro, Dios Hombre, nos dijo en el sermón de la montaña que había que amar a nuestros enemigos, hacer el bien a quienes nos odian, bendecir a los que nos maldicen, orar por los que nos calumnian, ofrecer la otra mejilla cuando nos pegan en una, dar también la túnica a quienes nos roban el manto y no reclamar a quien toma lo nuestro. En esa maravilla que es aquel sermón, Jesús la hace fácil para que entendamos: *Tratad a los hombres del mismo modo que deseáis que ellos os traten a vosotros. Si amáis sólo a*

*los que os aman ¿qué mérito tenéis?* (Lucas, 6, 31-32). Santo Cielo, es tan clarito y tan difícil. Pero hay que intentarlo, hay que intentarlo. Los hombres nos merecemos unos a otros, merecemos lo mejor de cada uno y para tenerlo es necesario dar lo mejor de nosotros. Dicho esto que no entendí del todo pero así surgió y así lo dejé, advertí que el Misterio me estaba mirando fijo y serio, habiendo tomado el aspecto de una enfermera con cara de preocupada. Parpadeé para cambiar la imagen ya acostumbrado a manejar ese método como el control remoto con el que hacía *zapping* en lo inesperado, pero nada ocurrió. La enfermera seguía allí observándome con fijeza y sin dejar de ser ella, a pesar de que yo parpadeaba y parpadeaba como si me hubieran entrado en los ojos todas las basuritas de Manliba de la última década. Y encima habló. No la década, sino la enfermera, que tenía un tono grato pero seco:

—¿Necesita algo?

—¿Sos el Misterio? —pregunté con dudas.

—Voy a buscar al médico —dijo la enfermera que era una enfermera de verdad y partía para pedir ayuda al médico o al manicomio, no sé.

—No, no, perdón. Estaba soñando, era eso nomás... —le dije con mi tono más normal y mi mayor cara de idiota, algo que no me cuesta mucho y que pareció tranquilizarla.

—Gritaba —dijo—, por eso vine.

—¿Gritaba? —repetí auténticamente sorprendido—. ¿Y qué gritaba?

—«Hay que intentarlo, hay que intentarlo» —me informó con una voz más alta de la usada hasta entonces y un tono de cierta desesperación que era el que aparentemente yo habría usado en mi delirio místico, por llamarlo de alguna manera aunque no sea la exacta pero que suena bien.

—Disculpe por molestarla. Gracias —le dije.

—Gracias hacen los monos —me contestó la mujer, que ahora era mi abuelita que murió hace un montón de años. Me hubiera encantado poder tenerla un ratito conmigo pero parpadeé por la sorpresa y se transformó en Mauro Viale, que vestía como en la tele y me preguntaba en tono confidencial y comprensivo si yo creía que mis problemas cardíacos eran una enfermedad, algo genético o un vicio. No sabía si estábamos en el aire cuando otro parpadeo puso frente a mí a Indiana Jones que buscaba el arca perdida, el cáliz sagrado y los anteojos de Bernardo Neustadt mientras me decía que ésos eran misterios de verdad y yo parpadeaba perdiéndome el final de esa aventura para toparme con Marilyn Monroe, que me cantaba el feliz cumpleaños; luego con James Dean, con su campera de cuero negra, que me invitaba a dar una vuelta en su Porsche; enseguida con Raúl Alfonsín diciendo síganme que no los voy a defraudar; Juan Perón saludando con los brazos en alto pero sin manos; Mirtha Legrand comiendo un choripán mientras hablaba con la boca llena y le chorreaba el chimichurri por la comisura derecha de su linda boca con la que intentaba un mohín; el ministro del Interior retándome por algo que era incomprensible para mí y tal vez para él también y Manuel Belgrano, con esa camisa blanca que le cubre el cuello y lo hace parecer enyesado, pobre, con un look tan *Billiken*, moviendo la cabeza con tristeza y diciendo «Ay, patria mía», que fueron sus

últimas palabras. Esa parte, lo de *últimas palabras*, me inquietó un poco, pero no quise aflojar delante del Misterio y pretendí cancherear con el asunto ese de la enfermera que creí que era una enfermera pero resultó no ser una enfermera.

—Yo ya sabía —le dije, mintiendo.

—¿Qué vas a saber vos, gil? —me dijo Manuel Belgrano. Y con esas reconfortantes palabras como canción de cuna, dejé que mis ojos se cerraran, que el mundo siguiera andando, y que el Misterio siguiera burlándose de mí y de todos porque es un maleducado que está acostumbrado a esas cosas y todo porque uno no quiere meterse con él y prefiere dormirse flojito, flojito, abandonándose en esa especie de pequeña muerte, con perdón de la palabra. Y así pasó otro día.

CINCO  
19 de noviembre de 1996  
La última noche que pasé conmigo

Todas las visitas se retiraron en perfecto orden y apreciado amor por los pasillos casi monacales del sanatorio. Me quedé a solas, aquella noche anterior a la operación, tal como lo había pedido a los míos. El silencio era más silencio, el agua era más agua y el aire era más aire. Cuando el miedo no gana hasta puede decirse que uno disfruta de esos momentos límite, no por masoquismo sino porque no son muchas las veces en las que nos podemos sentir protagonistas de una aventura semejante. Uno escucha mejor, ve más, tiene la piel sensible, las manos alertas y siente que el Indiana Jones que todos tenemos dentro ahora está afuera, de la mano del ángel de la guarda, haciendo restallar el látigo entre los dos para tener a raya a la manada de dudas que gruñen amenazantes, fruncen la trompa y muestran unos dientes blanquísimos chorreando baba.

Es una de esas pocas chances que tiene uno para sentirse un héroe.

Por eso siempre exigí que se me respetara la decisión de vivir esos momentos a solas. Por eso y por algo más. Estoy demasiado grande, he leído demasiadas cosas y porto demasiada fe para tener que pasar una noche soportando el dolor y el susto de un ser querido que en una situación tan fuera de la rutina no sabe qué hacer ni qué decir y —por lo tanto— sólo dice y hace obviedades. «¿Te acomodo la almohada?», no gracias. «Si querés el papagayo pedímelo», y claro, no me voy a mear en la cama. «¿Necesitás algo?», sí, me gustaría estar en el Caribe chupando jugo de coco bajo una palmera en lugar de estar aquí. «¡Qué silencio que hay acá a la noche!», sí, es porque la orquesta se va temprano, pero a eso de las dos vienen los de la bailanta y vas a ver la joda que se arma. Por supuesto cualquier acompañante nocturno de un fulano al que van a operar del corazón por la mañana trata de ayudar como puede y hace todo con amor, pero es que no hay mucho para hacer, ya está todo jugado, viejo. Esto no significa que no agradezca desde el alma a cada uno de los que trajeron un cacho de ese amor en los ojos y me lo dejaron junto a la cama, a cualquier cama en la que duerma por el resto de mi vida, porque esas cosas no se olvidan fácilmente.

Aquella última noche mi único temor era que, amparado en las sombras, con las solapas levantadas y un sombrero de ala baja ocultando sus ojos, llegara hasta mi habitación el doctor Jorge Aufiero y —en un descuido de la guardia— me asesinara con una inyección de algo terrible o, simplemente, me clavara un puñal, me disparara con su arma con silenciador o me cubriera la cara con mi propia almohada hasta matarme. Tenía sentido. El doctor Aufiero es el presidente de Medicus, mi servicio de medicina prepaga que cubrió hasta el gasto de los pañuelos descartables. Es cierto que para eso uno paga pero también lo es que no todos cumplen y esta gente lo hacía conmigo y con cualquiera. Pero a mí se me estaba yendo la mano con eso de insistir en enfermarme seriamente. Tal vez Medicus quisiera terminar con tanto gasto de una manera drástica. Le pedí a la enfermera que estuviera alerta por si veía a alguien avanzando agazapado. Aufiero no apareció, al menos esa noche.

Quien sí apareció, deslizándose más que caminando, fue una mujer rubia sumamente bella, de rostro angelical, ojos brillantes, nariz con carácter, boca generosa que se presentía tibia, ni gorda ni flaca, enfundada en un vestido que parecía el de una novia y con sus mejillas sonrojadas.

—Es por pudor —me dijo la Muerte—. Nunca me acostumbré del todo a este tipo de visitas.

Nos conocíamos desde el día de mi nacimiento e incluso tuve algunos coqueteos amorosos con ella. O ella conmigo, no lo sé. Hace siete años estuvimos a punto de juntarnos pero Dios no lo quiso. Ahora estaba a la izquierda de mi cama. Me apenó su rubor vergonzoso. Era tan joven.

—¿Viniste sola? —pregunté sin dejar de mirarla.

—No, nunca estoy sola. Vine con ella...

Señaló el lado derecho de mi cama. Volví la cabeza y recién entonces advertí a una mujer de unos 45 años, pelo corto, ojos cansados pero muy cálidos, aspecto agradable, ropa informal, un notable toque seductor y en su boca un cigarrillo al que acercaba un encendedor de plástico.

—Acá no se puede fumar —le dije en voz baja, de cómplice.

—Hay tantas cosas que acá no se pueden hacer pero se hacen. No me lo vas a contar a mí —dijo la Vida y noté que su «acá» abarcaba mucho más que el mío, creo que no se refería sólo al Instituto de Diagnóstico.

—Así que vinieron juntas —dije, canchereando pero no mucho porque en el fondo estaba muy emocionado, imagínense.

—Ya te dije, nunca estoy sola. Si no está ella no tiene ningún sentido que yo aparezca —sonrió la Muerte.

—Y la verdad es que tampoco yo tendría sentido si no existiera ella, para qué negarlo. La inmortalidad es más al pedo que el guardaespaldas de Kennedy —dijo la Vida, zafándose en el lenguaje y mostrando un humor negro con más de treinta años de atraso. Pero filosóficamente, eso sí.

—Vos no le tenés miedo a tu muerte ¿no? —agregó la Vida.

—No. Pero si te perdiera te extrañaría.

Me miró yo diría que con cariño, sonrió más con los ojos que con la boca y le dio una profunda pitada al cigarrillo.

—Todos dicen que me quieren, ya lo sé, pero nadie se preocupa mucho de mí. Si hasta vos me ignoraste recién y sólo me descubriste cuando la Muerte te dijo que yo estaba aquí. Estoy desde que nacieron, ¿por qué no habría de ser para siempre? Eso deben pensar. Están locos. Lo mejor de mí es que un día me acabo. ¿Qué te gustaría comer ahora?

—Helado de chocolate amargo —dije sin entender qué tenía que ver.

—Imaginate que empezás a comer helado y nunca se termina. Nunca, pase lo que pase. Y vos comés y comés. Pero te hartás. Y tenés que seguir comiendo igual porque así son las reglas del juego. Comés aunque se te reviente la panza, te salten las tripas, se te congelen los...

—Está bien, está bien, no hace falta que digas qué se me congela. Me da cosa pensarlo —interrumpí ya advertido del lenguaje de la Vida y cruzando una pierna sobre la otra en un acto reflejo protector.

—Bueno, conmigo sería igual que con el helado. Se hartarían, me darían menos importancia aun de la que me dan, se aburrirían. Yo me pongo más emocionante cuando ella aparece rondando a alguien. Ahí sí, todos me miman, dicen que si se salvan harán conmigo cosas maravillosas, que soy tan hermosa que es un pecado desperdiciarme, que me van a honrar. Por eso ésta y yo somos tan amigas... Una no es nadie sin la otra.

—¿Y la Vida Eterna?

—No, mamá es otra cosa. El helado se acaba justo cuando ya no tenés más ganas y lo mismo pasa con todo. Juegan a la aventura con los ángeles y le hacen cosquillas a Dios, que se ríe a lo loco. A veces hacen juegos de ternura y a los más chicos no les gana ni Dios, mirá lo que te digo. Otras veces se emborrachan con música y andan todo el día en pedo...

—Venías fenómeno y tenías que arruinarla. Esa es una palabra que te gusta especialmente ¿no?

—¿Cuál? ¿Pedo?

—No es necesario repetirla. Sí, esa palabra. Te gusta ¿no?

—Me cae simpática. Suena más divertida que guerra, violar, corrupto, soberbia, depravado, traición. Y es como infantil, no es guaranga. A mí no me gustan las cosas groseras, ¿eh?... Aunque tengo de todo, soy la Vida, ya sabés. Soy el amor y el odio, el pecado y la pureza, la risa y el llanto, la tuerca y el tornillo, tu computadora, tu familia, el auto, el ventilador de techo, los libros, las hormigas, la rueda y mejor no sigamos porque es largo, como te imaginás. Sería medio al...

—Comprendo. Sos juguetona, eh.

—No, eso se lo dejo al Destino. Yo no juego a nada. Siempre paso.

—A veces muy rápido. En realidad, siempre pasás muy rápido.

—Eso dicen todos y, al final, terminan recibéndola a ésta con una sonrisa. Se aflojan, se entregan y allá van, tan aliviados. Como si yo hubiera sido una molestia... Bueno, vamos a lo nuestro. ¿Algún pedido en especial? ¿Querés soñar conmigo esta noche, repasar los momentos más felices? Traje tu video, si querés. O, en una de esas, hay algo que deseas y yo pueda darte...

—Gracias, hablé con el Jefe. Me puse en Sus Manos y estoy muy tranquilo. Sé buena con los míos, nomás. Mi familia, mis amigos...

—Yo no soy una mutual que atiende a grupos, bebé. Con ellos dejá que me arregle individualmente. No me manejes.

—Nunca pude del todo pero vengo llevándote bastante bien. Estoy feliz con vos. Me diste más de lo que soñé. Te repetiría minuto a minuto.

—¿Lo malo también? ¿Lo feo, lo doloroso, lo amargo, también?

—Seguro. Me sirvió para apreciar mejor lo bueno, lo lindo, lo placentero, lo dulce. Por eso... Mañana voy a tener paz.

—Mañana vas a tener *by-pass* para ser exactos.

—Estás jodona. Me gusta. Sos una buena mina.

—No te confundas, yo no soy ni buena ni mala, sólo soy el lugar y el momento donde ocurren lo bueno y lo malo.

Sonriendo me volví a la izquierda, donde descubrí que la Muerte se había pasado todo ese tiempo arreglando las arrugas de las sábanas, alisando el cubrecama, sacudiendo miguitas. Al verla tan hacendosa con mi modesta, gorda, pero querida humanidad, no pude evitar dar un respingo hacia el lado de la Vida, algo sobresaltado.

—¿Qué pasa? ¿Ahora me tenés miedo? —me dijo.

—No, me sorprendí nomás.

—Les pasa a muchos cuando me ven llegar.

—Después de todo habría que recibirte con alegría porque sos la puerta a la Vida Eterna, pero también sos implacable y no hacés distinciones entre viejos, chiquitos, jóvenes, bebés, buenos, malos...

—Soy democrática —dijo apenas sonriendo, como siempre.

—Sos cruel con los que quedan. Impiadosa, despreciable, perversa.

—Epa, epa... No te enojés. Merezco más respeto. Al fin de cuentas, soy la única cosa inmutable a lo largo de la historia. La única que no ha cambiado, la única constante histórica desde Adán y Eva.

—Vos y la Vida —intenté atenuar lo indiscutible.

—Mi amiga la Vida es relativa y yo soy absoluta. La única constante, ya te dije. Y el mayor misterio: todos saben que pasaré a buscarlos pero nadie sabe cómo ni cuándo.

—¿Vas a llevarme mañana?

—No lo sé. Yo sólo cumplo órdenes.

—Ah, claro, la obediencia debida. Prefiero la obediencia de vida, no te enojés.

—Claro que no. Amo a la Vida. Siempre la pierden, pobre.

—No hagas bromas con ella.

—La Vida es algo demasiado importante para hablar de ella con seriedad... Mirá cómo sonrío, ¿ves?

Y era así, nomás, la Vida sonreía. A pesar de que faltaban unas siete horas para que me abrieran el pecho, la Vida me sonreía. Es que la Fe seguía dando vueltas por ahí, escondiéndose y apareciendo, sin hablar ni ostentar, pero actuando. En una de sus pasadas me hizo un guiño de apuro y entendí que debía comenzar a contar mis historias. La Muerte es tan solapada y la Vida es tan engañosa que me dejaban seguir hasta agotarme sin esperar mis relatos que mantenían todo en su lugar. Pero no perdí tiempo y me largué sin aviso previo. Las cosas del Más Allá las superan a las dos, a la Vida y a la Muerte. Ahí les va eso, entonces. Estas dos no me van a embromar a mí, qué se creen que son.

## Astor Piazzolla. Asombro adolescente

Tuve el placer de conocer a Astor Piazzolla, uno de los más grandes maestros de la

música mundial contemporánea. Yo tenía poco más de veinte años cuando viví el regalo de un momento único que se armó de golpe, sin publicidad y casi por casualidad en un local de Tucumán 676, en Buenos Aires, donde me apretujé con otros fanas para gozar hasta el mareo unas horas de gloria improvisada a cargo de Astor y el saxofonista Stan Getz.

Otras veces, muchas, lo escuchaba extasiado desde una mesa adornada de amigos y de manchones oscuros del vino que apoyábamos de pronto para tener las manos libres y aplaudirlo. En esas cuevas que solían quedar en un subsuelo correntino (de la calle, no de la provincia) no se comía ni se hacía otra cosa que tomar vino —whisky unos pocos— y disfrutar de la música de Piazzolla. El maestro era peleador, malhumorado, irascible, con muy pocas pulgas. Y lleno de ternura cuando se lo conocía algo más.

Por lo general no le gustaban las entrevistas periodísticas, por lo particular siempre fue muy cálido conmigo. Tal vez lo enternecía mi admiración por él y ese aspecto que siempre tuve de tipo que se acuesta a las diez de la noche, aunque nada estaba más lejos de la verdad. Yo tendría 22 años cuando un día en su camarín, después de haberlo reportado, de repente y sin anestesia me miró fijo y me dijo: «Vos vas a hacer cosas». Y no interrumpió lo que estaba haciendo, que era guardar el bandoneón. No me atreví a preguntar qué cosas, si eran buenas o malas, si eran importantes, si faltaba mucho. Pero, como todo lo de él parecía mágico, guardé ese momento como una película que paso de cuando en cuando y siempre disfruto. Piazzolla, como Gardel, tenía algo que superaba aun lo que hacía profesionalmente. No sé si llamar a ese algo poderes porque suena medio esotérico pero no dudo en definirlo como una sensibilidad tan grande que los ubicaba en lo extrasensorial, más allá de cualquier mortal. Ocurre.

Un día Daniel Piazzolla, hijo de Astor, un geniecillo con el que compartimos el mismo colegio en la infancia, me contó una historia que luego me reiteraría su hermana Diana —escritora, periodista, dulce pero firme— hace unos tres años, ante un grabador. Una historia que tiene todo que ver con la Vida, con la Muerte y con el Más Allá que tanto nos desvela. La repito, textual:

*Cuando papá tenía diecisiete años había en Mar del Plata, donde vivía, una chica muy frágil de la cual él estaba muy enamorado. Mi viejo siempre fue muy tímido y ni se le había acercado. Un día lo llama la mamá de esta chica y le dice que ella lo quiere ver porque se está muriendo. Tenía tifoidea. Cuando entró, mi papá la vio blanca a la piba, que tenía dieciséis años. Se puso en la cabecera sin saber qué hacer, ella estaba muriéndose. Es cuando la chica empieza a decirle a papá: «Estoy entrando en un túnel de luz, en un túnel de luz muy largo. Qué sensación más linda que se siente, Astor». Se lo va diciendo. «Si ésta es la muerte, qué linda que es la muerte. No sufras.» El viejo lo contaba siempre y se ve que era una chica a la que él había querido mucho porque se notaba que le dolía el recuerdo. Contaba que, un poquito antes de morir, ella le insistió con lo del túnel de luz y le dijo que escuchaba una música. «Oigo una música muy suave, muy linda. Qué lindo que es esto, Astor, no te imaginás qué lindo que es esto.» Y se murió. Con un gesto de serenidad impresionante. El viejo no quería saber nada de hablar de cosas que tuvieran que ver con la muerte*

*pero, al contar esa historia, decía «yo sé que también voy a ver el túnel de luz que vio ella».*

\* \* \*

## Otras voces, otros ámbitos

En el siglo XV, una adolescente llamada Juana de Arco afirmaba que escuchaba a menudo voces que le indicaban que debía luchar por su país, Francia, contra el enemigo de entonces, Inglaterra. Juana tenía sólo diecisiete años cuando aseguraba que aquellas voces del más allá eran las de San Miguel, Santa Catalina y Santa Margarita. Empuñó la espada y condujo un ejército de manera increíble para una mujer, alguien de su edad y la época en que esto ocurría. Finalmente fue hecha prisionera por el enemigo después de ser traicionada y entregada por 10.000 francos oro. Por razones políticas y abandono de aquellos a los que había defendido, fue acusada de hereje y blasfema por insistir que era guiada por voces santas. Terminó sus días quemada en la hoguera, pero sin retractarse de sus dichos. Al morir, en 1431, tenía tan sólo diecinueve años. Casi 500 años después, el espantoso error fue rectificado al canonizarla. Desde 1920 es, para la historia, Santa Juana de Arco. La Iglesia reconoció como ciertas aquellas voces de Juana y los escépticos que había —y hay aún— en su seno tuvieron que aceptarlo aunque con la cara fruncida y la necedad en pleno uso de sus facultades. De todas formas, quinientos años son muchos para reparar un error de imbéciles.

Mucho más cerca en el tiempo, en los primeros meses de 1985, el párroco de la iglesia de Apricale, en la Liguria italiana, hizo saber que hacía varias noches que se escuchaba en el templo una extraña música de órgano que acompañaba un canto coral que el hombre no entendía. Las autoridades enviaron al lugar al ingeniero Giovanni Ciardini, un técnico acústico que instaló micrófonos y un sofisticado equipo de sonido para grabar lo que se suponía estaba ocurriendo. Pero eran más que suposiciones. Las cintas demostraron que eran salmos cantados en arameo, el idioma que hablaba Jesús, que en la práctica está extinguido y son muy pocos los que algo entienden y, en efecto, surgían de la nada noche a noche sin que la estricta vigilancia policial pudiera saber su origen. El fenómeno se repitió durante un tiempo ante el desconcierto absoluto de todos los que fueron testigos. Luego cesaron de golpe. Han pasado más de doce años y hasta hoy aquello sigue siendo un misterio para todos.

\* \* \*

## Piazzolla. Sueño y misterio

La charla con la sensible Diana Piazzolla incluyó los últimos tiempos de su padre en

este mundo, antes de que se fuera a tocar —más que nunca— como los dioses. Este es el apasionante relato:

*Papá era muy creyente y en especial en los últimos años. Antes había pasado por la superstición, amuletos, brujas, curanderos, mezclaba todo mi viejo... Diez días antes de que entrara en coma cuatro yo hablé por teléfono con él, que estaba en Francia, y lo noté caído. «¿Qué pasa, papá», le pregunté. Él siempre me decía «estoy hecho un potro» pero, esa vez, me dijo: «no sé, no me siento bien. Me siento raro. No puedo escribir. Mañana voy a Lourdes a echarme agua bendita en la cabeza porque creo que algo le está pasando a mi cabeza». Ya hacía rato que le venían pasando cosas: un infarto, los by-pass, se quedó unas horas ciego de un ojo, se le dormía una mano, pero nada que hacerle. «A mí no me va a pasar nada, yo soy un potro», decía. Y seguía laburando... Después le vino el ataque cerebral, el traslado a Buenos Aires, el día de su muerte que también fue distinto.*

*Esa tarde yo me acosté a dormir una siesta. Y, en el sueño, soñé que él se moría. Para esto ya había estado tres veces en coma cuatro, pero el sueño apareció ese día y no otro. Yo le decía «no te preocupes, papá, porque Allá van a estar Nonina y Nonino (los padres de Astor) que te van a estar esperando y Nonina te va a decir: “Viejo ¿quierés un mate?” que era lo que siempre te decía acá». Me desperté y a la media hora me llama Laura (Escalada, la última mujer de Astor) del sanatorio y me dice «Diana, papá está muy mal». Yo, hasta ese momento, siempre lo había tomado al viejo como al Ave Fénix, porque entraba en coma cuatro y al rato salía como si nada. No podía hablar pero se reía, me acuerdo. Esa tarde yo le dije a mi marido «hoy se muere». «No, si tu viejo es de hierro.» «Hoy se muere», le repetía yo y estaba convencida como nunca antes. El viejo había estado internado quince veces en terapia intensiva, había tenido catorce bronconeumonías, infartos, lo habían operado de todo, hacía dos años que venía ya mal y quince días de esa última internación. Nunca, a pesar de todo eso, sentí ni mucho menos soñé que se moriría. Esa tarde sí. Y se murió, se murió a las once y media de la noche, unas horas apenas después de mi sueño...*

—Diana, ¿cómo fue exactamente ese sueño tuyo?

—*El sueño fue que él ya estaba muerto, que estaba conmigo y que me decía «vos vieras qué piola que es acá. La Nonina me esperó con mate y compró jamón y salamín». Era lo que nos compraba la abuela, la Nonina, cuando íbamos a verla en las vacaciones. Y yo, que no entiendo cómo estaba en el sueño con él, como si también estuviera muerta, me sorprendía viéndolo así y le decía «pero, papá, podés caminar». «Acá arriba se puede hacer de todo», me contestaba.*

—¿Habías tenido otras premoniciones alguna vez?

—*Tanto Daniel, mi hermano, como yo, tuvimos muchas cosas parecidas que no se pueden explicar. Cosas. Cuando papá se fue en ese último viaje a Europa estaba bien. Tenía las nanas de siempre, todos sus antecedentes, pero se fue bien, caminando, con su bandoneón, había estado en una gira, fenómeno. Pero yo sabía. Yo sabía lo que le iba a pasar. No me preguntés cómo pero yo lo sabía.*

—¿Cómo fueron los últimos momentos de Astor?

—Tenía aplicada morfina y los médicos nos habían dicho «ya está, ya no siente nada». Pero yo igual le hablaba, le decía lo de Nonina, le decía cosas lindas, porque estaba convencida de que me oía. «Te voy a poner música de jazz», le dije. Y en la tele de su habitación en el sanatorio justo aparece una película de los años 30 con un negrito zapateando. ¿Viste que él zapateaba en Nueva York cuando era chico? Justo aparece un negrito zapateando. Y, de repente, en la película aparece una momia, medio en chiste. En ese momento papá, con los ojos entrecerrados pero mirando, levanta despacito una mano, señala a la momia y después se señala a él mismo. «No, viejo», le dije, «vos así vendado nada que ver. A vos te espera la Nonina con el mate». Pero me dio un acceso de llanto que refrené hasta que le dije «mirá, yo voy a llorar porque te quiero mucho», y le agarré la mano y me puse a llorar. Papá me apretó un poquito la mano y casi enseguida la aflojó. Yo salí al pasillo, entró Laura y a los pocos segundos murió. Tenía un gesto muy sereno. Era casi como si estuviera diciendo «por fin».

Acompañar a Astor en su paso final con frases cariñosas, decirle que vería a los Noninos, que iba a estar muy bien, ponerle la tele que a él tanto le gustaba ver, demostrarle todo lo que lo amaba, eran gestos extraordinarios que su hija hacía de manera natural, sin elaborarlos, de puro amor. Diana ni siquiera sabía, en ese momento, que los egipcios contaron hace 45 siglos (y luego lo hicieron los tibetanos, ambos en sus respectivos Libros de la Muerte) que aquel trato lleno de afecto, esa forma complaciente de tratarlo, esas palabras dichas en buen tono eran la manera perfecta para ayudar a un buen morir. El amor hasta el final. O, mejor dicho, desde el principio.

\* \* \*

## La última batalla del Cid

El Cid Campeador —Rodrigo Díaz de Vivar— murió en el año 1099, luego de una vida apasionante y apasionada. En épocas en las que el cristianismo se defendía con la espada, este hombre fue honrado y reconocido aun por sus enemigos. El nombre de Cid proviene del árabe «sidi» que significa «señor» y se le aplicó a Don Rodrigo por considerarlo el señor de Valencia, reino por él ganado a los musulmanes. Hombre de muchos recursos y triunfador en infinitas batallas quiso intentar, también, ganarle una a la muerte. Antes de morir, el Cid había dejado instrucciones muy estrictas que se cumplieron al pie de la letra inmediatamente después de su deceso. Apenas ocurrido, la noticia corrió entre sus apenados soldados y el regocijado enemigo. Luego, de acuerdo con sus órdenes, un grupo de sus oficiales más leales lo embalsamó en secreto vestido con sus mejores ropas de guerra. El paso siguiente fue montarlo sobre Babieca, su célebre caballo compañero de tantas aventuras. Y, finalmente, se ató su cadáver a la montura de manera muy diestra y se lo lanzó a cabalgar al frente de sus tropas para librar la que sería su última batalla en esta tierra. Los enemigos se amedrentaron al verlo, creyendo que se trataba de un espíritu y comenzaron a retroceder asustados. Los

hombres del Cid, mientras tanto, se sintieron más protegidos y valientes que nunca y arremetieron contra las fuerzas del rey Búcar, vencidos de manera definitiva. Rodrigo Díaz de Vivar quiso ganar una última batalla aun burlando a la muerte. Y lo logró.

\* \* \*

## Ernest Hemingway. Romance con la muerte

Ernest Hemingway tenía algo más de dos años de edad cuando su padre le enseñó a manejar un revólver. Aprendió a usar un arma de fuego antes de saber leer y escribir. A los cuatro años ya cazaba y comenzó, de alguna manera, su romance con la muerte. Matar era tan fácil... Su vida no lo sería tanto. Era un adolescente cuando su padre se suicidó. Desde entonces y hasta su propia muerte conservó la pistola con la que aquél se había quitado la vida. Quiso enrolarse como voluntario en la primera gran guerra pero fue rechazado por una afección en su vista. Como no aceptaba estar lejos de su enamorada, la muerte, ingresó igualmente a la contienda como voluntario de la Cruz Roja. Llamaba a la guerra «el triste oficio», pero había algo en ella que lo atraía apasionadamente. Cuando una bomba hizo volar su ambulancia pasó varios meses en un hospital. Allí nació el escritor que había en él y su novela *Adiós a las armas*. Luego, en tiempos de paz, siguió buscando a su amiga la muerte en los ruedos de toros. Allí ella estaba agazapada, revoloteando sobre el griterío de las gradas, rondando a la bestia y al matador. Lo describió en otra novela a la que llamó *Fiesta*. Ya por entonces bebía mucho. Poco después se sumó a otra guerra, la Civil Española. Allí dormía, consumía su alcohol y comía abundantemente con un gozo que parecía darle solamente el hecho de convivir en una trinchera, con las balas silbando cerca, con su amiga la muerte dando increíbles piruetas a su alrededor, seduciéndolo y dejándose seducir por él. Años después buscaría por el Caribe, con un velero, rastros de submarinos alemanes, en plena segunda guerra. No buscaba a la muerte, pero jugaba con ella como el torero al que tanto admiraba. En 1954 le otorgaron el Premio Nobel de Literatura, pero esas cosas no eran para él: ni siquiera fue a retirarlo; dijo que «no tenía ropa de etiqueta para tal ocasión». En 1961 su alcoholismo parecía haber cedido, pero no era así. Se retiró a su cabaña en los bosques de Idaho, asegurando a todos que ya estaba curado. Pero era una nueva treta. El 2 de julio de ese año se sentó frente a su solitaria vivienda, metió el caño de su escopeta en la boca y disparó. Su increíble romance con la muerte, que lo acompañó siempre, así terminaba. Aunque tal vez él hubiera dicho que en ese momento comenzaba. Un romance extraño, apasionado, cruel, asombroso, pero real.

\* \* \*

## El misterio del Mariscal Ney

Nadie se atrevía a discutirle algo a Napoleón. Nadie salvo uno de sus mejores generales y amigos, el mariscal Michel Ney. Entre otras cosas, el hombre enfrentó a Bonaparte cuando le hizo saber que la invasión a Rusia los llevaría al desastre. Y así fue. Antes de eso había sido nombrado duque de Elchingen en virtud de su fiereza y astucia en aquella batalla donde tomó 40.000 prisioneros.

Al caer Napoleón y luego de algunas vueltas de la historia, el mariscal Ney fue condenado a muerte. Pide ser él mismo quien dé la orden de disparar y, en virtud de su honor, se lo conceden. El mariscal se pone la mano derecha sobre el pecho —donde les pide que apunten— y grita el consabido *¡Fuego!* Cae, con el torso ensangrentado y es rápidamente sacado del lugar para enterrarlo. Esto ocurre en la mañana del 7 de diciembre de 1815. Pero 31 años más tarde, en 1846, un modesto profesor de francés de un pueblo llamado Florence, en Carolina del Sur, Estados Unidos, está muriendo en su lecho de enfermo y dice en voz baja pero clara: «Yo soy Ney, mariscal de Francia...». Quienes lo rodeaban se miran entre sí creyendo que deliraba. El hombre se llamaba Ney, en efecto, pero su nombre era Peter. Con sus últimas fuerzas cuenta a los que allí estaban que su fusilamiento había sido fraguado debido al respeto que le tenían y a algunos favores que sus verdugos le debían. Aquella mano derecha sobre el pecho, según él, contenía una bolsita con sangre que apretó al sonar los disparos que habían sido lanzados por sobre su cabeza, con la intención de no dañarlo. Luego lo embarcaron hacia América donde había trabajado hasta entonces como profesor de francés. Poco después de aquella increíble declaración, muere. Los médicos que lo examinaron constataron que el profesor de 77 años tenía las mismas heridas que se le habían conocido al mariscal. Y empezaron a sumarse datos que coincidían. David Carvalho, un famoso grafólogo de Nueva York, comprobó que la letra de uno era idéntica a la del otro. Un soldado de Ney que lo había reconocido en el viaje a América fue ubicado y confirmó lo dicho. El profesor, además, sabía detalles del mariscal que nadie conocía y cuando durante una de sus clases se anunció, en 1821, la muerte de Napoleón, el docente sufrió una crisis nerviosa e intentó suicidarse la misma noche. En 1846 murió asegurando que era el famoso mariscal.

\* \* \*

## Ver para creer

*«¿Por qué os turbáis? ¿Por qué nacen en vuestros corazones esos pensamientos de duda? Ved mis manos y mis pies. Soy yo mismo. Tocad y ved: un espíritu no tiene ni carne ni huesos como véis que yo tengo.» Y, al decir esto, les mostró sus manos y sus pies. Y, como ellos no acabasen de creer a causa de su alegría y admiración, les dijo «¿Tenéis aquí algo de comer?». Ellos le ofrecieron entonces un trozo de pez asado. Y,*

*tomándolo, se sirvió y comió* (Lucas, 24, 38-43). Así describe la Biblia la aparición de Jesús ante sus diez apóstoles, al producirse la Resurrección al tercer día. Judas se había colgado arrepentido de su traición y Tomás no estaba presente ese día. Cuando volvió, los otros le dijeron alborozados que habían visto al Señor pero Tomás no les creyó.

*«Si no veo en sus manos la señal de los clavos, y no meto mi dedo en el lugar de esos clavos, y no meto mi mano en su costado, no creeré.» Pasados ocho días estaban otra vez dentro sus discípulos y Tomás con ellos. Estando cerradas las puertas se presentó Jesús en medio y dijo: «La paz sea con vosotros». Luego dijo a Tomás: «Trae aquí tu dedo y mira mis manos; trae tu mano y métela en mi costado, y no seas incrédulo sino fiel». Respondió Tomás: «¡Señor mío y Dios mío!». Jesús le dice: «Porque me has visto has creído. Bienaventurados los que, sin ver, creyeron»* (Juan, 20, 25-29).

Esta es la mejor definición de la fe. A lo largo de este librito, casi como un juego, se han mezclado hechos reales inexplicables, leyendas fabulosas, algunos mitos, relatos populares, milagros evidentes, y un estallido de fuegos artificiales que nos deslumbran a ustedes y a mí. Pero esto que acabamos de leer es insuperable. No son fuegos, es la Luz. La que quiebra las tinieblas como si fueran un manto de tiza negra, la que vence a la muerte. La Resurrección es el más bello de los hechos sobrenaturales que abundan generosamente en la religión cristiana. Y es el más bello porque guarda muchísimos signos: la vida eterna, la identidad confirmada del Hijo de Dios, la redención que Su Muerte buscaba para todos nosotros, la entrega, la esperanza y hasta la derrota del escepticismo. Tomás amaba a Jesús. Lo que pasa es que, simplemente, le costaba creer lo increíble. Pasa a menudo.

\* \* \*

## Plinio el joven. Una aparición

Cayo Cecilio Plinio es mucho más conocido en la historia con el nombre de Plinio el Joven para diferenciarlo de su antecesor —obviamente llamado Plinio el Viejo— quien era también escritor romano de los primeros años de nuestra era y murió durante la erupción del Vesubio, subyugado por el espectáculo al que quiso acercarse más y más hasta que ya era tarde para retroceder. El Joven, por su parte, vivió entre los años 62 y 113 de la era cristiana. Hombre de una inteligencia superlativa, dedicó su vida entera a la literatura y —por su talento— ocupó casi todos los cargos jerárquicos existentes en el Imperio Romano. El bueno de Plinio el Joven contaba con ciertos privilegios que por entonces —y de manera muy saludable para la comunidad— se les daban ya no a los poderosos en cargos o en dinero sino a los talentosos. Suena como de otro planeta pero así era, nomás. Después, que nos vengan a hablar del progreso. Entre esos privilegios otorgados por su inteligencia y su probada honestidad se contaba su casa de descanso, en las afueras de la antigua Roma. El lugar era confortable pero solitario, ideal para el

trabajo del escritor. Una noche en la cual la niebla lamía la oscuridad y el hombre se hallaba enfrascado en su tarea, sintió leves ruidos que provenían del exterior. Se asomó con su candil en alto y, asombrado, vio a pocos metros de él la figura de un viejo vistiendo harapos y con cadenas que le colgaban del cuello, los brazos, la cintura y las piernas. El extraño personaje lo miró en silencio por unos minutos luego le dio la espalda y caminó lentamente hacia alguna parte. A la noche siguiente se repitió la misma escena. En la tercera noche Plinio el Joven decidió seguir al viejo harapiento y encadenado. El hombre se internó en unas ruinas cercanas a una gruta y Plinio siguió sus pasos hasta llegar a una suerte de pared formada por un grupo de rocas. No había nada más allí. El viejo no estaba y no podía haberse ido por ningún otro lugar. Nuevamente se repitió todo por un par de noches, siempre igual. Terriblemente intrigado, Plinio volvió al lugar donde el viejo desaparecía y lo hizo acompañado por dos hombres que trabajaron hasta derribar aquella pared. Al hacerlo se encontraron con una habitación secreta de pequeñas dimensiones. Y, en ella, el esqueleto de un hombre que, recostado sobre una de las paredes, mostraba sobre sus huesos cadenas en el cuello, los brazos, la cintura y las piernas. Plinio se limitó a quitarle las cadenas a aquellos huesos. El viejo harapiento no volvió a aparecer nunca más, según el propio relato del escritor que dejó asentada esta historia sin explicación alguna.

\* \* \*

## La desmaterialización de Ana Bompiani

¿Una persona ha muerto cuando ya no está físicamente? Es difícil decirlo. Hay muchos fenómenos con respecto al envase que llevamos en la Tierra y al que llamamos cuerpo. Y uno muy poco común pero existente, que se llama «desmaterialización». Es decir, desaparición de la materia así como así. Ya no en la época de los egipcios o en la Edad Media sino apenas en 1984 el fisiólogo italiano Ettore Bompiani vio en detalle cómo se producía este extraño hecho frente a sus sorprendidos ojos. Es uno de los casos más impresionantes debido a la forma en que ocurrió y a la calidad del hombre que lo presencié, un reconocido científico. La víctima del fenómeno fue la propia esposa de Bompiani. El hombre contó luego públicamente lo que vivió. Las crónicas de la época recogieron sus palabras textuales: *Ana fue desapareciendo poco a poco frente a mí. Yo no atiné a hacer nada porque todo fue muy repentino y duró algunos segundos pero, además, ¿qué hubiera podido hacer?... Ella estaba de pie junto a una gran ventana de nuestro salón de estar y comenzó a esfumarse desde la cabeza hasta los pies... Era como si fuera un dibujo al que alguien borraba prolijamente. En el piso quedaron sus zapatos, vacíos. Ana no gritó ni se quejó. Más aún: no emitió ningún sonido mientras desaparecía. Cuando logré tomar conciencia de lo que estaba ocurriendo, el cuerpo de Ana ya no existía...* Ana Bompiani se había desmaterializado. Era una mujer a la que se le atribuían ciertos poderes extrasensoriales desde hacía

muchos años. Y su esposo, el testigo, un hombre de ciencia. Nadie respondió hasta hoy las preguntas que ustedes deben estar haciéndose ahora. Ana Bompiani jamás reapareció.

\* \* \*

## La mujer del piloto negro

El caso ocurrió en España, en la década del 70, y vio la luz en algunas publicaciones y en una dramatización de una película donde se documentan hechos increíbles. No hay pruebas que se conozcan públicamente y las autoridades han guardado con mucho celo el nombre de los protagonistas. Ellos eran una pareja de mediana edad que transitaba en su auto de marca Seat por una carretera rodeada de terrenos escarpados que bordeaba la montaña. Aquella era una noche abrazada por una neblina finita que parecía flotar como un manto de gasa movido levemente por el suave viento nocturno. El hombre iba al volante y lo hacía con la prudencia del caso, sin separar los ojos de la ruta iluminada por los faros rompeniebla que llevaba activados. A la izquierda del auto, la montaña. A la derecha, un corto tramo de vegetación y de inmediato el vacío, el precipicio. De pronto, en una recta del camino las luces destacan la figura de una mujer joven, de pelo largo y lacio, cubierta por un impermeable de color negro. Hacía señas con tranquilidad, sin demostrar desesperación ni apuro alguno. El hombre decidió detener el automóvil un par de metros más allá de aquella figura que se acercó lentamente y subió a la parte trasera del vehículo. Eran poco más de las dos de la madrugada. La mujer ni siquiera agradeció el gesto de los viajeros. Sólo miraba fijamente desde allí atrás a través del parabrisas delantero. El auto arrancó y cuando recorrieron unos doscientos metros, siempre en medio de aquella oscuridad tenebrosa, el hombre preguntó a la recién llegada hacia dónde iba. Ella, sin quitar los ojos del camino, dijo la única frase que escucharían de su boca: «Ahora viene una curva muy peligrosa y un camión avanza hacia nosotros en nuestra misma línea. Láncese a la izquierda»... Sin saber por qué llevaba a cabo algo tan estúpido como colocar el auto en la franja de contramano, el hombre le obedeció en el momento en que, efectivamente, un camión apareció de frente. La maniobra evitó el desastre, la caída al vacío, la muerte inevitable. El auto fue detenido y la pareja se dio vuelta para agradecer con sorpresa el oportuno aviso. Pero en el asiento de atrás ya no había nadie. Pensaron que tal vez la mujer del piloto negro había bajado apresuradamente luego del susto. Siguieron viaje, temblando. Llegaron a su destino, ambos azorados por lo vivido. A la mañana siguiente fueron a la policía y relataron aquello. Dieron la descripción de la mujer y el lugar exacto del hecho. El policía fue hasta un archivo y trajo de allí una foto. Era la mujer. La pareja sonrió como en un reflejo: ya ubicada podrían darle las gracias. El oficial que los atendía no sonrió. Serio, les dijo el nombre de quien aparecía en la foto y agregó: «Murió allí mismo, hace tres semanas, al caer al vacío cuando se enfrentó con un camión en su línea. Iba sola, llevaba un piloto

negro y manejaba un Seat...». Nadie pudo explicarlo.

\* \* \*

## Caryl Chessman. Complot macabro

El 2 de mayo de 1960, a las diez y tres minutos de la mañana, Caryl Chessman entraba a la cámara de gas de la prisión de San Quintín para ser ejecutado. Su historia negra había comenzado doce años antes, cuando fue encontrado culpable de varias violaciones y asesinatos que él negó en todo momento. A lo largo de esos doce años Chessman estudió derecho, escribió dos libros (*Celda 2455*, *pabellón de la muerte* y *La ley me quiere muerto*) y encaró con sus abogados una defensa tan férrea que logró nada menos que once aplazamientos de ejecución, algunos de ellos cuando faltaban minutos para que se concretara. Después de doce años de prisión, escapándole a la cámara de gas, había casi una sensación generalizada de que no se le aplicaría la pena de muerte. Pero el 2 de mayo fue sacado nuevamente de su celda. Se despidió de otros diecisiete condenados con una frase que no se cumpliría: «Mañana volveré a verlos». Al entrar a la cámara de gas lo hizo con una sonrisa leve y hasta resignada. No abandonó ese carácter mientras le ataban las correas del butacón a sus brazos y piernas. Le preguntaron si deseaba algo y negó con un gesto de cabeza. Lo dejaron solo. Nueve minutos más tarde se lo declaraba oficialmente muerto. La sentencia se había cumplido, después de doce años de espera. En el momento en que el gas de cianuro invadió la cámara hermética todos los testigos pudieron ver que Chessman no se resistió en absoluto. Por el contrario, aspiró profundamente una bocanada de gas para hacer la cosa más rápida. Su muerte, comentada al día siguiente por los diarios de todo el mundo, fue casi inmediata. Algunos aventuraron que estaba tan cansado de ese juego entre la vida y la muerte que quiso apurar las cosas lo más posible. Otros dijeron que ganar hasta en el minuto final ya se había hecho casi un hábito que le creó una omnipotencia suficiente como para suponer que también iba a superar las cosas ese día.

Chessman nunca supo que, en el momento en que estaba aspirando con fuerza el veneno que lo mataría, una llamada al teléfono especial del recinto de ejecuciones ordenaba un nuevo aplazamiento de su muerte para permitir una nueva apelación. Quien había hecho esa llamada era la secretaria del juez Goodman, que curiosamente significa «buen hombre». Antes de conseguir conectarse —apenas dos minutos antes, que hubieran sido suficientes— la mujer cometió un error al marcar el número telefónico y se comunicó con otro, equivocado. Cuando volvió a marcar y consiguió ser atendida por el atribulado alcaide de la prisión de San Quintín, Caryl Chessman ya había dado aquella bocanada profunda y final. Era tarde. Irremediablemente tarde. Y todo por un error de un par de minutos. O, tal vez, por un complot macabro de la Casualidad, el Destino y la Muerte.

## Más allá de la vida

Con toda intención eludí en estas historias las que tienen que ver con lo que nos ocurre más allá de la vida. Habiendo pasado por mi propia experiencia —que a la sazón desató esta pasión por lo inexplicable— y contando con más de quinientos casos en los cuales los testimonios de idéntica factura se repiten como brisas de esperanza, preferí no volver por ahora con el tema. De todas formas, ya que la Muerte escucha, elegí recordar un caso breve pero de los más impactantes. Aquel que ocurrió en Roma, en 1991, y que apareció tímidamente en las noticias y ocupó recuadros de pequeñas proporciones en algunos diarios argentinos. En Italia el hecho tuvo mayor difusión a través de la agencia ANSA, que lo proporcionó a sus medios asociados. Así nos enteramos de que una mujer de mediana edad (de quien se preservó la identidad celosamente sin que pueda saberse el porqué) fue llevada al quirófano de un sanatorio romano para que se le practicara una operación rutinaria y menor. A pesar de esto, la mujer sufrió un paro cardiorrespiratorio que la hizo entrar en el estado que científicamente se llama muerte clínica. Fue devuelta a la vida con el mismo método que usaron conmigo en 1990, el golpe eléctrico de los llamados defibriladores, eso que vimos en varias películas o en series donde se narran emergencias hospitalarias. Ella ni siquiera supo lo ocurrido ya que estaba bajo los efectos de la anestesia. Pasado el susto de los médicos y finalizada la cirugía, la paciente fue llevada a una habitación privada. Allí, cuando fue visitada por los facultativos, les relató con lujo de detalles todo lo que había ocurrido durante su propia muerte clínica: las corridas, el shock, los aparatos que rodeaban la mesa de operaciones, hacia dónde se movió cada uno de ellos, cuántos ingresaron al quirófano al darse la alarma, qué hicieron. Todo. Paso a paso. Según contó la mujer, ella observaba cada movimiento y a sí misma desde arriba, como si le estuvieran proyectando aquello de manera especial. No era esa la primera vez que médicos de cualquier lugar del mundo escuchaban un testimonio semejante incluido el de verse a sí misma y a cada integrante del equipo. Es más común de lo imaginado. Lo que sí asombró notablemente a los profesionales e hizo que este caso fuera por completo distinto a todos hasta conmoverme a mí mismo como para elegirlo, es que aquella mujer que describió minuciosamente lo que vio durante su muerte clínica era ciega de nacimiento. Nunca había visto en su vida y tuvo que morir por unos instantes para saber cómo era.

Con los años conocí testimonios directos en los cuales los paralíticos ya no lo eran durante sus muertes clínicas o los enfermos de cualquier mal gozaban de perfecta salud en ese momento. Yo mismo recuerdo que veía todo con claridad, sin la miopía que fue mi vieja compañera de siempre. Es que el alma no enferma de ninguna de esas cosas. Puede, eso sí, sufrir miopía espiritual o la ceguera del ateísmo, pero ambos males tienen cura siempre que el paciente quiera sanar.

\* \* \*

## El misterio del Dante

Era el año 1321. Dante Alighieri, una de las más grandes figuras de la literatura universal de todos los tiempos, agonizaba. Tenía 56 años de edad y —aunque él no podía saberlo— era ya el más impresionante poeta italiano de toda la historia. De familia noble y adinerada, había estudiado también astronomía, historia, filosofía, física, música, pintura y medicina. Su genio no tenía límites. Y su romanticismo tampoco. Cuando se enamoró perdidamente de Beatrice, que en su obra aparece como la síntesis del amor perfecto, el Dante tenía tan sólo nueve años. Beatrice, cuyo nombre completo era Beatriz Portinari, era florentina como él y murió muy joven, lo que lo inundó de tristeza. El Dante escribió varias obras, pero la que lo hizo inmortal fue *La divina comedia*, ese impresionante paseo por la eternidad del Cielo, el Purgatorio y el Infierno. Ahora, aquel día del año 1321, Dante Alighieri agonizaba a punto de iniciar su propio último viaje. Poco después del mediodía entregaba su alma al Señor. Allí empezó todo. Sus hijos fueron a buscar los manuscritos del final de *La divina comedia* y descubrieron que estaban incompletos. Dos de ellos, Pietro y Jacopo, quedaron encargados de revisar toda la casa de Ravena, en Italia, donde el maestro había pasado sus últimos años y donde aún hoy reposan sus restos. Pietro y Jacopo buscaron durante semanas, sin resultados. Puede decirse que dieron vuelta la casa como se haría con una media, desesperados por aquel manojito de papeles donde la parte final del capítulo «El paraíso» completaría la más grande obra del poeta y uno de los mayores legados literarios del mundo. Pero no la encontraron. Hasta que, meses después, dejaron de buscar, convencidos de que *La divina comedia* había quedado inconclusa para siempre. Sin embargo, al poco tiempo, Jacopo vio a su padre en un sueño. El Dante entraba a la habitación llevando algo parecido a una túnica enteramente blanca. Simplemente se acercaba a su hijo y, con total naturalidad, le decía que las páginas finales de su obra —aquellas que tanto buscaron— estaban escondidas en el marco de una ventana. Al despertar, los dos hermanos, otros familiares y un abogado que certificaría el hecho, revisaron las ventanas de la casa. En una de ellas, en el marco, apareció un prolijo montoncito de papeles donde —de puño y letra de Dante— figuraba el final de *La divina comedia*.

\* \* \*

## Morir en paz

Para la religión, la muerte es el momento en que el alma se desprende del cuerpo. Por mucho tiempo se creyó, también, que los moribundos no entendían nada de lo que ocurría a su alrededor y que su inteligencia era una de las primeras cosas en desaparecer.

Sin embargo, hace unos sesenta años, el doctor Henri Bon, autor de una joyita llamada *La medicina católica* y hombre de profunda fe, dudaba de ese desenchufe de quienes gastaban sus últimos momentos. Se pregunta, junto con un colega suyo, el doctor Richet, ¿quién se atrevería a afirmar que el moribundo no tiene alguna conciencia de lo que le rodea? Y recuerda que otro eminente médico de la época, el doctor Laccassagne, dijo que «se ha visto muchas veces reaparecer de repente las facultades mentales que se creían perdidas y que, sin embargo, lanzaban un último resplandor». El doctor Henri Bon contó numerosos ejemplos de actividad de la inteligencia en el extremo límite de la vida corporal. Y le da al alma un papel protagónico en esa escena final del último acto en este mundo. Lo afirmaba hace unos sesenta años y no se equivocaba. La misma historia nos da ejemplos, como siempre. Santa Verónica Giuliani estaba agonizando y miraba a su confesor con ojos en los que se podía leer la súplica. El padre Guelfi al principio no entendía qué significaba esa mirada de angustia con la que, en silencio, la santa se aferraba aún a la vida sabiendo que debía partir. Aquel gesto parecía no encajar con la fuerte fe de Verónica. Hasta que, como iluminado por algo o por Alguien, el padre Guelfi comprendió. Recordó que la monjita había pedido en muchas ocasiones que le fuera permitido morir en medio de un acto de suprema obediencia. Faltaba eso. El sacerdote unió sus manos, bajó la cabeza, cerró sus ojos y dijo con firmeza: «Yo, ministro de Dios, os ordeno si es esa vuestra voluntad, que salgáis de este mundo». Sor Verónica miró ahora con alivio al cura, sólo un segundo a las otras hermanas religiosas que rodeaban su cama, y con un suspiro sonriente obedeció la orden que esperaba y murió de inmediato, en profunda paz.

\* \* \*

## Extrañas muertes

Una breve pero curiosa lista de extrañas muertes confirman que nadie está a salvo aun cuando crea estarlo. Y que la Casualidad y el Destino en verdad se unen, a veces, a la Muerte en un juego macabro.

\* Es famoso el episodio que costó la vida de la muy frívola pero genial bailarina norteamericana Isadora Duncan. Esta mujer, que contó sus secretos más alocados en el mundo del jet set de su época —los años 20— en un libro al que llamó *Mi vida* y que escandalizó a la sociedad de entonces, había ganado mucho dinero con su talento. También lo gastaba fácil y rápidamente, festejando con sus amigos. En un día de 1927 viajaba con varios de ellos en un automóvil descapotable muy lujoso. Llevaba un vestido de falda corta, una vincha ancha y una bufanda de seda sumamente larga que flameaba al viento por la velocidad del vehículo. Allí ocurrió el complot Casualidad-Destino-Muerte: aquel echarpe hizo una pirueta muy rara debido al viento y se enredó en los rayos de una de las ruedas traseras de aquel auto. El tirón fue muy fuerte. Isadora Duncan murió en el acto, ahorcada por su propia bufanda, con sus vértebras cervicales

fracturadas. Un horror en el que nadie podía pensar.

\* No fue éste el único caso de una extraña muerte de alguien tan famoso para que la historia lo registre. En la Antigua Grecia era sumamente apreciado el poeta y autor cómico Filemón, unos tres siglos antes de Cristo. Aún hoy es considerado el creador en Occidente de la comedia costumbrista, aquella que pinta el mundo donde uno vive y lo hace con un sentido crítico pero también humorístico. Filemón estaba escribiendo una de sus obras cuando —según contó luego su personal de servicio más cercano— se le ocurrió un chiste excelente para agregar a esa comedia. Tan buena era la broma que Filemón echó a reír de manera histérica hasta quedarse sin aire. Y murió así, de risa.

\* Más absurda y producto del ya mencionado complot ha sido la muerte de Esquilo, el famoso dramaturgo griego que fuera admirado por su público unos 500 años antes de Cristo. Existe documentación de la época donde consta de manera irrefutable que un águila volaba a gran altura llevando una tortuga que acababa de atrapar. Por alguna razón se le zafó de sus garras y la tortuga cayó desde lo alto con tan mala suerte que fue a dar en la cabeza del pobre Esquilo quien, simplemente, caminaba por la calle. El notable escritor murió sin saber qué le había ocurrido.

\* Muchos siglos después el complot seguía haciendo de las suyas: gente que perdía un vuelo, tomaba el siguiente avión y moría al estrellarse; otros que bajaban de la vereda temerosos de que les cayeran escombros de una casa en ruinas y, al hacerlo, eran aplastados por un camión; algunos que intentaban reparar un corte de energía eléctrica creyendo que era un desperfecto en sus casas y que morían electrocutados cuando la compañía de luz volvía a darla. Y también los que la historia siguió registrando.

\* Si Jean Marat, uno de los líderes de la Revolución Francesa, no hubiera sufrido una enfermedad que le provocaba manchas en la piel y una molesta picazón, no se hubiera sumergido varias veces por día en su bañera con el fin de aliviar su mal. En ese caso no hubiera sido sorprendido desnudo, sin defensa alguna, por Carlota Corday, quien lo asesinó en esa situación con un cuchillo de carnicero, al mejor estilo de Hitchcock en su famosa película *Psicosis*.

\* El célebre compositor español Enrique Granados y Campiña, autor de la famosa obra *Goyescas*, entre otras, viajaba con su esposa en el buque de pasajeros *Sussex*, de bandera inglesa. Era el 24 de marzo de 1916, plena primera guerra mundial. Un submarino alemán detectó al *Sussex* y le lanzó un torpedo no tanto con la intención de hundirlo (era de pasajeros) sino como intimidación severa. Enrique Granados se había mantenido todo el viaje en su camarote. Pero, inmediatamente después del impacto, que no provocó mayores daños en el buque, fue víctima del pánico y corrió hacia cubierta desde donde se lanzó al agua sin saber nadar. Su esposa, una eximia nadadora, saltó tras él para intentar salvarlo. Ambos fueron las dos únicas víctimas. El *Sussex*, con el resto del pasaje y tripulación, llegó a puerto sin inconvenientes. Granados reaccionó de esa inesperada manera debido a una terrible fobia que sentía por el mar y el pánico que lo cegó al imaginar que se hundirían rápidamente. Si no hubiera sufrido esa angustiante fobia es seguro que su comportamiento habría sido el del resto de las personas a bordo y, entonces, hubiera salvado su vida y la de su abnegada esposa. Otra curiosa vuelta de

tuerca: el hobby de Granados era la pintura y el tema que más se repetía en sus cuadros eran las escenas marinas.

\* \* \*

## Los pasos finales

En el siglo pasado, el abate francés Navatel describió los elementos principales ante la muerte, de acuerdo con la doctrina católica. Es decir los pasos que se van dando desde que se asume la agonía hasta el momento final en la Tierra. Este sacerdote estudioso del tema, teólogo de los buenos y testigo personal —como cura— de muchos decesos, aseguró que todo se desarrollaba siguiendo este orden:

- 1) El miedo natural a morir.
- 2) El miedo religioso, no saber si se está preparado.
- 3) Las tentaciones diabólicas en la agonía.
- 4) Las visiones diabólicas poco después.
- 5) Las visiones celestiales y el don de profecía en el final.

Esto fue expuesto hace cerca de un siglo, cuando aún el racionalismo extremo («lo que no veo, no existe») no sólo envenenaba a los que apostaron al cientificismo sino que —como ocurre siempre de acuerdo con una elemental ley física— creó algunos movimientos también un tanto extremos entre los que apoyaban la fe y lo espiritual. Ante una acción determinada se produce una reacción contraria de igual fuerza. La anarquía es, así, la madre de la dictadura, por ejemplo. La violencia es la semilla de otra violencia de distinto signo. Y un movimiento fanático antirreligioso (como el racionalismo y el positivismo de mediados del siglo pasado) generó reacciones que, a veces, podían rozar también la exageración o el mismo fanatismo. Por eso no se puede saber con certeza si el padre Navatel u otro cura podrían seguir afirmando hoy que todos esos pasos son los habituales. Especialmente los puntos 3 y 4. Para ser franco, en mis investigaciones periodísticas sobre estos temas no hubo más de un par de casos en cientos en los que algunos pacientes agónicos o protagonistas de una muerte clínica me relataron algo que pudiera parecerse a tentaciones o visiones diabólicas. Y no eran testimonios serenos y confiables, razón por la cual nunca fueron publicados.

Hay otros cinco pasos que fueron establecidos mucho más recientemente. Los planteó con solvencia profesional una de las personas que más sabe sobre el tema de la vida posterior a la vida, Elizabeth Kubler-Ross, una norteamericana doctora en medicina y en filosofía que estudia estas cosas desde hace más de tres décadas. Estuvo en Buenos Aires hace unos tres años y dio sus conferencias en el atestado Salón Mayor de la Facultad de Medicina de la Universidad de Buenos Aires, donde no cabía ni un pequeño alfiler. Esta notable científica cuenta que el común de los humanos pasa por diferentes estados de ánimo al enterarse de la cercanía de su propia muerte, que se presenta con nombre de enfermedad, operación o accidente y los va mostrando uno tras otro, en

orden y en la medida que el momento final se acerca. Kubler-Ross estableció los cinco pasos con cinco palabras. El resto lo agregó yo para graficar y divertirnos, no sea cosa que nos pongamos melodramáticos sólo por hablar de la muerte.

1) Rechazo. *«No, eso no me puede pasar a mí. Todavía soy joven. Me queda mucho por hacer. Alguien se equivocó en el diagnóstico. A mí no.»*

2) Cólera. *«¿Por qué a mí, carajo, yo qué hice? Hay tanto hijo de puta suelto y me viene a tocar justo a mí que soy un buen padre, que ayudo a mis amigos, que creo en Dios y ni me meto en política.»*

3) Negociación. *«Dios, salváme y te prometo que voy a misa, dejo el pucho, todo. El asunto ese de esta chica Vanessa lo termino ya, palabra. Rezo todos los días, si querés, pero salvame. Que me corten la pierna izquierda, algo así, pero no la vida. Vos tenés que arreglarlo.»*

4) Depresión. *«¿Para qué nací? Viví tan mal, todo es tan triste. Ahora esta cosa podrida que me cayó y me voy a morir. Ma sí, es igual.»*

5) Aceptación. *«Bueno, allá voy. A todos nos toca. Ahora sí que tengo que demostrar mi fe en serio. Y, qué curioso, no dudo nada. Allá voy.»*

A este último paso se llega más rápido cuando uno tiene la fe bien puesta, eso es indiscutible. Y, ojo, que *aceptación* no tiene nada que ver con resignación. Uno se resigna a ser pelado, gordo, miope, cosas así. Cuando uno acepta está eligiendo, ejerciendo la libertad. Y dicho esto creí prudente terminar con este grupo de historias justo en el momento en que algo inusual ocurría o, al menos, eso me pareció a mí.

En el silencio de mi última madrugada en el sanatorio antes de la operación se escuchó con mucha claridad, aunque distante, el típico sonido agudo de un monitor cardíaco que avisaba que alguien ya no iba a desayunar allí al día siguiente. Y, enseguida, casi tapando ese silbido fatal, el llanto de un bebé que acababa de nacer. Si esos sonidos se hubieran escuchado en el orden inverso —bebé naciendo, hombre muriendo— todo sería demasiado trágico e irreparable. Pero aquí el orden de los factores sí que altera el producto: hombre muriendo y enseguida bebé naciendo no sólo es una realidad de cada instante sino que es, sobre todo, una prueba tangible y bella de la existencia de la esperanza. A ustedes, ahora, tal vez aquella escena les suene cursi, pero así lo viví yo esa noche, aunque en verdad soy el único testigo ya que mis apariciones con sus consecuencias no las veía nadie más. Y nadie, tampoco, absolutamente nadie, podía sentir las cosas que yo sentía, se los puedo asegurar.

Miré a la Muerte, que seguía obsequiosa, y pensé en toda la humanidad. Cosa seria. Es como si todos viviéramos en un enorme pabellón de condenados a la última pena. Un pabellón llamado mundo en el que, cada día, vemos cómo llevan a unos cuantos a la silla eléctrica o algo así. En el montón van conocidos, amigos, familia, ricos, pobres, famosos, miserables. Y uno lo único que hace es esperar el turno, aguardar que canten el número y pasar al frente. Sin embargo, en lugar de amarnos mucho entre nosotros por estar en la misma situación y por ser iguales, nos la pasamos peleando, queriendo ser los capos del pabellón, midiendo todo con la plata, sacándonos hasta las ganas. Hay que ser gil, francamente. Los que no gastan fe no saben lo que se pierden. Y ganan en miedo,

desesperación, angustia, basura.

—Para vos casi no hay diferencia entre la Vida y la Muerte.

—Es cierto. Teniendo fe, no hay diferencia.

—¿Por qué no morir, entonces?

—Porque no hay diferencia —le dije a la Muerte y todos reímos tanto que alguien chistó y nos callamos de golpe, aunque a ellas nadie las escucha, no entiendo. Tal vez chistó la Fe. De todas formas ya me había dado sueñito y era bueno descansar aunque dentro de unas horas me iban a dormir de golpe. Advertí que no sabía de qué trabajaban mis visitantes de esa noche y les pregunté, como a los otros.

—Muchas veces trabajé como asesora de gobierno en muchos países, pero ahora me fui de eso porque la política es muy cruel. Y trabajo en un servicio de delivery, voy a todas partes. A veces llego en un segundo y otras tardo más, pero nunca fallé —dijo la Muerte.

—Y yo tengo un negocio. Bijouterie. Vendo fantasías —dijo la Vida.

Yo ya estaba cabeceando con los párpados pesados como camiones cuando entró de golpe un tipo mal entrazado, con la cara llena de moretones, un ojo hinchado, varios dientes faltantes, un agujero en el pecho que hacía posible ver a través de él y otro similar en la frente. A cualquier cosa que se le preguntaba respondía sólo con dos palabras: «No creo», por lo que entendí que era el Ateísmo en un ataque suicida de último momento. Vacíos el corazón y el cerebro, era el ateísmo sin dudas. Yo no tengo ningún inconveniente en hablar con ateos y de hecho tengo amigos que lo son, aunque sin fanatismo. Pero una cosa es un ateo y otra el ateísmo. Una cosa es sentirse solo y otra es ser la soledad, ¿no?

—¿Te parece que me interesaría hablar con vos? —le pregunté.

—No creo —respondió como siempre.

—Yo sí —le dije con doble sentido, olvidándome de él. Y me quedé dormido enseguida sin saber qué había pasado o qué pasaría con la Vida y con la Muerte.

SEIS  
20 de noviembre de 1996  
Tuyo es mi corazón

Así como la segunda guerra mundial tuvo su día D en el que los aliados desembarcaron en Normandía, yo llegué, finalmente, a mi día C. Esta letra simbolizaba esa jornada y la pintaba con cuatro palabras que se inician con ella: corazón, cirugía, coraje y cagazo. Si creen que me voy a poner serio y melodramático tan sólo porque estaba frente a la más espeluznante alternativa de mi vida están muy equivocados. La cosa daba para un cierto humor, aunque cueste creerlo.

La operación estaba prevista para las ocho de la mañana. A eso de las seis entraron dos enfermeras bullangueras —cosa que me alegró— con unos extraños bártulos en sus manos.

—Buen día, buen día, venimos a afeitarlo —dijo una de ellas.

—¿Vienen de la tele? —pregunté intentando hacerme el gracioso de una manera patética pero respetable. Enseguida les dije que, si no se oponían, yo mismo me afeitaría el pecho. Se miraron y sonrieron. Que yo recuerde no me dieron mayores explicaciones, pero tengo en claro que me desnudaron por completo en un segundo —lo cual, lo confieso, ya me hacía sentir bastante indefenso, viejo, fofo, deforme y absurdo— y me pusieron boca arriba con mis partes pudendas al viento, aunque allí no había viento sino un clima denso, pesado y negro. Al menos para mí, que me sentía como si estuviera en medio de una gigantesca gelatina en lugar de ocupar un espacio en el aire. Una vez que las dos alegres barberas me voltearon en la cama, cara al cielo, rápidamente me enjabonaron el pecho al que rasuraron con una de esas máquinas de hojitas de afeitar anchas, las que usaba mi viejo, minga de cartucho, filo plus o estacionado en las mejores cubas de roble. Lo que llamamos una yilé, bah. Aquello fue veloz y yo no imaginaba que lo que venía después también lo sería. Para ser franco ni siquiera sabía que había un después en mi relación con esa ceremonia antipilosa. Pero había. Las alegres comadres del Diagnóstico, que lo hacían todo con buena onda y sin titubear, demostrando que yo no era el primer hombre en sus vidas, se lanzaron luego a mis axilas.

—Levante el bracito —ordenaban con afecto mientras yo obedecía y movía hacia arriba un brazo tan flácido y sorprendido como yo. Luego le tocó al otro y en instantes esa parte estaba colorada y lisita como un tomate recién cosechado. Allí se lanzaron a mis piernas, sin darme tiempo a reaccionar. Una me las enjabonaba con la brocha y la otra le metía con la maquinita de afeitar como si yo estuviera en la colimba y me hubiera tocado el batallón de nudistas. No quedó ni un pelo, desde los tobillos hasta la ingle. Y ahí vino lo peor. Cuando las vi avanzar con decisión sobre mi entrepierna, en la que reposaba un pequeño objeto al que yo mismo no reconocía, achicharrado por el susto y la impresión, quise defenderme.

—Pero a mí me van a operar del corazón ¿para qué me tienen que afeitar ahí también? ¿No se habrán equivocado de paciente?

No. No se habían equivocado de paciente. Ocurría que uno debe ir así al quirófano

en primer lugar por razones de higiene médica, por esterilización y, además, por si hay una necesidad urgente en medio de la cirugía que obligue a abrir algo en alguna parte. Abrir algo viene a ser cortar de urgencia y alguna parte es el cuerpo de uno a lo largo y a lo ancho. Esto lo supe mucho después ya que en ese amanecer los tres centros de mi preocupación (las dos enfermeras y su máquina de afeitar) eran parejamente sordos a mis reclamos y pedidos de explicación. Una de ellas tomó delicadamente por la punta el pequeño objeto de mi entrepierna y lo levantó erigiéndolo como el obelisco de una hormiga. Lo hizo con poquísimo esfuerzo y tal vez con un leve gesto de desprecio o al menos eso me pareció a mí. Daba la sensación de estar colocando la frutilla en el tope de la torta y no es una metáfora apresurada teniendo en cuenta que el objeto tenía más o menos el tamaño de una frutilla, y no de las grandes. Mientras tanto, la otra rasuradora humana pasaba reiteradamente la hojita de afeitar primero por mi pubis y luego por esa zona de riesgo increíble, ese sector de peligro inminente cuando se le acerca algo afilado, esa parte de mi humanidad que podrá ser rugosa y poco presentable en sociedad pero es mía, mía. Aunque en ese momento en que la yilé surcaba rauda cada rincón de ese sitio es posible que el contenido de esas bolsitas carnosas estuviera en realidad más en mi garganta que en su lugar habitual. Yo susurraba con angustia algunas recomendaciones al estilo de cuidado allí, ojo al costado o pasala más suave por favor y ni siquiera me atrevía a rebelarme por dos razones: 1) de nada hubiera servido y 2) si me ponía demasiado furioso o cocorito, la que manejaba la máquina voraz podía alterarse y dejarme con una voz finita para siempre, como Farinelli. Además ¿cómo puede uno ponerse furioso y cocorito en una situación como esa, con todo al aire y dos desconocidas que pasean instrumentos terribles por los lugares menos aconsejables? Sé que, en momentos como ese, no hay que pensar en lo que está ocurriendo sino al contrario. Como lo mejor es poner la mente en otra cosa que sea grata para uno recurrí a mi hobby predilecto, el cine, intentando recordar películas como en un juego para que el tiempo de esa tortura pasara más rápido. «Duro de matar», me dije, «ése soy yo, ése soy yo, vamos todavía», pensé en un lamentable esfuerzo por devolverme el coraje que esa afeitada había achicado tal como lo hizo con otras cosas. Pero no tuve mejor idea que pensar como segunda película de acción *Arma mortal* y desde mi incómoda posición vertical, cual una tortuga panza arriba, alcancé a ver la maquinita a la que sacudían ahora para quitarle el jabón y la metáfora me pareció de espanto. Repasé más películas, una peor que la otra, dadas las circunstancias: «Las diabólicas», que era terrible no sólo por su significado sino por las tres últimas sílabas de la palabra que no podían ser otra cosa que una travesura de mi amiga la Casualidad. Luego pensé en *Momento crítico*, *La insoportable levedad del ser*, *Alerta máxima 1 y 2*, *Dos pícaros en aprietos*, *Tiburón*, *Las alas del deseo* y *Manhattan*, que no tenía nada que ver pero ya a esa altura me asustaba con cualquier cosa, aun con el título de una de mis películas preferidas. Hasta que las chicas terminaron. Listo, dijeron invitándome a pasar al baño donde me obligaron a darme una ducha y embadurnarme con un líquido desinfectante de un color marrón caca. Mientras lo hacía me iba mirando y noté que mi cuerpo había quedado pelado como un huevo duro y casi tan blanco pero mucho más frágil y endeble. Parecía un

helado de limón de 20.000 dólares. Salí de la bañera pesadamente, con mi anatomía externa afeitada como para que alguna tribu me echara ya a la olla, de un color blanco pero no radiante que destacaba innumerables manchas de ese líquido marrón caca, con una notable sensación de que nada estaba bien y a punto de ser llevado al quirófano para que allí me abrieran como un pollo pero con menos piedad que a él ya que al ave tienen la deferencia de matarla antes de cortarla de esa forma. Me miré en el espejo del baño mientras las enfermeras golpeaban la puerta para que saliera cuanto antes y me dije que ésa no era la mejor manera de comenzar un día.

## *EL CORTO ADIÓS*

Pasado ese episodio en el que buena parte de mi dignidad fue extirpada sin anestesia pero con cariño, estaba ya de nuevo en mi camita. A mi lado, como siempre, Alfredito Cartoy, al que hace ya muchos años elegí como hijo y él a mí como padre, honrándome. Como de costumbre en esos casos, exageré mi autoridad familiar y les prohibí a mi mujer y a mi hija vernos cuando me llevaran. Sabía que estaban allí, escondiéndose para no desobedecer mi pedido, arrastrando pena y angustia por pasillos impecables, abrigando ojos, sufriendo en silencio como lo vienen haciendo desde hace rato por mi culpa. Pero era peor vernos en ese momento. Cinco siglos antes del nacimiento de Cristo un príncipe colmado de riquezas decide abandonar todo para sumirse en la espiritualidad. Se llamaba Siddartha Gautama y luego la historia lo conocería como Buda. Al abandonar su imponente palacio para salir a los caminos vestido con harapos, lo hizo de madrugada. Su mujer y su hijo dormían plácidamente sin conocer la decisión de Gautama. El príncipe eligió eso: corrió una cortina para verlos por última vez y ésa fue toda su despedida ya que temía que estar en contacto con ellos, a quienes tanto amaba, lo hubiera hecho aflojar en su misión y hubiese desistido para que no sufrieran. Lo hubiera debilitado y hoy —2.500 años después— el budismo no existiría como religión. Salvando las distancias, siempre comprendí con profundidad esa actitud de Buda. Siento lo mismo y lo pongo en práctica, por eso estaba Alfredo que también sufre pero se las aguanta porque para algo es un machito, viejo. Nos quedamos solos, le conté lo que acababa de ocurrir mientras él esperaba afuera y nos reímos con ganas. La Fe y el Humor, pensé. Siempre vienen en mi ayuda cuando más los necesito. Son dos vacunas infalibles contra el Miedo y sé que me las aplica Mariano, mi ángel de la guarda, cuando sabe que hacen falta. Mariano revoloteaba por mi alma en ese momento, emparchando dudas, ajustando certezas, pintando con señales especiales el camino para que el cirujano pudiera ser el único que las viera y las siguiera. El ángel siempre está en lo suyo, como ahora, que me dicta desde dentro mío cada una de las palabras de este librito, salvo aquellas como caca o carajo que son pequeños aportes que hago yo mismo, sin ayuda de nadie aunque les parezca mentira. Quizá por Mariano fuimos empujados a la risa Alfredito y yo, en un momento como aquel en el cual lo más razonable, humano y comprensible hubiera sido gritar y correr por los pasillos buscando la calle así nomás, desnudo, blanco y pelado,

todo un asco pero libre. Yo no juro porque no me gusta, pero les doy mi palabra de honor de que a lo largo de esos quince días y en ese instante, a poco de que me llegara la hora de la espada, me sentía en paz. Una pequeña angustia, algunas dudas, la sensación de enfrentarme con lo desconocido, una inquietud perfecta, pero miedo no. Son testigos todos los que me vieron entonces y se asombraban por mi estado de ánimo, empezando por los médicos. No hay elecciones para valientes así que esto no es autobombo sino la manera de contarles a ustedes con un ejemplo directo el inmenso poder de la fe, la potencia impresionante de la oración propia y la de los grupos que me incluían en sus rezos. Mis amigos curas, que son muchos y me tenían en las intenciones de la misa; los grupos de oración de colegios, de parroquias o de vecinos que llamaban para contar que estaban conmigo; las personas que individualmente pedían a Dios por mí. Y yo lo sentía en la piel, carajo, sentía cada palabra elevada al Señor como si la escuchara con mis oídos, amplificadas. No puedo explicar esto a quienes no gocen del don de la fe, pero los que lo tienen me entienden. Es una fuerza que supera a la fuerza, una manada de búfalos corriendo desbocada por las venas, el abrazo del ángel. No se pierdan la fe, por favor, no se la pierdan. Inténtenlo si no la tienen y, si la disfrutaban, vayan por ahí regalándola a todos los que puedan porque nunca se agota aunque a veces flaquee.

Entraron la camilla más o menos a la hora acordada, tipo ocho de esa mañana, creo. Me metieron en ella y allá fuimos. En el pasillo recuerdo con amor y ternura a Georgina Barbarrosa, que es una extraordinaria comediente pero mejor amiga, y al doctor Jorge Rago, otro tipo de oro, compañero de colegio desde la primaria que ahora estaba allí llevando a cuestas su propio mal, un maldito tumor contra el que pelea como lo hacen sólo los valientes y que había dejado a un lado para acompañarme. Me apretó la mano al pasar y me dijo «dale, apuráte ¿eh?». Georgina siguió la camilla hasta el ascensor y mi última recomendación fue a ella: «Prepará el champagne. Y si no vuelvo se lo toman a mi salud porque si no me voy a enojar mucho». Qué curioso: recién en este momento en que acabo de escribir el nombre de los dos advierto que son Jorge y Georgina, la versión italiana de Jorgelina. Y más curioso aún es que también ahora, por primera vez, me doy cuenta de otra jugarreta simpática de la Casualidad: San Jorge es quien luchó contra el dragón y lo venció. La leyenda cristiana cuenta que lo hizo para defender a una hermosa doncella, la Fe. ¿No encaja justito? Ya en la caja del ascensor se habían cortado en absoluto los lazos físicos que me unen a los que amo. Afuera quedaban mi familia, mis amigos, los que sin que yo lo supiera iban llegando, los que esperaban en sus casas o trabajos. Y en el quirófano al cual estaba entrando sobre esas indeseadas ruedas me esperaba gente de primera, asépticos de cuerpo y mente, los mejores en lo suyo pero — en ese momento y para mí— apenas una lista de nombres profesionales.

## *UN CORTE Y VOLVEMOS*

Un, dos, tres, ya y me pasaron como una bolsa a la mesa de operaciones. Miré hacia arriba y varias caras con gorros y barbijos me miraban, rodeándome y queriendo saber

cómo me sentía. Dije que bien y pregunté en un débil conato de humor: «¿Dardo vino? ¿Alguno de ustedes es Dardo?». Uno de los enmascarados levantó un dedo y dijo «aquí».

Dardo Fernández Aramburu es uno de los mejores cardiocirujanos del mundo, así de simple. El suyo fue el nombre que pronuncié cuando el doc De la Fuente me dijo en la sala de hemodinamia que esta vez la cosa era para cirugía. Era aquel que yo había elegido ese 5 de noviembre del '96 aun sin conocerlo personalmente pero sabiendo de sus valores profesionales. Lo vi la misma tarde de aquel día 5 y me sorprendió porque yo esperaba a un señor bajito, regordete, con bigote tirando a antiguo, de unos 65 años, con maneras frías y cortantes. Al fin de cuentas, siendo cirujano no hubiera sido raro que fuera cortante. Pero no. Me encontré con un tipo joven (49), bronceado, pinta de galán, buenas ropas y —lo más inesperado— cálido y cariñoso. Rodeaban mi cama mi amigo De la Fuente, tres médicos más y Fernández Aramburu, quien me hablaba tranquilizándome mientras, como algo natural, masajeaba mis pies por sobre las sábanas con esas manos tocadas por la de Dios. Después de aquel primer día no volví a verlo hasta poco antes de la operación, los cirujanos son como el Llanero Solitario, arreglan las cosas y parten raudamente porque los reclaman en otro lado. Además, Dardo me lo diría ya en calidad de amigos, él no quiere presionar con su presencia. La decisión final de una cirugía semejante debe ser meditada y tomada por el paciente, después de escuchar a los que saben.

El doctor Fernández Aramburu, tandilense, fana de Gardel, enamorado de las pinturas de Molina Campos, con alrededor de unas diez mil cirugías en su currículum — muchas a personajes famosos de todo el mundo, a pesar de lo cual escapa al periodismo — era la estrella del espectáculo que estaba por comenzar. Yo venía a ser el actor invitado. Es fascinante ver cómo en el mundo de las intervenciones cardiológicas más que en cualquier otra rama de la medicina los cabezas de equipo — como Fernández Aramburu o De la Fuente, los que más conozco — son como emperadores en una corte de talentosos. No es que ellos la posen de genios, lo que no ocurre al menos con mis dos amigos, sino que sus trayectorias generan un respeto a su alrededor que realmente llama la atención. De la misma manera en que Aristóteles o Sócrates eran seguidos y escuchados por sus discípulos con un fervor casi religioso, así ocurre con ellos. Impresiona en cualquier ámbito, pero cuando la cosa se da en un quirófano y con uno mismo boca arriba en la mesa de operaciones impresiona más aún y, sobre todo, tranquiliza. Uno siente como que Julio César en persona se va a encargar de las cosas. Como si el mismísimo Napoleón dijera «no te hagas problema por esa multa de tránsito que yo te la arreglo».

Por eso, cuando pregunté si Dardo ya estaba allí y él levantó un dedo enfundado en un blanco guante quirúrgico, sonreí a pesar del momento. Me dejaron otra vez completamente desnudo, situación a la que ya me estaba acostumbrando y casi empezaba a gustarme. No estoy muy seguro, pero creo que me amarraron a la mesa de operaciones, tal vez para evitar que saliera corriendo en medio de la cosa. Allí fue cuando por última vez me encomendé mentalmente al Señor y le pedí a mi ángel las dos

cosas que suenan a sindicato: luz y fuerza. Enseguida, el doctor Alberto Cristofani, anestesista jefe de enorme experiencia y eficiencia, me palmeó y me preguntó cómo estaba. Yo le respondí con otra pregunta que ganaría un premio internacional de obviedades: «¿Me vas a dormir?». Cristo (como le dicen acortando su apellido, cosa que a mí me sonaba de maravillas) se dio cuenta de que yo me refería a si eso iba a ocurrir ya, en ese instante, y dijo desde detrás de su barbijo:

—Vas a sentir como si te hubieras tomado dos whiskies.

Mientras Cristofani preparaba lo suyo, Dardo se sentó a mi derecha, a la altura de mi cabeza, y empezamos a hablar de vinos, con la excusa de ese asunto del par de whiskies. Yo insistía con mi placer por los buenos cabernets argentinos y él recomendaba uno de los mejores cuando sentí un pinchazo en el dorso de la mano, una mano a la que por primera vez en veintitrés años le había sacado el anillo de casamiento porque las normas así lo exigen en esos casos. En forma inmediata todo se oscureció de golpe para mí y entré en una zona donde ni siquiera hay sueños. Meses después le preguntaría al doctor Cristofani con qué droga se anestesia a alguien y él me contó que depende de cada paciente pero que siempre es una suerte de cóctel de drogas. En muchos casos esa mezcla incluye curare, cosa que me apasionó y despertó mi fantasía porque es lo que usaban algunas tribus de África para untar sus flechas y asegurarse así de que sus enemigos no iban a volver a molestarlos más. Al menos eso había aprendido yo, no precisamente de libros médicos sino de las historietas y películas de mi infancia.

Desde mi entrada al quirófano hasta el momento de la anestesia, todo fue muy natural, relajado, rápido, exacto y controlado. A partir de mi sueño sin sueños, de ese profundo vacío negro, de esa nada provocada, lo que siguió a continuación lo averigüé luego.

.....

AVISO: El relato que sigue a continuación contiene escenas de crudo y sangriento realismo que pueden herir la susceptibilidad de algunas personas. Si bien no hay violencia ni sexo (aunque no podría asegurarlo ya que yo estaba dormido) hay escenas de desnudos o —más exactamente— de un hombre desnudo que vengo a ser yo. Esto último es más que nada gracioso pero, en cuanto a lo de la sangre, si son impresionables salteen lo que sigue porque no voy a ahorrar descripciones ni sensaciones. Si lo hacen pasen directamente al subtítulo «Tiempo violento». No digan que no les avisé.

.....

El doctor Fernández Aramburu empuñó el bisturí con una firmeza admirable para cualquiera pero cotidiana para él. La zona quirúrgica ya estaba marcada y esterilizada por dos de sus hombres, los doctores Fernando Mastrogíacomo y Oscar Cafisi. Una especie de pequeño biombo rodeaba mi cuello separando prolijamente mi cabeza del resto del cuerpo, como el soporte de las guillotinas pero conmigo mirando hacia arriba, hacia el filo, cosa que en realidad ocurriría de estar despierto. Unas sábanas cubrían desde la

panza hacia abajo (por fin) y lo único que quedaba en primer plano y sonriendo ante las potentísimas luces era mi afeitado y poco atlético pecho. Pero eso no era una elección de Mister Mundo así que esto último no importaba mucho. El doctor Cristofani y su ayudante controlaban —como a lo largo de toda la operación— que yo permaneciera en esa nada negra y, al mismo tiempo, que mantuviera lo mejor posible mis signos vitales: temperatura, presión, pulso, funcionamiento pulmonar a través del respirador artificial. No ponían música para acompañarse, como en algunas películas, aunque no me hubiese molestado. Allí se habla con naturalidad pero con toda la atención puesta en el único que está horizontal en ese ámbito. Si las cosas vienen bien, sin complicaciones, pueden hablar incluso de otros temas mientras se hace lo más rutinario. Chichita Giordano, la instrumentista, apoyó con firmeza el escalpelo en la mano de Fernández Aramburu. No sé en cuál y da lo mismo ya que una particularidad de Dardo es su condición de ambidiestro, por lo que puede operar con las dos manos así como Billy the Kid hacía lo propio manejando revólveres. Aún están a tiempo de parar acá porque ahora comienza lo más duro. Segundo y último aviso.

Un grupo sumamente atento me rodea y observa cómo el doctor Fernández Aramburu, empuñando el bisturí de la misma forma en que se toma una tiza, se afirma para clavarlo poco más abajo de la base del cuello y abrir una profunda herida de unos treinta centímetros de largo. La sangre brota alegremente, como con burbujitas, y se desliza por los costados del cuerpo. Y es sangre en serio, no ketchup como en las películas. Me cortan el esternón (el hueso del centro del pecho) a lo largo con una sierra quirúrgica, pero no vayan a vomitar ni pongan esa cara, recuerden que uno está anestesiado y no siente absolutamente nada. Luego se colocan los separadores que se van accionando con mucho cuidado para abrir el pecho. Paso a paso, poco a poco, aquí nada se hace con apuro salvo una emergencia. Las costillas van cediendo y aguantando la tensión, el boquete en el tórax va creciendo, aunque parezca mentira la sangre que brota es mucha menos de la que uno imagina y es prolijamente limpiada por los médicos del equipo para dejar el campo operatorio bien limpio. Ya está abierto el pecho en su punto más crítico y allí, debajo del epicardio —una membrana protectora transparente— está él, el corazón. Rojo con tonos blancuzcos, semioculto entre los pulmones, moviéndose acompasadamente como un animal agitado, latiendo, bombeando sangre a todo el cuerpo, esperando con cierta ansiedad lo que hará ese hombre que lo buscó, lo descubrió, lo acorraló y ahora lo mira con profesionalismo pero con una fascinación que no puede cambiar ni siquiera después de diez mil situaciones similares. Ya está todo preparado para la circulación extracorpórea. Dardo Fernández Aramburu mete su mano en el hueco de mi pecho, toma mi corazón y da la orden a Edgardo Macías, el perfusionista, para que detenga los latidos y —al mismo tiempo— active la bomba artificial que desde fuera de mi cuerpo reemplazará como pueda a mi músculo cardíaco mientras dure esa etapa. Mi corazón está detenido pero yo sigo vivo en virtud de esa circulación artificial y de la gracia de Dios. El cirujano tiene ubicado el punto de mi coronaria en el cual la obstrucción obligó a todo aquello. Mientras él se encargaba de lo que acabo de contar, el doctor Mastrogiácomo y su colega Cafisi han abierto la parte

interna de mi brazo izquierdo desde la muñeca hasta el codo y han cortado de allí un tramo considerable de la arteria radial, sin que esto afecte en nada el movimiento de mi mano. Esa arteria es la que toma ahora Fernández Aramburu para concretar el *by-pass*, que en mi caso será doble. Para entender mejor este procedimiento que perfeccionó y regaló al mundo uno de los mayores orgullos de la Argentina, el doctor René Favaloro, vamos a contarlo usando calles. Imaginemos que mi coronaria en problemas es la Avenida 9 de julio. A la altura de Corrientes surge la obstrucción (el Obelisco, digamos) que hace que se estreche mucho el paso de los autos y que amenaza con cerrarse cada vez más hasta quedar bloqueada y producir el inevitable colapso. No habiendo otra manera de solucionar el asunto se construye una autopista que va desde la avenida de Mayo que tiene buen movimiento hasta desembocar en la 9 de julio pero a la altura de la avenida Córdoba, por ejemplo. Se saltea la obstrucción conflictiva del Obelisco. Se hace un puente, que es precisamente el otro nombre del *by-pass*. Ese puente es el que construye Fernández Aramburu, el bordador de esperanza, partiendo de mi propia arteria mamaria que será introducida en mi coronaria para que mi corazón vuelva a recibir el flujo sanguíneo que requiere y merece, pobre. Luego el músculo cardíaco es acomodado nuevamente en su sitio y llegamos a uno de los momentos más críticos, supongo: desactivar la circulación extracorpórea y activar, con masaje o leve golpe eléctrico, el magnífico, noble, maravilloso e imprescindible corazón. En cuanto vuelve a latir y lo hace a buen compás ya está. O casi. Los separadores se aflojan, se une el esternón que fue aserrado prolijamente, se lo aprieta rodeándolo con anillos de acero inoxidable para mantenerlo firme hasta que suelde como una fractura cualquiera y después se cose la herida. Los torniquetes de acero quedan allí para siempre e ignoro cómo convenceré a los guardias si en un aeropuerto comienza a sonar la alarma que denuncia metales. Va a ser muy divertido. Desde el momento en que entré al quirófano hasta el cierre hacendoso de la cicatriz de mi pecho pasaron cuatro horas y media, esto no se hace a las apuradas, muchachos. La cosa es que acaban de operarme a corazón abierto, parece mentira.

## *DESPIERTA, MI BIEN, DESPIERTA*

No sé quién me da palmaditas en la mejilla y me llama por mi nombre. Yo salgo de ese sueño denso y vacío pero no por algo tan sencillo como unos golpecitos en la cara sino porque los doctores Cristofani y Alejandro Figar me inyectaron hace unos segundos lo que vendría a ser algo así como el antídoto que anula el efecto de la anestesia. Abro penosamente los ojos y todo está borronado, con trazos oscuros como un dibujo a lápiz de Castagnino. No veo un pomo, bah, y no es por la miopía. Quiero mover un brazo y pesa como un tanque de guerra, por lo que decido dejarlo donde está, que supongo que es pegado a mi hombro aunque, para ser franco, no me consta. La sensación que tengo es que un camión de los grandes con acoplado me pasó por arriba y, no conforme, dio marcha atrás para atropellarme nuevamente y luego avanzó otra vez, espero que para irse maldito camión de mierda que como tal me siento. Pretendo decir una simple palabra

que expresa mi situación: «Ay». Pero no. Me sale un ruido gutural, me doy cuenta de que tengo algo metido en la garganta que no me deja hablar —lo cual no saben lo penoso que es para mí— y, al mismo tiempo, debido al esfuerzo que hice para mi sencillo e impronunciable «ay», algo sube de mi estómago (o mis testículos, no estoy seguro) y vomito una cosa líquida. El único sentido en pie que me queda es el oído. Ustedes pueden reírse, pero —aun en esa situación y abombado como estaba— recuerdo que yo mismo investigué y luego escribí en alguno de mis libros que el último sentido que se pierde al morir es el del oído. «Todavía oigo», pienso. Y empiezo a ubicarme. Tomo conciencia de que estoy en un quirófano y que acabo de ser operado del corazón, aunque siento con falsa certeza que desde el pinchazo de la anestesia y ese momento pasaron apenas unos segundos, sin nada en el medio. Me dicen que «ya está, ya está, todo salió bien, quedate tranquilo». Cuando vomité escuché un pequeño alboroto, «ponéle la cabeza de costado, ojo, para ahí, para ahí». Después supe que lo que provocaba mi silencio obligado, una gran molestia en la garganta y aquel vomitito, era el respirador artificial que mandaba saludable oxígeno a mis pulmones. El pequeño alboroto se debió a que puede ser peligroso vomitar boca arriba porque uno puede ahogarse con eso, lo cual no sólo sería mortal sino también repugnante. Pero enseguida controlan aquello. Escucho voces que imagino a unos cuantos pasos. Sé que aún estoy en el quirófano y mentalmente agradezco una enormidad que esas voces sean normales, sin apremios, y que hablen de trivialidades tipo un partido de fútbol o algo así. «Si hablan de esas cosas y tan panchos significa que vengo bien», pienso con un sentido común sorprendente dada mi espantosa condición psicofísica. Se acerca alguien y hago un esfuerzo gigantesco para llevar mi mano derecha hasta la boca. Una vez allí golpeo con la uña de mi índice el plástico duro que parece atornillado. «Es el respirador», me dice la voz que ahora pregunta si molesta mucho, lo cual es como preguntar si el Papa es católico. Como no puedo hablar, repiqueteo con mi uña nerviosamente en el respirador y espero que entiendan que significa que sí, que me molesta tanto como un centenar de granos en el mero centro del culo. La voz me tranquiliza diciendo que pronto me lo van a sacar. Me pregunto cuánto será «pronto» en ese país de tinieblas, mareos y voces en el que estoy siendo ahora el único habitante y siento que empiezan a mover la camilla donde reposo. Como tenía otras prioridades, recién ahora empiezo a notar mi propia respiración acompasada. No son mis pulmones los que hacen su trabajo de costumbre sino ese aparato que ayuda a mantenerme vivo o algo que se le parece bastante. Ajeno a mi voluntad es esa suerte de rebuzno mecánico que me hace sentir como un dinosaurio con asma.

No sé bien cómo pero ahora estaba en una cama en terapia intensiva. Aún tenía el respirador, un drenaje similar a una manguerita de jardín me salía de la panza y otro de mi costado izquierdo, el brazo de ese lado estaba vendado e inmovilizado, en una vena del cuello una aguja por la que me suministraban suero y medicación, tenía la pequeña cosa de mi entrepierna enfundada en algo que parecía un preservativo pero con un cañito en la punta para que hiciera pis sin mover un músculo ni mear la cama y algunos electrodos en el pecho que marcaban mi ritmo cardíaco.

Si de algo estoy absolutamente seguro es de que tuve días mejores que ese en mi vida. Desde aquella memorable afeitada total hasta esa especie de Robocop nativo habían pasado apenas unas siete u ocho horas. O siglos, o minutos, qué sé yo, qué sabía yo qué cosa era un siglo o un minuto en ese momento y —de saberlo— qué me importaba. Lo único que deseaba era que pasara rápido. Para peor estaba bastante consciente y sabía que las siguientes 24 horas serían de alto riesgo, a las 36 las cosas empezarán a mejorar, a las 48 horas ya habrá pasado el momento más peligroso y al tercer día ya empezaría a quejarme por pavadas, bendita sea. Es una maravilla analizar luego los cambios de prioridades de uno mismo: en el momento inicial lo único que importa es sobrevivir; después que saquen el respirador; luego las mangueritas de drenaje; más tarde que cese la molestia del esternón; a los dos días uno se queja de estar siempre boca arriba y así hasta que ya el tema pasa por pedir una comida más rica o idioteces por el estilo. Cuatro o cinco días atrás, nada más, uno luchaba por su vida aguantando cualquier cosa y ahora rezonga porque la papilla viene sin sal. El hombre debe ser el animal más injusto, olvidadizo, desagradecido y pelotudo del universo, estoy seguro. Lo que relaté no es un paseo por un parque de diversiones, es cierto, pero salva vidas. Eso no es poca cosa. No les diré que si mañana a la tarde no tienen nada que hacer se corran hasta el nosocomio más cercano y se hagan operar del corazón, pero sí que si deben hacerlo porque con eso se salvan, no se puede dudar. Busquen al Fernández Aramburu que elijan y salgan a pelear por el regalo más valioso que les dio Dios. Sin miedo y, si lo tienen, a rezar como hacía yo y se me pasaba, qué joder. Todos queremos estar en paz, pero Paulo VI lo puso muy bonito hace un montón de años y en una sola frase: «Si quieres la paz, defiende la vida». Se refería a la ajena y la propia. E, incluso, si nos ponemos místicos, a la Vida que viene después de ésta y a la cual es conveniente entrar con dignidad. Si yo tengo estado de ánimo como para recordar hoy todo aquello con crudeza pero también con humor es porque vale la pena ya que esa pena pasó y uno sigue sonriendo.

El asunto es que yo estaba ahora recién salidito del quirófano, en la etapa más dura, y la cosa parecía venir bien. Pero había que pelear ese lapso inicial en el que todo estaba en juego. Pelear con la mente y con el alma, mientras el cuerpo estaba quieto pero no inactivo. Difusamente escuché y vi borroneados a algunos médicos. Una enfermera quedó junto a mi cama. No dejaban entrar a nadie. Sin embargo, sin que lo notaran, el Tiempo se filtró y comenzó a caminar por la habitación de terapia intensiva dando pasos como en cámara lenta, lentísima, pero que no interrumpía en ningún momento.

## *TIEMPO VIOLENTO*

Vestía un jogging de color gris oscuro y sus movimientos al ir de una pared a la otra parecían los de un corredor, pero en *slow motion*, como una película que muestran cuadro a cuadro. Era exasperante. Más que verlo yo lo imaginaba y allí, en mi mente, era bien clarito. Me comunicaba con él pensando, como esos que hacen telepatía pero en serio.

—Pasás muy despacio —le pensé.

—En estos casos es siempre así —me pensó.

—Yo me acuerdo de que en las vacaciones...

—Ya sé, ya sé. Ahí paso rompiendo récords. Todos ustedes se quejan de lo mismo.

Pero yo no hago el reglamento. Y lo bueno, si breve...

—...dos veces bueno, claro. Y también lo malo, si lento, dos veces malo. Pará con esas pavadas —le pensé, enojado, pero sin moverme ni un poquito porque no podía.

—Mirá que si yo paro se acabó todo —me amenazó el Tiempo.

—Einstein dijo que vos eras relativo.

—¿Ah, sí? ¿Y dónde está Einstein ahora? Los relativos son ustedes. Einstein era bien relativo y hubiera tenido que mirarse a sí mismo antes de andar ofendiendo... También él dijo una vez que si hubiera sabido lo que iban a hacer con sus investigaciones —la bomba atómica, todo eso— habría sido un simple relojero. Ahí tenés: relojero. El tipo que me arregla los medidores. Justo él que dijo que yo era relativo.

—Dale, pasá más rápido, apurate un poco... —le rogué sin querer entrar a discutir nada con él.

—No puedo. Todo tiene su tiempo.

—Maldito seas, ese reloj en la pared parece parado.

—Está parado —pensó sonriente— y es a propósito, para que sientas como que todo está quieto y la Fe es la relativa. Otra prueba.

—¿La Fe? Las pelotas relativa...

—Las pelotas también son relativas —dijo sin equivocarse.

—¿Y qué es eso de otra prueba? ¿Todas estas son pruebas? ¿Quién es tu patrón? ¿Vos de qué trabajás?

—Eh, tanta pregunta junta. Dame tiempo... Yo trabajo de asesino. Ya sé que no te suena lindo pero es así. A veces me contrata la Muerte porque un tipo insiste en vivir y vivir y vivir y algo hay que hacer. Ahí voy yo. Otras veces mato amores, amistades, ilusiones, sueños, qué sé yo, todo eso... Y ¿para quién creés que trabajo? El patrón era un ángel antes, pero después se puso muy jodido. Cuando se cayó, digo.

—Hijo de puta, trabajás para el coludo. No podía ser de otra manera. Por eso los que hacen el bien en serio nunca te tienen.

—Es cierto —rió sin ofenderse siquiera— van a un lado a consolar a alguien, a otro a llevarles comida, a otro a hablarles de Dios y siempre suspiran diciendo «hay tanto que hacer y ya no tengo tiempo»... Tenés razón. No me tienen, qué gracioso.

—Pero te usan, guacho. Y, a la larga, vos mismo te suicidás, destruís lo que se hizo mal y gana la Justicia. Basura de mierda, mal parido —le pensé con mucha bronca pero sin mover ni un pelo, no sólo por mi estado sino porque, en realidad, nunca en mi vida pude mover el pelo. La cabeza, en todo caso, pero el pelo la verdad que no. Creo que nadie puede, no sé.

—¿Así que me mato solito? Demostrámelo, boludo.

Pensé que en esta ocasión, con unas pocas historias asombrosas sería suficiente para reflotar lo maravilloso y lo justo, lo inexplicable y lo eterno, y también para lograr pasar

ese Tiempo que me miraba con gesto de villano irónico y seguía moviéndose en cámara lenta mientras la enfermera creía que yo descansaba y leía un libro de no sé qué. De amor, supongo. Las enfermeras jóvenes siempre leen libros de amor. Pensé en eso y empecé a pensar mis relatos. Formas de ganarle al tiempo.

\* \* \*

## Saber antes

Una gran cantidad de personas han sabido con anticipación que iba a ocurrir algo que nadie esperaba. La premonición o precognición es algo bastante común y aceptado. Es, también, una forma de sacarle la lengua al tiempo, tal como venimos diciendo, ya que se lo ignora como factor. Muchos anticiparon, incluso, el día exacto de sus propias muertes, como es el caso de una peculiar mujer del siglo XV a la que se conoció en su Gran Bretaña como la madre Shripton y aún hoy se polemiza sobre sus facultades adivinatorias. Otros dos casos muy notables fueron los de Emmanuel Swedenborg — escritor, filósofo, artista y conocedor del futuro— y el de Edgard Cayce, hombre de extraordinarios poderes inexplicables. Ambos personajes no sólo vaticinaron sin error el año de sus propias muertes sino, también, el mes, el día, la hora y el minuto final. Lo habían dejado por escrito e incluso mostrado a sus amigos más cercanos y el pronóstico se cumplió con absoluta exactitud sin que —por supuesto— se hayan suicidado ya que de ser así no tendría gracia. Burlaron otra vez al tiempo. Y hubo otras formas, como en el caso del norteamericano Jack Swimmer, quien nunca había tenido poderes de ningún tipo pero que, sin embargo, dice haber recibido una información que sintió «dentro de su cabeza» y que —para ver qué pasaba— la denunció oficialmente a la policía de la ciudad de Los Ángeles. Esto ocurrió en 1956 y lo que el señor Swimmer dejó por escrito en la comisaría fue la cifra 33.974.241. En ese mismo documento decía que ésa sería la cantidad exacta de votos que obtendría Dwight Eisenhower en las elecciones presidenciales que se llevarían a cabo una semana más tarde. Y así fue, nomás. No le erró ni siquiera por un solo voto. Nadie pudo explicar este hecho y él menos que nadie. Después de haber salido en todos los diarios siguió con su trabajo y no volvió a tener precogniciones.

\* \* \*

## Escritor premonitorio 1

Edgard Allan Poe, el magnífico escritor norteamericano autor de una gran cantidad de cuentos de terror de un estilo impecable, puso el punto final al relato que acababa de crear desde su imaginación. Era el año 1837 y la novela se llamaba *Narraciones de*

*Arthur Gordon Pym*. En ella hay un capítulo en el cual se detalla el naufragio de cuatro marineros que logran sobrevivir en un bote a la deriva. En un momento Poe hace que sus personajes, desesperados por el hambre después de varios días, decidan que uno de ellos debe ser asesinado y servir de alimento para los otros tres. Para elegir al infortunado cortan cuatro varillas. Tres del mismo tamaño y una más corta. El que sacara ésa sería el que debería ser sacrificado. En la novela de Poe el hombre que es muerto por sus compañeros para devorarlo es un personaje llamado Richard Parker. El notable escritor no podía imaginar —ni aún con su impresionante poder de inventiva terrorífica— que aquel punto final no era tal, después de todo. Cuarenta y siete años más tarde —en 1884— el hecho se repite en todos los detalles en la vida real. Un naufragio, cuatro sobrevivientes en un bote, uno de ellos debería sacrificarse por los demás, el sistema de las varillas y —lo más inexplicable y asombroso— el que perdió la apuesta y su vida fue un grumete llamado Richard Parker, exactamente el mismo nombre y apellido del personaje de ficción creado por Edgard Allan Poe hacía casi medio siglo. ¿Alguien puede explicar eso? Los autores del crimen en la realidad fueron llevados a juicio y la historia apareció por entonces en todos los diarios de la época. Poe había vencido al tiempo sin querer, adelantándose a él con una premonición ni siquiera buscada. No sería el único caso.

\* \* \*

## Escritor premonitorio 2

Mark Twain, otro notable hombre de letras norteamericano, vivió una experiencia muy singular en la que, aun con dolor, pudo ver que le había ganado al tiempo. Antes de ser quien fue trabajaba como timonel en un barco que iba desde Nueva Orleáns a Saint Louis. Una noche de 1858 se quedó a dormir a bordo. Allí soñó con su hermano, al que veía acostado en un ataúd de metal apoyado sobre dos sillas y con un *bouquet* de rosas blancas sobre su pecho. Despertó mal de la pesadilla, pero se tranquilizó al ver a su hermano —que también trabajaba en ese barco— en perfecto estado y sonriendo como siempre. Pero dos días más tarde estalló una caldera del buque y el hermano de Twain resultó gravemente herido. Fue llevado al puerto más cercano y lo internaron en un hospital, pero murió en poco tiempo. Lo velaron allí mismo, en una sala prestada. Y reposó sobre un ataúd de metal barato apoyado sobre dos sillas. Alguien colocó un *bouquet* de rosas blancas en su pecho.

\* \* \*

## Olor de santidad

Este fenómeno al que se conoce con el nombre científico de osmogénesis se ha dado históricamente en personas santas o bienaventuradas, como ocurrió con otras manifestaciones asombrosas que fueron destacadas en estos relatos. En el proceso de beatificación que se llevó a cabo con quien luego sería San José de Cupertino —un santo muy especial del siglo XVII, pleno de hechos increíbles de todo tipo a lo largo de su vida—, uno de los muchos que declararon en el Vaticano fue el padre Francisco de Ángeles quien —de acuerdo con documentos que se conservan— confirmó que el olor sumamente agradable, perfumado, que acompañaba a San José era tan penetrante que se transmitía por un largo período a los que lo tocaban y aun a quienes lo visitaban. Él mismo conservó ese aroma durante más de quince días sin poder sacárselo aunque se lavaba obsesivamente porque no entendía cómo era posible tal cosa. La habitación monacal en la que vivió San José de Cupertino mantuvo ese perfume durante catorce años después de su muerte. Este fenómeno rompe por completo los fríos moldes de «la normalidad» cuando se extiende, como en el caso de San José, para siempre. Y al decir para siempre me refiero exactamente a eso: los restos de este santo fueron exhumados dos siglos después de su muerte física y seguían exhalando el característico olor de santidad. Es un aroma muy agradable y suave, a pesar de ser tan penetrante. También lo mantuvieron muchos años después de muertos una considerable cantidad de personas santas, beatas, bienaventuradas o profundamente piadosas. Entre los casos más notorios se destacan de manera histórica y reconocida por las autoridades vaticanas el de Santa Lidvina, Santa Catalina de Ricci, San Francisco de Paul, San Francisco de Asís, Santa Teresa, Santa Francisca Romana, Santo Domingo y muchos bienaventurados.

En el caso de Santa Lidvina de Schiedam, basta con repetir aquí el documento oficial del padre Huysmans, contemporáneo de ella que la asistió durante sus terribles enfermedades que ofrendaba al Señor: *En un milagro constante, Dios convertía sus heridas en frascos de perfume, los emplastos que se le quitaban hormigueando de gusanos tenían un aroma exquisito y el pus despedía un delicado olor. Dios quiso que ese cuerpo en ruinas emanara siempre un perfume exquisito de cáscaras y especias de Oriente, una fragancia al mismo tiempo fuerte y delicada, algo así como la exhalación de un aroma muy bíblico de cinamomo y holandés de canela.* El olor de santidad vence al tiempo y al escepticismo.

\* \* \*

## El misterio del ataúd

A fines del siglo pasado Charles Coughlan era un actor con cierta atracción de público en el mundo del espectáculo. Había nacido en la isla Príncipe Eduardo, de Canadá, pero se había trasladado de joven a los Estados Unidos donde había más oportunidades para gente de su profesión. No le fue mal, como digo. Y formó parte de muchas de esas compañías ambulantes de la época que viajaban de pueblo en pueblo llevando en su

repertorio obras de teatro de las más diversas índoles. Coughlan solía protagonizar muchas de esas piezas teatrales debido a un efectivo magnetismo que mostraba con el público y una gran versatilidad para cambiar del drama a la comedia. En una de esas giras la compañía llegó, en 1899, a Galveston, sobre la costa del Golfo de México. Después de la función el actor enfermó súbitamente de una fiebre desconocida por entonces y murió a los pocos días. Sus compañeros, muy afligidos, lo enterraron en el cementerio del lugar en un ataúd forrado por dentro con plomo y construido con la mejor madera que encontraron en el sitio. Era el último homenaje. Luego partieron. Un año después, Galveston fue sorprendida por un huracán cuyos vientos superaban los 150 kilómetros por hora. Las aguas del golfo inundaron toda la ciudad y la sepultaron casi por completo. Hubo muchas víctimas y pérdidas casi totales de las viviendas. Cuando las aguas se retiraron otra vez hacia el mar, llevaron con ellas muchísimas pertenencias de los habitantes de Galveston y también varios ataúdes que afloraron a la superficie y acompañaron el retorno de las aguas, flotando torpemente en ellas, bamboleándose como objetos borrachos que eran arrastrados otra vez al mar. Entre esos ataúdes estaba el del actor Charles Coughlan. El cajón, junto a otros cientos, flotó allí por un tiempo y luego las corrientes del golfo lo lanzaron a mar abierto. Allí estuvo, navegando de manera trágicamente grotesca, durante nada menos que ocho años, llevado por la fuerza del océano que lo impulsó a lo largo de toda la costa de los Estados Unidos, luego de haber hecho que bordeara la península de Florida. En octubre de 1908 un pesquero lo vio y lo recogió. Lo llevaron a tierra, allí nomás, a miles de kilómetros de donde había partido.

Era la isla Príncipe Eduardo, de Canadá, donde el actor había nacido. A mil metros del lugar donde depositaron el ataúd estaba la iglesia donde Coughlan había sido bautizado cuando era bebé. Allí mismo lo sepultaron. Se cerraba con eso un círculo asombroso en el cual el tiempo había perdido una nueva pulseada con lo extraordinario.

\* \* \*

## Más allá del tiempo

Jorge De Marini tenía 56 años cuando, el 13 de octubre de 1996, partió a encontrarse con su Creador. Pero, al conocer lo que ocurrió luego, pareciera que este taxista tan protector de su familia se hace escapadas con su nuevo auto espiritual para que ellos estén tranquilos. Señales. Así se llaman esas cosas inexplicables que vencen al tiempo haciéndolo inútil en su afán destructivo. Señales. Hablé con Zulema, la viuda de Jorge, y con Alejandra, una de sus hijas. A ambas se las percibe llenas de fe y con gran fortaleza. Viven en la Capital.

Alejandra tiene 30 años, es técnica en hemodiálisis y cuenta que le sirve mucho para el trato con los enfermos la fe poderosa que tiene. Y sus experiencias. Este es su relato:

Una de las primeras experiencias fue el mensaje. Yo me había recostado en mi cama y, al cerrar los ojos, veo claramente la palabra «papá» en letras de imprenta escrita sobre

una hoja. En ese momento pensé «por favor, papá, seguí escribiendo o decime algo como sea». Enseguida escuché que él me decía: «Venimos a este mundo a sufrir. De repente nos tenemos que ir. La muerte de un ser querido es difícil de aceptar, pero pronto nos vamos a reunir». Le pregunté dónde estaba y la respuesta fue «en el Más Allá». Yo me levanté muy rápido y anoté lo que me había dicho mentalmente para no olvidarlo. Sí, yo estaba totalmente despierta. Era como si escuchara la voz en mis oídos, sí, pero era mentalmente, como si fuera algo telepático. Sé, porque lo sentí, que cuando me dice «muy pronto nos vamos a reunir» no se refería a nuestros tiempos, que son tan cortos, sino a los del lugar donde está y donde no hay tiempo. Cuando ocurrió todo esto me sentí muy mal físicamente, creía que me iba a descomponer porque ante una cosa así, una comunicación de ese tipo con algo sobrenatural, una no está acostumbrada... Esto fue el 11 de noviembre de 1996, cuando aún no se había cumplido un mes de su muerte. Al tiempo, la noche del 25 al 26 de diciembre, en la época de Navidad, yo estoy acostada y veo imágenes de Jesús. Estoy despierta. Estoy siempre despierta cuando tengo esas visiones. Veo a Jesús en una cruz y desaparece para volver enseguida, como en flashes, en otra cruz y así varias veces. En ese momento escucho... Como si fuera con los oídos, sí, pero lo escucho en la mente, muy claro. Escucho las palabras «Resurrección. Salmo 23». Yo no sabía nada de los salmos, ni cuántos salmos había ni qué eran en realidad. No tenía la menor idea de qué quería decir lo del Salmo 23...

(NOTA: Un salmo es un cántico de alabanza a Dios. Son 150 en el Antiguo Testamento y la mayoría son los de David. El Salmo 23 que Alejandra no conocía en absoluto pero que oyó como un mensaje de su padre, dice:

*Dios es mi pastor, si lo tengo a Él nada me faltará. En lugares de delicados pastos me hará descansar. Junto a aguas de reposo me pastoreará. Confortará mi alma. Me guiará por sendas de justicia por amor de su nombre... Aunque ande en el valle de la muerte no temeré mal alguno porque Tú estarás conmigo...* Sin comentarios. Continúa Alejandra)

Después fui a ver ese salmo y me enteré de que había muchos. Leí algunos pero ninguno tenía nada que ver con mi pregunta «¿dónde estás, papá?». Este sí. Es una descripción exacta de dónde deben estar las almas.

Otra visión que tuve fue hace poquito, el 12 de octubre de 1997, el día antes de cumplirse un año de la muerte de papá... Siempre despierta. Más aún, muchas veces está mi mamá a mi lado y yo le voy contando lo que veo. Esa vez vi a un angelito que leía un libro con tapas doradas donde estaban las iniciales ARS. Le dije a mamá que íbamos a tener algún anuncio a través de un ángel. Como tenemos mucha fe y ya estamos más acostumbradas a estas cosas, esperamos. Mi hermana Silvia le escribía una carta a mi papá, porque siempre le escribimos algo. En un momento mi hermana lloraba mientras escribía: «¿dónde estarás, papá? Siempre la misma pregunta y la respuesta es el silencio». Ya había escrito dos carillas, pero justo al escribir esa frase, no sabemos si por casualidad o por qué, empezó a sonar la guitarrita... Es una guitarrita como de juguete, chiquitita, que hacía más de un año y medio que se había roto y no sonaba. Pero sonó en ese momento, como si fuera una respuesta. La guitarrita la habíamos apoyado hacia

mucho en el bracito de un ángel que hay sobre una repisa. Sonó una melodía sin que nadie se hubiera acercado a la guitarrita y todos nos emocionamos. Yo interpreté, después, aquellas iniciales que había visto en el libro del ángel como un anticipo. Eran las letras ARS. Creo que querían decir «Ángel. Revelación. Sonido». Lo que tuvimos al día siguiente fue eso: una revelación a través de un sonido de manos de un ángel...

Este fue el relato de Alejandra, avalado por su hermana Silvia y su mamá Zulema. Alejandra contó, además, que su papá se le aparece en sueños de manera continua y que, la mayoría de las veces, no es sólo para decirle que se encuentra muy bien sino para que ella pida una misa por determinadas personas. Esa generosidad y preocupación espiritual por los demás se repite en todos los casos de visiones como la relatada. Una vez más se demuestra que tenemos más que aprender de los que partieron que de los que aún andamos por aquí. Y que el tiempo y los hechos son accidentes. Los Marini ya aprendieron: cuentan su historia como una mano de esperanza hacia quien la necesite.

\* \* \*

## La hora final

El general José de San Martín transitó los últimos meses de su vida sufriendo fuertes dolores estomacales que lo acompañaban desde su juventud. El 17 de agosto de 1850 se levantó de su lecho, en Boulogne-Sur-Mer, mucho más tranquilo y sereno que en las últimas semanas. Tal vez sabía que ya había llegado el momento y lo encaraba con lo que demostró en toda su existencia, con coraje. La úlcera gástrica le había hecho vomitar sangre en esos últimos y feroces días. Eran las dos de la tarde cuando se dobló aferrándose el estómago por el intenso dolor. Se acostó. Junto a él se hallaban su hija Mercedes, su yerno Mariano Balcarce y su médico, el doctor Jackson. Cuando el general logró sobreponerse un poco se levantó penosamente ayudado por quienes lo acompañaban sólo para pasarse a la cama de su hija, seguramente eligiendo el lecho de ella para morir allí. De inmediato, una nueva y terrible ola de dolor lo atacó sin piedad. San Martín se aferró el estómago con una mano y con la otra hizo gestos imperiosos a su yerno para que sacara de la habitación a su hija Mercedes, la persona que más amó en su vida. No quería hacerla sufrir viéndolo irse, pero no hubo tiempo de acceder a su pedido: murió en ese instante, al detenerse su corazón que ya no soportaba más. En la mano que había llevado a su vientre aferraba un crucifijo y otro reposaba sobre su mesita de noche. Recién al día siguiente todos advirtieron el extraño hecho que aún hoy sigue sin explicación: el reloj de pared y el que usaba habitualmente el Libertador se habían detenido al unísono, exactamente a las tres de la tarde, hora en que San Martín había expirado.

\* \* \*

## Milagro de sangre

San Genaro fue asesinado, como tantos otros cristianos, en el año 305. Lo que leerán a continuación son fragmentos de un documento que relata de manera oficial lo que ocurrió y ocurre con la sangre del santo desde hace casi 1700 años:

La sangre se conserva en dos ampollas de dimensiones desiguales. La más grande, con forma de pera aplastada, tiene una capacidad de unos 60 cm cúbicos y contiene esa sustancia más o menos hasta la mitad de su altura. La ampolla pequeña tiene formada delgada y alargada.

*El milagro consiste en que la sangre que se encuentra en estado seco en las ampollas se licua durante los días viernes del mes de mayo y septiembre y el 16 de diciembre de cada año, generalmente unas 18 veces por año en total. La primera vez que se observó y anotó el milagro fue en el año 1389... En el año actual (nota: este informe es de 1935) se comprobó que la sangre se licuó más de 4700 veces desde que el fenómeno comenzó a advertirse aunque se supone que ocurre desde el 315 sin que nadie pudiera tomar nota de eso... En cada festividad el pueblo se reúne en la catedral de Nápoles donde el sacerdote oficiante, asistido por laicos y ante una verdadera multitud, muestra el relicario que contiene las ampollas con la sangre reseca y dice mientras lo eleva y muestra: «e duro», la sangre está dura. A partir de allí comienzan todos a rezar para pedir a Dios el cumplimiento del milagro. En un plazo que varía desde un minuto hasta una hora o más, se ve reblandecer la sangre y deslizarse lentamente a lo largo de la pared de la ampolla. La licuación se produce completamente y de un solo golpe. En ese momento el sacerdote oficiante alza el relicario para que todos puedan verlo y con su otra mano agita un pañuelo blanco que es la señal de que el milagro se acaba de producir. En ese momento estalla el canto del Te Deum...*

Este testimonio, que repite la palabra *milagro* en varias ocasiones, no está escrito por una autoridad eclesiástica ni, al menos, por un curita que se obsesiona con lo sobrenatural. Los autores del documento del que sólo vimos un pequeñísimo resumen son dos científicos muy reconocidos en toda Europa en la década del 30: el profesor J. Alfano y el doctor Amitrano, ambos catedráticos universitarios que fueron requeridos para dar un informe sobre este hecho milagroso y terminaron escribiendo un libro muy voluminoso sobre el tema. Las cosas, tal como están contadas aquí, se siguen repitiendo año a año y se le ha sumado desde hace unos siglos un componente supersticioso que no ayuda mucho pero ahí está, es una realidad inevitable: la gente del pueblo cree que si un día no se licua la sangre, será un aviso de que terribles tiempos llegarán ese año para Nápoles y tal vez para el mundo. Pero el milagro continúa año tras año, ganándole al tiempo desde hace diecisiete siglos.

\* \* \*

## Más vale tarde que nunca

A veces el tiempo mata su propio horror, se suicida históricamente.

Mentir es un espanto porque puede desencadenar un alud de males aun mayores que la misma mentira y difíciles de detener cuando avanzaron. Por eso acusar a alguien de mentiroso sin tener pruebas suficientes no es sólo una audacia sino, también, motivo para llevar al que señala a los tribunales. Hubo en la historia quienes no tuvieron tanta suerte y debieron soportar el mote que cargaron a veces hasta su propia muerte, de manera injusta. Cristóbal Colón fue llamado mentiroso cuando intentó por todos los medios demostrar que la Tierra era redonda. A pesar de sus viajes al nuevo continente descubierto por él hubo aún escépticos que seguían dudando.

Galileo Galilei también fue acusado de mentiroso cuando insistía en afirmar que la Tierra se movía alrededor del Sol. Casi le costó la vida.

Tuvo que negar sus dichos ante un jurado de inquisidores que lo miraban con el dedo en el gatillo de la hoguera. De no hacerlo lo hubieran matado prolijamente. Galileo, se dice, bajó la cabeza después de decir que el mundo no se movía para que sus jueces quedaran contentos y en voz muy baja dijo su famoso *«epour si mouve»* (y sin embargo, se mueve). Murió ciego a los 70 años y recién fue reivindicado en 1992 por Juan Pablo II, que se disculpó por esa atrocidad de una Iglesia que no era en realidad la suya. Este mea culpa oficial llegó tarde pero seguro, 359 años después de aquel juicio.

Diecinueve años antes de que Galileo naciera, en 1543, otro científico italiano — Nicolás Copérnico — se animó a dar a conocer sus investigaciones en las que contaba que nuestro planeta no era el centro del universo sino uno más de los que giraban alrededor del Sol. Hacía ya 40 años que había descubierto tal cosa, pero el temor a ser tildado de loco o brujo con el consiguiente castigo hizo que callara su hallazgo. Lo dio a conocer cuando supo que estaba a punto de morir. Por supuesto fue tildado de mentiroso. Hoy sabemos que era un genio.

Marco Polo fue un personaje apasionante. Al regreso de sus viajes contó lo que había visto en lugares a los que ningún otro hombre de la civilización de entonces había llegado aún. Por ejemplo aquella historia que refería con respecto a unos indígenas que hacían fuego con unas piedras que se mantenían encendidas por largo tiempo y emitían calor. Marco Polo había visto la hulla, similar al carbón y usada por aborígenes de lejanas tierras. Pero ¿cómo era posible que unas piedras ardieran? Lo llamaron mentiroso. Su tiempo, una época difícil, fue asesinado por otros tiempos mejores que vinieron luego. En ellos pensé, en tiempos mejores, cuando la enfermera que leía a mi lado su libro de amor daba vuelta una página y aprovechaba para darme una ojeada y dedicar una sonrisa cálida a esa cosa inerte que estaba cuidando. Hasta entonces ella y otras me habían limpiado en las zonas más secretas con algodones empapados en alcohol. Tal vez por eso, cuando esa jovencita me miró con su sonrisa tibia, ni siquiera debe haber advertido que no dormía debido a que yo tenía los ojos a media asta en homenaje al fallecimiento de mi pudor. Volvió a su libro y yo a mi larga noche. En medio de su transcurrir hubiera jurado que, poco a poco, el tiempo iba acelerando su paso. Nada exagerado, no vayan a

creer, pero ya no era tan furiosamente lento. Un poco más, rogaba mientras me encomendaba a la Virgen por enésima vez en esos días y me iba durmiendo en un sueño de a ratos pero pacífico, como si me fuera desangrando, pero por suerte esto es nada más que una metáfora y no de las más afortunadas para una noche como aquella, la más interminable, la más sola.

SIETE  
23 de octubre de 1997  
Todo va a andar bien

Las primeras veinticuatro horas después de la operación fueron feas pero horribles. Es decir, francamente duras, aunque mejorando por la tarde con leve ascenso de la felicidad y vientos del nordeste que despejaban las nubes cerebrales. No hay registros de la humedad ya que el pis seguía saliendo por ese conducto especial sin que yo ni siquiera me diera cuenta. El resto del aparataje que me hacía sentir como el hombre nuclear fue siendo retirado. Noté que el Tiempo iba un poco más rápido y que, cuando quería hacerse otra vez el perezoso, la Fe le daba un cachetazo en la nuca y el otro volvía a moverse más ágil aunque con desgano. La Fe estuvo siempre, desde el primer día, creo que les conté. Pero no habla como los otros ni tiene actitudes como para salir en la tapa de los diarios. La Fe es callada, no duerme, no se enoja ni siquiera cuando uno duda de ella, vigila y protege. Tiene un perfil tan bajo y es tan humilde que se esconde en los rincones menos pensados del alma. Yo, más que verla, la sentía allí tal como la siento ahora mismo poniéndose colorada porque sigo escribiendo sobre ella y dándome pequeños empujoncitos en el hombro para que la termine con el tema. Pero sabe que, en mi vida, ella es el tema. Sin embargo, aún teníamos pruebas por delante que deberíamos afrontar juntos. Pruebas muy difíciles.

Aquella primera noche, interminable, me escuché a mí mismo gemir en muchas ocasiones. Flotando en medio de una pesadilla muy real, esos gemidos eran queja y esfuerzo, como lo que uno emite en el momento más crucial de una pulseada. Pero no le echaba en cara absolutamente nada a mi Fe. No todavía.

En la segunda noche después de la operación y de madrugada, como había sido siempre, hubo una nueva visita de esas que sólo yo veía. La mujer aparentaba unos 30 años pero podía tener mil o no haber nacido nunca. Era bellísima. El pelo rubio y ondulado le caía sobre los hombros como una capa de seda arrugada, suavemente. Tenía ojos grandes y abrazadores, una boca carnosa que al abrirse dejaba ver una dentadura perfecta en medio de varios tonos rosados. Mejillas encendidas, nariz de pellizcón, cuerpo flexible sin ser flaca hueso. Sus maneras eran suaves y olía a campo abierto después de una lluvia. Por supuesto, era la Esperanza.

No cruzamos ni una palabra. Se sentó en el borde de la cama, me miró con esa sonrisa llena de paz y de promesas, puso sus manos tibias sobre mis mejillas tomándose la cara, se inclinó y me dio un beso muy prolongado en los labios. Luego me miró un rato más, llena de luz, y despacito se puso a un costado para que la llamara si la necesitaba. No se fue más. Aquí sigue, a mi lado.

## *VIENEN TODOS*

Esa segunda noche después de la operación, cuando ya empezaba a sentirme mucho

mejor y retomaba de a poco mi condición de persona aunque no tanto como para andar alardeando, ocurrió lo inesperado. Llegaron todos, uno detrás del otro, algunos conversando entre ellos animadamente. Se fueron distribuyendo por la habitación. La enfermera, una nueva que leía una revista —siempre leen algo, qué suerte— ni siquiera levantó la cabeza ante aquella invasión; era evidente que no los veía. Me preguntaba mentalmente qué estaba pasando cuando me hablaron, por turno.

—Venimos a saludar —explicó la Vida.

—No creas que me fui para siempre. Puedo volver —dijo el Miedo y pareció querer empezar una frase temible pero se interrumpió cuando la Fe giró su cabeza hacia él y lo miró en silencio pero con dureza. El Miedo le tiene miedo a la Fe.

—Nadie vive por mí —afirmó la Casualidad acercándose— sino porque ponen todo para hacerlo.

—Arname. Sé mi arquitecto —pidió sonriendo el Destino.

—Cuidate de mí —aconsejó el Misterio pero con tono amistoso y nada amenazante —, ya sabés que si me rondás a cierta distancia te voy a dar calor pero si te acercás demasiado te vas a quemar.

—Malgastame —largó el Tiempo que por algo tiene el patrón que tiene.

—¿Vos me querés? —retomó la Vida, yendo al grano. Yo dije que sí con la cabeza mientras sentía que se me llenaban los ojos de lágrimas y veía al Tiempo acelerar un poco más su paso. Basta que uno se sienta bien para que él se apure. La Vida se miró en el reflejo de la ventana y se acomodó el pelo sonriendo. Estaba linda. Volvió a mirarme y empezó a ponerse un chaleco de fibra de coraje mientras, medio en broma y medio en serio, me recitó como despedida a Calderón de la Barca:

*¿Qué es la vida? Una ilusión,  
una sombra, una ficción,  
y el mayor bien es pequeño  
pues toda la vida es sueño  
y los sueños, sueños son.*

Todos hicieron un amague de aplauso, hubo un murmullo, se movieron inquietos y algunos la palmearon felicitándola por el recitado y por su buen desempeño a lo largo de sí misma. La Muerte la tomó de la mano para irse juntas, como siempre, y no quiso ser menos. Levantó el índice de su mano libre hacia mí y con voz clara repitió versos de Jorge Manrique:

*Recuerde el alma dormida,  
avive el seso y despierte,  
contemplando  
cómo se pasa la vida,  
cómo se viene la muerte,  
tan callando.*

Otro pequeño alboroto regocijado, nuevas felicitaciones, un par de gritos de aliento del Tiempo, al que la Muerte en el fondo desprecia por su falta de heroísmo, silbiditos de aprobación del Destino y el Misterio y sonrisas de la Vida mientras llevaba de la mano a su amiga rumbo a la puerta. Antes de irse la Muerte dijo:

—Me gusta que no me temas pero que me respetes.

Me pregunté una vez más si aquello habría ocurrido en verdad, si lo había imaginado o si era un delirio.

—No sé —dijo el Ateísmo repitiendo sus dos palabras típicas y todos chistaron para hacerlo callar. Luego se fueron dejándome con la Fe y la Esperanza que arreglaban el desorden después de la reunión. Ambas estaban radiantes. Pero la mayor prueba aún no había comenzado.

## *ESTO RECIÉN EMPIEZA*

Cinco días después de la operación ya estaba en mi casa. Las paredes me parecían un abrazo de piedra, el lío habitual de libros amontonados era una bendición, mi cama era una nube, cada rincón me dio la bienvenida. Llegaron las fiestas. Después las vacaciones. A mediados de febrero estaba caminando como me habían dicho que debía hacer. Iba paralelo al mar, a buen ritmo, cuando una mano gigante que yo ya conocía de otras veces me apretó el corazón sin piedad. El dolor reapareció feroz en el medio del pecho cuando se suponía que no debía ocurrir algo así. Luego de un *by-pass* es difícilísimo que las arterias vuelvan a obstruirse en apenas tres meses. Pero sucedió. Después supe que en el lugar donde se unía el puente arterial, allí donde se había abierto para que la sangre fluyera mejor, se había formado algo llamado queloide. Una especie de cascarita como la que se forma en una herida cualquiera pero con una gran diferencia: ésta creció alrededor de mi arteria, taponándola otra vez. De locos ¿no? Nunca pasa. Salvo cuando le pasa a uno, claro.

Para ir al grano: en abril de 1997 mi amigo el doc De la Fuente volvió a comprobar por un cateterismo que la coronaria se había achicado, y con más tensión que la habitual —aunque conmigo la disimulaba— me realizó una angioplastia. Catéter que entra por la arteria femoral, llega hasta la obstrucción, se infla el balón que porta dentro, rompe la oclusión, dilata la coronaria, ya saben. Lo conté en el primer capítulo. Allí dije que dado mi estado no se podía llevar a cabo una angioplastia y por eso era necesaria la cirugía. Ahora no había más remedio que jugarse y hacer lo que antes sonaba a peligroso. Y eso que antes no había en el medio una operación. Pero Luis de la Fuente y su equipo están hechos para las tormentas así que apretaron los dientes y allá fuimos. En la sala de hemodinamia los nervios parecían cuerdas de violín. Yo pretendí contar chistes o cantar como otras veces para espantar al espanto, pero mi amigo Luis puso en funcionamiento un terrible malhumor que no le conocía y me dijo que me callara la boca. Tenía razón. Razón y temor ya que metía mano en un lugar en el que no había sido aconsejable hacerlo unos meses atrás, aun sin cirugía. Puro rezo y ciencia, estampita bajo mi

almohada en la mesa de intervenciones y catéter que avanza. Baño de cariño de todos los del equipo. Así nada falla. Y no falló. La arteria volvió a abrirse para dejar paso a la sangre. Una parte de ella aún coloreaba la escena cuando Luis dejó que, desde la puerta, a unos metros de mí, Rosita Sueiro y Georgina Barbarrosa —Fresco y Batata— se movieran inquietas como ardillas asustadas mirándome con amor y temor. Yo las alentaba en voz alta desde mi posición horizontal intentando convencerlas de que todo aquello era soplar y hacer arterias. No era tan así y por suerte el que soplabla era Luis de la Fuente, por lo que apenas un día de calma internación y otra vez a casa. Suspiramos con alivio.

## *TOCALA OTRA VEZ, SAM*

Tres meses más tarde, en julio de 1997, volvió el dolor. Yo no lo podía creer y no era el único: mi familia, mis amigos y los médicos, con Fernández Aramburu y Luis de la Fuente a la cabeza, tampoco lo podían creer. Nadie sabe con exactitud qué pasó. Mis análisis de sangre eran para exponerlos en el Louvre: 151 de colesterol total, 50 del «bueno», triglicéridos normales, glucosa igual, parecía el examen de un chico de ocho años. Yo le decía a De la Fuente: «Es fantástico. Me voy a morir pero, eso sí, bien sanito». Me sacaba corriendo y no se reía porque no le gusta que haga bromas con mi muerte, creo que me quiere a pesar de todas las complicaciones que le llevo, gracias Luis. Me hizo la segunda angioplastia después de la operación. Ahora tenía puestos en el interior de mi arteria dos *stents*, que son como unos microscópicos ruleritos cuya misión es impedir que la coronaria vuelva a obstruirse allí. Están hechos de acero inoxidable y otros metales. Entre eso y los anillos que cierran mi esternón, cuando pase por el detector de metales de Ezeiza van a sonar las alarmas hasta en el aeropuerto de Praga. Lo importante es que la noble angioplastia había salido otra vez al rescate. Rosita y Vinci Pérez, mi mujer y mi hermana del alma, eran las que ahora esperaban a la salida mi paso horizontal en la camilla, con la angustia disimulada de siempre, como si yo no me diera cuenta. Mujeres. Las que más cerca están cuando uno las necesita, voy a cuidarme mucho de actitudes machistas en el resto de mi vida. Mujeres. Es curioso que —por supuesto sin lugar para las comparaciones— eran tres de ellas las que estaban al pie de la Sagrada Cruz. Mujeres, Dios mío, mujeres.

En horas se notó que la recuperación era buena. Todo bien.

Estaba cumpliendo mi única noche de internación y cuando me quedé solo como siempre quiero sentí con fuerza esa sensación desagradable. Venía aguantando sin chistar desde hacía meses pero ahora se había presentado la cosa como una granada que estalla dentro de un tanque. Supe que era una crisis espiritual pero, como no hay sismógrafos para ese tipo de terremotos del alma, ignoraba su intensidad. La sentí como peligrosa, eso sí, cuando en el medio de la noche apreté los dientes, cerré los ojos y pregunté por qué. Lo que me ocurría físicamente sólo sucede en poquísimos casos, no sé, un uno o dos por ciento. ¿Por qué a mí?, vociferó mi mente. La primera respuesta que sentí

dentro mío fue «¿y por qué no? ¿quién sos vos para que no te pase? ¿el que escribe los libritos que hablan de la fe y la esperanza? Bueno, demostralas». La segunda de las respuestas internas vino con un notable ejemplo: «Precisamente “¿por qué a mí?” fue exactamente lo primero que dijo Juan Pablo II cuando en 1981 lo tiroteó un tipo en la plaza del Vaticano. No sos muy original». Yo no pretendía serlo, tampoco. No quería ser original ni gracioso ni superinteligente ni millonario ni poderoso. Sólo quería ser sano. Y no creía merecer todo eso.

—¿Ah, no? —dijo la Vida entrando a la habitación y tirando el pucho en un orinal, un papagayo. Lo peor es que iban a analizar su contenido al día siguiente.

—No —le repetí sin asombrarme por su presencia—. No lo merezco.

—Pero ¿quién te creés que sos? ¿San Sueiro? Mirá, no te morirás de un ataque al corazón pero te podés morir de hemorroides cerebral.

—Hemorragia, en todo caso —le corregí, molesto.

—No. Hemorroides cerebral. Si vos pensás con el culo...

—Te agradezco. Sos tan fina. Tan educadita.

—No tengo tiempo para esas cosas... Pero puedo contarte lo que pasa, si te interesa. Veo que siguen con vos —dijo señalando con un leve movimiento de cabeza un rincón de la habitación. Me di vuelta y ahí estaban la Esperanza, mirándome compungida, y la Fe, un poco maltrecha; parecía golpeada y con la ropa hecha jirones.

—¿Quién te hizo eso? —le pregunté alarmado.

—Vos —me dijo la Vida sin dejar que la Fe abriera la boca—. Se lo hiciste vos en medio de tu crisis. Sos un pelotudo —completó pronunciando esta última palabra con una convicción y fuerza tales que hizo que efectivamente yo me sintiera un pelotudo.

—Nunca perdí la Fe —intenté defenderme.

—Pero la achicaste. Dudaste. Te preguntaste para qué tanta medallita, tanto darle fuerza a la gente, tanto amor y esperanza, tanto rezo. No se te ocurrió que hay una enorme guerra y que vos sos sólo un campo de batalla... Contale —le pidió a la Fe que habló por vez primera:

—Vos sabés que donde se manifiesta la presencia de Dios aparece casi enseguida el adversario para tratar de destruir su obra. ¿No te pareció raro que, cada año, cuando estás a punto de escribir un nuevo libro invariablemente te enfermás de algo, de cualquier cosa?

—Sí —dije, empezando a entender.

—Pero siempre terminás superando la cosa ¿no? Para eso estamos nosotros, para eso está tu ángel. El maligno va a querer atacarte todo el tiempo pero, ya sabés, no estás solo. A veces es más difícil, como ahora, pero no te rendís. ¿Acaso no seguís acá?

—Vos sabés que no me desvela el acá y el Allá. Es otra cosa. Sentirme tan mal, tanto problema para todos. Y el dolor. Odio el dolor. Hasta le hizo preguntar a Jesús en la cruz aquel terrible «Padre ¿por qué me has abandonado?»... El mismísimo Dios Hijo.

—Supongo que no estarás haciendo comparaciones —terció la Vida con un tono de estar a punto de recordar malamente a mi madre.

—No, por supuesto —traté de explicar mordiendo cada palabra—, sólo intento

justificar mi crisis, disculparme por ella.

—Está bien, pero no te metás en terrenos pantanosos. Hacelo con lo que sabés, ahuyentá a los demonios con tus armas, no andés manipulando las de ellos que ya sabés quién las carga. Dale, largá alguna historia...

Y dicho esto se sentó en una silla poniendo los pies sobre la cama mientras encendía un nuevo cigarrillo dispuesta a escuchar. Yo miré a la Fe y a la Esperanza, que parecían más animadas. Pedí que entrara el Misterio, que lo hizo saludando en silencio, apenas con un gesto, y empecé a recordar nuevas historias asombrosas, algunas de las cuales tenían que ver con mi enemigo (y el de ustedes, supongo) mientras otras aludían a sus diferentes apariencias y a las mejores maneras de defenderse de toda esa cosa.

## Ataques y defensas

Francisco Sánchez-Ventura y Pascual es un hombre al que no conozco personalmente pero sé que es magnífico. Eminente abogado, catedrático de economía, protagonista de cientos de conferencias, exitoso empresario y escritor de decenas de libros sobre los temas más diversos (política, finanzas, mariología, parapsicología, lo que se les ocurra), es uno de esos españoles que unen la inteligencia a la audacia y encaran lo que sea acompañados por la fuerza de su fe. Sé quién es por su obra, como aconseja la Biblia conocer a las gentes. Don Francisco viene defendiendo sus creencias desde hace muchos años y de manera pública, por dicho y por escrito como lo hacen los bien nacidos. Contó que en un par de ocasiones sintió la presencia clara del maligno en su propio departamento. Sabe cómo ataca. Y no pongan esa cara porque hablo así del coludo. André Gide, premio Nobel de Literatura de 1947, dijo que «los mejores aliados del demonio son los que le hacen el inmenso favor de ignorarlo o negarlo». Y es cierto. El coludo puede moverse, entonces, a sus anchas ya que uno no va a estar en guardia contra algo que no existe. El caso es que Don Francisco Sánchez-Ventura no sólo lo señala sino que recuerda que los ángeles de la guarda nos protegen siempre de semejantes ataques. En más de una ocasión él mismo lo sintió en carne propia. En un libro suyo (*El diablo y sus secuaces*. Ed. Círculo. Zaragoza) destaca una de esas oportunidades. Ocurrió en Sevilla, una noche. Había visitado la ciudad acompañado y asistieron a un espectáculo, luego cenaron y, finalmente, llegaron a un tablao a punto de cerrar por lo avanzado de la hora pero en el cual se los invitó a pasar para tomar algo y seguir escuchando a la orquesta. Apenas terminaron de servirles whisky cuando algo ocurrió. Él mismo lo describe así: *...en aquel momento sentí un sudor frío por todo mi cuerpo y la necesidad imperiosa de cambiarme de asiento, a una mesa situada a corta distancia. Mi acompañante se resistía. «¿Es que quieres ver mejor a la negra?», me preguntó. Cierto que había una negra bailando. «La distancia es la misma, la veo igual desde aquí.» Y, sin poder contenerme, me levanté y cambié de mesa. De mala gana me siguió. Ignoro si el lector podrá creerme, pero nada más sentarnos se desplomó el palco que unos momentos antes teníamos encima de nuestras cabezas, con*

*materiales de construcción de gran volumen.* Luego Don Francisco cuenta que sintió poderosamente ese deseo en apariencia irracional de cambiar de mesa y que él cree, a través de la luz de su fe, que fue el ángel custodio quien lo empujó hasta hacer que se levantara y salvara así su vida. No sería ésa la única vez. En otra ocasión su chofer le dijo que a menudo soñaba premoniciones que se cumplían y que quería advertirle ya que había soñado que él tendría en pocos días más un peligroso accidente automovilístico. Don Francisco le agradeció pero tomó la cosa como quien oye llover, sin darle mayor importancia. Pero ocho días después volcó con su auto mientras manejaba en una ruta oscura en plena madrugada. El coche quedó hecho pedazos, como un papel arrugado por una mano gigante. A él tuvieron que sacarlo de ese amasijo de hierros algunos hombres que llegaron desde una estación de servicio y abrieron una brecha para rescatarlo. Milagrosamente no sufrió ni siquiera un rasguño o un moretón. El maligno ataca duro pero, mientras aún nos queda algo por hacer por aquí, las otras fuerzas, las angélicas, las preternaturales, están alertas y nos defienden. Ya ven.

\* \* \*

## La bestia

Muchísimos autores han escrito sobre el maligno. Desde el impresionante *Fausto*, de Goethe, hasta *El diablo y el buen Dios*, de Sartre, pasando por un espectro tan variado como el que puede ir entre Baudelaire y el nativo Estanislao del Campo. El cine lo tuvo como protagonista también en muchas ocasiones como en *La profecía* o *El Exorcista*, con todas sus secuelas que no fueron pocas. Y, a veces, se lo menciona a través de sus representantes, enviados o sueños oscuros. Mary Shelley contó que había tenido una pesadilla sobre la cual se basó para escribir la que sería su obra más famosa y una de las historias de terror más célebres de todas las épocas: *Frankenstein*. Una considerable cantidad de autores han señalado a personas históricamente reales como Atila, Gengis Khan, Hitler o Stalin como enviados especiales demoníacos, lo cual cuesta creer pero se hace más verosímil si uno piensa que tan sólo los cuatro mencionados —y no son los únicos— han arrojado por decisiones directas o indirectas la escalofriante cifra de más de sesenta millones de muertos. Pero donde se menciona con mayor insistencia al maligno es en las Sagradas Escrituras. Allí aparece tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento y, de manera especial, en el Apocalipsis de San Juan. Apocalipsis significa Revelación y de eso se trata. Varios teólogos aventuraron que cuando se produzca la aparición en el mundo del Anticristo, éste tendrá el poder absoluto sobre toda la humanidad, sin que nadie discuta ese poder. Para que eso ocurra, para que todos obedezcan a un solo amo, no deberían existir diferencias políticas en el mundo. Casi podría decirse que, si atendemos a eso, la rivalidad capitalismo-comunismo era casi una garantía en sí misma. Pero ya no existe. Y la llamada globalización va acercando una manera de pensar más universal. Todo esto de que el mundo sea una enorme aldea es

muy lindo pero muy peligroso. No quiero asustar a nadie, incluyéndome, pero la bestia puede estar ya entre nosotros. O tal vez ya hizo algunos intentos con nombre cambiado, como veremos.

\* \* \*

## El verdadero Drácula

Todas las historias aquí contadas son rigurosamente ciertas. En este caso vale la aclaración especial teniendo en cuenta lo demoníaco e irracional del relato que sigue. Alrededor del año 1430 en la zona de Transilvania (en la actual Rumania) gobernaba un príncipe llamado Vlad que, entre otras cositas, un día decidió automencionarse como «dios por sobre todo dios conocido», algo que no suena precisamente humilde. Era de una maldad difícil de describir sin caer en relatos realmente desagradables. Lo llamaban «el empalador» porque uno de sus entretenimientos predilectos consistía en empalar a sus víctimas, es decir ensartarlas por previsibles lugares y observar entre risotadas cómo el pobre moría en medio de increíbles dolores. No sólo hacía este tipo de cosas con sus enemigos. Como actuaba por diversión, a menudo tomaba a quien tuviera más cerca. En una ocasión fueron a visitarlo oficialmente ciertos enviados de un sultán turco que le llevaron regalos y buenos deseos. Pero no era eso lo que Vlad quería. Les pidió y luego exigió que se quitaran los turbantes, a lo que los turcos se negaron por razones de raza y religión. Eso era lo que Vlad buscaba: una negativa que le diera excusas a su increíble maldad. De inmediato ordenó —y se cumplió— que les fueran clavados los turbantes a las cabezas ya que tanto querían mantenerlos. El resto de las acciones de Vlad es algo truculento y feroz. Le encantaba hacer con las personas cosas de tal crueldad que me asquea escribirlas. Fue, también, autor de un genocidio: mandó matar a 30.000 pobladores inocentes de Schylta, un lugar cercano a su principado, sólo para saber qué se sentía al asesinar a tantas personas juntas. Era un demonio. Era el demonio, en realidad. Algunos lo mencionan como Vlad Tepes, al que llamaban Dracul, y otros directamente lo nombran como Vlad Dracul. Drak, en rumano, el pueblo actual al que pertenecía esta fiera, significa «diablo» y Drakul es el vocablo empleado para señalar a los seres poseídos por Satanás que se alimentan con sangre humana. Toda esta historia real apasionó al novelista Bram Stoker quien, 450 años más tarde —en 1897 y después de una gran investigación sobre Vlad— escribió su famosa novela *Drácula*. El hecho es que el castillo que habitó esa bestia sigue existiendo aún hoy en Transilvania y que nunca se supo cuándo ni cómo murió aquel malvado. La leyenda tejida a su alrededor asegura que aún está vivo.

\* \* \*

# Historia de las brujas

Las ramas amontonadas, secas y crujientes, formaban un montículo de más de un metro y medio de altura. En el centro había un poste de madera y, amarrada a él, una mujer joven con aspecto desgredado y los ojos fuera de sus órbitas. Alguien dio la orden y dos hombres comenzaron a encender las ramas. En pocos minutos la hoguera crepitaba como una sucesión de quejidos diabólicos. La mujer gritaba maldiciones en las que convocaba al demonio mientras las llamas la cubrían por completo y el centenar de personas que observaba la escena entre temeroso y subyugado guardaba un inusual silencio. Media hora después todo había terminado. Una nueva bruja había sido encontrada culpable y se había cumplido su castigo. Una nueva discípula del diablo, según sus verdugos. Oficialmente, hubo medio millón de ejecuciones idénticas a la relatada solamente entre los siglos XV y XVII. De manera no oficial se calcula otro tanto. Ese millón de brujas condenadas a lo largo de dos siglos arroja un promedio de una persona cada dos horas muerta en la hoguera durante ese lapso. No eran sólo mujeres. Los hombres también eran encontrados culpables de brujería y seguían el mismo camino, pero el porcentaje de damas de la escoba fue siempre muy superior. ¿Qué hacía una bruja? ¿Por qué se la condenaba? ¿Cómo se la reconocía? Una bruja —según aquellas acusaciones— pactaba con el diablo. Su principal objetivo era atentar contra la religión y el Estado. Se sabía que eran capaces de volar montando una escoba porque detestaban y temían a los caballos; se reunían los sábados por la noche en grupos llamados «aquelarres»; recibían órdenes directas del maligno; mantenían relaciones íntimas con íncubos (diablos machos) y con súcubos (los femeninos); robaban y sacrificaban niños; destruían las cosechas y mataban al ganado con sólo desearlo; desparramaban el mal en todas sus formas y eran dueñas de poderes extraordinarios. Por supuesto todo eso era lo que decían sus jueces y victimarios.

En los últimos años hubo especialistas internacionales que investigaron aquellos fenómenos y les dieron una explicación de hoy en día. Existieron, sí. Y según algunos aún existen.

Los aquelarres (reuniones de brujas y brujos) fueron descritos por primera vez durante el siglo X. Cien años después la Iglesia advirtió el crecimiento de esas creencias demoníacas y se decretó la excomunión para los que participaran en aquellos extraños rituales. La batalla entre el bien y el mal, la más vieja y eterna batalla de la historia, fue creciendo y hasta se cometieron excesos por parte de gobernantes que aprovechaban las condenas para sacarse de encima a molestos opositores. Un sistema eficiente que más de un gobernante en el mundo quisiera poder reflotar, seguramente. Uno de los casos más claros fue el de Juana de Arco, que luego sería reivindicada nada menos que con su canonización. Con respecto a los supuestos poderes brujeriles, el antropólogo norteamericano Michael Harner, estudioso del tema, cuenta que las brujas se untaban el cuerpo con una sustancia creada por ellas sobre la base de una cantidad de hierbas que tenían efectos hipnóticos y alucinógenos. Este preparado llevaba el nombre de «menjunje», una palabra que aún hoy usamos en otras aplicaciones. Y actuaba como

una droga estimulante que producía euforia al mismo tiempo que aumentaba la fantasía y la imaginación. Harner dice también que en los aquelarres se consumían alucinógenos y que la palabra «viaje» (usada hoy para definir el clímax de un drogadicto) era la misma con que aquellos personajes medievales definían sus sensaciones, confesión ésta que les era arrancada por las torturas. La mayor autoridad en el estudio serio de este tema, el historiador Charles Henry Lea, pone en claro que la Iglesia se había limitado en los primeros siglos de la aparición del fenómeno a negarles la bendición a los considerados brujos y que, recién en 1448 —cuando esas prácticas habían avanzado de manera en extremo peligrosa— el papa Inocencio VIII emitió una bula por la cual el enfrentamiento del cristianismo con esos grupos esotéricos fue total. La tortura y la hoguera fueron autorizadas. Pero recién comenzaba la historia.

Durante la Edad Media el cristianismo tenía una muy poderosa influencia no sólo en cuestiones de fe sino también en las decisiones de Estado. Los pontífices eran guerreros que se ocupaban de las cosas mundanas al frente de sus ejércitos. Por una mera razón física que se repite en la vida desde siempre, ante una fuerza determinada aparece otra en sentido contrario que pretende ser tan poderosa. No es extraño, entonces, que fuera en esa época cuando el movimiento brujo tuvo su mayor auge. Pero todo se mezcló demasiado. La Iglesia se oponía a las brujerías con el poder de la fe, pero los grupos laicos de poder ya habían tomado la ley en sus manos desde mucho antes por motivos políticos. El antropólogo Marvin Harris, de la Universidad de Harvard y un serio especialista en la cuestión, afirma que todos los males de aquella época eran achacados a las brujas cuando en realidad solían provenir de la voracidad y la ambición desmedidas de príncipes o señores feudales. Ellas fueron el chivo expiatorio. Harris da cifras: el 82% de los condenados en la Edad Media eran mujeres y entre miles hubo un solo caso de un noble y no fue condenado. Los hombres quedaban, estaban aterrados y trabajaban sin quejas. Aún en el siglo XVII seguían las ejecuciones y la cosa pasó de Europa a América, donde el caso del pequeño pueblo de Salem es el más famoso: una caza de brujas interesada llenó de miedo y de inmovilidad a la población. La última vez en la historia que una bruja fue quemada en la hoguera en Europa ocurrió en Suiza, en 1793.

\* \* \*

## Gatos y hechizos

Es curioso, pero hace más de cuatro mil años, los egipcios consideraban a los gatos animales decididamente benéficos. Se los cuidaba en calidad de sagrados hasta el punto de ejecutar a todo aquel que matara a un gato. La historia registra que un hecho semejante ocurrió con un romano al que le quitaron la vida violentamente después de que el hombre hubiera asesinado a uno de estos peculiares felinos alegando que lo molestaba con los maullidos. Las fiestas de Bast, que era una diosa con cabeza de gato, eran las más alegres y rebosantes de música, vino, danzas y sexo. No quieran anotarse porque ya

no existen. También en religiones posteriores el gato fue culto de adoración especial. Y tal vez fue ese hecho el que lo condenó históricamente ya que en la época medieval, al luchar contra las sectas de herejes que pululaban por entonces, se señaló a este animalito como el compañero ineludible de brujos y brujas. En rigor de verdad, eran por entonces muchos los ritos diabólicos que se llevaban a cabo con un gato como representación demoníaca. En el año 1566 una mujer llamada Elizabeth Francis fue acusada de brujería. Se la llevó a juicio y, con ella, a su gato manchado que —para hacer las cosas aún más difíciles— respondía al nombre de Satán. Se acusó al animal de haberle encontrado varios novios a la tal Elizabeth, de colmar mágicamente sus campos de buena siembra y de haberle procurado una cantidad envidiable de ovejas. Si uno se guía por estas acusaciones parece ser que lo ideal en aquella época era que a uno le fuera mal. Si le iba bien podía sospecharse de la intervención del demonio y los acusadores eran muchos. Casi como ahora. La cosa se complicó en aquel juicio inglés cuando alguien testimonió que un joven que empezaba a llevarse mal con Elizabeth fue eliminado por el minino. Y se puso peor cuando otro aseguró que la mujer premiaba a Satán por su ayuda no con un pescadito sino con gotas de su propia sangre. Sé de más de un par de noticieros que de haber existido se hubieran lanzado con todo a cubrir la noticia. Final del cuento: fueron a la hoguera los dos, ella y el gato. Y desde entonces ocurrió con todos los felinos de brujas. La historia, la tradición, las costumbres o la tontería humana llevaron esa funesta imagen hasta nuestros días. Muchos miran a los gatos con desconfianza y ellos, los gatos, nos miran igual.

\* \* \*

## Escobas de brujas

La escoba —algo aparentemente tan simple y tan inofensivo— tiene, también, su historia de misterio y encantamiento. Es cierto que las parteras de la antigua Roma barrían con fervor los umbrales de las casas de las mujeres que estaban por dar a luz porque creían que con eso alejaban los malos espíritus que podían afectar a las madres y a los recién nacidos. Luego la escoba fue tomando un cariz simbólico y hasta afectuoso, ya que representaba a la mujer en las tareas de la casa. Era como el bisturí del cirujano o el serrucho del carpintero. Un buen símbolo. No hace tanto, en Europa las mujeres dejaban sus escobas apoyadas en la puerta de su casa para señalar que habían salido por un momento y, al mismo tiempo, para proteger el hogar con esa arma femenina mientras ellas no estaban. En Gales y entre los gitanos de la actualidad la pareja de recién casados debe saltar por sobre una escoba antes de entrar a su nueva casa, como un signo de buenaventura y amor. Pero, también en la actualidad, hay simbolismos no tan tiernos. Las parejas de brujos recién casados cumplen el mismo ritual —saltar sobre una escoba— como final de la ceremonia y como una manera de asegurar sus poderes maléficos para ambos. El hecho es que la primera imagen histórica que se conoce sobre una bruja

con todas las de la ley que aparece montada en uno de estos elementos nos llega desde el siglo XV, con toda su carga de ocultismo y misterio. Es un dibujo que aparece en un manuscrito del escritor suizo Martin Le Franc llamado «El campeón de las damas». Allí quedó impresa una mujer que avanza por los aires jineteando una escoba. La idea se fijó porque se la consideró algo razonable ya que era sabido que las brujas no sólo odian sino que temen y mucho a los caballos, como ya contamos. No sería tan raro que eligieran, entonces, este otro medio de transporte. Hoy andan en autos de buena marca y ponen avisos en los diarios, pero son más tranquilas.

\* \* \*

## El cuervo Jim

Uno de los poemas más famosos y redonditos del genial Edgard Allan Poe se llama «El cuervo». Es una historia fantástica donde uno de esos animales es el instrumento con que el destino castiga a quien lo merece. Aun antes de ese poema, el cuervo no tenía muy buena prensa que digamos. Su aspecto torvo, su pico amenazante y su reluciente color negro hicieron que se lo mirara con desconfianza. Hay, sin embargo, reivindicaciones a través de una historia asombrosa y bella sobre ellos. En Inglaterra existe una muy vieja superstición que aún perdura y que asegura que los cuervos que anidan en la Torre de Londres tienen en sí mismos una suerte de poder muy especial y benéfico. La leyenda afirma que esos pájaros son los encargados de cuidar el imperio y que, si alguna vez se fueran de ese lugar, casi inmediatamente el país quedaría sin reyes y desamparado frente al mundo. Los ingleses suelen ser muy supersticiosos y amantes de relatos de asombro de este tipo así que, por las dudas, se encargan de cuidar con sumo cariño a los cuervos de la torre. Más aún: existe un grupo real especial llamado Ravenmasters (algo así como «Amos de los cuervos») que tiene como única tarea el cuidado de esas aves. Pero lo más impresionante es lo ocurrido con un cuervo de aquellos al que llamaban Jim, el cual vivió durante cuarenta y cuatro años en la torre y parecía ser el jefe allí. Cuando alguno de sus compañeros se enfermaba, Jim volaba hasta los guardias y los alertaba al respecto. Si uno de los cuervos de la torre moría, Jim hacía un corto viaje hasta la abadía de Westminster y permanecía posado en un lugar fijo durante toda la primera misa de la mañana. Cumplía exactamente el mismo ritual —volar a la abadía, posarse y permanecer allí durante toda la misa para luego regresar— cada vez, también, que moría uno de sus cuidadores. Más extraño aún era que asistiera sin fallar ningún año a la misa de resurrección de Semana Santa. Toda la prensa y el público inglés hablaron de Jim durante esos 44 años. Un día, viejo y enfermo, voló por última vez a la imponente catedral. Allí planeó hasta el altar, bajó en él, se dejó caer sobre sus finos manteles y en minutos murió. Nadie, jamás, había amaestrado a Jim, el buen cuervo. Tal vez, al fin de cuentas, todo consista en buscar lo bueno aun en lo que parece malo. Y resaltar lo bueno en lo que parece bueno, como en la historia que sigue.

## Ángeles

Esta carta me fue dada en mano en febrero de 1997, en la tradicional firma de libros en Mar del Plata. Luego hablaría con su autora, tan dulce como su texto. Ella es Mariela, 25 años y casada con Sergio Fernández, de 27. Viven en Mar del Plata. Al escribir la carta Mariela estaba embarazada de Camila, que nació en marzo. Pero su relato tiene que ver con la primera de sus hijas, María Sol, nacida el 19 de marzo de 1994, toda una señora. Extracto aquí los párrafos principales:

María Sol nació prematura, aquí en el Hospital Materno Infantil, con un peso de 1,600 kg. Estuvo 20 días en terapia y 5 en box de engorde hasta que alcanzó 1,950. En ese tiempo no tuvo ninguna complicación, gracias a Dios, y a pesar de que era muy chiquitita su desarrollo fue normal. Siempre parecía como si alguien le estuviera jugando porque siempre reía sola y nosotros tomamos eso muy naturalmente porque siempre creímos en los ángeles y decíamos que eran ellos los que le jugaban. Cuando tenía diez meses se accidentó y tuvo un hundimiento en la cabeza de consideración. Estuvo internada 48 horas y el médico nos dijo que si se hubiera hundido la cabecita unos dos milímetros más la tenía que operar. Pero la gorda, una vez más, sin ningún problema salió adelante. Sol tenía 16 meses cuando ya hablaba más y nos contó que jugaba con un amigo al que llamaba Fanke (o Fanque, no sabemos). Desde entonces el juego con él fue constante. Siempre se comunicaba con él cuando ella era más bebé y aún ahora que tiene casi 3 años sigue jugando con Fanke. Debo aclarar que Sol es muy especial en el sentido de que nunca tuvo problemas de comunicación y es una nena que siempre entendió todo sin que sea necesario explicárselo más de una vez. Por lo tanto, a los dos años ya hablaba con mucha madurez. Cuando empezó a jugar con Fank me decía, por ahí, cuidado mamá que vas a pisar a Fank. O «él vuela, me cuida de noche, duerme en mi cuna» y un montón de cosas más que comenzaron a sorprendernos. Por ahí se tiraba en la cama, se reía a carcajadas y decía en el medio de la risa «no me hagás más cosquillas, Fanke». Todo esto aún continúa. Pero, hace cosa de un año, se agregó un nuevo amigo que es el que más nos sorprende. Ella lo llama Finki. Y comenzó Finki de acá, Finki de allá, lo de las cosquillas, «Finki y Fanke vuelan»... Un día subíamos en el ascensor y ella le dice a Sergio, mi marido: «Papá, Finki se parece a vos. Es grande, tiene el pelo largo y usa colita». Nosotros nos asombramos muchísimo porque hacía unos meses habíamos perdido un amigo que era pescador y cayó al mar y que se parecía mucho a Sergio, con su mismo estilo. Lo llamábamos Pitín. Pasó el tiempo y cada vez que le preguntábamos algo sobre estas cosas ella nos esquivaba. Un día yo le había dado unas fotos para entretenerla y ella tomó una y me la trajo. Era una foto de mi marido Sergio con sus amigos. Sol me la muestra y me dice: «Este es papá y éste es Finki», señalando a Pitín, nuestro amigo muerto. Yo no lo podía creer. No lo queríamos creer. Más cuando Sol siguió dándonos datos como que él era nuestro amigo pero ahora era el de ella. Le

enseña canciones y juega con ella. Un día Sol estaba haciendo los cuernitos con la mano y ella sola dice «¿No, Finki?... Finki me dice que eso no se hace, mamá. Dice que se hace esto...» y con el pulgar y el meñique hizo el símbolo del amor...

Me cuesta mucho hablar de esto pero sé que me va a entender. A mí no me interesa demostrarle a nadie que Sol es especial porque todos los chiquitos son especiales. Lo que queremos es que sea feliz...

A fines de octubre de 1997 llamé a Mariela Fernández. Me atendió una señorita de tres años y medio con pico de loro, María Sol. Luego su mamá —que también tiene cascabeles en la voz— me dijo que todo seguía igual salvo algo que aumenta aún más el asombro y que se dio en los últimos meses: Sol dice, con naturalidad, que Finki y Fanke «viven con Jesús». Ella tan sólo fue bautizada. No conoce nada de religión, ni siquiera sabe rezar, nadie le mencionó a Jesús y en la casa no se habla de esos temas. Solamente lleva una cadenita con una cruz. Pero sabe muy bien que Finki y Fanke, como cualquier ángel, viven con Jesús. Adorable y magnífica certeza en un mundo manejado por adultos donde todos dudamos hasta de nosotros mismos.

\* \* \*

## La Virgen de Guadalupe. La pura verdad

En el capítulo cuatro contamos el fascinante misterio de la aparición de la Virgen de Guadalupe en 1531, pero dejamos algo para este tramo. El sentido de contarlo ahora es que la Virgen, por las Escrituras y por la Tradición, es quien más protege contra el coludo y su legión de diablos, posesos, endemoniados, brujas, gatos, cuervos malos y algunos políticos. María es —según la metáfora del Apocalipsis de San Juan— la que aplastará la cabeza de la serpiente luego de una batalla final y terrible en la que la Madre de Dios estará al frente de las fuerzas del Bien asistida por San Miguel Arcángel. María es a quien más teme el maligno. Por eso a veces mete la cola donde más duele. Durante todo el siglo XVI la Iglesia condenó oficialmente el culto de la Virgen de Guadalupe, a la que no reconocía. Fueron amenazados con la expulsión de las filas cristianas aquellos que la honraran y llegaron a prohibir hablar de ella. Fue el pueblo quien, emocionado por la historia de la aparición a uno de ellos —Juan Diego— construyó con barro y paja el primero de los templos, aun ante la oposición tenaz de la jerarquía eclesiástica. Y la Virgen devolvió esa devoción con tantos favores y milagros como para que en los diez años siguientes se convirtieran al cristianismo nada menos que seis millones de indios, seguidores de una Virgen que era como ellos y para ellos, sin oros ni brillantes, morena y noble como ese pueblo.

Recién 206 años más tarde, en 1737, el papa Benedicto XIV otorga misa y honores a esta Virgen que se proclama como patrona de México. En 1910 se extiende el patronazgo a toda América. Mucho después otro pontífice, Paulo VI, le hace llegar a esta Virgen una rosa de oro como símbolo de su propia devoción. Es curioso que se trate del mismo

Papa que en una ocasión dijera refiriéndose a cierto clero de espanto que «por las grietas de la Iglesia se están filtrando los humos del infierno». Sabía de qué hablaba, sin dudas. Generalmente el enemigo más peligroso es el que convive con nosotros. El sacerdote italiano Stéfano Gobbi —fundador del Movimiento Sacerdotal Mariano— hace muchos años que recibe las llamadas «locuciones», mensajes que la Virgen le dicta de manera especial para los curas del mundo entero. Mejor no les cuento lo que dice de un sector del clero para no amargarles la tarde, la noche, la semana o la vida. Compensemos sabiendo que no se refiere a todos, por supuesto. Los curas nobles —que afortunadamente abundan— son como santos hoy en día y entienden que lo que acabo de escribir es real y doloroso. Y los innobles ya se sabe como quién son y, seguramente, serán los que monten en cólera al leer esto. Buen método para identificarlos.

El único pontífice que visitó a la Virgen de Guadalupe ha sido, como no podía ser de otra manera, Juan Pablo II, devotísimo de María y magnífico sacerdote que se la pasa emparchando las atrocidades de algunos colegas. También beatificó al indiecito Juan Diego, casi 500 años después.

Que todo esto sirva para filtrar los humos de las grietas y saber que no podemos tener mejor alianza que con la Mamita para defendernos del mal. Esta advocación, la de Guadalupe, merece una historia más.

\* \* \*

## La Virgen de Guadalupe. Fábulas y milagros

Cuando se lee algo sobre Juan Diego se lo menciona como «el indiecito». En algunos casos para reafirmar su condición de humilde («hijo mío, el más pequeño», como le dijo la Virgen) y en otros porque hace rato que se mantiene un error repetido hasta en los libros religiosos: la idea de que Juan Diego era un niño, un chiquito. La fábula crece de manera muy notable cuando en los dibujitos de algunos textos religiosos lo muestran como un pequeño de no más de diez o doce años. Quizá se deba a que María suele aparecerse a chicos o jóvenes (como en Fátima, La Salette, Garabandal, Medjugorje, etc.). O que, en el cerro mejicano, Nuestra Señora lo llama «Juanito. Juan Dieguito», pero como manera cariñosa, como Madre que es de todos nosotros. Lo cierto es que Juan Diego no era un chiquitín. Tenía 57 años y era casado cuando se produjo su encuentro con la Virgen. Apenas se habían cumplido seis años desde su conversión al catolicismo y su bautismo, recibido a la edad de 51 años. Déjense de dibujar niñitos, por favor.

Uno de los milagros más impresionantes alrededor de Nuestra Señora de Guadalupe es que, siglos después de su aparición, un grupo de científicos analizó cada milímetro del poncho que hoy mismo se mantiene en perfecto estado en su templo y que descubrieron algo extraño en los ojos de la Virgen cuya imagen aparece allí estampada. Un célebre oftalmólogo francés, el doctor Lauvoignet, fue el primero en observar con un potente

microscopio la pupila de la imagen y advertir la figura de un hombre. El hecho desató una investigación que sólo se concretó por completo con el uso de la fotografía digital. Otro científico, el doctor Tonsman, sacó una foto del ojo de María y la amplió más de dos mil veces. Ante su asombro y luego el de todos, en esa pupila están reflejadas en forma microscópica varias figuras humanas: un fraile anciano que ha de ser el obispo; otro sacerdote con una mano sobre su barba con gesto de real asombro; varios sacerdotes en otros planos así como un par de indígenas más y el propio Juan Diego desplegando su poncho del que caen las rosas. En una palabra: todos los personajes de la historia que estaban presentes en el momento de producirse el milagro. Por supuesto jamás se pudo saber cómo era posible algo así. Ni se sabrá, supongo. Lo que a nosotros nos importa es que esa Virgen que puede despertar nuestro asombro y nuestro amor desde la advocación de Guadalupe, Lourdes, del Rosario, de la Medalla Milagrosa, del Rocío, la Macarena o la que se les ocurra —ya que hablamos siempre de la misma, María— es la que nos defiende ante los ataques de la bestia.

Al terminar este relato estaba yo flojito y amodorrado como un bebé que acaba de hacerse caca encima, experiencia ésta que era una de las pocas por las que aún no había pasado desde que empezó mi vía crucis sanatorial. Me dejé estar y me dormí acariciado por la Vida.

Volví a casa. Habrá pasado poco más de un mes cuando el dolor se descolgó sobre mi pecho como el King Kong de las coronarias. Me apretaba algo ahí dentro, con su manaza impiadosa, haciéndome fruncir la cara. Esto ocurría cuando caminaba unos cien metros nomás. Venía acompañado de una oleada de calor creciente en pleno tórax que parecía una inyección de lava. Sentía mi sangre ardiente pero, aunque suena muy de galán romántico latino, era una porquería. Debía pararme en plena calle y, como detesto que me compadezcan, disimulaba mirando una vidriera aunque en ella se exhibiera una colección tailandesa de inodoros. Si no había vidriera cerca me paraba en el borde de la vereda como si esperara un taxi. La cosa era disimular y que el momento de mi muerte inmediata —al menos así lo sentía yo— pasara desapercibido sin alterar la paz de ningún barrio. Francamente, eso de no poder caminar más de cien metros me tenía loco. Yo era un lisiado físico y mental, más que nunca. A esa altura no sabía qué era peor, si el dolor del cuerpo o el del alma.

Les confieso que ya no quería que me hicieran nada más, estaba harto, comprensiblemente. Cansado de que me abrieran, me cortaran, me pincharan, me metieran catéteres, husmearan el interior de mis arterias, me colocaran cosas dentro de mi cuerpo, me manosearan el corazón y —con todo eso— casi no dejaran espacio en mi mente para pensar en otra cosa, lo cual creo que era la peor tortura. Se lo dije a mi amigo De la Fuente por teléfono. «Hablemos», contestó como si aceptara mi decisión. Fui a verlo al otro día para eso, para hablar, pero él ya tenía todo planeado: sin darme tiempo a decir ni «este pecho es mío», me metió en la sala de hemodinamia cariñosa pero firmemente.

Los muchachos ya me recibían como si fuéramos a jugar a las cartas. Al día siguiente Luis de la Fuente y dos de ellos partían en viaje de estudios invitados a congresos en

media Europa. Mi amigo Luis no quería irse dejándome así. Nunca lo había visto tan enojado. No conmigo, por supuesto, ya que enfermarme no era una simpática decisión personal que yo tomaba para molestarlo a él. Estaba enojado con una situación tan inusual como esa.

Nueva angioplastia, la tercera desde la cirugía y, posiblemente, la que me hará ganar un lugar en el libro de récords.

Yo adivinaba el parpadeo de las luces de la sala que marcaban mi regreso. Y volvía, con la arteria marchita.

Una noche más de internación. A la madrugada, como siempre, yo cabeceaba como para meterle un gol a los sueños cuando aparecieron juntos todos mis habituales visitantes. Me miraron en silencio, con caras largas. La Vida, en nombre de todos, alzó las cejas y movió los hombros hacia arriba con gesto de qué-querés-que-te-diga. La Fe, mientras tanto, me miraba a los ojos, de frente, entera y poderosa. La Esperanza espiaba detrás de ella y se asomaba para sonreírme con picardía. Yo estaba medio serio, al principio, pero poco a poco me fui aflojando por lo que me hacía la Esperanza. Me tenté, empecé con una sonrisita aguantada, los demás se codearon algo más aliviados, perdiendo las caras de protocolo, moviéndose alegres. El Miedo también se movió pero tropezó y se cayó a la calle por la ventana y eso fue suficiente para que yo largara la carcajada, contagiara a todos y termináramos riéndonos a los gritos, palmeándonos como chicos y tirándonos las almohadas sin un mínimo de respeto por un lugar tan serio como ese, en especial teniendo en cuenta la hora que era.

La tercera angioplastia fue el 10 de septiembre de 1997.

Cuando escribo estas líneas, el miércoles 29 de octubre, se cumplen 49 días desde entonces. El dolor no volvió, gracias a Dios. La primera vez en semanas que pude dar una vuelta a la manzana a paso normal sin que sintiera el corazón estrujado casi lloro de la emoción. Y yo no lloro fácilmente. Ustedes, los sanos, no saben lo que significa dar una vuelta entera a la manzana sin dolor en el pecho, no pueden saberlo. Es como recibir un abrazo de Dios, un beso del ángel.

Aún ignoramos qué puede ocurrir porque estoy en la etapa más crítica, en el medio total de la tormenta: hay que aguardar de tres a seis meses desde la intervención para saber si los resultados son buenos y duraderos. No tengo miedo, sólo un poquito de ansiedad. Y felicidad por haber terminado este librito, por cada minuto que paso sin dolor, por demostrarme a mí mismo que tengo coraje y, sobre todo, fe. No se trata solamente de hablar de esas cosas. Es muy bueno tener la oportunidad de demostrarlas con los hechos, de construir en cierta forma la apasionante historia asombrosa de uno mismo, de llegar hasta este exacto punto sonriendo mientras escribo y mientras siento en la piel del alma que todo va a andar bien, todo va a andar bien, todo va a andar bien.

## *Después de todo*

En el siglo XIX había un italiano que había conseguido un trabajo como vendedor de fideos spaghetti en Montevideo, Uruguay. Después estuvo en Nueva York, donde fabricaba velas de mala calidad. En esos tiempos todos se hubieran confundido al calificarlo. Pero no hay que guiarse por las apariencias. Ese hombre se llamaba Giuseppe Garibaldi y es uno de los patriotas italianos más honrados.

Domingo Faustino Sarmiento atendía una tienda en San Juan. Fue presidente del país entre 1868 y 1874.

El revolucionario mexicano Pancho Villa fue boxeador en su juventud; el actor norteamericano Harrison Ford era carpintero y José Stalin estuvo en un seminario para ser sacerdote durante cinco años (de los 13 a los 18) hasta que lo echaron.

Ya ven. Uno nunca sabe qué hay realmente detrás de una persona, un hecho o una idea. Este librito quiso ser un juego entretenido pero no vayan a creer sólo en esa primera apariencia. La intención final fue ayudarme y ayudar. Sé muy bien que, aun cuando mi vida ha pasado y pasa por una etapa de cierto cuidado, hay gente que sufre enfermedades mucho peores. La idea ha sido, precisamente, tratar de mostrar la Fe y la Esperanza a quien lo necesite. Es mucho más valioso que andar hablando de ellas. Ojalá les sirva. Que Dios los bendiga, como siempre.

# Índice

Portada	2
Portadilla	6
Legales	7
Agradecimientos	9
Ante todo	11
UNO 5 De noviembre de 1996. De todo corazón	14
DOS Noviembre de 1996. La casualidad es una falsa dama	34
TRES Noviembre de 1996. Esas cosas que pasan	54
CUATRO Noviembre de 1996. Hay más cosas en el cielo y en la tierra	79
CINCO 19 De noviembre de 1996. La última noche que pasé conmigo	103
SEIS 20 De noviembre de 1996. Tuyo es mi corazón	125
SIETE 23 De octubre de 1997. Todo va a andar bien	146
Después de todo	164